

CIÓN

PL5058

.1

P6

1862

V.1

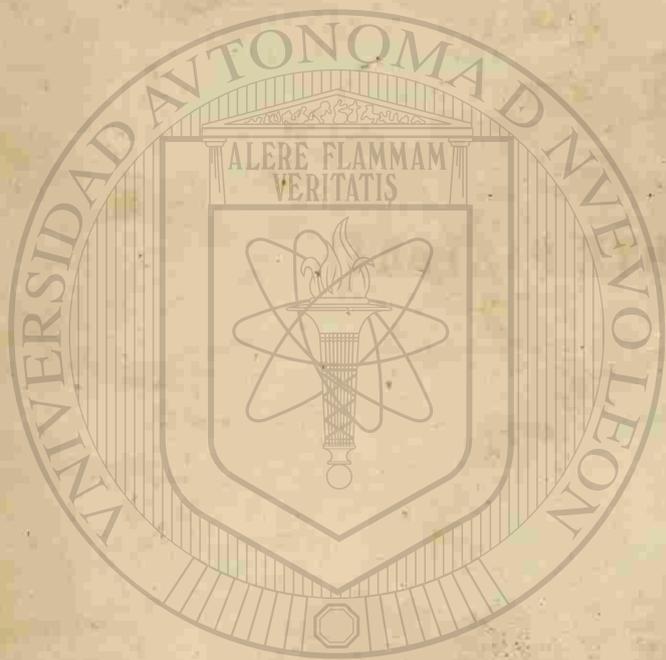
C.1



1080042809



251



SACROSANCTE ANGELO  
SERAFINUS

E#26#36

**ARTE PASTORAL.**

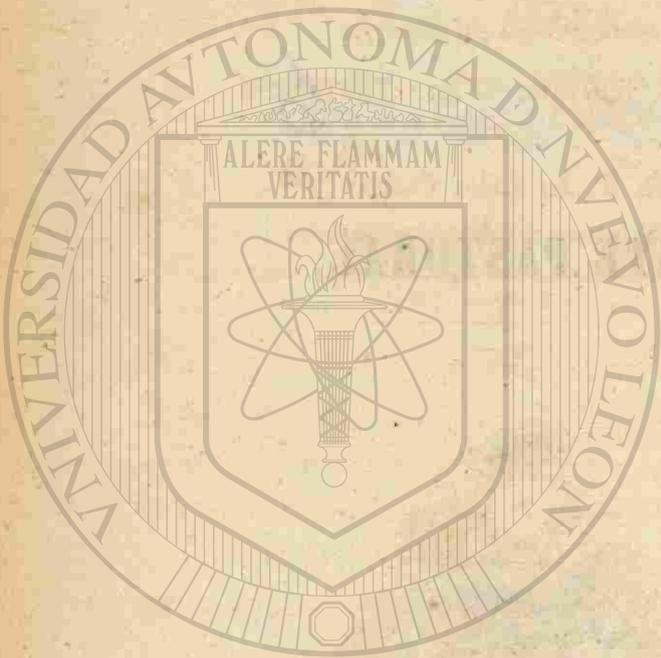
TOMO I.

UANIL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

# ARTE PASTORAL

6

MÉTODO PARA GOBERNAR BIEN UNA PARROQUIA:

OBRA ESCRITA EN OBSEQUIO

DE LOS SEÑORES CURAS PÁRROCOS,

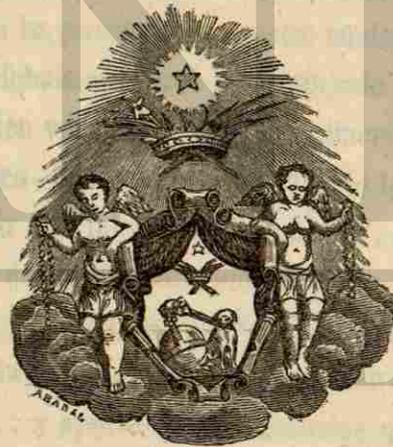
POR EL

**R. P. L. Juan Planas,**

DOMINICO, DIRECTOR DE LA CASA-MISION DE GERONA.

TERCERA EDICION.

TOMO I.



110329

Con aprobacion del Ordinario.

BARCELONA.—1862.

IMPRENTA DE PABLO RIERA,

calle den Robador, núm. 24 y 26.

38044

PLS058

01

P6

1862

V.1



Es propiedad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE YUCATÁN



UAY  
FONDO  
PÚBLICA DEL ESTADO



A LOS

MUY REVERENDOS SEÑORES CURAS PÁRROCOS.

*Venerables Hermanos en el Sacerdocio:*

Si, como no nos es lícito dudar, deseais sinceramente vuestra propia santificación y la de las almas que la Providencia ha puesto bajo vuestro cuidado y responsabilidad, debéis aplicaros con gran celo y diligencia á gobernar bien vuestras parroquias, haciendo reinar en ellas el orden, la virtud y la piedad. Si teneis la dicha de conseguir este interesantísimo objeto, si á lo menos nada omitís de vuestra parte para lograrlo, haréis un obsequio muy grato á Dios, prestaréis un servicio importantísimo á la Iglesia, procuraréis un bien inestimable á la sociedad: y aparte de los consuelos que vendrán á dulcificar los trabajos y fatigas que para ello os convendrá emplear, en la hora de vuestra muerte, llenos de una santa confianza, podréis decir al Señor lo que le decia Jesucristo, modelo de los pastores: *Ego te cla-*

*rificavi super terram : opus consummavi quod dedisti mihi ut faciam : et nunc clarifica me tu apud te metipsum*<sup>1</sup>.

Como vuestro ministerio siempre nos ha merecido la mas alta estimacion y respeto , porque conocemos los trabajos que le acompañan , los disgustos que os ocasiona , las privaciones á que os sujeta , y los grandes bienes que produce en la Iglesia de Dios ; de ahí es que deseosos de ayudaros en lo posible en su buen desempeño , hemos escrito en obsequio vuestro el presente ARTE PASTORAL , el que , propiamente hablando , no es otra cosa que el método práctico de desempeñar con perfeccion y fruto todas las funciones de vuestro santo y elevado cargo. Y decimos todas , porque no nos limitamos á daros reglas sobre uno ú otro punto , como lo han hecho los pocos autores que han escrito sobre esta interesante materia ; sino que , tomando en consideracion todos los diferentes ramos que abraza el cargo pastoral , os damos sobre cada uno de ellos instrucciones las mas minuciosas y detalladas , explicándoos el tiempo , el lugar y el método con que debeis desempeñarlos.

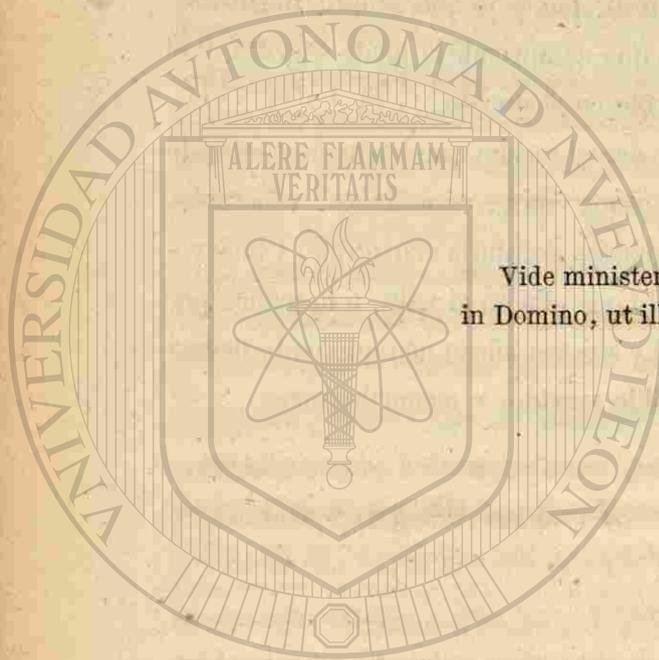
Esta obra no brilla ni por la hermosura del estilo , ni por la sublimidad de los pensamientos , ni por los vanos adornos de la sabiduría humana : al contrario , de

<sup>1</sup> Joan. XVII, 4.

intento hemos procurado que en ella sobresaliesen la sencillez , la naturalidad y hasta un cierto descuido y desaliño ; y esto con el fin de acostumbraros á este estilo ingénuo y natural , que es el que adoptó Nuestro Señor Jesucristo , el que comprende la gente sencilla , y el único que hace fruto en el pueblo.

Cualquiera que sea el mérito que hayamos contraído escribiendo la presente obra , esperamos , venerables Hermanos , os dignaréis aceptarla con agrado y benevolencia , si no por lo que ella en sí vale , á lo menos por la buena voluntad y sincero afecto con que os la dedica este vuestro humilde servidor y menor hermano

*Fr. Juan Plancas , dominico.*



Vide ministerium quod accepisti  
in Domino, ut illud impleas.  
(Colos. iv, 17).

---

## ARTE PASTORAL

6

### MÉTODO PARA GOBERNAR BIEN UNA PARROQUIA.

---

#### ENTRADA EN EL CURATO.

Así como las consecuencias se derivan de los principios, y los efectos nacen de sus causas, del mismo modo el buen ó mal gobierno de una parroquia depende en gran parte del comportamiento que tiene el cura al entrar en ella. Entonces, como san Jerónimo advertía á un obispo amigo suyo, tiene fijas sobre sí las miradas de todos sus feligreses, quienes le observan, le espian y le hacen objeto de sus pesquisas ó indagaciones: *In te omnium oculi diriguntur: domus tua, conversatio tua, quasi in speculo constituta, magistra est publicæ disciplinæ*<sup>1</sup>. Su persona, su familia, su casa sirven de tema en todos los corrillos y conversaciones, y pasan algunos días en que en todo el pueblo no se habla de otra cosa que del nuevo cura. Quién comenta una palabra que le ha oído, quién explica un gesto que le ha visto, quién de una acción de sí in-

<sup>1</sup> D. Hier. Epist. sec. ad Heliod.

diferente hace grandes deducciones, y se echa á formar conjeturas y pronósticos para lo venidero. ¡Ay del nuevo cura, si en aquellos dias críticos no procede con gran tino, cordura y circunspeccion! Si no quiere cometer indiscreciones de que tendria lugar de arrepentirse con el tiempo, observe con exactitud las siguientes máximas.

Al presentarse á tomar el gobierno de su parroquia, procure que ni en él ni en la persona que lleve para su servicio haya cosa alguna que choque á la vista, ó merezca la crítica de las personas sensatas: muéstrese obsequioso con los principales, benigno y tratable con el vulgo, fino, atento y caritativo con todos, de manera que desde luego se gane la confianza, el amor y el buen concepto de sus feligreses. Este documento es muy esencial, porque es cosa sabida que las primeras impresiones suelen ser muy profundas, y difícilmente se borran.

En las visitas que es de suponer le harán el alcalde, los obreros y demás personas notables del pueblo, sea muy cauto y circunspecto en el hablar: no permita se censure la conducta y procedimientos del párroco su antecesor, como no pocas veces se hace en tales ocasiones; porque, á mas del mal ejemplo que daría con su tolerancia, se podría sospechar que trata de hacerse recomendable á costa de la reputacion ajena. Tampoco se muestre impaciente por saber qué abusos hay en la parroquia mas dignos de correccion; porque con ello podría dar motivo á que se le atribuyese un carácter inquieto y atolondrado. Y sobre todo guárdese mucho de indicar que lleva grandes planes y proyectos de reforma; porque, aparte de que esto suele ser indicio de ligereza y presuncion, no pocas veces expone al ridículo y al desprecio.

En tiempo conveniente devuelva la visita al Ayuntamiento y demás personas de nota, y tráteles de modo que se los haga

amigos y parciales, á fin de que pueda contar con su cooperacion y apoyo siempre que los asuntos de la parroquia lo reclamen. Si en todo tiempo ha sido necesario que el párroco viva en buena inteligencia y armonía con las notabilidades del pueblo, lo es mucho mas en la época que atravesamos, en la que, para cortar ciertos abusos y reprimir los escándalos, mas sirve á veces una ligera indicacion del alcalde ó de algun propietario, que todos los esfuerzos y declamaciones del cura.

En los estilos de la parroquia no haga innovacion alguna, que no venga reclamada por una necesidad absoluta ó por una manifiesta utilidad. Antes de alterar nada, estudie con detenimiento é imparcialidad la naturaleza de las cosas: lo que sus antecesores le hubieren dejado de bueno, procure mantenerlo y fomentarlo; lo que despues de un maduro exámen hallare poco conforme, aplique á ello el oportuno remedio, pero sin estrépito y con toda prudencia y suavidad. Dos extremos deben evitarse en este punto: hay curas tan esclavos de lo que llaman *Consuetud*, que no saben apartarse un ápice de ella, por mas que las circunstancias y el bien espiritual de los feligreses exijan alguna modificacion; por el contrario hay otros tan inclinados á las innovaciones, que, no teniendo ningun respeto á las costumbres antiguas, quieren que todo sea nuevo y hechura suya. Si la inflexibilidad de los primeros es muy censurable, no es por cierto digno de recomendacion el espíritu novelero de los segundos.

Tenga cuenta en quién pone la confianza: no sea fácil en dar crédito á los que vayan á hablarle mal de algun feligrés ó de alguno de los párrocos vecinos, y no contraiga amistad con personas que no tenga bien probadas por sí mismo, y de quienes no le conste ser personas de honor y probidad, prudentes y capaces de guardar un secreto. Si no toma estas precauciones, cometerá imprudencias que á su tiempo le ocasionarán

sérios disgustos. La simpatía y la antipatía pueden tambien hacerle cometer grandes faltas en el gobierno de la parroquia : la simpatía le inducirá á hacer excepcion de personas, á excusar, á favorecer en todo á aquel con quien simpatiza ; y si es persona de otro sexo, podrá ser origen de un apego carnal, y de todo lo que de aquí se sigue. La antipatía, por el contrario, le inspirará desprecio, aversion y dureza hácia aquel que fuere objeto de ella ; y muchas veces le hará tomar por celo y firmeza lo que no es mas que un defecto del humor antipático.

Sobre todo ha de poner gran cuidado en el que llaman sermón de entrada. Este sermón requiere gran pulso, mucha prudencia y no poca prevision. Los feligreses suelen esperarlo con cierta impaciencia, y de él suelen deducir cuál sea el carácter del nuevo pastor. Aquí es donde comiezan á estrellarse muchos curas, habiendo algunos tan indiscretos en el expresarse la primera vez que hacen oír su voz á la parroquia, que desde entonces se enajenan los espíritus y las voluntades, y se hacen incapaces de hacer fruto en lo sucesivo. Este sermón ha de estar todo lleno de mansedumbre, de amor y afabilidad ; y en él no ha de tener lugar ningun expresion acre, ninguna inyectiva, ninguna amenaza. El que escribe esto tuvo en cierta ocasion el disgusto de oír de la boca de un cura, entre otras impertinencias, las siguientes frases : *Si sois buenos, me hablaréis bueno ; si sois malos, yo seré peor que vosotros.* Y concluyó la pieza con esta tremenda conminacion : *Entiendan los discolos de esta parroquia, que yo seré su acusador, su fiscal y su juez.* Semejantes expresiones, dichas así en el primer discurso que se dirige á los feligreses, es claro que no pueden producir sino muy mal efecto ; y al paso que revelan muy poca prudencia en quien las dice, hacen una impresion muy desagradable en los que las oyen. Tal vez este sermón produci-

ria el debido efecto, si se arreglase conforme al siguiente modelo :

*Ego sum Pastor bonus. (Joan. x, 11).*

Solo Jesucristo ha podido decir con toda propiedad : Yo soy el buen Pastor : *Ego sum Pastor bonus.* Yo no me atrevo á decir que soy el buen pastor ; pero sí puedo asegurar que, ayudado de la gracia del Señor, procuraré imitar á Jesucristo, buen Pastor por excelencia, que dió su vida por la salud de sus ovejas. Sí, mis caros feligreses, yo deseo con todo mi corazón imitar á Jesucristo, Pastor amabilísimo de nuestras almas ; yo deseo con toda mi alma trabajar por vuestra salvacion, y, si fuese menester, dar por ella mi sangre y mi vida. Yo soy vuestro pastor, y vosotros sois mis caras ovejas : haga el cielo que así como estamos estrechamente unidos en la tierra, lo estemos tambien en el cielo durante la dichosa eternidad. ¡Oh, mi Dios! esta es la gracia que os pido, que yo tenga la dicha de salvarme en esta parroquia, y de ayudar á todos mis feligreses á salvarse conmigo. ¡Jesús mio, mi amable Salvador! concededme que yo me vea con todas mis ovejas á vuestra derecha en el último dia : esta es la gracia que os pido para ellos y para mí. Pedídsela tambien, hijos míos, para mí y para vosotros.

Yo no puedo conseguir mi salvacion, si no cumpla las grandes obligaciones que me incumben respecto de vosotros ; y vosotros difícilmente alcanzaréis la vuestra, si dejais de cumplir las obligaciones que teneis respecto de mí. Yo, á fuer de pastor, debo daros buen ejemplo, debo instruiros en las cosas de la Religion, debo prestaros todo género de servicios ; y vosotros, á título de ovejas, debeis respetarme é imitar lo que viéreis en mí de virtud, debeis ser asiduos en oír mis instrucciones y poner en práctica las doctrinas que os enseñaré, de-

beis corresponder á mis desvelos, honrándome con vuestra confianza y amistad. Expliquemos estas tres obligaciones recíprocas, y sabrémos cómo hemos de portarnos unos con otros.

Mi primer deber, respecto de vosotros, es daros buen ejemplo : así me lo enseña Jesucristo, primer modelo de los pastores. Él, como se dice en los Hechos de los Apóstoles, practicó todas las virtudes antes de predicarlas á los otros ; advirtiéndome con esto, que yo, como ministro suyo, mas he de predicar con el ejemplo que con la voz, y primero con las obras que con las palabras. ¿Por qué me ha puesto el Señor como un candelero en medio de esta parroquia? Para que mis buenas obras brillen como una luz delante de vosotros, é induzcan á cuantos las viéreis á glorificar con la imitación al Padre celestial : *Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum, qui in caelis est*<sup>1</sup>. El mismo Jesucristo me ha dicho que debo ser la sal de la tierra y la luz del mundo : *Vos estis sal terræ... vos estis lux mundi*<sup>2</sup>. ¿Y cómo sería sal, si en vez de preservaros del contagio del pecado, con mis malos ejemplos os propinase el veneno de la culpa? ¿cómo sería luz, si mis obras fuesen obras de tinieblas?

Desgraciado de mí, si por negligencia dejase de enseñaros el camino del cielo ; pero mi desgracia sería mucho mayor, si, mostrándoos el camino, os retrajese de él con algun mal ejemplo. ¡Ah! mejor me fuera no haber entrado jamás en esta parroquia, mas me valiera no haber nacido. Mi solo ejemplo, sin el socorro de la predicación, podría hacer un gran bien entre vosotros ; y todos mis sermones no harían fruto alguno,

<sup>1</sup> Matth. v, 16. — <sup>2</sup> Ibid. 13.

si no fuesen sostenidos con el buen ejemplo. Si yo no os diese buen ejemplo, ¿qué confianza podríais tener en mí? Y si os reprendiese por alguna falta de la que yo mismo fuese culpable, ¿no me responderíais : Médico, cúrate á tí mismo? ¿No me diríais, y con razon : Ya que esto es un mal, cómo es que tú lo haces?

Ya veis que hablo claro, y que no trato de disimular mis obligaciones respecto de vosotros ; no tomeis á mal si con la misma claridad os digo cuáles sean vuestros deberes respecto de mí. En primer lugar debeis honrarme y respetarme, imitando lo que viéreis en mí de bueno. No es mi persona para quien os pido el honor y el respeto, sino mi carácter y mi ministerio. ¡Ay de mí! ¿y quién soy yo, para querer que me honreis y respeteis? Soy un hombre como vosotros : *Et ego ipse homo sum*<sup>1</sup> : soy un hombre imperfecto, cargado de no pocas miserias, merecedor del desprecio de los demás hombres, y tal vez de la eterna condenación.

No obstante, cualquiera que sea mi indignidad, yo tengo el alto honor de ser vuestro pastor y vuestro cura ; yo tengo facultades y poderes, que no tuvieron jamás ni los Ángeles del cielo ni los reyes de la tierra ; yo puedo reconciliaros con Dios, abriros las puertas del paraíso é introducirlos en sus tabernáculos eternos ; yo, en fin, puedo consagrar el cuerpo y sangre de Jesucristo, y dároslo para alimento de vuestras almas. Al oír esto, ¿podeis dejar de concebir el mayor respeto y veneración al sagrado carácter de que me hallo revestido? San Pablo dice que los sacerdotes que trabajan por la salud de las almas son dignos de un doble honor : *Qui benè præsunt presbyteri, duplici honore digni habeantur : maxime qui laborant in verbo, et doctrina*<sup>2</sup>. Así que, vosotros debeis mi-

<sup>1</sup> Act. x, 17. — <sup>2</sup> I Tim. v, 17.

rarme como un ministro y representante de Jesucristo, amar-me como á vuestro pastor y padre espiritual, confiar en mí como en vuestro guía, y obedecerme como á un ángel visible que os habla de parte de Dios; no dejando de imitarme en todo lo que fuere digno de imitacion. Si yo no hago todo el bien que debiera, imitadme á lo menos en el poco que haré; y no importa que procureis ser mejores que yo, y que me lleveis la delantera en el camino de la virtud.

Mi segundo deber es instruiros en las cosas de la Religion. Este deber es mas grande y difícil de cumplir de lo que pensais. Yo he de enseñar el catecismo á los niños, el santo temor de Dios á los jóvenes, el recato á las doncellas, la vigilancia á los padres, la fidelidad á los casados, la piedad á los amos, la caridad á los ricos, la paciencia á los pobres, la religion á los libertinos y el camino del cielo á todos. No hay uno entre vosotros con quien no tenga alguna obligacion especial que cumplir: Dios os ha puesto á todos bajo mi cargo, me ha hecho responsable de vuestras almas, y algun dia me pedirá de ellas estrecha cuenta. En el dia del juicio mi suerte quedará indecisa hasta que esté juzgada la última alma de mi parroquia; y si se condena una sola por mi culpa, ¡ay! yo seré condenado con ella.

¡Ah, hijos míos, qué carga tan terrible pesa sobre mis hombros! Tened compasion de mí, ayudadme con vuestras oraciones, sed dóciles á mis avisos; y no lleveis á mal ni os admireis, si velo sobre vuestra conducta, si os amonesto, si os reprendo, si grito contra el desórden donde quiera que lo vea. ¡Desgraciado de mí, si me estuviese callado! ¿Puede un pastor guardar silencio cuando ve que las ovejas se extravían? no. Yo, pues, subiré frecuentemente á este púlpito; desde aquí gritaré contra los blasfemos, impúdicos, vengativos, escandalosos y toda suerte de pecadores; y mi lengua no callará,

y mis gritos no cesarán hasta que el desórden haya desaparecido. Y aun entonces estaré sobre la mira, redoblaré mi vigilancia, mis cuidados, mis amonestaciones, para que el mal no se repita. Mi Dios: iluminadme, fortalecedme, ayudadme á llevar la pesada carga de mi ministerio, á fin de que la lleve por amor de Vos, para gloria vuestra, y salud de las almas que me habeis encomendado.

Por lo que á vosotros toca, vuestro segundo deber es, asistir á mis instrucciones con diligencia, escucharlas con docilidad y ponerlas en práctica con resolucion. Cuando yo os haga alguna amonestacion, debeis oirla con respeto, como si os hablase el mismo Jesucristo; debeis recibirla con agradecimiento, puesto que os la haré llevado únicamente del deseo de vuestro bien; debeis cumplirla con fidelidad, seguros de que, obedeciéndome á mí, obedeceréis al mismo Dios.

Mi última obligacion es prestaros mis servicios, reputándome por vuestro siervo en Jesucristo, conforme lo hacia san Pablo: *Nos autem servos vestros per Jesum*<sup>1</sup>. Jesucristo, explicando el fin para el cual habia venido al mundo, decia, que no habia venido para ser servido, sino para servir: *Filius hominis non venit ministrari, sed ministrare*<sup>2</sup>; y yo debo decirlos igualmente, que he venido á esta parroquia, no precisamente para recibir vuestros servicios y obsequios, sino para consagraros mis vigiliias, mis cuidados y mis trabajos; y esto no en una ú otra ocasion, sino en todo tiempo, de dia, de noche, y siempre que vuestro bien lo exija. Por esto la Iglesia me obliga á residir entre vosotros, á fin de que me tengais siempre cerca, y á toda hora podais disponer de mi persona. Yo no soy cura para pasar una vida cómoda y estarme aquí sin hacer nada, sino para socorrer á los pobres, visitar á los

<sup>1</sup> II Cor. IV, 6. — <sup>2</sup> Matth. XX, 28.

enfermos, consolar á los afligidos, asistir á los moribundos, y volar al socorro de cuantos me necesiten. Esta es mi obligacion, y con la gracia de Dios confio cumplirla. Llamadme siempre que sea menester, no temais mortificarme : yo me tendré por dichoso, si, á imitacion de Jesucristo, logro sacrificar por vosotros mi reposo, mi salud y mi vida : *Animam meam pono pro ovibus meis* <sup>1</sup>.

En recompensa de estos servicios que os ofrezco, y que, como veis, no son de despreciarse, os pido vuestro amor y vuestra gratitud. Dios me es testigo de que os amo, os quiero y os deseo todo el bien que deseo para mí mismo : *Testis est mihi Deus, quomodo cupiam omnes vos in visceribus Jesu Christi* <sup>2</sup>. Así que yo me prometo que tambien lograré tener alguna parte en vuestro amor. ¡Ah! ¿qué recompensa mejor puedo desear de vosotros? Un párroco es dichoso cuando se ve sinceramente amado de sus feligreses.

Tambien espero me recompensaréis con vuestra gratitud. No creais que os hablo de una recompensa temporal, no : yo espero de vosotros una recompensa mas noble y mas propia para llenar mi corazon, cual es, que me concedais vuestra amistad, vuestra confianza y vuestras oraciones.

Á ellas se recomienda vuestro nuevo pastor, y en ellas cifra gran parte de sus esperanzas. Rogad por mí, niños ; vosotros sois mi alegría, mi gozo y mi corona : rogad por mí, jóvenes ; yo os llevo á todos dentro de mi corazon : rogad por mí, padres y madres ; yo vengo á compartir con vosotros el cuidado de vuestros hijos : rogad por mí, venerables ancianos ; yo os venero como á mis padres, y no os abandonaré en el lecho de la muerte : rogad por mí, viudas y huérfanos ; yo seré vuestro padre y protector, y os defenderé en todas par-

<sup>1</sup> Joan. x, 15. — <sup>2</sup> Philip. i, 8.

tes : rogad por mí, pobres de Jesucristo ; yo os asistiré en cuanto pueda y os trataré como á mis hermanitos desvalidos : rogad por mí, enfermos ; yo lo dejaré todo por consolaros, y, si es menester, emplearé en vuestro alivio cuanto haya en mi casa.

Dios mio : bendecid al pastor y al rebaño, para que nosotros podamos bendeciros en el cielo para toda una eternidad. Amen.

### REGLAMENTO DE VIDA.

Constituido ya el cura en su nueva parroquia, y pasada la agitacion de los primeros dias, su primer cuidado ha de ser formarse un reglamento de vida, y seguirlo con fidelidad en cuanto lo permitan las atenciones del curato. Es evidente que un cura que vive sin regla, no se halla en estado de imponerla á sus feligreses; ya porque, como dice san Bernardo, no es regular se atreva á aconsejarles lo que él mismo no observa: *Nemo fidenter reprehendit in quo se irreprehensibilem non confidit*; ya porque, caso que lo haga, su mismo mal ejemplo enerva, debilita y hace inútiles los consejos que da; ya, en fin, porque no hay probabilidad alguna de que Dios bendiga las palabras de un hombre que vive todo lo contrario de lo que enseña.

Hay quien opina que un reglamento de vida solo pueden guardarlo los que viven exclusivamente para sí, y disfrutan de la libertad de una vida enteramente privada; pero esto es una equivocacion. No hay quien con mas ó menos exactitud no pueda observar una cierta regla; y nadie tiene mas necesidad de ella que los que, como los curas, sirven al público y trabajan por el bien de los otros. Sin la sujecion á una regla fija y determinada, ¿cómo se evitarán esa inconstancia y esa desigualdad en el obrar que naturalmente ocasiona el manejo de los negocios ajenos, y que no obstante son sumamente opuestas á la vida interior, á los progresos de la virtud y al espíritu sacerdotal, que es espíritu de abnegacion y sacrifi-

cio? Somos de parecer que el siguiente plan de vida es aceptable por la generalidad de los señores curas, y que apenas habrá uno que no pueda seguirlo sin grande inconveniente de su parte.

Por lo regular levántese á las cinco de la mañana, si no hay quien espere para confesar; que si es dia de confesiones, sobre todo en verano, entonces tiene que anticipar la hora, á fin de entregarse un rato á la oracion, antes de entrar en el confesonario. Acuérdesse que el hombre público no tiene mas tiempo para sí que el que roba al sueño; y así tenga por máxima invariable hacer muy de mañana la oracion, y, si es posible, antes de emprender ninguna otra tarea; ya porque entonces el espíritu está mas dispuesto para entretenerse con Dios, ya porque, si no la hace á la primera hora, se expone á no hacerla en todo el dia, ó á hacerla corriendo y sin fruto.

Rece la misa en una hora conveniente y cómoda para que los que quieran puedan asistir á ella antes de ir al trabajo. La experiencia enseña que si la misa se dice temprano, muchos concurren á ella, aun cuando no sea dia de obligacion; cuando, por el contrario, si se dice tarde, no suelen oirla otros que el monacillo y la eriaada del cura. ¿Y por qué se ha de privar á la pobre gente de poder oir misa todos los dias, pudiéndoseles proporcionar este gran bien, sin mas trabajo que el de madrugar un poco?

Lo restante de la mañana podrá emplearlo en el rezo de las horas, en el estudio de algun punto de moral y en prepararse para el sermón del domingo siguiente. No se contente con tener un número limitado de sermones, de modo que le sea forzoso repetir los mismos cada año; antes procure trabajar continuamente sobre nuevas materias, á fin de que pueda siempre decir alguna cosa nueva á sus feligreses. Así será escuchado con mas gusto, sus palabras producirán mas fruto, y evita-

rá la ociosidad, que es el demonio meridiano de algunos curas, particularmente de los de corto vecindario.

La tarde la empleará en un rato de paseo, en la visita de los enfermos y en la del santísimo Sacramento. No deje pasar día sin visitar á Jesús residente por nuestro amor sobre los altares. Á mas del ejemplo edificante que con esto dará á la parroquia, ¿cuántas gracias, cuántos bienes espirituales y temporales alcanzará para sí y para sus ovejas? La lectura espiritual debe tener tambien su lugar en alguna hora de la tarde. Quizás no hay persona á quien la lectura espiritual sea mas necesaria que á los eclesiásticos y pastores de almas. El pueblo es instruido y advertido de sus faltas por sus curas; pero los curas no son advertidos de nadie, ó á lo menos lo son raras veces, si no recurren á la lectura de algun libro de piedad.

Cada semana, ó, á lo mas tardar, cada quince dias acérquese al santo tribunal de la Penitencia. Para hacerlo con mas fruto será conveniente que entre los párrocos vecinos elija por director al que le parezca mas sábio, mas ejemplar y mas celoso de la salud de las almas. Es imposible decir de cuánta eficacia sean los cuidados de un buen confesor para mantener en la piedad á un sacerdote cargado con el ministerio parroquial.

Cada mes escoja un dia en el que por espacio de dos ó tres horas se prepare para la muerte: examine qué progresos ha hecho en la virtud, qué defectos ha logrado enmendar, y qué victorias ha conseguido sobre la pasion dominante. Comparando así el tiempo pasado con el presente, conocerá si adelanta, si atrasa, ó si está parado en el camino de la propia santificacion.

Cada año haga algunos dias de retiro y la confesion anual: vea en qué estado se hallan sus negocios temporales, y procure arreglarlos haciendo su testamento, no consultando á la carne y á la sangre, sino conforme á los sagrados cánones,

los cuales previenen que los ahorros de los eclesiásticos, procedentes de los réditos del altar, sean empleados en obras pias. Este es el consejo que da san Agustin, diciendo: *Fac testamentum tuum, dum sanus es: in infirmitate positus, duceris quò tu non vis.* ¡Cuántos eclesiásticos, firmando su testamento, firman el decreto de su eterna reprobacion!

Véase, pues, cuál á nuestro juicio debe ser el plan de vida de un verdadero eclesiástico. El que lo observe en todas sus partes se santificará á sí propio y trabajará útilmente en la santificacion de los demás.

## DOMÉSTICOS.

Entre las buenas cualidades que el apóstol san Pablo exige de un pastor de almas, una de las principales es, que sepa gobernar bien á los que viven en su casa, manteniéndolos en el orden, en la sujecion y en una entera pureza de costumbres: *Sit domui suæ benè præpositum*<sup>1</sup>: porque, dice el mismo Apóstol, si álguien no sabe gobernar á su propia familia, ¿cómo gobernará á todo un pueblo, sobre el cual en cierto modo no tiene la misma auloridad? *Si quis autem domui suæ præesse nescit, quomodo Ecclesie Dei diligentiam habebit*<sup>2</sup>? No basta, pues, que un cura sea virtuoso y edificante; si sus domésticos no lo son tambien, aparte de que mas de una vez le cubrirán el rostro de confusion y vergüenza, su mal ejemplo hará estériles cuantos esfuerzos él haga para arreglar á los demás.

Así, pues, procure elegir para su servicio á personas de costumbres inmaculadas, y cuya virtud sea probada, pública, intachable y notoria á todos. Aun así no debe fiarse enteramente de ellas, sino velar sobre su conducta, procurando saber á qué lugares van, qué tratos tienen, y con qué clase de personas se relacionan. Si se apercibe de que faltan en cosa sustancial y que pueda escandalizar á la parroquia, como por ejemplo, que asistan al baile, tengan tratos amorosos, reciban visitas clandestinas, salgan de casa en horas sospechosas; corríjalas severamente, y redoble la vigilancia. Si hay enmien-

<sup>1</sup> I Tim. III, 4. — <sup>2</sup> Ibid. 5.

da, sopórtelas con caridad: si no, despídalas luego, y no permita permanezcan un dia mas en su casa. Esta providencia, aunque dura y severa, debe darla el cura por el honor del ministerio, por su propia reputacion, para edificacion de la parroquia, y sobre todo para enseñanza de los amos, quienes así aprenderán cómo deben portarse con un doméstico díscolo é incorregible.

No abundamos en el sentir de los que opinan que todo el clero, especialmente el parroquial, en vez de mujeres, debería llamar hombres para su servicio. Convenimos en que así se evitarian muchos peligros y no pocas sospechas, y en que de este modo se tendria la accion mas libre para atacar ciertos desórdenes, que ahora no se pueden tocar sino de un modo indirecto: y en este concepto debemos confesar que nos gusta sobremanera esta opinion, y que nos parece muy laudable el celo de los que la llevan. Mas, por muy grata que nos sea la tal opinion, considerada así en teoría, no la hallamos aceptable en la práctica, porque la vemos erizada de grandes dificultades, y de inconvenientes tal vez mayores que los que se pretenden evitar. Á nuestro juicio el ser servido por mujeres es para la generalidad del clero uno de los males que se dicen necesarios; y será sin duda por esto que ni los sagrados cánones, ni los obispos jamás se lo han prohibido. Lo que nos parece debe hacerse es, disminuir en lo posible los inconvenientes que pueda haber en ello; de modo que, ya que no sea dado quitar de raíz todo el mal, á lo menos quede reducido á sus mas pequeñas dimensiones.

Para esto es de todo punto necesario que el cura elija por sirvienta á una mujer de buenas condiciones, es decir, religiosa, temerosa de Dios, discreta, de modales finos, y que sepa recibir con urbanidad á los que vayan á la casa rectoral, particularmente á los feligreses y á los pobres. Luego tenga

sumo cuidado en tenerla á raya, y no concederle demasiada autoridad; no olvidando que la mujer, aunque sea buena, es naturalmente altanera y vanidosa, y que eso de verse sirvienta de un señor cura es cosa que la engrie y ensoberbece. Si el cura tiene la debilidad de dejarse dominar por la sirvienta, á mas de que muy pronto dejará de ser amo, ó cuando mas lo será de puro nombre, ella cometerá un sin fin de imprudencias, que tendrán malos resultados. Tratará con aspereza á los feligreses que no sean de su agrado, y tendrá la osadía de darles avisos y correcciones que no producirán otro fruto que el de hacer despreciar y aborrecer al cura, bajo la idea de que revela á la sirvienta lo que pasa en el secreto de las familias. De continuo irá á darle quejas ahora de este, ahora del otro; lo que solo servirá para inquietarle, y hacerle dar en público reprensiones inoportunas y fuera del caso; haciéndose así, y quizás sin pensarlo, ciego instrumento del enojo ó antipatía de la criada.

Á fin de que aprenda á no meterse en lo que no le toca, nunca hable en su presencia de los asuntos reservados de la parroquia, jamás de los desórdenes secretos, y rarísimas veces de los públicos. Si tiene que dar alguna correccion, tenga cuidado en no darla en su presencia, ni en lugar que pueda ella oirlo; y mucho menos le permita tomar parte en el asunto, y meter su cucharada; porque no hay cosa que mas irrite á un feligrés, que una palabra que le diga la criada del cura. Tampoco sufra ponga la mano en el incensario, queremos decir, que se mezcle en el gobierno de la parroquia; y por esto nunca diga delante de ella lo que tenga que advertir á su vicario ó á los párrocos vecinos. Si entre él y su vicario se suscitase alguna desavenencia ó surgiese alguna cuestion, léjos de permitir que ella se mezcle en el negocio, obre de modo que ni siquiera llegue á entenderlo, á fin de evitar que el vicario

sea tratado con menos respeto por ella, y prevenir los males que de esto podrian seguirse. No hallamos cosa mas afrentosa para un eclesiástico que el dejarse dominar por una mujer; y así tenga cuenta en no dejarle adquirir demasiado ascendiente sobre su espíritu, porque de seguro abusaria de él con no poca confusion suya: *Non des mulieri potestatem animæ tuæ, ne ingrediatur in virtutem tuam, et confundaris* <sup>1</sup>.

No queremos decir con esto que haya de tratarla con dureza, cual si fuese una esclava: la prudencia guarda en todo un justo medio. No tenga con ella demasiada familiaridad, para que no se haga insolente; pero tampoco use con ella de sobrado rigor, á fin de que no le pierda todo afecto. Un cura que siempre usa con la sirvienta de maneras bruscas, se la hace enemiga, es servido sin amor, y á veces sin fidelidad.

<sup>1</sup> Eccli. ix, 2.

### VICARIO.

Las desavenencias entre el cura y el vicario son males de gran trascendencia, que producen efectos funestísimos en la parroquia; pues, á mas del escándalo que siembran en ella, son motivo de que los feligreses toman parte en la cuestion, se dividen en bandos opuestos, y á semejanza de los corintios, se entregan á un cisma lamentable, declarándose cada cual á favor del que mejor le parece: *Ego quidem sum Pauli: ego autem Apollo: ego verò Cephae*<sup>1</sup>. De aquí nacen penden-  
cias, quejas, murmuraciones que hacen despreciable al cura igualmente que al vicario, é impiden el fruto de su predicacion, sobre todo en materias de concordia y fraternidad. Á veces la cuestion toma tales proporciones y llega á tal grado de virulencia, que, sin tener en cuenta la ruina que ocasionan á muchas almas, el uno procura destruir lo que el otro edifica, solo por el gusto de mortificarse mutuamente, y sin otra mira que la de ganarse partidarios. Basta, por ejemplo, que el cura declame contra ciertos abusos, para que el vicario los tolere, y aun los defienda: y por lo mismo que el vicario niega la absolucion á cierta clase de pecadores, el cura los absuelve sin dilacion. Por manera que no parece sino que enseñan dos Evangelios, ó que Cristo está dividido.

Quando un vicario pasa á servir en una parroquia, el cura ha de recibirle con toda caridad y agrado, pensando que es

<sup>1</sup> I Cor. 1, 12.

un auxiliar que Dios le envia para que trabaje á su lado, le ayude á llevar la carga pastoral, y tome parte en todas sus empresas y fatigas. Léjos de mostrarle ningun género de reserva ó desconfianza, y negarle toda intervencion en el gobierno de la parroquia; por el contrario ha de ponerle al corriente de lo que hay en ella, ha de tratar amistosa y cordialmente con él sobre el modo de ocurrir á sus necesidades espirituales, procurando trabajar los dos de concierto. Hágase cargo que el vicario es, respecto de él, como un aprendiz puesto bajo la enseñanza y direccion de un experimentado maestro; y así nada omita para instruirle perfectamente en todos los ramos que abraza el ministerio parroquial. Ejercítele en la administracion de los Sacramentos; y en lo que toca á los del Bautismo y Extremauncion, no se los deje administrar hasta que vea no hay peligro de que omita alguna cosa sustancial que pueda invalidarlos. Procure que de vez en cuando ejercite el ministerio de la predicacion, dándole los conocimientos que se requieren para su buen desempeño. Si, llevado de la timidez y pusilanimidad, rehusase hacerlo, procure darle ánimo, diciéndole ponga toda su confianza en Aquel que hace disertar las lenguas de los niños. Si el cura logra formar bien á su vicario, y hacer de él un excelente ministro del Evangelio, ¡qué servicio tan importante habrá prestado á la Iglesia! ¡cuántos méritos tendrá delante de Dios! Todo el bien que en lo sucesivo haga el vicario en las diferentes parroquias á que será destinado, podrá en cierto modo atribuirse á él, y de todo le cabrá en el cielo su parte y su recompensa.

Sucedé á veces que entre el cura y su vicario se atraviesa una cierta emulacion y envidia, que les es causa perenne de desazones y disgustos. El cura no puede sufrir que el vicario tenga mucha aceptacion en la parroquia, que sea mas aplaudido que él cuando predica ó catequiza, que su confesona-

rio sea muy concurrido, sobre todo de cierta clase de personas ; porque con esto se cree rebajado y ser tenido en menos. El vicario, viéndose así mas aplaudido que el cura, se llena de orgullo y vanidad, se considera mas capaz que él, y consiguientemente le desprecia. Nos tomaremos la libertad de advertir así al uno como al otro, que la envidia igualmente que la vanidad son pasiones mezquinas, que solo tienen cabida en almas pequeñas é innobles. El vicario debería meditar aquel dicho de san Pablo : *Quid autem habes quod non accepisti? Si autem accepisti, quid gloriaris quasi non acceperis* <sup>1</sup>? Asimismo el cura debería tener el modo de pensar que tenia el mismo Apóstol cuando decia : ¿Qué me importa que otros prediquen el Evangelio, y lo hagan con fruto? con tal que Jesucristo sea conocido y glorificado, aunque yo no sea el autor de ello, ya quedo contento, ni deseo otra cosa : *Quid enim? dum omni modo... Christus annuntietur; et in hoc gaudeo, sed et gaudebo* <sup>2</sup>.

El cura que, teniendo un buen vicario, le está mortificando continuamente, nunca aprueba el bien que hace, siempre murmura de él, jamás le tiene ninguna consideracion, y permite que sus domésticos le falten al respeto y le nieguen los servicios que le son debidos ; este cura indiscreto causa un daño muy considerable á su parroquia, porque precisa al vicario á pedir se le envíe á trabajar en otro punto, y priva á sus feligreses de un ministro útil, que tal vez no habrá quien le reemplace. Así como interesa al cura, que tiene un buen vicario, no darle ocasion ni motivo para separarse de él ; del mismo modo, es interés del vicario que tiene un buen cura, continuar en su compañía por el mayor tiempo que le sea posible. Hay vicarios que hablan indiscretamente del cura, no solo entre sus compañeros en el sacerdocio, sino entre los mis-

<sup>1</sup> I Cor. iv, 7. — <sup>2</sup> Philip. i, 18.

mos seglares ; que en nada le consultan, que no le dan cuenta de lo que hacen, que jamás le piden un consejo, y aun toman muy á mal que él se los dé, que obran independientemente en todo como si fuesen los amos ; estos vicarios imprudentes y faltos de educacion se perjudican á sí propios, pues sientan un mal precedente en su carrera, y tarde ó temprano llevan la pena de su pecado. El vicario que tiene virtud mira al cura como á padre, le es atento y obsequioso en todo, le da pruebas de amor y confianza, y soporta caritativamente sus defectos, persuadido de que él tambien tiene que soportar los suyos. Con la sirvienta evita dos cosas, la demasiada familiaridad y el tono sobradamente imperioso ; porque comprende que este le haria aborrecible, y aquella le expondria al peligro de perder la joya que mas debe apreciar un sacerdote.

Si á mas del vicario hay en la parroquia otros eclesiásticos, el cura debe procurar, en cuanto dependa de él, vivir con ellos en buena inteligencia y armonía, á fin de inducirles á trabajar en la viña del Señor, segun su capacidad y talento. Esto se entiende cuando dichos eclesiásticos son de costumbres recomendables ; porque, si su conducta fuese escandalosa, en este caso convendria dejarlos, pues su trabajo haria mas daño que provecho. Estos por su parte deben honrar al cura como á su pastor, ayudarle en todo lo que emprenda por el bien de sus feligreses, y contribuir en cuanto puedan al buen orden de la parroquia. Es una cruz para un pobre párroco verse contrariado siempre en el desempeño de sus obligaciones por la gente seglar ; pero esta cruz es mucho mas pesada, cuando la contradiccion le viene de parte de sus mismos hermanos en el sacerdocio.

Dirémos aquí, porque tal vez no tendríamos oportunidad para decirlo en otro lugar, que el cura que tiene alguna iglesia sufragánea no debe abandonarla al cuidado exclusivo de

su vicario, sino que ha de cuidarla por sí mismo, según lo permitan sus fuerzas, y conforme lo exija la necesidad. Él es pastor de la iglesia aneja igualmente que de la principal, y de consiguiente es deber suyo conocer aquella porción de su rebaño, hacer que aquellas ovejas oigan de vez en cuando su voz, y reciban de su misma mano un pasto saludable: *Diligenter agnosce vultum pecoris tui, tuosque greges diligenter considera*<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Prov. xxvii, 23.

## PARIENTES.

Entre los sacrificios que Dios exige de un párroco, no es el menos interesante el de despojarse de todo amor desordenado á la carne y á la sangre, y renunciar á toda afección demasiado tierna hácia los parientes. Parece que el Señor, al enviarle á su parroquia, le dice lo que dijo á un antiguo patriarca: *Egredere de terra tua, et de cognatione tua, et de domo patris tui, et veni in terram quam monstrabo tibi*<sup>1</sup>. Si él rehusa hacerle este sacrificio, al paso que no será reconocido por discípulo suyo, se imposibilitará, como asegura san Carlos Borromeo, para hacer ningun bien considerable en su parroquia. Así que es de todo punto indispensable que en orden á sus parientes observe las reglas siguientes:

Á no ser por motivo de caridad, ó por razon de servicio, de ningun modo consienta en tenerlos establemente en su casa. Los feligreses no suelen verlos con buen ojo, y les tienen marcada aversion; porque piensan, y á veces lo aciertan, que ellos se regalan con los bienes de la Iglesia, y comen la porción que por otra parte es debida á los pobres. Si despues ven que el cura les da una carrera mas brillante de lo que corresponde á su familia, ó que les coloca en un matrimonio mas ventajoso de lo que merece su condición, entonces la murmuración se hace general y el descontento llega á su colmo. Los

<sup>1</sup> Gen. xii, 1.

males que de esto se siguen no hay por que ponderarlos ; la discrecion de cada cual los comprenderá fácilmente.

Si por algun motivo justificado se ve precisado á encargarse de algun pariente, como de la hermana, del sobrino ó de la sobrina, tome con ellos las mismas precauciones que dijimos debe tomar con la sirvienta, y si cabe, aun mas serias y rigorosas. Vele sobre su conducta : esté á la mira de lo que pasa á su contorno : vea si hay salidas de noche, visitas, amoriós y otras cosas semejantes. Viva alerta, y no se fie de su bondad, por grande que parezca ; porque personas jóvenes, bien vestidas, no mal alimentadas, bastante desocupadas, cuales suelen ser las que viven en la casa rectoral, no son por cierto las que tienen las pasiones mas muertas, y de consiguiente las que necesitan de menos vigilancia. ¡Cuán de temer es que mientras el hermano ó el tio está ocupado en las cosas de su ministerio, la hermana ó la sobrina se entregue á todo género de diabluras! Créasenos, la casa rectoral es un lugar muy peligroso y ocasionado á grandes desgracias, sobre todo para las hermanas y sobrinas del cura. Quisiéramos que se nos comprendiese, y que el cura indagase bien qué objeto llevan ciertas personas que frecuentan su casa : tal vez sus indagaciones le harian comprender que hay quien mas va por la hermana que por el hermano, mas por la sobrina que por el tio.

Tanto para el bien espiritual de los mismos parientes, como para edificacion de la parroquia, es muy conveniente que frecuenten los Sacramentos, á lo menos cada quince dias. ¿Qué concepto se podria formar de un cura, cuyos domésticos solo confesasen una ó dos veces al año? No es cosa decente que cuando algun pariente del cura ha entrado ya en negociaciones para contraer matrimonio, permanezca en su casa, sobre todo si la persona interesada vive en la misma parroquia. La razon de esto es tan óbvia, que creemos excusado escribirla.

Sin negar que en la distribucion de limosnas que hace el cura puedan sus parientes pobres llevar su porcion, y aun, si se quiere, un tanto mas pingüe que los pobres comunes, recordaremos que los bienes eclesiásticos en su institucion no fueron destinados á enriquecer á los parientes, sino á socorrer á los pobres, excepto la parte indispensable para la decorosa manutencion del clérigo. Sin ningun comentario de nuestra parte, transcribiremos aquí un párrafo de una carta pastoral que san Cárlos Borromeo dirigió al clero de su diócesis. *Christus Dominus apertissimè ostendit se potestate miraculorum non usurum ad voluntatem matris secundùm carnem, sed Patris tantùm cœli, à quo missus fuerat, cùm in nuptiis dicenti, vinum non habent, respondit: Quid mihi et tibi est, mulier?... O utinam sic sacerdotes agnatis et parentibus dicerent: Quid cum reditibus nostris? Non hos pro vobis accepimus, sed pro pauperibus adjuvandis, ac nostro victu... O beatum sacerdotem, qui sic cum suis tractat!*

### ORNATO DE LA IGLESIA.

La iglesia es el templo en que habita especialmente el Dios de majestad, la casa destinada al recogimiento y á la oracion, el lugar donde se obran los misterios mas sublimes, particularmente el de la sagrada Eucaristía, que reside en él dia y noche. Y así merece toda la atencion y cuidado del cura, por manera que, á proporcion del celo que él tendrá por su limpieza y aseo, contribuirá el pueblo en los gastos necesarios para su conservacion y decencia.

El párroco, pues, tenga gran cuidado de que en la iglesia todo esté limpio, altares, confesonarios, sacristía, ornamentos, vasos sagrados; cumpliendo así aquel verso de David, que cada dia reza en la misa: *Domine, dilexi decorem domus tuæ, et locum habitationis gloriæ tuæ*<sup>1</sup>. Por lo que le aconsejamos no pierda de vista lo que los sagrados cánones previenen sobre este punto, y lea con reflexion lo que los moralistas enseñan acerca del peligro que corre la conciencia de un cura que usa de ornamentos derrotados, ó tiene sáculos los sagrados vasos, ó no renueva las sagradas formas con la debida frecuencia, ó deja que el santísimo Sacramento quede sin luz por un tiempo considerable.

Se ha de convenir en que hay iglesias tan pobres, que apenas tienen lo suficiente para conservar su limpieza y decoro. En este caso, que es harto frecuente, y cada dia amenaza serlo

<sup>1</sup> Psalm. xxv, 8.

aun mas, se puede un tanto salir del apuro con encargar á cada una de las familias principales de la parroquia el cuidado de un altar, á cada cual el de aquel á cuyo Santo titular tenga mas devocion; procurando sobre todo interesar en ello á las señoras. Sea que lo hagan por motivo de piedad, sea que lo tomen como un punto de honor, pronto se verá como las familias comienzan á rivalizar entre sí en la decoracion del altar encomendado, esforzándose cada cual para que el suyo sea el mas limpio, el que tenga mejores manteles, y el que mas brille en un dia de funcion. Para ocurrir á los demás gastos, disponga que cada año y en tiempo conveniente se haga una cuestacion por toda la parroquia, asistiendo, si puede ser, él mismo, acompañado del Ayuntamiento y de los obreros. No dude que las limosnas serán abundantes, si de su parte concurren estas tres cosas: que el pueblo vea que hace un buen uso de lo que recoge; que contribuya él tambien, dando á lo menos tanto como el feligrés mas rico; que el domingo antes de hacer la cuestacion la anuncie desde el pié del altar, excitando á los fieles á la generosidad y al desprendimiento. Para seguridad de su conciencia, y á fin de evitar sospechas, vaya notando en un libro, destinado al efecto, todo lo que recibe á favor de la iglesia, expresando el empleo que haya dado á los fondos. No permita que los obreros ó administradores de cofradías apliquen las rentas que administran á sus usos particulares, y mucho menos á usos profanos; y hágales dar cuenta todos los años del modo con que las han invertido.

De tiempo en tiempo predique sobre el respeto que se debe tener en la iglesia y al Señor que sacramentalmente habita en ella. De ningun modo tolere la grosería de ciertas personas que, no haciendo distincion alguna entre la mesa del altar y cualquiera otra mesa comun, se apoyan en ella durante la misa, ó lo que no es menos indecente, colocan sobre ella los gor-

ros ó sombreros. Enséñeles, mas con el ejemplo que con la palabra, el modo de guardar silencio, modestia, recogimiento y devocion; seguro de que nada de esto conseguirá si, á imitacion de ciertos eclesiásticos, tiene la costumbre de hablar, reir y chocarrear en el coro mientras se celebran los divinos oficios, ó de conversar, gritar, disputar con el monacillo ú obrero, al tiempo de estarse revistiendo en la sacristía para celebrar la misa.

## INSTRUCCION.

Despues de la oracion y del buen ejemplo, el medio mas poderoso para reformar las costumbres de una parroquia y cimentar en ella la piedad, es la instruccion; porque ella ilustra los entendimientos, mueve los corazones, desvanece los errores del espíritu, destruye los falsos pretextos con que se escudan los malos, muestra la hermosura de la virtud, pone de manifiesto la fealdad del vicio, y, por decirlo todo de una vez, lleva al hombre al conocimiento del Evangelio, y le induce á abrazar con gusto sus preceptos y sus consejos. Desengañese el cura; mientras sus feligreses no tengan la instruccion debida de las cosas de la Religion, no harán mas que extraviarse lastimosamente; mientras no conozcan, ó solo conozcan de un modo imperfecto, los atractivos de la virtud, sus ventajas y sus recompensas, no moverán un dedo para adquirirla; mientras no comprendan la enormidad del pecado y los males sin cuento á que conduce, no tratarán de dejarlo; porque nadie hace diligencias para adquirir una cosa cuyo mérito ignora; así como nadie tampoco procura evitar un mal, que no llega á conocer.

Por esto es obligacion grave de todo cura hacer cuanto esté de su parte para tener á sus feligreses perfectamente instruidos en todos los puntos que debe saber un cristiano para salvarse. El santo concilio de Trento habla de esta obligacion en términos, que indican bien su importancia y gravedad. Dejando aparte varios textos que vendrian al caso, solo aduci-

rémolos que tocan la cuestion de un modo mas directo : hélos aquí : «Del mismo modo los arciprestes, párrocos y todos «los que de cualquier modo poseen iglesias parroquiales, ú «otras con cura de almas, dén á lo menos los domingos y fiestas solemnes por sí, ú otras personas capaces, hallándose impedidos, pasto saludable á los pueblos que les están encomendados, enseñando lo que todos necesitan saber para salvarse, explicándoles en pocas y sencillas palabras los vicios «de que se han de apartar, y las virtudes que deben seguir, «para librarse de las penas eternas y alcanzar la gloria celestial<sup>1</sup>. — Los obispos cuidarán que á lo menos los domingos «y otros días festivos, aquellos á quienes corresponda enseñen con cuidado, cada uno en su parroquia, á los niños los «rudimentos de la fe y la obediencia á Dios y á sus padres ; «si fuese necesario, les obligarán á cumplir con esta obligación, aun con censuras eclesiásticas<sup>2</sup>. »

Pero se debe advertir que, así como el pan mal amasado, ó mal cocido, en vez de aprovechar, daña al que lo come ; igualmente, las instrucciones que no están dispuestas en debida forma son desabridas, infructuosas y á veces perjudiciales á los que las oyen. De aquí se deduce que el párroco, antes de darlas en público, debe prepararlas bien en su retrete ; de otro modo, si sin preparacion suficiente, presume decir lo que la suerte le pondrá en los labios, hablará sin exactitud, sin orden y sin unción : hará repeticiones que fastidiarán al auditorio, omitirá cosas esenciales en materias muy importantes, dará decisiones falsas ó dudosas, proferirá expresiones duras y malsonantes, y, por decirlo de una vez, dirá muchas palabras y pocas cosas, usando de una verbosidad in-

<sup>1</sup> Conc. Trid. sessio. 5, cap. 2 de Reform.

<sup>2</sup> Conc. Trid. sessio. 24, cap. 4 de Reform.

sulsa, que no dará otro resultado que el de hacer odiosa la divina palabra.

Para que sus instrucciones sean sólidas y fructuosas, es indispensable esté medianamente versado en la lectura de la Escritura santa y en el estudio de la teología especulativa y moral. No hay cosa mas insulsa y desabrida que una instruccion cristiana que no esté adornada con pensamientos y expresiones sacadas de la Escritura y de los santos Padres ; si le falta esto, aunque por otra parte sea amena y florida, siempre queda fria, insípida ; y mas parece un discurso de algun filósofo, que razonamiento de un predicador del Evangelio.

Se comprende que no todos los curas pueden ser originales, es decir, que no se hallan en disposicion de componer por sí mismos las instrucciones que deban dar al pueblo ; porque á unos faltan los conocimientos indispensables de la Escritura y teología, así especulativa como práctica ; y otros, aunque los tengan, ignoran el arte de coordinarlos y ponerlos en debida forma. Para esto hay dos remedios : primero, tener buenos libros de sermones, y sacar de ellos los párrafos que se crean mas útiles para promover el bien de las almas. Entre los varios libros que pueden servir al intento, figura, aunque tal vez en último lugar, el *Catequista orador*, que hace tiempo dimos á luz, el cual, caso de no tener otra cualidad que le recomiende, á lo menos tiene la de estar escrito en estilo conciso, natural, inteligible y puesto al alcance de todos. El segundo remedio es, cuando se ha oido un sermón de algun buen predicador, hacer luego sus apuntes, poniendo el plan, la proposicion, las divisiones, los textos mas notables de la Escritura y las sentencias sacadas de los santos Padres. Para esto será conveniente tener un libro en blanco, y en él ir apuntando por orden alfabético todo lo mejor que en materias predicables se vaya oyendo ó leyendo. Con esta sencilla opera-

cion, al cabo de algun tiempo se tendrá un repertorio selecto y precioso, que casi equivaldrá á una biblioteca completa.

De los sobredichos libros escoja, no lo que sea mas florido y campanudo, que no es esto lo que ordinariamente hace fruto; sino lo que sea mas necesario, mas útil y mas acomodado á la escasa comprension del pueblo. Fije bien en su memoria todo lo que haya de decir: de lo contrario, el embarazo de la lengua y las suspensiones que forzosamente habrá de hacer, quitarán á sus palabras toda la fuerza y toda la uncion. No abrace demasiada materia en una sola instruccion; porque, ó tendrá que tratarla superficialmente, y entonces no hará fruto; ó habrá de ser muy difuso, y en tal caso fatigará la paciencia de los que le escuchan.

Por mas que prepare bien sus instrucciones bajo el punto de vista literario, no espere gran fruto de ellas, si antes de darlas no va á los piés de su Crucifijo á fomentarlas con el sagrado calor de la oracion. Para conmover al que oye, es menester esté conmovido el que habla; y no puede comunicar calor al corazon de los otros, quien no le tiene en el suyo propio. Mas, ¿cómo tendrá el cura el calor que se requiere para persuadir, si prescinde de la oracion, que es el principal medio para adquirirlo? Además, ¿cómo quiere que Dios bendiga sus trabajos, si él presume hacerlo todo por sí solo? ¿Ignora acaso que; *Neque qui plantat est aliquid, neque qui rigat; sed qui incrementum dat Deus*<sup>1</sup>? ¿Puede olvidar el *Sine me, nihil potestis facere*<sup>2</sup>? Los Santos, en habiendo de predicar, primero acudian al Crucifijo que á los libros; y del mismo Jesucristo leemos que, habiendo de dia predicado á las turbas, pasaba las noches enteras en la oracion: *Erat pernoctans in oratione Dei*<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> I Cor. III, 7. — <sup>2</sup> Joan. xv, 5. — <sup>3</sup> Luc. vi, 12.

## PREDICACION.

Puesto que el cura está obligado por derecho natural, eclesiástico y divino á tener, cuanto sea de su parte, á sus feligreses perfectamente instruidos en la doctrina cristiana, es consiguiente le indiquemos los medios que debe adoptar para conseguirlo. El primero es, explicarles las verdades, así dogmáticas como morales de la Religion, por medio de pláticas. Este método de instruir es excelente, sobre todo si el que lo emplea tiene dotes oratorias. La plática se puede hacer de dos maneras, ó dándole la forma de sermon, ó arreglándola al estilo de homilía. Para hacerla del primer modo se elige un texto del Evangelio del dia, se deduce de él alguna verdad clásica perteneciente á la fe ó á las costumbres; y tomándola por objeto principal del discurso, se van aduciendo pruebas, hasta tenerla profundamente grabada en el ánimo de los oyentes; viniendo al último al terreno de la práctica por medio de aplicaciones oportunas, que tiendan á la reforma de las costumbres, á la extirpacion de los desórdenes mas comunes en la parroquia, y al ejercicio de las virtudes cristianas que sean mas propias del estado de cada uno.

Las verdades sobre las cuales debe el cura insistir con mas empeño, y que con mas frecuencia ha de tratar, son las siguientes: la necesidad de entregarse á Dios desde los primeros años; la malicia del pecado mortal y sus consecuencias; la caridad para con el prójimo; el perdon de las injurias; la paz entre las familias; la sumision á los padres y demás su-

cion, al cabo de algun tiempo se tendrá un repertorio selecto y precioso, que casi equivaldrá á una biblioteca completa.

De los sobredichos libros escoja, no lo que sea mas florido y campanudo, que no es esto lo que ordinariamente hace fruto; sino lo que sea mas necesario, mas útil y mas acomodado á la escasa comprension del pueblo. Fije bien en su memoria todo lo que haya de decir: de lo contrario, el embarazo de la lengua y las suspensiones que forzosamente habrá de hacer, quitarán á sus palabras toda la fuerza y toda la uncion. No abrace demasiada materia en una sola instruccion; porque, ó tendrá que tratarla superficialmente, y entonces no hará fruto; ó habrá de ser muy difuso, y en tal caso fatigará la paciencia de los que le escuchan.

Por mas que prepare bien sus instrucciones bajo el punto de vista literario, no espere gran fruto de ellas, si antes de darlas no va á los piés de su Crucifijo á fomentarlas con el sagrado calor de la oracion. Para conmover al que oye, es menester esté conmovido el que habla; y no puede comunicar calor al corazon de los otros, quien no le tiene en el suyo propio. Mas, ¿cómo tendrá el cura el calor que se requiere para persuadir, si prescinde de la oracion, que es el principal medio para adquirirlo? Además, ¿cómo quiere que Dios bendiga sus trabajos, si él presume hacerlo todo por sí solo? ¿Ignora acaso que, *Neque qui plantat est aliquid, neque qui rigat; sed qui incrementum dat Deus*<sup>1</sup>? ¿Puede olvidar el *Sine me, nihil potestis facere*<sup>2</sup>? Los Santos, en habiendo de predicar, primero acudian al Crucifijo que á los libros; y del mismo Jesucristo leemos que, habiendo de dia predicado á las turbas, pasaba las noches enteras en la oracion: *Erat pernoctans in oratione Dei*<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> I Cor. III, 7. — <sup>2</sup> Joan. xv, 5. — <sup>3</sup> Luc. vi, 12.

## PREDICACION.

Puesto que el cura está obligado por derecho natural, eclesiástico y divino á tener, cuanto sea de su parte, á sus feligreses perfectamente instruidos en la doctrina cristiana, es consiguiente le indiquemos los medios que debe adoptar para conseguirlo. El primero es, explicarles las verdades, así dogmáticas como morales de la Religion, por medio de pláticas. Este método de instruir es excelente, sobre todo si el que lo emplea tiene dotes oratorias. La plática se puede hacer de dos maneras, ó dándole la forma de sermon, ó arreglándola al estilo de homilía. Para hacerla del primer modo se elige un texto del Evangelio del dia, se deduce de él alguna verdad clásica perteneciente á la fe ó á las costumbres; y tomándola por objeto principal del discurso, se van aduciendo pruebas, hasta tenerla profundamente grabada en el ánimo de los oyentes; viniendo al último al terreno de la práctica por medio de aplicaciones oportunas, que tiendan á la reforma de las costumbres, á la extirpacion de los desórdenes mas comunes en la parroquia, y al ejercicio de las virtudes cristianas que sean mas propias del estado de cada uno.

Las verdades sobre las cuales debe el cura insistir con mas empeño, y que con mas frecuencia ha de tratar, son las siguientes: la necesidad de entregarse á Dios desde los primeros años; la malicia del pecado mortal y sus consecuencias; la caridad para con el prójimo; el perdon de las injurias; la paz entre las familias; la sumision á los padres y demás su-

periores ; el cuidado de los hijos y demás dependientes ; el peligro que hay en los tratos, bailes y semejantes diversiones mundanas ; la fealdad del detestable vicio de la impureza, y daños irreparables que causa ; la santificacion de las fiestas ; el respeto en la iglesia ; las condiciones de una buena confesion ; la frecuencia de Sacramentos ; la necesidad de prepararse con tiempo para la muerte ; la devocion al santísimo Sacramento, á los Santos y á la Reina de ellos, María santísima. Estas verdades comunes podrá tratarlas el cura en la misa parroquial y en las pláticas que dirija á sus feligreses desde el pie del altar ; pero será muy bueno, y se lo aconsejamos mucho, que ó por sí mismo, ó por medio de su vicario, ó de algun predicador forastero llamado al intento, haga tres ó cuatro veces cada año un sermon desde el púlpito, y con *Ave María*, sobre las verdades mas fuertes de la Religion, como son los novísimos, la impenitencia final, la muerte del pecador, la comunion sacrílega, el callar pecados en la confesion y la infinita misericordia de Dios. Esta clase de sermones llevan sobre las pláticas una gran ventaja, y es que en ellos brilla mas la palabra de Dios, causan mas novedad, cautivan mas la atencion, y consiguientemente producen mas fruto. La experiencia enseña que, si el que los predica sabe manejarlos con destreza y habilidad, hacen maravillas y logran grandes conversiones.

Aunque el cura ha de disponer de tal modo sus pláticas, que siempre parezcan nuevas, aun cuando no lo sean en el fondo ; sin embargo, no tenga reparo alguno en tratar con frecuencia aquellas materias de que tienen mas necesidad sus feligreses. Hay quien no se atreve á hablar de una misma cosa mas que dos ó tres veces al año, por temor de que esto no se le atribuya á falta de conocimientos ; pero esto es un absurdo. Si solo dos ó tres veces al año se predica contra ciertos desórde-

nes, ¿ cómo se extirparán ? San Pablo escribia á Timoteo que predicase oportuna é importunamente : *Prædica verbum, instat opportunè, importunè* ; es decir, con insistencia y sin tregua ; porque si no se vuelve muchas veces sobre un mismo punto de moral, los abusos contrarios no desaparecen ; cuando si se usa de una cierta importunidad, dirigida como se supone por la prudencia, al fin se pone remedio á los males mas inveterados.

La plática, como queda dicho, puede tambien arreglarse en forma de homilía, y se hace del modo siguiente : Despues de haber expuesto palabra por palabra todo el Evangelio del dia, se vuelven á tomar por separado todos los textos mas notables y que ofrecen alguna circunstancia particular, digna de ser observada, haciendo sobre cada uno las reflexiones á que se presten y sean mas adecuadas á las diferentes condiciones de los que escuchan. Este método de instruir fue muy familiar á los santos Padres, sobre todo á san Agustin, san Juan Crisóstomo, san Gregorio y san Leon papa, quienes usaron de él con gran provecho del pueblo cristiano. No es dado á todos componer homilías perfectas y acabadas ; pero con el auxilio de buenos expositores, como son Tirini, Cornelio Alápide y sobre todo el cardenal Hugo, se nos figura que un cura de medianos alcances puede hacer homilías bastante buenas y de gran provecho.

## CATECISMO.

De todas cuantas funciones abraza el ministerio eclesiástico, la mas excelente, la mas necesaria, y al mismo tiempo la mas meritoria, es la que ejerce el sacerdote cuando enseña el catecismo. Es la mas excelente, porque ha sido la ocupacion favorita de los Santos mas ilustres, la de todos los Apóstoles, y hasta la del mismo Jesucristo, de quien se lee que iba recorriendo las ciudades y aldeas, enseñando á todos el reino de Dios: *Iter faciebat per civitates, et castella, prædicans et evangelizans regnum Dei*<sup>1</sup>. Es la mas necesaria, porque ¿qué cosa mas necesaria que enseñar á los hombres la naturaleza de Dios, sus perfecciones, su religion, sus leyes, su voluntad, sus promesas, sus premios y sus castigos? Mas se aprenden estas cosas en un solo catecismo que en diez sermones; porque los sermones son como las lluvias estrepitosas de verano, que forman grandes torrentes sin penetrar en la tierra, por tener el curso demasiado rápido; al paso que el catecismo es como la lluvia de invierno que, cayendo suavemente en pequeñas gotas, se infiltra en la tierra hasta el fondo, y la dispone para dar frutos abundantes. Es tambien la funcion mas meritoria, porque siendo la menos brillante en la apariencia, es la mas pensosa en la realidad.

Con el catecismo logrará el cura ventajas inapreciables, que no conseguirá por ningun otro medio: tendrá el consuelo de

<sup>1</sup> Luc. VIII, 1.

ver á los niños dados á la virtud, antes que puedan entregarse á los vicios; y Dios tomará posesion de sus inocentes corazones, primero que el demonio vaya á apoderarse de ellos: tendrá una fundada esperanza de que estos niños perseverarán en la virtud, y de que, siendo con el tiempo buenos jefes de familia, le ayudarán á perpetuar la piedad en la parroquia: se granjeará el amor y la estimacion de los niños, la benevolencia y confianza de los padres, y lo que es mas, las bendiciones y recompensas del Señor, quien, en premio de sus desvelos y fatigas, hará que brille en el cielo como las estrellas del firmamento: *Qui ad justitiam erudiunt multos, fulgebunt quasi stellæ in perpetuas æternitates*<sup>1</sup>.

Para que el catecismo dé los buenos resultados que acabamos de decir, es menester partir de los siguientes principios: Puesto que no necesitan menos de él los adultos que los niños, tanto para aprender lo que ignoran, como para no olvidar lo que saben, debe el cura destinar á la enseñanza del catecismo la hora mas cómoda para que pueda asistir la generalidad de los feligreses. Por esto pare atención á cuál de las dos misas concurre mas pueblo, si á la matutinal ó á la mayor, y escoja para la instruccion aquella á la cual suele haber mas asistencia. Si nota descuido en asistir, excite el celo de los que pueden remediarlo, sobre todo el de los padres, amos y maestros. Jamás deje ni acorte el catecismo por complacer á ciertos feligreses perdidos, que desean salir pronto de la iglesia para poder emplear mas tiempo en sus negocios y holganzas. La prudencia de ciertos curas que ó lo dejan del todo ó lo enseñan á la ligera, con el fin, segun dicen, de evitar quejas y murmuraciones, no es prudencia evangélica, sino animal y terrena. Ahórrensele en hora buena al prójimo todos los pecados que

<sup>1</sup> Dan. XII, 3.

buenamente se pueda ; pero que no sea esto en perjuicio de las almas, y faltando á la propia obligacion.

Durante el catecismo será bueno que los niños estén separados de los adultos, y colocados en lugar que sus respuestas puedan oirse desde las extremidades de la iglesia. No vaya el cura á preguntar á los adultos, á no ser que ellos mismos se ofreciesen espontáneamente á responder ; de lo contrario se creerian afrentados, y no osarian asistir mas al catecismo. Los niños deben igualmente estar separados de las niñas, y puestos todos en tal orden, que cada uno de los dos pelotones esté dividido en secciones diferentes, poniendo en una á los mas grandecitos y aventajados, y en otra á los mas pequeños y que saben menos. Comience por preguntar á los mas pequeños ; y á fin de que, mientras está con ellos, los otros no se distraigan, hágalos una que otra pregunta sobre las cosas mas fáciles : así los obligará á estar atentos, y al propio tiempo impedirá que olviden aquella doctrina, que por ser mas fácil, no es menos necesaria. Igualmente será bueno que mientras habla con los mas grandecitos, haga algunas preguntas á los pequeños : de este modo impedirá el que estén distraidos mirando á una y á otra parte ; y aun puede suceder que alguna vez los grandes queden saludablemente confusos, viendo que los pequeñitos responden mejor que ellos. Si es posible, ningún niño salga del catecismo sin haber sido preguntado : por pequeños que sean, se les ha de obligar á decir alguna cosa, ya para introducir entre ellos un cierto estímulo y emulacion, ya para halagar á sus padres, quienes, viendo que el cura se ocupa de sus chiquillos, tendrán mas cuidado de enyiárselos, les instruirán de antemano para que puedan contestar bien, y ellos mismos asistirán para oir sus respuestas.

Mientras el cura enseña el catecismo, ponga cuidado en no hablar demasiado : no es él quien ha de hablar mucho, sino

los niños. Así que, no ha de contentarse con que digan á secas las respuestas, sino que les ha de obligar á explicarse, del modo que sepan, sobre cada una de ellas : de este modo les irá acostumbrando á explicar lo que piensan, y les pondrá en disposicion de saber dar razon de lo que dicen. Si á cada pregunta añade el cura una larga disertacion, la cabeza flaca de los niños no podrá escucharla toda sin distraerse : por el contrario, si sus reflexiones son breves y penetrantes, los niños las comprenderán, y sacarán gran fruto de ellas. Una misma respuesta hágala repetir á diferentes niños, mas ó menos, segun fuere mas larga, difícil ó interesante : y á fin de que todos los que están en la iglesia la perciban mejor, escoja á un niño de los mas despejados, quien, puesto de cara á la concurrencia, la diga en voz alta, sonora é inteligible. Tome el cura tal posicion, que nunca dé las espaldas á nadie ; y colóquese en lugar que con la vista pueda dominar no solo á los niños que tiene á su contorno, sino tambien á todos los que están en la iglesia : su mirada continua les impondrá respeto y hará que le escuchen con mas atencion. No vaya andando de una parte á otra ; y si alguna vez tiene que cambiar de lugar, no hable mientras camina : de lo contrario, muchas de sus palabras se perderán en el aire y pasarán desapercibidas. Tampoco se acostumbre á ciertas frases favoritas ; porque, por muy exactas que sean, si las repite con mucha frecuencia, vendrán á hacerse ridículas, y serán materia de broma en las juntas y en los corrillos.

El catecismo se ha de enseñar con mucha dulzura y afabilidad, siguiendo en esto el ejemplo de Jesucristo, de quien nos dice el Evangelio que, cuando catequizaba á los niños, se les mostraba tan dulce y amable, que los abrazaba tiernamente : *Complexans eos*. La dulzura atrae y gana á los niños ; al paso que la dureza y el desabrimiento los aparta, los des-

corazona y les cierra la boca. ¿Por qué incomodarse con un pobre niño que no aprende desde luego lo que se le enseña? Lo que conviene es, compadecerse de él, tratarle con afecto y cariño, y con toda caridad irle repitiendo la misma pregunta, en la esperanza de que si hoy no la sabe, la sabrá otro día. Este aviso es de san Pablo: *Infirmum autem in fide assumite*<sup>1</sup>. Evítense, pues, las palabras duras é injuriosas, y con mucha mas razon los castigos y las amenazas, las cuales se oponen al espíritu de mansedumbre que debe animar al catequista, y que le está expresamente recomendado por el mismo Apóstol: *Vos qui spirituales estis, hujusmodi instruite in spiritu lenitatis*<sup>2</sup>.

El catecismo requiere además gran tino, y mucha prudencia y circunspección. Gran tino en las expresiones que se profieren, á fin de no decir cosa alguna que pueda desedificar á los oyentes, lo que principalmente se ha de observar cuando se habla del sexto precepto. Mucha prudencia en las caricias que se hacen á los niños: sería grande indiscrecion hacerlas á los niños con cuyos padres se tiene alguna amistad particular, y negarlas á aquellos con cuyos padres ha mediado alguna queja ó cuestion; porque, como cualquiera ve, esto daria lugar á que se dijese que el cura se deja dominar de la pasion, y que hasta en la misma iglesia da muestras del rencor que abriga en el pecho. Mucha circunspeccion en el trato que se da á los mismos chiquillos, no mostrándose mas complaciente con los de familias ricas que con los de padres pobres, para que no se pueda sospechar que el cura hace excepción de personas. Creemos excusado advertir, que con las niñas se ha de tener un comportamiento algo mas sério y formal que con los niños, por las razones que desde luego ocurrirán á cualquiera.

<sup>1</sup> Rom. xiv, 1. — <sup>2</sup> Gal. vi, 1.

El cura debe igualmente estudiar bien el carácter y la índole de cada uno de los niños que instruye, para saber cómo debe portarse con ellos. Á los que son de condicion tímida y apocada, ha de procurar darles ánimo, alabándoles cuando responden bien, y dando importancia á lo poco que saben, como si supieran mucho. Á los que tienen el genio demasiado vivo y atrevido, hágales de vez en cuando alguna pregunta á la que no sepan responder; y esto al intento de humillarlos é impedir el que desprecien á los demás. Si el cura hace alguna pregunta difícil, ó propone algun caso para resolver, por ejemplo, si pregunta: ¿Los padres que permiten á sus hijos el tener tratos amorosos están seguros en conciencia? en este y otros semejantes casos diríjase á los niños mas instruidos y que tengan mas facilidad en contestar. Si el caso es muy difícil y tal que pueda embarazar al niño, propóngalo en términos que la misma pregunta indique la respuesta. Si el niño responde con exactitud, apoye y corrobore su decision con razones breves y evidentes: si el niño da una resolucion demasiado fuerte, atempérela del modo que sea justo. Estas decisiones dadas por los niños hacen frecuentemente mas impresion y efecto en las personas adultas, que si las diese el mas consumado teólogo.

Durante el catecismo se ha de tener un aire afable, jovial y festivo; cuidando empero de que la jovialidad no degenera en truhanería; porque esto seria faltar al respeto que es debido á la palabra de Dios, al lugar santo, al sagrado ministerio y al auditorio. Por esto nunca se ha de hacer ninguna pregunta que provoque á risa, ó bien haga formar una idea baja de las cosas santas. Por ejemplo: á un niño que ha respondido que Dios está en todos los lugares, no debe hacerse esta otra pregunta, ¿está, pues, en tu faltriquera? Esta y otras semejantes preguntas, al paso que revelan la bajeza

del espíritu del catequista, imprimen en la mente de los oyentes ideas groseras, que difícilmente se borran. Por la misma razón jamás el cura se sirva de expresiones que, tomadas en cierto sentido, puedan tener una significación poco casta: en todo cuanto dice ha de acreditar mucha cordura y sensatez.

Para complemento de este artículo advertiremos, que no se ha de pensar que los feligreses están ya suficientemente instruidos en la doctrina cristiana porque saben recitarla; pues, como cualquiera conoce, no puede decirse que la saben hasta que la entienden bien, y se hallen en estado de aplicarla oportunamente. Así que el cura no ha de contentarse con que sus feligreses sepan recitar la doctrina; sino que ha de esmerarse en que la entiendan. Hacemos esta observación, porque hemos visto alguna parroquia en la que los niños saben decorar con mucha expedición y soltura todo el catecismo; pero no entienden jota de lo que dicen.

### VIGILANCIA PASTORAL.

La vigilancia del pastor es el alma de una parroquia: en faltando esta, los vicios crecen, el desorden toma incremento, y los escándalos se propagan de un modo rápido y asombroso. Los malos no encuentran diques que los contengan, siembran descaradamente la zizaña entre los buenos, y levantan su frente insolente ante los ojos del mismo cura, puesto que ven los tiene cerrados. Este cura es como aquellos ídolos de quienes dice David, que tienen ojos y no ven, tienen oído y no oyen, tienen lengua y no hablan, tienen manos pero sin movimiento ni acción. Sustitúyase á ese fantasma de pastor un cura vigilante: su sola presencia lo enfrena todo; una mirada suya intimida al libertino, le reprime, y le obliga, si no á corregirse, á lo menos á guardar alguna moderación, y hasta á aparentar virtud y moralidad. ¡Cuántas virtudes flacas y vacilantes sostiene la vigilancia de un cura celoso! ¡Cuántas almas descarriadas vuelve al buen camino! ¡Cuántos escándalos corta! ¡Cuántos pecados impide! Una parroquia á la que Dios ha concedido un pastor vigilante y solícito, es como un jardín bien cultivado, y perfectamente cerrado por todas partes, en el que las plantas crecen con lozanía, sin peligro de que ninguna bestia entre á talarlas: al contrario, la parroquia á la que ha tocado la desgracia de tener un cura indolente y omiso, es semejante á aquellas selvas donde nunca entra ningún cazador, las cuales suelen ser habitación tranquila y segura de toda clase de fieras. Acuérdesse, pues, el cura, que

del espíritu del catequista, imprimen en la mente de los oyentes ideas groseras, que difícilmente se borran. Por la misma razón jamás el cura se sirva de expresiones que, tomadas en cierto sentido, puedan tener una significación poco casta: en todo cuanto dice ha de acreditar mucha cordura y sensatez.

Para complemento de este artículo advertiremos, que no se ha de pensar que los feligreses están ya suficientemente instruidos en la doctrina cristiana porque saben recitarla; pues, como cualquiera conoce, no puede decirse que la saben hasta que la entienden bien, y se hallen en estado de aplicarla oportunamente. Así que el cura no ha de contentarse con que sus feligreses sepan recitar la doctrina; sino que ha de esmerarse en que la entiendan. Hacemos esta observación, porque hemos visto alguna parroquia en la que los niños saben decorar con mucha expedición y soltura todo el catecismo; pero no entienden jota de lo que dicen.

### VIGILANCIA PASTORAL.

La vigilancia del pastor es el alma de una parroquia: en faltando esta, los vicios crecen, el desorden toma incremento, y los escándalos se propagan de un modo rápido y asombroso. Los malos no encuentran diques que los contengan, siembran descaradamente la zizaña entre los buenos, y levantan su frente insolente ante los ojos del mismo cura, puesto que ven los tiene cerrados. Este cura es como aquellos ídolos de quienes dice David, que tienen ojos y no ven, tienen oído y no oyen, tienen lengua y no hablan, tienen manos pero sin movimiento ni acción. Sustitúyase á ese fantasma de pastor un cura vigilante: su sola presencia lo enfrena todo; una mirada suya intimida al libertino, le reprime, y le obliga, si no á corregirse, á lo menos á guardar alguna moderación, y hasta á aparentar virtud y moralidad. ¡Cuántas virtudes flacas y vacilantes sostiene la vigilancia de un cura celoso! ¡Cuántas almas descarriadas vuelve al buen camino! ¡Cuántos escándalos corta! ¡Cuántos pecados impide! Una parroquia á la que Dios ha concedido un pastor vigilante y solícito, es como un jardín bien cultivado, y perfectamente cerrado por todas partes, en el que las plantas crecen con lozanía, sin peligro de que ninguna bestia entre á talarlas: al contrario, la parroquia á la que ha tocado la desgracia de tener un cura indolente y omiso, es semejante á aquellas selvas donde nunca entra ningún cazador, las cuales suelen ser habitación tranquila y segura de toda clase de fieras. Acuérdesse, pues, el cura, que

Dios le ha encargado su rebaño, no para que se esté dormido, sino para que vele, para que guarde todas las avenidas, y no permita que el lobo entre fraudulentamente en el redil y le arrebate alguna oveja. ¡Ah! él será responsable á Dios de todas las almas que perecieren por su falta de cuidado y vigilancia, conforme se lo amenaza el mismo Dios por Ezequiel : *Speculatorem dedi te domui Israel... sanguinem autem ejus de manu tua requiram*<sup>1</sup>.

Esta vigilancia ha de ser universal, es decir, que el cura ha de velar indistintamente sobre todos sus feligreses, sin excepcion de clases ni personas. Niños, jóvenes, casados, padres, amos, criados, maestros, secretarios, regidores, tropa, si la hay, todos han de participar de su cuidado y solitud, todos han de ser objeto de su mirada atenta é indagadora ; porque de todos habrá de responder en el tribunal de Dios. Su vista ha de recorrer continuamente toda la parroquia, no fijándola solo en este ó en aquel punto, sino mirándolo todo, examinándolo bien todo, casas, tabernas, tiendas, escuelas, salas de baile, etc. ; procurando estar al corriente de lo que en tales lugares se dice, se hace ó se deja de hacer, seguro de que en todos encontrará abusos que corregir y escándalos que cortar. No recomendamos aquí á los curas aquella vigilancia ridícula y pueril, que se ocupa de cosas las mas frívolas, que de nada forma grandes delitos, y que, parándose en bagatelas, siempre está dispuesta para avisar, corregir y dar reprensiones : semejante vigilancia hace mas daño que provecho. La vigilancia que inculcamos es aquella vigilancia prudente y circumspecta que, ciñéndose á lo que mira á la gloria de Dios y á la salvacion de las almas, prescinde de todo cuanto no afecta estos dos grandes objetos. ¿ Por qué se ha de

<sup>1</sup> Ezech. III, 17.

ocupar un cura de los asuntos temporales de la parroquia? No son los intereses materiales de los feligreses los que Dios le ha confiado, sino los de sus almas : mientras se limite á cuidar de estos, Dios le ayudará con su gracia ; pero no tiene que esperarla cuando, fuera de propósito, se mezcla en aquellos.

Como el cura no puede ver por sí solo todo lo que pasa en la feligresía, no será fuera del caso que se valga de alguna persona, llena de prudencia y caridad, para averiguar los desórdenes que ocurran. Pero ha de obrar de modo, que nadie entienda quién le da los avisos, y aun á veces convendrá que ni el mismo delator conozca que se hace caso de sus delaciones, á menos que sea sujeto muy probado. Antes de dar una correccion, examine bien dos cosas : primera, si el hecho es cierto y va revestido de las mismas circunstancias que se le han dicho : segunda, si hay probabilidad de que el culpable oirá la amonestacion con fruto. Si omite lo primero, se expone á dar una reprension á quien no la merece ; y si pasa por alto lo segundo, corre riesgo de darla con mas daño que provecho.

La vigilancia pastoral ha de ser continua y perseverante. El buen Jacob velaba de día y de noche sobre el rebaño de Laban ; y esto lo hizo, no por corto tiempo, sino por espacio de veinte años, sufriendo el calor del dia, el frio de la noche y el rigor de todas las estaciones, sin dar descanso á sus ojos : *Diu, noctuque æstu urebar et gelu, fugiebatque somnus ab oculis meis*<sup>1</sup>. Tanto, y aun mas, debe velar el cura sobre las almas que el Señor ha puesto á su cuidado. No basta que, al entrar en el curato, despliegue gran celo, actividad y vigilancia ; no basta que procure desterrar los escándalos, reprimir los abusos y establecer el buen orden : es menester perseverar,

<sup>1</sup> Gen. xxxi, 40.

es menester no dormirse ; porque bastarán pocos meses de descuido para que los desórdenes retoñen, haciéndose mas difíciles de desarraigar la segunda vez que la primera. ¡Oh, cuántos curas faltan á esta regla! Unos, habiendo logrado desde un principio arreglar su parroquia, viven sin temor en lo sucesivo, persuadidos de que el mal no puede reproducirse. Otros, viendo que sus primeros trabajos han sido infructuosos, pierden toda esperanza de hacer fruto alguno en lo venidero, y consiguientemente desisten de su primera vigilancia, y dejan su parroquia en un cierto abandono. Otros, en fin, en llegando á cierta edad, cargan todo el cuidado de sus ovejas sobre un vicario novel y sin experiencia, resultando de aquí que, no temiéndose ya ni la mirada del cura ni la del vicario, nada hay que se oponga á la propagacion del vicio, ni contenga los progresos de la inmoralidad.

## RESIDENCIA.

Un cura es en su parroquia lo que es un piloto en un navío, un general en un ejército, un centinela en su puesto, y un gobernador en una plaza sitiada : y al modo que estos no pueden abandonar su posicion sin faltar á la primera de sus obligaciones ; igualmente no puede el cura abandonar su parroquia sin contravenir al mas sagrado de sus deberes. El primero y principal deber de un cura es vivir en medio de su rebaño ; porque, como dice el santo concilio de Trento, sin esto no puede cumplir ninguna de las obligaciones que van anexas á su ministerio : *Quæ omnia nequaquam præstari possunt et impleri ab iis, qui gregi suo non assistunt, sed mercenariorum more deserunt* <sup>1</sup>.

Y en efecto : ¿ cómo queda una parroquia en la ausencia de su pastor? Como una consorte abandonada de su esposo, como los hijuelos desamparados de su padre. Los ignorantes quedan sin maestro, los pecadores sin guia, los díscolos sin vigilante, los enfermos sin asistente, los pobres sin padre, y los pupilos sin defensor : las ovejas quedan expuestas á ser pasto de los lobos, los enfermos á morir sin Sacramentos, y los recién nacidos á salir de este mundo sin bautismo : las instrucciones, ó cesan del todo, ó son mas raras y menos eficaces ; los buenos se desaniman, los perversos cobran ánimo, los fervorosos se relajan, y gran parte del rebaño se disper-

<sup>1</sup> Conc. Trid. sessio. 13, de Resid. cap. 1.

sa, resultando de todo esto aquella gran desgracia de que se lamentaba el Señor por un Profeta : *Oves meæ factæ sunt in devorationem bestiarum agri, eò quòd non esset pastor*<sup>1</sup>. No se diga que á todos estos males se ocurre suficientemente, dejando un suplente ó encargado que cuide de la parroquia. Á mas de que todas las obligaciones que llevamos indicadas son mas propias y personales del cura que de ningun otro, ¿cómo podrá el suplente llenar tan bien su cometido, que á cada paso no se eche de menos la presencia del pastor, y no se palpén los males incalculables que resultan de su ausencia? ¿Tiene el suplente el prestigio que tiene el propio cura? ¿Conoce las necesidades del momento como las conoce aquel? ¿Sabrá dar los avisos y amonestaciones que reclaman las circunstancias?

No entraremos á discutir si el cura puede ausentarse de su parroquia por tantos ó cuantos dias, y si para hacerlo necesita la licencia del Diocesano : solo dirémos, porque esto es cierto, que debe ausentarse muy rara vez, y por tan poco tiempo como le sea posible. Nunca se ausente en las grandes solemnidades, para que no queden privados de la percepcion de los Sacramentos los muchos fieles que en ellas acuden á recibirlos; como ni tampoco en vigiliass de fiestas, por temor de que su ausencia dé ocasion á los jóvenes de vaguear de noche, frecuentar las tabernas y otros lugares peligrosos, y cometer otros excesos que son harto frecuentes en semejantes dias. Tan exacta residencia es algo penosa, lo conocemos; pero es necesaria al bien de la parroquia, es saludable al pastor, y menos molesta de lo que parece para quien está acostumbrado á ella, y ama de veras á las almas : *Servivit Jacob pro Rachel septem annis, et videbantur illi pauci dies præ amoris magnitudine*<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Ezech. xxxiv, 5. — <sup>2</sup> Gen. xxix, 20.

## DISENSIONES Y PARTIDOS DE PARROQUIA.

Á nadie se ocultan los males eternos y temporales que resultan á una parroquia de los partidos y disensiones. Odios, disgustos, injusticias, calumnias, venganzas, pleitos, estas son las consecuencias ordinarias de las divisiones que reinan en el comun. ¡Feliz el cura que sabe prevenirlas! ¡Dichoso el que logra apagarlas! ¡Desgraciado el que las causa, el que las fomenta, el que las mira con frialdad ó indiferencia! Para ahogarlas, igualmente que para prevenirlas, es necesaria mucha prudencia, una prudencia consumada.

Lo primero que ha de hacer un cura, en cuya parroquia el demonio ha logrado introducir el espíritu de division y discordia, es pedir humildemente á Dios que derrame el espíritu de paz y conciliacion en el ánimo de todos sus feligreses, y que le ayude á restablecerlo. Luego procure ganarse la confianza de uno y otro bando, para que reciban bien y escuchen con docilidad cuanto les dirá para conciliarlos. La falta de confianza y la prevencion que á veces tienen las partes contrinantes contra el pastor, son causa de que no se le escuche sino para contrarrestar sus amonestaciones y avisos. Por esto acuérdesese que es el padre comun de todos, y que en calidad de tal debe guardar una especie de neutralidad, no declarándose á favor de ningun partido, sino escuchando, recibiendo á los dos con toda paciencia y caridad, y sin enojarse, por imprudentes que sean los que le hablan. Si se declara abiertamente contra un partido, el otro protestará contra su mediacion, y aun dirá que fomenta las disensiones. Si cuando los dos partidos tratan de sus negocios en presencia suya, él habla con ardor, se

sa, resultando de todo esto aquella gran desgracia de que se lamentaba el Señor por un Profeta : *Oves meæ factæ sunt in devorationem bestiarum agri, eò quòd non esset pastor*<sup>1</sup>. No se diga que á todos estos males se ocurre suficientemente, dejando un suplente ó encargado que cuide de la parroquia. Á mas de que todas las obligaciones que llevamos indicadas son mas propias y personales del cura que de ningun otro, ¿cómo podrá el suplente llenar tan bien su cometido, que á cada paso no se eche de menos la presencia del pastor, y no se palpén los males incalculables que resultan de su ausencia? ¿Tiene el suplente el prestigio que tiene el propio cura? ¿Conoce las necesidades del momento como las conoce aquel? ¿Sabrá dar los avisos y amonestaciones que reclaman las circunstancias?

No entraremos á discutir si el cura puede ausentarse de su parroquia por tantos ó cuantos dias, y si para hacerlo necesita la licencia del Diocesano : solo dirémos, porque esto es cierto, que debe ausentarse muy rara vez, y por tan poco tiempo como le sea posible. Nunca se ausente en las grandes solemnidades, para que no queden privados de la percepcion de los Sacramentos los muchos fieles que en ellas acuden á recibirlos; como ni tampoco en vigiliass de fiestas, por temor de que su ausencia dé ocasion á los jóvenes de vaguear de noche, frecuentar las tabernas y otros lugares peligrosos, y cometer otros excesos que son harto frecuentes en semejantes dias. Tan exacta residencia es algo penosa, lo conocemos; pero es necesaria al bien de la parroquia, es saludable al pastor, y menos molesta de lo que parece para quien está acostumbrado á ella, y ama de veras á las almas : *Servivit Jacob pro Rachel septem annis, et videbantur illi pauci dies præ amoris magnitudine*<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Ezech. xxxiv, 5. — <sup>2</sup> Gen. xxix, 20.

## DISENSIONES Y PARTIDOS DE PARROQUIA.

Á nadie se ocultan los males eternos y temporales que resultan á una parroquia de los partidos y disensiones. Odios, disgustos, injusticias, calumnias, venganzas, pleitos, estas son las consecuencias ordinarias de las divisiones que reinan en el comun. ¡Feliz el cura que sabe prevenirlas! ¡Dichoso el que logra apagarlas! ¡Desgraciado el que las causa, el que las fomenta, el que las mira con frialdad ó indiferencia! Para ahogarlas, igualmente que para prevenirlas, es necesaria mucha prudencia, una prudencia consumada.

Lo primero que ha de hacer un cura, en cuya parroquia el demonio ha logrado introducir el espíritu de division y discordia, es pedir humildemente á Dios que derrame el espíritu de paz y conciliacion en el ánimo de todos sus feligreses, y que le ayude á restablecerlo. Luego procure ganarse la confianza de uno y otro bando, para que reciban bien y escuchen con docilidad cuanto les dirá para conciliarlos. La falta de confianza y la prevencion que á veces tienen las partes contrinantes contra el pastor, son causa de que no se le escuche sino para contrarrestar sus amonestaciones y avisos. Por esto acuérdesse que es el padre comun de todos, y que en calidad de tal debe guardar una especie de neutralidad, no declarándose á favor de ningun partido, sino escuchando, recibiendo á los dos con toda paciencia y caridad, y sin enojarse, por imprudentes que sean los que le hablan. Si se declara abiertamente contra un partido, el otro protestará contra su mediacion, y aun dirá que fomenta las disensiones. Si cuando los dos partidos tratan de sus negocios en presencia suya, él habla con ardor, se

muestra como indignado, ó deja escapar alguna palabra fogosa ó mordaz contra alguno, echará aceite en el fuego, y léjos de apagar el incendio, avivará mas sus llamas.

Propóngales y hágalos convenir en que las diferencias se terminen por medio de árbitros prudentes y equitativos. Si los dos partidos tienen igual confianza en él, y desean que sea uno de los árbitros, puede aceptar la mediacion, á no ser que prevea que se atraerá la animadversion del que saldrá condenado, ó se trate de alguna cuestion de derecho, superior á sus luces. Ni en uno ni en otro caso convendrá que se preste á ser árbitro; pero se esmerará en persuadirles que para esto elijan á personas sábias, prudentes y religiosas, asistiendo él, si lo desean, con las partes en las sesiones, manifestando siempre absoluta neutralidad y un vivo deseo de la conciliacion y de la paz. Conseguida esta, procurará con expresiones sábias y juiciosas inducir al vencedor á que guarde moderacion, y no haga alarde del triunfo conseguido, á fin de no agriar la parte que quedó vencida.

Las mismas reglas debe observar con los particulares que tienen desavenencias entre sí. Las mas veces no se trata sino de una friolera; y un cura dotado de caridad, cuando advierte en las partes una terquedad invencible, sabe hacer un acto de generosidad, persuadido de que, dando de lo suyo, estorba muchos pecados, compra barato la paz, y se libra de grandes quebraderos de cabeza.

Si el cura ha de esmerarse en guardar á sus parroquianos del espíritu de litigio, todavía debe trabajar mas en precaverse á sí mismo de él. Un cura que entra en pleitos y disputas, no hace nada en su parroquia, es aborrecido de sus ovejas, y se atrae el desprecio del público. Desgraciadamente el espíritu litigioso y pendenciero es una manía, de la que raras veces se cura. El párroco prudente y virtuoso jamás emprende

pleito alguno, sino cuando no puede menos, y despues de haberlo consultado con personas discretas, las cuales le aseguren que su derecho es claro y que la cosa es de entidad. Pleitea cuando se le disputan los derechos de su beneficio, de los cuales no es dueño; pero lo hace con tal moderacion, que no se encruelece con la parte contraria, antes siempre se la muestra dispuesto á entrar en razonables transacciones. Por pequeñas, por cosas de su interés particular nunca riñe ni disputa con nadie, porque comprende que debe dar ejemplo de desprendimiento, y que nada hace tan odioso á un párroco, como el que se diga de él que es avaro ó interesado.

Añadirémos por via de apéndice á este artículo, que las cuestiones mas fastidiosas, y al mismo tiempo mas difíciles de dirimir, son las que se suscitan entre los particulares sobre bancos y sillas de la iglesia. Si los curas quieren ahorrarse malos ratos, les aconsejamos que no tomen parte en semejantes cuestiones, y que dejen disputar á los que tengan gusto de hacerlo. Ellos no consientan que nadie coloque banco ó silla en la iglesia, sin que por medio de un documento auténtico les muestren tener derecho á ello. Si por complacer á ciertas familias comienzan á tolerarlo ó disimularlo, pronto vendrán otras con la misma exigencia y pretension; y ellos se verán en la dura alternativa, ó de hacer excepcion de personas, ó de concederlo á cuantos lo pidan, que á buen seguro no serán pocos. Cuando la cuestion versare sobre algun banco ó silla colocados ya de tiempo en la iglesia, guárdese el cura de dirimirla como juez, aunque se le inste mucho á ello: dígalos que lleven la cuestion ante el Diocesano, exponiendo cada parte el derecho que en justicia crea competérle. Si á consecuencia de esto hubiere de informar, pare atencion en qué términos lo hace; y si puede hacerlo de palabra, no lo haga por escrito.

### ASISTENCIA EN EL CONFESONARIO.

La asistencia continua en el tribunal de la Penitencia es el mejor medio que puede adoptar un cura para conocer á sus parroquianos, descubrir sus necesidades espirituales, y darles un remedio tan eficaz como oportuno. Tenga por cierto que mas pecados cortará en cuatro horas de confesonario, que con veinte sermones dispuestos con mucha habilidad, y predicados con gran celo. Sucede con esto lo que sucedió al profeta Natan, cuando de parte de Dios fué á reprender á David por el adulterio cometido con Betsabé, mujer de Urías. Mientras le habló en términos vagos y generales, pintándole su pecado bajo la alegoría de un hombre rico que, teniendo muchas ovejas propias con que preparar una comida, mató para ello la única que tenia un hombre harto pobre, David no se dió por aludido, ni cayó en la cuenta; pero tan pronto como el Profeta le aplicó la metáfora y le dijo: *Tu es ille vir*<sup>1</sup>, vos, ó Rey, sois el que, teniendo muchas consortes, habeis sacrificado á vuestra concupiscencia la única que tenia vuestro vasallo Urías, le hizo entrar en sí, y le obligó á hacer penitencia. En los sermones se habla en general, y aunque se pinten muy al vivo los pecados de los que escuchan, son muy pocos los que hacen la debida aplicacion, y toman como dichas para sí nuestras palabras. Pero cuando en el confesonario les hablamos en singular y les decimos: *Tu es ille vir*, vos sois el padre in-

<sup>1</sup> II Reg. XII, 7.

dolente que no educáis á vuestros hijos, vos sois el jóven disoluto que escandalizais á toda la parroquia, etc., entonces les ponemos ante los ojos su propio retrato, y les precisamos á reconocerse y á enmendarse.

Por esto el cura ha de ser muy exacto y puntual en asistir al confesonario, no aguardando á que los penitentes le llamen, sino presentándose él mismo espontáneamente, como quien convida á los feligreses á la confesion. Si solo va al confesonario cuando es llamado, ó si muestra que va con cierta repugnancia, créanos, muchos que desearian confesar dejarán de hacerlo, porque en el primer caso les detendrá el rubor y empacho que suele causar á la gente sencilla el llamar á un confesor, y en el segundo les retraerá el temor de mortificarle. Pero si él mismo se anticipa á sus deseos, si él mismo les llama y les convida, asegurándoles que frecuentando los Sacramentos, léjos de mortificarle, le darán un gran consuelo y satisfaccion, no dude que no tardará en ver su confesonario rodeado de penitentes. Muchos feligreses no confiesan con frecuencia, ¿por qué? porque no se les da ocasion de hacerlo. La experiencia enseña que en aquellas parroquias en las que el cura asiste con asiduidad al confesonario, son muchas las personas que frecuentan los Sacramentos, y consiguientemente viven ajustadas á los deberes cristianos; al paso que en aquellas parroquias en que el cura se hace de rogar, se confiesa muy poco, y por consecuencia necesaria cunde la desmoralizacion y el desórden.

Así que, en las fiestas, sobre todo en las mas solemnes, y en ciertas parroquias todos los sábados y vigiliass, debe el cura presentarse muy de mañana en el santo tribunal, siendo mejor que él haya de aguardar á los penitentes, que no que los penitentes hayan de esperarle á él. Hágase cargo que en toda poblacion hay una gran porcion de personas que, por sus

obligaciones domésticas, no pueden estar mucho tiempo en la iglesia ; y si no procura despacharlas pronto, haciendo que puedan comulgar antes de la primera misa, tendrán que desistir de confesarse frecuentemente, con no poco detrimento de sus almas.

Para atraer gente al confesonario, y hacer que se generalice en una parroquia la costumbre de confesar y comulgar cada mes, hay un medio tan seguro como sencillo. Establézcanse la Cofradía del *Corpus* y la del santísimo Rosario, excítese á los parroquianos á entrar en ellas, háganseles ver las muchas gracias é indulgencias que pueden conseguir confesando y comulgando los primeros y terceros domingos; y puede el cura estar cierto que no le faltará trabajo en tales dias. Si, fuera de estos, hay alguno que acuda para confesarse, óigale con todo amor y afabilidad; haciéndose cargo que los que acuden en dias de trabajo, ó en horas desacostumbradas, lo hacen generalmente, ó porque tienen gran necesidad de desahogarse, ó porque desean hacer una confesion general.

### CONFESORES EXTRAORDINARIOS.

Basta tener un poco de experiencia en la direccion de las almas, basta poseer algun conocimiento del corazon humano, y aun del suyo propio, para comprender que donde los feligreses están siempre precisados á confesarse con el cura párroco, han de abundar sobremanera las profanaciones y los sacrilegios. El descubrir las propias flaquezas á un confesor desconocido, es cosa que á muchos ya les arredra y asusta : ¿qué ha de ser, pues, cuando se está precisado á descubrirlas á un confesor que, siendo el propio cura, conoce perfectamente al que confiesa, le llama por su propio nombre, quizá le honra con su confianza y amistad, y le tiene en el mejor concepto? Cosa es esta tan penosa y repugnante á la flaqueza humana, que muchos, antes que hacerla, prefieren cargarse el alma de sacrilegios y precipitarse en la eterna perdicion. Créannos los señores curas, crean á quien les habla en nombre de Jesucristo y de las almas redimidas con su sangre, y les dice lo que le ha enseñado la experiencia : en las parroquias donde no hay proporcion de confesarse con otro que con el cura, se callan muchos pecados por vergüenza, se hacen muchas confesiones y comuniones sacrílegas. Ellos no lo piensan así, antes viendo que sus feligreses apenas se confiesan de culpa grave, creen cándidamente que son otros tantos Abeles en la inocencia, y aun se dan á sí mismos el parabien de tener un rebaño tan puro é incontaminado. Pero siéntense en el confesonario en tiempo de alguna mision, oigan las confesiones de es-

obligaciones domésticas, no pueden estar mucho tiempo en la iglesia ; y si no procura despacharlas pronto, haciendo que puedan comulgar antes de la primera misa, tendrán que desistir de confesarse frecuentemente, con no poco detrimento de sus almas.

Para atraer gente al confesonario, y hacer que se generalice en una parroquia la costumbre de confesar y comulgar cada mes, hay un medio tan seguro como sencillo. Establézcanse la Cofradía del *Corpus* y la del santísimo Rosario, excítese á los parroquianos á entrar en ellas, háganseles ver las muchas gracias é indulgencias que pueden conseguir confesando y comulgando los primeros y terceros domingos; y puede el cura estar cierto que no le faltará trabajo en tales dias. Si, fuera de estos, hay alguno que acuda para confesarse, óigale con todo amor y afabilidad; haciéndose cargo que los que acuden en dias de trabajo, ó en horas desacostumbradas, lo hacen generalmente, ó porque tienen gran necesidad de desahogarse, ó porque desean hacer una confesion general.

### CONFESORES EXTRAORDINARIOS.

Basta tener un poco de experiencia en la direccion de las almas, basta poseer algun conocimiento del corazon humano, y aun del suyo propio, para comprender que donde los feligreses están siempre precisados á confesarse con el cura párroco, han de abundar sobremanera las profanaciones y los sacrilegios. El descubrir las propias flaquezas á un confesor desconocido, es cosa que á muchos ya les arredra y asusta : ¿qué ha de ser, pues, cuando se está precisado á descubrirlas á un confesor que, siendo el propio cura, conoce perfectamente al que confiesa, le llama por su propio nombre, quizá le honra con su confianza y amistad, y le tiene en el mejor concepto? Cosa es esta tan penosa y repugnante á la flaqueza humana, que muchos, antes que hacerla, prefieren cargarse el alma de sacrilegios y precipitarse en la eterna perdicion. Créannos los señores curas, crean á quien les habla en nombre de Jesucristo y de las almas redimidas con su sangre, y les dice lo que le ha enseñado la experiencia : en las parroquias donde no hay proporcion de confesarse con otro que con el cura, se callan muchos pecados por vergüenza, se hacen muchas confesiones y comuniones sacrílegas. Ellos no lo piensan así, antes viendo que sus feligreses apenas se confiesan de culpa grave, creen cándidamente que son otros tantos Abeles en la inocencia, y aun se dan á sí mismos el parabien de tener un rebaño tan puro é incontaminado. Pero siéntense en el confesonario en tiempo de alguna mision, oigan las confesiones de es-

tos Abeles cuando algun predicador haya logrado introducir la agitacion en los espíritus y la alarma en sus conciencias, y entonces verán lo que hay, y entonces se desengañarán. Sin duda les acontecerá lo que aconteció á un cura, en cuya parroquia dió una mision el que escribe este artículo. Al principiarla, nos dijo el cándido párroco con la mejor buena fe: «En «mi parroquia no hay, por la misericordia de Dios, grandes «abusos que corregir: fuera de alguno de esos reniegos usuales, creo no encontrará V. otra cosa en el confesonario.» «Señor cura, le respondimos, si Dios nos hace la gracia de que «la mision haga fruto, y V. se sienta estos días en el confesonario, tal vez no tardará mucho en mudar de opinion.» En efecto, no habian pasado seis días cuando le oimos exclamar: «¡No creia yo que en ese pueblo hubiese tanto lodo!»

Para no tener que sufrir semejantes desengaños, que por cierto son muy amargos para un cura que, como el que hemos citado, tenga un vivo celo de la salvacion de sus feligreses, el gran medio es, llamar de tiempo en tiempo confesores extraordinarios ó forasteros, con los cuales puedan los parroquianos hacer la confesion con entera libertad, y reparar los sacrilegios cometidos en las confesiones anteriores. Pero es menester llamar buenos confesores, confesores sábios, prudentes, celosos, ilustrados en la ciencia de la salvacion, imbuidos de buenas doctrinas, y que sepan guardar un justo medio entre aquella severidad que desazona y retrae de los Sacramentos, y aquella condescendencia blanda que absuelve indistintamente al habituado y al que vive en ocasion próxima, lo mismo que al que está animado de sentimientos de verdadera penitencia: confesores que, conociendo el mundo, sus usos y los desórdenes que suele haber en las parroquias, procuren apoyar los avisos juiciosos del párroco que los ha llamado: confesores, en fin, que no teniendo otra mira que la

salvacion de las almas, solo busquen destruir el reino del pecado con avisos prudentes, reconvenciones caritativas y demás medios que sugieren el celo y la virtud. Todas estas calidades son indispensables en los sacerdotes que el cura llame á su auxilio; y si carecen de ellas, quizás destruirán en pocas horas lo que le habrá costado muchos años de trabajo para ponerlo en pié.

Si el cura no pudiese hallar otros sacerdotes que quisiesen prestarle este interesante servicio, podria valerse de los párrocos vecinos, con tal que siguiesen una misma práctica en el confesonario. En tal caso seria muy útil que el domingo antes del día señalado para oír las confesiones de los feligreses, dichos curas se reuniesen en la misma parroquia, y esto por dos fines: primero, para ponerse de acuerdo sobre el modo de proceder en la administracion de la Penitencia respecto de ciertos pecados y abusos; segundo, para hacer una funcion preparatoria, en la que uno de los curas que mas se distinguen en el púlpito tratase en un sermón algun asunto propio para despertar la fe y revolver las conciencias, como por ejemplo, el callar pecados por vergüenza, la eternidad, el juicio, el infierno, etc. Si esto se hiciese, se notaria mas sinceridad y fervor en los penitentes, y no se veria esa frialdad y dureza que se observa en ellos, cuando vienen á confesar sin haberlos preparado de antemano.

Como quiera, ya llame el cura á sus vecinos, ya llame á otros confesores, á su prudencia pertenece dar á sus parroquianos la mas completa libertad para confesarse con el que sea de su gusto: si en este punto los constriñe, los pone en la ocasion de hacer confesiones sacrilegas, y los entrega al poder del demonio mudo.

## NIÑOS.

Por mas abandonada que haya estado una parroquia, por muy hondas y antiguas que sean las raíces que el mal haya echado en ella; queda al cura un medio para regenerarla en pocos años, y un medio igualmente sencillo que seguro. ¿Sabéis cuál es? Es aplicarse con grande atencion y cuidado al cultivo de los niños. Apoderaos de esta porcion, todavía no pervertida, de vuestra grey; esmeraos en conquistarla con tiempo para Dios; echad en buena hora la semilla de virtud en su inocente corazon; fomentadla con vuestra solicitud y desvelos: y dentro ocho ó diez años tendréis el indecible consuelo de ver que vuestra parroquia ha cambiado enteramente de aspecto, siendo un hermoso jardin de virtudes la que era un inundo lodazal de pecados. ¿Cómo así? Vedlo: esos niños, á quienes habeis preservado de la corrupcion é inspirado la virtud, dentro ocho ó diez años serán tantos, que llegarán á formar una parte muy considerable de la poblacion. Entre tanto habrán ya muerto muchos de los viejos obstinados, algunos tal vez habrán entrado en mejor camino: de los jóvenes traviesos unos habrán salido de la parroquia, otros habrán tomado estado, otros se habrán convertido á Dios: y así, reducidos los malos á un número muy escaso, ó se verán precisados á ceder ante la multitud de los que van subiendo con buenos sentimientos, ó tendrán que ocultarse, cubierto el rostro de vergüenza.

Quizá algunos de esos mismos que habréis educado bien desde su mas tierna edad os darán el disgusto de pervertirse

en llegando á los veinte ó veinte y cinco años, pero aun cuando sea así, os quedarán muy fundados motivos para esperar que la semilla de virtudes que arrojásteis en su corazon brotará á su tiempo, y ellos volverán al buen camino del que se extraviaron. Porque las primeras impresiones rara vez se borran del todo; y si en el ardor de las pasiones se tiene la desgracia de olvidarlas, no se tarda á volver en sí, despues que han pasado las primeras ilusiones. Volverán ciertamente los mas, no lo dudeis: y siendo con el tiempo buenos padres de familia, os ayudarán á perpetuar la piedad en vuestra parroquia, y recogeréis los frutos del cuidado que hubiéreis empleado en bien formarlos.

Lo primero que se ha de hacer con los niños, para formarlos bien, es conquistar su corazon. Esta no es cosa muy difícil, pues los niños se dejan ganar con solo manifestarles amor y afabilidad en la calle, en casa, en la iglesia y en la confesion. Una vez ganado su afecto, se hace de ellos todo lo que se quiere. Entonces se procura aprovechar la buena disposicion en que se los tiene, y sacar de ella todo el partido que sea posible. Se los catequiza á menudo: se los acostumbra á estar modestos en la iglesia: se les inspira el amor á la oracion; y se los induce á confesarse con frecuencia. En el confesonario es donde principalmente se ha de procurar conciliarse el afecto y confianza de los niños. Si se los trata con bondad y cariño, toman gusto á la confesion, aceptan gustosos los pequeños avisos que se les dan, abrazan las cortas prácticas de devocion que se les encargan, toman sentimientos dignos de Dios, conciben devocion y ternura hácia María santísima, cobran grande horror al pecado, y no contraen los malos hábitos propios de su edad; viéndose á muchos de ellos atravesar la época mas peligrosa de la vida, sin haber perdido la inocencia bautismal.

Nada, ó muy poco de esto se conseguirá de ellos, si solo se los llama á la confesion una vez al año, como sucede en algunas parroquias. Seria de desear que se hiciese con mas frecuencia, á saber, en las poblaciones poco numerosas cada tres meses; y en las que lo son mas, tres veces al año; destinando para esto las fiestas en que no haya adultos que confesar. Haciéndolo así, se conseguirian muchas ventajas: se les quitaria la repugnancia que naturalmente tienen á la confesion, se les acostumbraria á la frecuencia de Sacramentos, y se tendria ocasion de darles los avisos y correcciones de que tienen mas necesidad. Pero repetimos que á los niños es menester tratarlos con mucha afabilidad y dulzura: se les ha de hablar con la familiaridad y agrado que les hablan sus madres, *Tamquam si nutrix foveat filios suos*, á fin de sacarles de la boca lo que de otro modo no se atreverian á decir: no impacientarse con ellos, aunque se obstinen en no responder, aunque respondan á bullo ó hablen fuera del caso. No es menester mas que una palabra un poco dura para cerrarles los labios, y darles tal aversion á la confesion, que acaso no se les quitará en toda su vida. Es necesario tener paciencia con ellos, acordándonos que fue menester que en nuestra niñez la tuviesen con nosotros, y que el divino Salvador rebotaba bondad para con los niños.

Toda la mira se ha de dirigir á destruir en ellos el reino del pecado, y establecer el de la virtud. Por esto la principal atencion se ha de poner en prevenir ciertos desórdenes de la infancia, que suelen ser origen y manantial de los que dominan en edad mas adelantada; como son ciertos juegos poco honestos, la sobrada familiaridad entre niños y niñas, el dormir juntos hermanos y hermanas, ó los hijos con sus padres, la demasiada libertad en recorrer las calles, etc. Basta tener alguna experiencia del confesonario para saber los grandes pecados

que nacen de estas que parecen cosas indiferentes, y que muchos padres desprecian como tales: y un cura prudente y celoso no se ha de contentar con dar sobre esto los avisos convenientes á los niños, sino que ha de inculcarlos principalmente á los padres, preguntándoles acerca de esto cuando van á confesar, y negándoles la absolucion, si se les hallase negligentes, y no quisiesen enmendarse. Esta doctrina tal vez la encontrarán un tanto severa algunos confesores; pero no serán ciertamente aquellos á quienes la práctica haya enseñado los vicios enormes que aprenden los niños y las niñas, ya durmiendo juntos, ya durmiendo en el mismo aposento que sus padres.

Á mas de esto, el cura ha de aprovechar cuantas ocasiones se le presenten, sea en el confesonario, sea en el catecismo, sea en casa, para inculcar á los niños las máximas siguientes: 1.<sup>a</sup> que no hay cosa que un niño deba temer tanto como el pecado mortal; y que le fuera mucho mejor morir mil veces, antes que cometer uno solo. Y para que esta máxima penetre mas hondamente en su corazon, se la podrá acompañar con una sencilla, pero viva pintura de la fealdad del pecado y de sus funestos efectos, sobre todo el de la mala muerte y el del infierno, que serán su castigo: 2.<sup>a</sup> que nada debe un niño amar tanto como la virtud; ya porque es fácil, agradable y ventajosa; ya porque llena de paz, alegría y contento al que la practica; ya porque Dios le tiene preparada una gran recompensa en el cielo: 3.<sup>a</sup> que un niño ha de huir con sumo cuidado de malos compañeros, no ladeándose jamás con aquellos niños ó niñas que reniegan, hacen acciones feas, no guardan modestia en la iglesia, desobedecen á sus padres, ó son díscolos y mal educados: 4.<sup>a</sup> que todo niño ha de ser muy devoto de María santísima, encomendándose á ella de todo corazon siempre que se levanta y se acuesta; que ha de ser muy

obediente á sus padres y superiores, honrándoles como á representantes del mismo Dios ; y que ha de asistir á las funciones religiosas que en las fiestas se hacen en la iglesia, estando fervoroso en la misa, atento en el catecismo, y modesto ante la suprema Majestad que reside en los altares. Con estas y otras semejantes máximas que el celo sugerirá á los curas, lograrán estos que los niños vayan acostumbrándose á los ejercicios propios de todo buen cristiano, y que desde sus primeros años comiencen á buscar el fin para el cual han sido criados.

### PRIMERA COMUNION.

Como la primera comunión es la acción mas grande de toda la vida, el cura ha de procurar que, tanto los niños como los demás fieles, formen de ella una idea muy alta y magnífica. Por aquí ha de comenzar, si quiere inducir á los niños á que se preparen para hacerla bien, y empeñar á sus padres á que contribuyan á esta preparacion con sus oraciones, con sus exhortos y con la libertad que les deben dar para asistir al catecismo. Para esto será conveniente que el cura anuncie dicha comunión algunos dias antes que se verifique, diciendo en la misa parroquial, que tal dia está designado para la comunión de los que han de comenzar á recibirla aquel año, y que desea asistan á ella todos los feligreses que puedan, particularmente los padres, los municipales y las personas mas distinguidas de la poblacion ; y esto al objeto de dar á la función un aspecto mas grande é imponente. Con este motivo podrá dirigir una breve alocucion al pueblo, encargando que cada cual coopere á su modo á que los niños y las niñas que están designados para comulgar logren la dicha de hacer una comunión santa y fervorosa ; los padres instruyéndoles, los maestros exhortándoles, y los demás dirigiendo por ellos á Dios oraciones continuas y fervientes. Para inducirles á esto, y hacerles ver toda la grandeza de la ceremonia que se prepara, podrá aducir algunos textos de la sagrada Escritura que refieren algun pasaje análogo y aplicable al asunto, como aquel

obediente á sus padres y superiores, honrándoles como á representantes del mismo Dios ; y que ha de asistir á las funciones religiosas que en las fiestas se hacen en la iglesia, estando fervoroso en la misa, atento en el catecismo, y modesto ante la suprema Majestad que reside en los altares. Con estas y otras semejantes máximas que el celo sugerirá á los curas, lograrán estos que los niños vayan acostumbrándose á los ejercicios propios de todo buen cristiano, y que desde sus primeros años comiencen á buscar el fin para el cual han sido criados.

### PRIMERA COMUNION.

Como la primera comunión es la acción mas grande de toda la vida, el cura ha de procurar que, tanto los niños como los demás fieles, formen de ella una idea muy alta y magnífica. Por aquí ha de comenzar, si quiere inducir á los niños á que se preparen para hacerla bien, y empeñar á sus padres á que contribuyan á esta preparacion con sus oraciones, con sus exhortos y con la libertad que les deben dar para asistir al catecismo. Para esto será conveniente que el cura anuncie dicha comunión algunos dias antes que se verifique, diciendo en la misa parroquial, que tal dia está designado para la comunión de los que han de comenzar á recibirla aquel año, y que desea asistan á ella todos los feligreses que puedan, particularmente los padres, los municipales y las personas mas distinguidas de la poblacion ; y esto al objeto de dar á la función un aspecto mas grande é imponente. Con este motivo podrá dirigir una breve allocucion al pueblo, encargando que cada cual coopere á su modo á que los niños y las niñas que están designados para comulgar logren la dicha de hacer una comunión santa y fervorosa ; los padres instruyéndoles, los maestros exhortándoles, y los demás dirigiendo por ellos á Dios oraciones continuas y fervientes. Para inducirles á esto, y hacerles ver toda la grandeza de la ceremonia que se prepara, podrá aducir algunos textos de la sagrada Escritura que refieren algun pasaje análogo y aplicable al asunto, como aquel

del libro de los Reyes : *Opus namque grande est, neque enim homini præparatur habitatio, sed Deo* .

Hecho esto, y suponiendo á los niños ya suficientemente instruidos en la doctrina que se ha de saber para comulgar, el cura aprovechará los dias que quedan para darles una especie de ejercicios, que sirvan como de preparacion próxima á su primera comunión. Estos ejercicios son para los niños de la mas alta importancia ; y el cura que se tome la molestia de dárselos, no dudamos tendrá por bien empleado su trabajo, pues de seguro experimentará el gran fruto que los niños sacan de ellos. No se trata de unos ejercicios formales y severos, cuales suelen darse á personas adultas, sino de unos ejercicios acomodados á la corta capacidad de los niños, y que les penetren el corazon sin fatigarles la cabeza. Bastará que se les obligue á comparecer en la iglesia tres veces al dia, á saber, á la madrugada, á las once y al caer de la tarde ; y que en cada una de estas ocasiones se les entretenga como media hora ó tres cuartos, haciéndoles practicar algunos ejercicios devotos, y echándoles algunas pláticas morales en la forma que luego diremos.

Es indispensable que el cura anuncie estos ejercicios en la misa parroquial del domingo anterior, señalando las horas en que han de comparecer en la iglesia los niños y niñas de primera comunión ; y para que ninguno falte, ha de excitar enérgicamente á los padres y amos á que les obliguen á asistir, ponderándoles el gran bien de que les privarian, si en tales horas los tuviesen ocupados en sus tareas domésticas.

Para ahorrar á los curas todo el trabajo que sea posible, pondremos en seguida todo lo que han de hacer con los niños durante los ejercicios, por manera que de su parte no hayan

I Paral. xxix, 1.

de poner mas que el trabajo material ; advirtiéndoles, que si prefieren hacerlo de otro modo, sobre todo si quieren hacer alguna variacion en las pláticas, han de tener presente que tratan con niños, y de consiguiente que deben expresarse con ellos en términos los mas sencillos y familiares ; de otro modo no les comprenderán, y gran parte de su trabajo quedará perdido. Hé aquí, pues, puesto por su orden todo lo que hay que decir y hacer en los ejercicios de los niños, desde que entran en ellos hasta haber recibido la comunión.

### APERTURA DE LOS EJERCICIOS.

*El día antes de dar principio á los ejercicios, á eso de las siete de la noche, el cura convocará en la iglesia á todos los niños y niñas de primera comunión, y los reunirá en una capilla de las mas retiradas, en la que habrá un altar preparado de antemano, con una imágen de María santísima, y de tal modo dispuesto, que inspire devoción y recogimiento. Puestos allí, separará á los niños de las niñas, señalando á cada uno el lugar que deberá ocupar durante los ejercicios; y despues de haberles recomendado con palabras breves y eficaces la atención y compostura, dará principio á la función. Esta comenzará por la invocacion del Espíritu Santo con el himno Veni, Creator Spiritus; luego seguirá el Trisagio, si los niños saben rezarlo; y si no, otra devoción en la que estén ejercitados; despues se dirigirán algunas preces á María santísima, como la Letanía Lauretana, ó un cierto número de Salves, y se concluirá con la oración Acciones nostras. En seguida el cura mandará á los niños que tomen asiento; y sentándose él tambien, les dirigirá la siguiente*

#### Plática.

Venite, filii, audite me. (*Psalm. xxxii, 11*).

Cuenta la Escritura santa que un rey de Babilonia, llamado Nabucodonosor, dió orden á sus ministros para que de entre los niños hebreos que tenia cautivos en su reino, le escogiesen algunos y se los presentasen, para tenerlos por sirvientes

en la mesa; encargándoles al mismo tiempo que todos fuesen niños instruidos, discretos, despejados y hermosos á la vista<sup>1</sup>. Un semejante encargo me ha hecho tambien á mí Jesucristo, Rey del cielo y de la tierra, mandándome que de entre los niños y niñas de esta parroquia le escoja algunos, y se los presente el domingo próximo; queriendo empero que todos sean bien instruidos en la doctrina cristiana, virtuosos, prudentes, amables y hermosos en el alma. Y vosotros sois, mis amados niños, á quienes he pensado escoger para este honor y dicha tan grande, persuadido de que estais adornados de estas prendas espirituales que Jesucristo pide en los que hayan de serle presentados.

¡Qué honra, qué dicha para vosotros haber sido elegidos entre tantos para ser presentados al Señor el domingo próximo, no para servirle en la mesa como criados, sino para sentaros en ella como convidados y alimentaros con el Pan de los Angeles! ¡Ah, hijos míos! este es un favor que debeis tener presente todos los dias de vuestra vida, y del cual habeis de procurar haceros dignos en cuanto os sea posible. Yo puedo aseguraros que la acción mas importante de vuestra vida es la que haréis el domingo, comulgando; pues es casi cierto que esta primera comunión será el modelo y la regla de todas las que la seguirán, quiero decir, que si haceis bien esta primera comunión, podeis esperar que ella os dará gracia para hacer bien todas las restantes de vuestra vida; pero si la hiciéreis malamente, ¡ay! tendríais grandes motivos para temer que ella os atraeria la maldición de Dios, y que serian malas todas las comuniones que haríais en lo sucesivo. ¿No os espanta, hijos míos, el pensar que vuestra primera comunión podria ser una comunión sacrílega, una comunión como la que

<sup>1</sup> Dan. i, 3, 4.

hizo Judas, de quien nos dice la Escritura santa que, en habiendo comulgado, el demonio entró en él, y se apoderó de su alma? ¿No sería esta la mayor de todas las desgracias que pueden sucederos? ¿Qué decís, amados de mi alma, no lo sería?— (Si, padre) !.

Pues para que una tal desgracia no os suceda, antes logréis hacer una comunión santa y provechosa, he querido llamaros á hacer estos santos ejercicios, los cuales, si los haceis bien, serán un medio el mas seguro para conseguirlo. Pero no, no soy yo quien os llamo á estos ejercicios; es vuestro Dios, es vuestro Redentor, es vuestro amoroso Padre Jesucristo: él es quien os convida, quien os llama á algunos dias de recogimiento; porque, antes que le recibais sacramentalmente, desea tratar algunos ratos á solas con vosotros, hablaros algunas palabras al corazon, y daros algunos avisos y advertencias. ¿Qué dicha la vuestra, tratar en estos dias familiarmente con vuestro Dios, orando vosotros, y escuchándoos él; hablando él, y respondiéndole vosotros!

¡Ah! si muchos niños que arden en los infiernos por haber hecho malamente su primera comunión hubiesen tenido la proporcion que vosotros teneis; si ellos hubiesen logrado hacer bien unos ejercicios espirituales, es muy probable que gran parte de ellos se hubieran salvado. Pero los desgraciados fueron á recibir á Jesucristo sin reflexionar antes lo que iban á hacer, sin prepararse como debian, sin disponer sus almas y sus conciencias; resultando de aquí que comulgaron en pecado mortal, y, como dice san Pablo, se tragaron, comulgan-

Obligue el cura á los niños á responder juntos, y en voz alta, á esta pregunta y á todas las que encontrará en esta plática y en las siguientes. Esto le servirá mucho, ya para enfervorizarles, ya para tenerlos siempre atentos y actuales.

do, su juicio y su condenacion. Escarmentad, hijos míos, con el ejemplo de los otros; y ya que el Señor, por su infinita misericordia, os concede estos dias de gracia para prepararos y disponerlos, aprovechadlos, como quisiérais haberlo hecho á la hora de vuestra muerte. Mirad que en estos dias tendréis fija sobre vosotros la vista de muchos que estarán observando cómo os portais: de una parte os estarán mirando Dios y todos los Santos del cielo, para ver si haceis bien los ejercicios; de otra os observarán Lucifer y sus demonios, para estorbar en cuanto puedan el que los hagais con fruto.

¿Y qué hemos de hacer, me preguntaréis, para sacar fruto de estos santos ejercicios?— Escuchadme bien, hijos, que yo os lo diré. Como ya os he insinuado, el Señor os llama á hacerlos para tener ocasion de tratar familiarmente con vosotros, y hablaros en el interior del corazon por medio de sus luces é inspiraciones. Lo que dirá á cada uno en particular, yo no lo sé: al uno tal vez le hará presente, que todas sus confesiones hechas hasta aquí han sido malas, por haber callado pecados al confesor, y que ha de repararlas todas por medio de una confesion general: al otro puede ser le dirá, que ha de dejar aquel mal compañero que le enseñó de hacer cosas feas, y que ha de confesar todos los pecados que le hizo cometer: al otro quizás le hará memoria de todos los reniegos y malas palabras que ha proferido, y le dirá que ha de confesarlo todo y enmendarse: al otro tal vez le dirá que ha de ser mas obediente á sus padres, mas modesto en la iglesia, mas aficionado á las cosas de devocion, etc. ¿Qué sé yo, hijos míos, cuántas cosas os dirá en estos dias el Señor? Pero cualquiera cosa que os diga, cualquier sacrificio que os pida, vosotros debéis escucharle con docilidad, y obedecerle con prontitud; y esto por muy repugnante que os sea el sacrificio que exija de vosotros.

Falta ahora saber si vosotros estais dispuestos á complacer á Dios, haciendo prontamente todo cuanto él tenga á bien inspirarnos en estos dias ; ¿qué decís, amados míos, lo estais? —(Sí, padre). Y aun cuando el Señor os diga que hagais una confesion general, que dejeis aquel mal compañero, que os enmendeis de este ó aquel vicio, ¿tambien lo haréis? —(Sí, padre). Mucho me complace, amados míos, esa respuesta que me dais ; pero ¿adivinaríais lo que sospecho? Sospecho que esto lo decís, mas por puro cumplimiento, y para darme gusto á mí, que no por deseo que tengais de cumplirlo. Decidme, pues, con toda franqueza y sinceridad : ¿estais bien resueltos á hacer todo cuanto Dios quiera de vosotros en estos dias? —(Sí, padre). Dios mio, que por vuestra sola bondad y misericordia habeis llamado á estos niños á estos ejercicios, ya veis la buena disposicion con que se os presentan, ya veis el buen deseo que tienen de cumplir cuanto Vos les digais : asistidles con vuestra gracia, para que lo hagan del mismo modo que lo proponen y lo desean.

La segunda cosa que debeis hacer para sacar provecho de estos ejercicios es, apartar de vosotros todas aquellas ocupaciones mundanas, que puedan distraer la atencion de vuestra alma. No os digo que habeis de estar siempre orando ó meditando, pues conozco que por vuestra poca edad no sois capaces de tanto ; lo que os digo es, que en estos dias no habeis de disiparos vagueando por las calles, saltando por las plazas, y entregándoos á juegos pueriles é impertinentes ; sino que habeis de procurar guardar un cierto recogimiento y devocion, á fin de no olvidar las advertencias y avisos que yo os iré dando en este lugar. No temais que la privacion del juego os sea molesta y penosa : el Señor os recreará en estos dias con unos entretenimientos tan puros, espirituales y satisfactorios, que, léjos de sentir la privacion del juego y de los pa-

satiempos, no tendréis ratos mas deliciosos que aquellos en que estaréis conversando á solas con él ; y aun creo que serán tan grandes las satisfacciones espirituales que experimentaréis, que llegará á saberos mal el que concluyan tan pronto los santos ejercicios. Vista la buena disposicion con que comenzais estos dias de retiro, ya presumo que estais resueltos á privaros en ellos de toda distraccion que pueda impedir su fruto ; mas para mejor asegurarme de ello, quisiera que vosotros mismos me lo dijérais. Decidme pues : ¿puedo yo esperar que en estos dias os portaréis como personas de juicio, y que sabréis absteneros de todo cuanto pudiera disipar vuestro espíritu? —(Sí, padre).

Lo tercero que conviene hagais es, ser puntuales en comparecer aquí á las horas que yo os señalaré, estar atentos á mis avisos y doctrinas, como si las oyérais de la boca del mismo Dios, y poner en práctica todo cuanto yo os diga en su nombre. Porque en verdad, hijos míos, aunque os he dicho que en estos dias Dios os dirá muchas cosas al corazon, no habeis de pensar que os lo diga todo por sí mismo, sino que algunas cosas os las dirá por mi boca, valiéndose de mí como de un intérprete, para daros á conocer su santísima voluntad. Así que, si yo os digo que me declareis llana y sencillamente todos vuestros pecados en la confesion, pensad que es Dios quien os lo dice : si os digo que os dispongais para hacer una confesion general, contad que es Dios quien os habla : si os digo que habeis de dejar este ó aquel defecto, suponed que es Dios quien os lo manda. ¿Lo haréis así, hijos míos? —(Sí, padre).

Pues ya no falta sino que todos juntos elijamos á algun Santo por patron de estos ejercicios, el cual nos alcance de Dios todas las gracias convenientes para hacerlos bien. ¿Y cuál os parece será, entre tantos, el mejor?... ¿Os está bien que yo

lo proponga?—(Si, padre). Pues el Santo que yo elijo para que sea nuestro protector especial en estos dias, es esa augusta Señora cuya imágen veis colocada en ese altar. ¿Qué os parece? ¿he hecho buena eleccion? ¿os gusta tener por patrona á María santísima?—(Si, padre). Pues no dudeis que á ella tambien le gusta mucho el que la hayamos elegido por tal, y que recibe como un obsequio muy grato la confianza que mostramos tener en su bondad. Ya veréis, amados míos, cuán bien desempeñará con nosotros el oficio de protectora, de medianera y de madre: ya veréis la abundancia de gracias y auxilios que nos alcanzará en estos dias. Contemos con su poder, confiemos en su bondad, no dudemos de su proteccion. Y para que ella vea cuán grande es nuestra confianza y amor, arrodillémonos á sus piés, y digámosle con el mas vivo fervor de nuestra alma: ¡Oh Reina del cielo! ¡oh Virgen santa! ¡oh augusta Madre de Dios! ¿veis, Señora, á este grupo de niños que estamos humildemente postrados á vuestros piés, y levantamos á Vos nuestros humedecidos ojos? ¡Ah Señora! somos unas pobres criaturas, que venimos á implorar vuestra proteccion y socorro. Nosotros necesitamos de una guía que nos conduzca, de una luz que nos ilumine, de una madre que nos instruya: ¿y quién puede hacerlo mejor que Vos, Vos que sois la Madre de la Sabiduría increada, la mayor lumbrera de la Iglesia, y la gran maestra de todos los predestinados? No os desdeñeis, pues, ¡oh Madre nuestra! acogernos á todos bajo vuestro manto misericordioso, y concedernos una proteccion especial en estos dias. Disipad con vuestra luz las tinieblas de nuestro entendimiento, para que acertemos á conocer lo que vuestro Hijo quiere de nosotros: sostened con vuestro poder la flaqueza de nuestra voluntad, para que nos resolvamos á hacer todo cuanto sea necesario para el bien de nuestras almas: socorrednos, como Madre piadosa y benigna,

para que sepamos aprovecharnos en estos dias, y nos dispongamos bien para hacer una comunión santa y fervorosa. Así lo esperamos de vuestra bondad jamás desmentida, y para mas obligaros os saludamos con una *Salve*.

## PRIMER DIA DE EJERCICIOS.

### EJERCICIO DE LA MAÑANA.

*Este ejercicio se hará del modo siguiente: Se comenzará por el santo sacrificio de la misa, al que se procurará asistan todos los niños ejercitandos: y para tenerlos mas atentos, y hacer que presencien con mayor devocion las ceremonias de este sublime misterio, será muy conducente que, mientras se celebra, un eclesiástico, ó, en su defecto, algun seglar de virtud y expedicion, lea pausadamente y en voz clara y afectuosa las oraciones y jaculatorias que sobre cada uno de sus pasos se encuentran en los libros de piedad. Concluida la misa, se cantará ó rezará el himno Veni, Creator Spiritus, despues se hará una corta deprecacion á María santísima, y al último se dirá la oracion Acciones nostras. Luego el cura comenzará una especie de catecismo, no sobre materias generales y comunes, sino precisamente sobre las disposiciones, tanto de necesidad como de conveniencia, que se requieren para confesar y comulgar bien; dando sobre cada una de ellas explicaciones muy circunstanciadas, pero de tal modo distribuidas, que explicando un dia unas y otro dia otras, queden todas bien explicadas y comprendidas al concluir los ejercicios. Creemos innecesario poner aquí por extenso dichas explicaciones, porque en las pláticas sobre la Eucaristia y Penitencia del Catequista orador se encontrará todo el material que se necesite para hacerlas bien y sin ningun trabajo. Acabado el catecismo, que no debe durar mas que media hora escasa, el cura dirá á los niños que vayan á cumplir sus obli-*

lo proponga?—(Si, padre). Pues el Santo que yo elijo para que sea nuestro protector especial en estos dias, es esa augusta Señora cuya imágen veis colocada en ese altar. ¿Qué os parece? ¿he hecho buena eleccion? ¿os gusta tener por patrona á María santísima?—(Si, padre). Pues no dudeis que á ella tambien le gusta mucho el que la hayamos elegido por tal, y que recibe como un obsequio muy grato la confianza que mostramos tener en su bondad. Ya veréis, amados míos, cuán bien desempeñará con nosotros el oficio de protectora, de medianera y de madre: ya veréis la abundancia de gracias y auxilios que nos alcanzará en estos dias. Contemos con su poder, confiemos en su bondad, no dudemos de su proteccion. Y para que ella vea cuán grande es nuestra confianza y amor, arrodillémonos á sus piés, y digámosle con el mas vivo fervor de nuestra alma: ¡Oh Reina del cielo! ¡oh Virgen santa! ¡oh augusta Madre de Dios! ¿veis, Señora, á este grupo de niños que estamos humildemente postrados á vuestros piés, y levantamos á Vos nuestros humedecidos ojos? ¡Ah Señora! somos unas pobres criaturas, que venimos á implorar vuestra proteccion y socorro. Nosotros necesitamos de una guía que nos conduzca, de una luz que nos ilumine, de una madre que nos instruya: ¿y quién puede hacerlo mejor que Vos, Vos que sois la Madre de la Sabiduría increada, la mayor lumbrera de la Iglesia, y la gran maestra de todos los predestinados? No os desdeñeis, pues, ¡oh Madre nuestra! acogernos á todos bajo vuestro manto misericordioso, y concedernos una proteccion especial en estos dias. Disipad con vuestra luz las tinieblas de nuestro entendimiento, para que acertemos á conocer lo que vuestro Hijo quiere de nosotros: sostened con vuestro poder la flaqueza de nuestra voluntad, para que nos resolvamos á hacer todo cuanto sea necesario para el bien de nuestras almas: socorrednos, como Madre piadosa y benigna,

para que sepamos aprovecharnos en estos dias, y nos dispongamos bien para hacer una comunión santa y fervorosa. Así lo esperamos de vuestra bondad jamás desmentida, y para mas obligaros os saludamos con una *Salve*.

## PRIMER DIA DE EJERCICIOS.

### EJERCICIO DE LA MAÑANA.

*Este ejercicio se hará del modo siguiente: Se comenzará por el santo sacrificio de la misa, al que se procurará asistan todos los niños ejercitandos: y para tenerlos mas atentos, y hacer que presencien con mayor devoción las ceremonias de este sublime misterio, será muy conducente que, mientras se celebra, un eclesiástico, ó, en su defecto, algun seglar de virtud y expedición, lea pausadamente y en voz clara y afectuosa las oraciones y jaculatorias que sobre cada uno de sus pasos se encuentran en los libros de piedad. Concluida la misa, se cantará ó rezará el himno Veni, Creator Spiritus, despues se hará una corta deprecación á María santísima, y al último se dirá la oración Acciones nostras. Luego el cura comenzará una especie de catecismo, no sobre materias generales y comunes, sino precisamente sobre las disposiciones, tanto de necesidad como de conveniencia, que se requieren para confesar y comulgar bien; dando sobre cada una de ellas explicaciones muy circunstanciadas, pero de tal modo distribuidas, que explicando un dia unas y otro dia otras, queden todas bien explicadas y comprendidas al concluir los ejercicios. Creemos innecesario poner aquí por extenso dichas explicaciones, porque en las pláticas sobre la Eucaristía y Penitencia del Catequista orador se encontrará todo el material que se necesite para hacerlas bien y sin ningun trabajo. Acabado el catecismo, que no debe durar mas que media hora escasa, el cura dirá á los niños que vayan á cumplir sus obli-*

gaciones domésticas, pero que tengan cuidado en no disiparse ni distraerse demasiado, antes procuren en medio de sus ocupaciones tener la presencia de Dios, repasar en su mente las reflexiones y avisos que han oído, y disponerse para la confesión general.

EJERCICIO DEL MEDIODÍA.

El ejercicio del mediodía consistirá: 1.º en hacer una corta deprecación á Maria santísima, patrona de los ejercicios; 2.º en tener un breve rato de meditacion sobre alguno de los puntos mas eficaces para despertar en el corazon de los niños el santo temor de Dios y el odio al pecado, cuales son la muerte, el juicio, el infierno y la eternidad; 3.º en examinar detenidamente la conciencia sobre uno ó dos mandamientos de la ley de Dios, á fin de tenerlo todo prevenido el día que el cura crea conveniente hacerles comenzar la confesion general.

Como los niños de primera comunión, generalmente hablando, no se hallan en disposicion de examinarse por sí solos, ya porque no comprenden bastante todo lo que manda y prohíbe cada precepto, ya porque, aunque lo comprendan, no saben aplicarlo á los casos particulares; es de todo punto necesario que el cura con toda paciencia y caridad les ayude en esto, poniéndoles á la vista todo lo que está mandado y prohibido en cada uno de los mandamientos, y haciéndoles ver en ellos, como en otros tantos espejos, todas las manchas de su alma. Por esto, hágales hacer cada día el exámen sobre uno ó dos preceptos, explicándoles bien antes los pecados que contra ellos se pueden cometer, no todos, sino aquellos de que son capaces en su corta edad. Creemos se nos agradecerá el que pongamos aquí los modelos de estos exámenes; y lo harémos con tanto mayor gusto, cuanto nos parece podemos hacerlo con algun acierto, ya que la práctica del confesonario nos ha enseñado cuáles suelen

ser los pecados que ordinariamente se cometen en la primera edad. Por lo que hace á este primer día, se podrá proponer el exámen en los términos siguientes:

**El convidado descortés del Evangelio.**

Probet autem seipsum homo, et sic de pane illo edat. (I Cor. xi, 28).

Deseando yo, mis amados niños, ayudaros en cuanto pueda á hacer bien la primera comunión, vengo hoy á deciros lo primero que debéis practicar para conseguirlo. El primer paso que ha de dar el que quiere acercarse dignamente á comer el Pan consagrado, es, dice san Pablo, registrar bien su interior, examinar escrupulosamente su conciencia, para ver si en ella hay algun pecado que le hága indigno de una gracia tan extraordinaria. ¡Desgraciado el que come indignamente el Cuerpo sacrosanto de Jesucristo! ¡Infeliz el que se llega á la santa comunión con el alma manchada con alguna culpa grave! Á este le sucederá lo que dice Jesucristo aconteció á un convidado, que se presentó en un convite con el vestido sucio. ¿Sabeis el caso? Un gran señor dispuso un magnífico convite para obsequiar á sus amigos; y teniéndole ya dispuesto, los llamó á todos á su casa para que disfrutasen de los manjares exquisitos que les tenia prevenidos. Muchos fueron los que se presentaron, procurando comparecer limpios, aseados, bien vestidos, cual correspondia á la dignidad del gran señor que se había dignado convidarlos. Pero entre ellos hubo uno tan descortés, tan bruto y mal educado, que se presentó con un vestido todo roto y manchado. Viendo el señor tanta descortesía, le dijo: amigo, ¿cómo tienes la desvergüenza de comparecer aquí con ese traje indecente? ¿Soy yo acaso algun hombre bajo para presentarte delante de mí de ese modo? Y llamando luego á sus criados, les mandó le echasen de su

presencia, y atado de piés y manos, le arrojasen á las tinieblas exteriores, es decir, al fuego eterno.

¿Sabeis, hijos míos, lo que significa esta historia que nos refiere el Evangelio? ¡Ah! escuchad atentamente su explicacion, que os interesa mucho. Ella es una viva imágen de lo que pasa en la sagrada comunión, y quiera Dios no lo sea de lo que pasará con vosotros el día que comulgaréis. Jesucristo, deseoso de mostrar su amor á los hombres, les prepara en la santa comunión un convite el mas espléndido y exquisito, dándoles á comer, no manjares materiales y terrenos, sino su preciosísimo Cuerpo y Sangre. Teniéndole ya dispuesto, los llama á todos, diciéndoles: venid, amigos, sentaos á mi mesa, y comed ese bocado celestial que mi amor os ha preparado. Á estas palabras llenas de bondad y de amor, son muchos los que acuden y se presentan; pero ¡ah! que si bien algunos comparcen con el vestido limpio, esto es, con la conciencia pura; otros se presentan con el vestido roto y manchado, esto es, con el alma tiznada de grandes culpas. ¡Ay de ellos, hijos míos, ay de ellos! mejor les fuera no haber nacido, que presentarse así á recibir la sagrada comunión; porque, como dice san Pablo, estos infelices, comulgando, se hacen reos del Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, se tragan su juicio y su condenacion; y si no se arrepienten de este grande atentado, serán algun día arrojados á los tormentos eternos.

Para que ninguno de vosotros sea del número de estos infelices, procurad todos seguir el consejo que nos da el mismo Apóstol, diciendo: «Antes no os llegueis al altar para comulgar, examinad atentamente vuestra conciencia, y ved si encontráis algo que os haga indignos de acercaros á él.» ¡Ay, amados de mi alma! si vosotros repasais con cuidado los años de vuestra vida, tal vez encontraréis mucho de que confesaros antes de recibir el Cuerpo adorable del Salvador. Bien co-

nozco que no sois capaces de examinaros por vosotros mismos; pero no os espanteis por esto: yo os explicaré el modo con que debeis examinaros: mas, yo mismo os ayudaré á hacer el exámen, apuntándoos todos los pecados que podeis haber cometido contra los Mandamientos de la ley de Dios. ¿Os está bien que lo haga?—(Sí, padre). Pues hoy os examinaréis sobre los dos primeros: yo iré diciendo todos los pecados que podeis haber cometido contra ellos, y vosotros id examinando si lo que digo os toca en algo.

El primer mandamiento dice: *Amarás á Dios sobre todas las cosas*. Sobre este mandamiento examinad: 1.º si cuando llegásteis al uso de la razon os dirigísteis á Dios con un acto de fe y amor sobrenatural, reconociéndole por vuestro Autor, amándole como á vuestro Padre, y rindiéndole á él como á vuestro Señor y Dueño: 2.º si por culpa vuestra habeis ignorado por algun tiempo la doctrina que teneis obligacion de saber, como son los misterios de la Trinidad y Encarnacion, el Credo, el Padre nuestro, los Mandamientos de la ley de Dios, los de la Iglesia y los Sacramentos: 3.º si habeis recibido el sacramento de la Confirmacion en estado de culpa mortal, sea por no haberos confesado antes de recibirle, sea por haber callado pecados mortales en la confesion: 4.º si habeis procurado hacer actos de fe, esperanza y caridad, ejercitándoos en ellos á lo menos tres ó cuatro veces cada año desde que teneis uso de razon: 5.º si habeis negado ó dudado de algun artículo de fe, ó si alguna vez habeis llegado á desconfiar de la misericordia de Dios: 6.º si habeis hecho malas confesiones, ó por no haberos examinado bien antes, ó por haberos confesado sin propósito ni dolor, ó por haber callado maliciosamente vuestras culpas. Estos son, hijos míos, los principales puntos que debeis examinar sobre el primer mandamiento, procurando

averiguar, en cuanto os sea posible, cuántas veces habeis faltado en cada uno de ellos.

El segundo mandamiento dice : *No jurarás el santo nombre de Dios en vano*. Sobre este mandamiento examinad : 1.º si habeis tenido costumbre de jurar ; si alguna vez habeis jurado con mentira, ó sin bastante reflexion, ó con duda de lo que jurábais ; ó si jurásteis hacer alguna cosa ilícita : 2.º si habeis proferido blasfemias, echando expresiones deshonrosas contra Dios, contra María santísima, contra algun Santo ó alguna cosa sagrada : 3.º si habeis hecho burla ó tratado con desprecio alguna de las cosas santas ó destinadas al culto divino, como la sagrada Eucaristía, la santa Cruz ó la imagen de algun Santo : 4.º si habeis dicho malas palabras, como voto á Dios, por vida de Cristo, y otras frases semejantes : 5.º si habeis maldecido á Dios, ó enojádoos contra él, ó alguna cosa que os haya venido por disposicion suya, como contra el tiempo, la lluvia, la enfermedad y otras cosas por este estilo : 6.º si habeis atribuido á Dios cosas que le repugnan, ó negado cosas que le convienen, como si hubiéseis dicho que Dios no es justo, que es cruel, que no cuida de sus criaturas, etc.— Aquí teneis la lista de los pecados en que podeis haber incurrido sobre este segundo mandamiento : os encargo los recorrais uno á uno, para saber cuáles habeis cometido, y cuáles no : y para que ninguno quede oculto, suplicad humildemente á vuestra patrona María santísima os ayude á examinaros, y os alcance la luz y memoria que para ello habeis menester. ¿Lo haréis, hijos míos?—(Si, padre). Pues manos á la obra : haced un ratito de oracion á María santísima, haced luego otro rato de exámen, y despues id á cumplir vuestras obligaciones.

*El ejercicio de esta noche y de las siguientes se hará del mo-*

*do mismo que la noche pasada ; solo que en vez de la plática que se puso allí, se dirá la siguiente :*

### Fin del hombre.

Habetis fructum vestrum in sanctificationem, finem verò vitam æternam.  
(Rom. VI, 22).

Si, como me asegurásteis ayer noche, deseais sinceramente aprovecharos en estos santos ejercicios, lo primero que debeis hacer, es reflexionar sériamente sobre el fin para el cual habeis venido al mundo. El hombre, hijos míos, que olvida su último fin se hace semejante á las bestias, y como ellas no se cuida sino de las cosas bajas de la tierra, viviendo en un brutal olvido de Dios, de su alma y de su salvacion. ¿No vemos á muchos que viven como jumentos, sin levantar jamás su pensamiento al cielo, entregados á todo género de vicios y excesos ? ¿No vemos á muchos que solo piensan en comer, beber, divertirse y satisfacer sus brutales pasiones ? Pues todo proviene de que los infelices tienen olvidado el fin para el cual han sido criados ; que si lo reflexionasen un poco, seguro es que otros serian sus deseos y sus pensamientos.

Deseando, pues, yo que desde vuestros primeros años comenceis á buscar el fin para el cual Dios os ha criado, y así logreis algun día conseguirle, creo necesario proponerle desde luego á vuestra consideracion, haciéndoos sobre él reflexiones muy sérias y profundas. Para esto pidamos humildemente á Dios ilumine nuestros entendimientos, diciéndole con el real Profeta : Dignaos, Señor, hacerme ver con toda claridad el fin que tuvisteis al criarme, y los medios que he de emplear

para alcanzarle algun dia : *Notum fac mihi, Domine, finem meum* <sup>1</sup>.

Decidme ahora, amadas criaturas, ¿á qué fin pensais os ha criado el Señor? ¿Habrá sido para que os ocupeis únicamente en las cosas de este mundo? ¡Oh no! si Dios os hubiese criado solo para esto, no os hubiera dado ni entendimiento para conocerle, ni voluntad para amarle, ni alma espiritual que pudiese disfrutar de él eternamente. ¿No veis las bestias? Como ellas son criadas únicamente para este mundo, no tienen ningun conocimiento de Dios, son incapaces de amarle, y aun menos de poseerle; y por esto cuando mueren, mueren del todo, sin que nada quede de ellas. Pero vosotros, hijos míos, teneis un entendimiento que os hace semejantes á los Angeles, teneis una voluntad capaz de amar á un bien infinito, teneis una alma inmortal, que vivirá tanto como el mismo Dios. ¿No os dice nada todo esto? Mucho os dice, pues os hace ver que, teniendo vosotros una naturaleza tan noble, no es posible hayais sido criados para cosas tan bajas como son las de este mundo.

Á mas de que, ninguna cosa criada podria haceros dichosos y felices, y de consiguiente ninguna puede ser vuestro último fin. Recorred por todas cuantas criaturas hay en el universo, preguntando á cada una si es ella el fin para el que Dios os crió, y veréis lo que os responderán. Preguntad á la tierra y á cuantas riquezas, delicias y honores hay en ella: ¿sois vosotros el fin para el cual fuimos criados?—No, responden, no os ha criado Dios para que solo disfruteis de cosas tan ba-

<sup>1</sup> Psalm. xxxviii, 5.

jas y despreciables : *Abyssus dicit : non est in me* <sup>1</sup>. Preguntad al mar y á cuantos tesoros y preciosidades hay en su seno, en sus islas y en sus playas : ¿sois vosotros nuestro último fin?—No, contestan, no somos el fin que buskais, habeis de buscarlo mas arriba. *Mare loquitur : non est mecum* <sup>2</sup>. Preguntad al sol, á la luna y á las estrellas : ¿está por ahí arriba el fin para el cual suspiramos?—No, dicen, nada sabemos de él, pero se nos figura que debe estar en regiones mas altas.

Ya, pues, que no encontramos nuestro último fin en ninguna de las criaturas, levantemos los ojos á ese hermoso cielo, y preguntemos á los Santos que en él habitan : ¿existe por ahí nuestro último fin? ¿sabríais darnos noticias de él? ¿hallaríamos por ahí arriba el objeto de nuestros deseos y suspiros? *Num quem diligit anima mea vidistis* <sup>3</sup>?—¡Hombres! nos responde por todos el apóstol san Pablo, ¿por qué andais buscando vuestro último fin entre las criaturas vanas y miserables? Vosotros habeis sido criados para servir á Dios en esta vida, y despues subir al cielo á verle y gozarle por toda la eternidad : *Habetis fructum vestrum in sanctificationem, finem verò vitam æternam*.

¿Habéislo oído, mis amados hijos? No os ha puesto Dios en este mundo para adquirir riquezas, ni conseguir honores, ni disfrutar placeres; sino para servirle y amarle en esta vida, verle y gozarle en la otra. Este es el fin que el Señor se propuso al criaros, este el objeto que tuvo al haceros hombres. De modo que, aunque vosotros estais ahora en la tierra, no teneis aquí vuestro destino; pues solo estais en ella como de paso y por muy breve tiempo : vuestro destino, hijos míos, le teneis en el cielo; allí está el lugar de vuestra perpétua ha-

<sup>1</sup> Job, xxviii, 14. — <sup>2</sup> Ibid. — <sup>3</sup> Cant. iii, 3.

bitacion, allí está el centro de vuestra eterna felicidad. ¿Lo conocéis así? ¿qué decís? — (Sí, padre).

Ya que conocéis que vuestro último fin es el cielo, decidme sencillamente: ¿qué habéis hecho hasta ahora para conseguirle? ¿Habéis aspirado á él con todo vuestro corazón? ¿habéis procurado haceros dignos de él? ¡Ay de mí! tal vez nunca habíais siquiera pensado en ello: tal vez hay alguno entre vosotros que tiempo há se halla enteramente apartado del camino que conduce á aquel fin dichoso, y que, habiendo vuelto las espaldas á su Dios, ha perdido todo derecho á verle en el cielo. ¿Será así que haya alguno?... Yo temo que sí, y tengo fundados motivos para decir aquí en medio de vosotros lo que Jesucristo dijo á sus discípulos la noche antes de morir: «Hay entre vosotros alguno, y quizá el que menos lo «piensa, que infelizmente engañado del demonio, tiempo há «vive apartado de Dios, y está en peligro inminente de condenarse.»

Sin duda atemorizados vosotros con la expresion que acabo de proferir, me preguntaréis cada uno en su corazón: ¿soy yo por ventura este desgraciado? *Numquid ego sum, Domine?* ¿Soy yo el infeliz que vivo apartado de mi último fin, separado de mi Dios, y expuesto á perderme sin remedio?—Hijos míos, estas preguntas no me las hagais á mí, que no puedo contestarlas; hacedlas á vosotros mismos, que sabéis lo que habéis hecho. Yo os diré en general con san Pablo, que ni los deshonestos, ni los blasfemos, ni los ladrones, ni los desobedientes entrarán en el cielo; pero si vosotros lo sois ó no, aunque puedo temerlo, no lo sé para asegurarlo; y aun cuando lo supiese, me guardaría bien de decirlo aquí en público. ¿Sabéis quién os lo dirá de cierto, clarito y sin rodeos? Vuestra propia conciencia. Vamos, os concedo un poco de tiem-

po para que se lo pregunteis. (*Aquí se suspenderá el discurso por un breve rato, y despues se proseguirá diciendo*):

¿Estais ya entendidos con vuestra conciencia? No quiero saber ahora qué es lo que os ha respondido, porque esto ya me lo diréis reservadamente en el confesonario donde nadie lo oirá; lo que os pregunto es: suponiendo os haya respondido que realmente habéis hecho cosas deshonestas, proferido blasfemias, hurtado cosas de valor, sido inobedientes, etc., y de consiguiente que estais fuera del camino del cielo, ¿qué pensais hacer? ¿Quereis continuar viviendo así en tan infeliz estado, pensando que despues, cuando seréis mas grandecitos, ya os arreglaréis con Dios y os pondréis en el camino de la salvacion? ¡Ay amados míos! Este es el lazo con que el demonio coge el alma de muchos niños y niñas. Lo primero que el malvado procura, es apartarlos del camino del cielo, haciéndoles cometer algun pecado; y cuando los tiene fuera de él, entonces, para que no le escapen de las manos, les dice: ¿Por qué has de confesar ahora aquel pecado que hiciste? Cállalo, que tiempo tendrás para confesarlo.

Hijos míos, por el grande amor que os tengo os suplico que no presteis oídos á los consejos de este infernal impostor. Acordaos que mientras vivís en pecado estais fuera del camino del cielo y correis á vuestra eterna perdicion. ¿Y si en el entre tanto viene la muerte?... ¡Ah! entonces ya podeis decir: *Adios cielo, adios para siempre.* Y aun cuando la muerte no venga á sorprenderos en vuestros primeros años, ¿no es una lástima que los paseis en el pecado, y desviados de Dios, que es vuestro último fin? Pensad que mientras vosotros vivís en pecado, sin hacer nada para conseguir el cielo, otros niños, mas cuerdos y prudentes que vosotros, aman y sirven á Dios con todo el corazón, y se afanan en adquirir méritos para la otra vida: pensad que pasando la primera edad en estado de

culpa, vais perdiendo los mejores años de vuestra vida, y robais á Dios los servicios de vuestra infancia, que son los que él mas estima : pensad que la primera edad es la que regularmente decide de nuestra salvacion ó condenacion, y que muchos se pierden por haberla empleado malamente : pensad que la salvacion depende ó en todo ó en gran parte del comportamiento que se tiene en la niñez, porque, como nos asegura el Espíritu Santo, el camino que el hombre toma en su juventud no suele dejarle hasta la muerte.

Así que, si vosotros deseais conseguir el cielo, que es el fin para el cual Dios os crió, es menester que comenceis á buscarle desde ahora, tomando el camino que conduce á él infaliblemente. Todo está en que vosotros, conociendo que Dios es vuestro último fin y el cielo vuestra patria, aspireis con todo el corazon á conseguirlos. Decidme, pues, ¿deseais de veras ver y gozar de Dios en el paraíso?—(Si, padre). Si verdaderamente lo deseais, es claro que tambien quereis emplear los medios necesarios para alcanzarlo : ¿no es verdad?—(Si, padre). Y como el medio para llegar á ver á Dios en la otra vida es amarle y servirle en esta, tambien debo suponer que teneis el ánimo de hacerlo del mejor modo que sepais : ¿no es así?—(Si, padre). Pero y esos pecados que habeis cometido, y que son un obstáculo para llegar á ver á Dios, ¿tambien los confesaréis, hijos míos, tambien los detestaréis?—(Si, padre). ¿Me lo prometéis?—(Si, padre). ¿Y los confesaréis todos, sin callar uno solo por temor ó vergüenza?—(Si, padre). ¡Bendito sea Dios! yo no me prometeria de muchas personas grandes lo que acabo de conseguir de vosotros, amables criaturas : con gran consuelo mio comienzo á ver que Dios bendice mis trabajos, y que no en vano elegimos á su bendita Madre por patrona de estos ejercicios. Encomendémonos á ella de todo corazon, para que con-

tinúe en dispensarnos su proteccion santa ; y para que quede en algun modo obligada, arrodillados á sus piés, recémosle por despedida tres *Ave Marias*.

*Hecho esto, el cura despida con buen modo á los muchachos, encargándoles que no hagan ruido al salir de la iglesia, que se vayan en derechura á sus casas, sin detenerse en la calle, y que procuren ser puntuales en asistir al primer ejercicio del dia siguiente.*

## SEGUNDO DIA DE EJERCICIOS.

*El ejercicio de la mañana será el mismo que ayer, teniendo empero cuidado de ir variando el catecismo sobre las disposiciones necesarias para la confesion y comunion, conforme dijimos en las advertencias preliminares.*

*El del mediodia se hará tambien del mismo modo que ayer, solo que en vez del exámen que allí se propuso, se pondrá otro en los términos siguientes :*

### El traidor Judas.

Probet autem seipsum homo, et sic de pane illo edat. (I Cor. XI, 28).

¿Habeis oido hablar, hijos míos, de un tal Judas que fue discípulo de Jesucristo? Este fue un malvado que, habiendo recibido de su Maestro los mas señalados favores, se los pagó con la mas negra ingratitud. Jesucristo le habia hecho el grande honor de elegirle por uno de sus Apóstoles, le habia dado poder para curar milagrosamente á los enfermos y á los endemoniados, le habia nombrado tesorero de los pocos caudales que tenia, cosas todas que, como veis, debian haberle

culpa, vais perdiendo los mejores años de vuestra vida, y robais á Dios los servicios de vuestra infancia, que son los que él mas estima : pensad que la primera edad es la que regularmente decide de nuestra salvacion ó condenacion, y que muchos se pierden por haberla empleado malamente : pensad que la salvacion depende ó en todo ó en gran parte del comportamiento que se tiene en la niñez, porque, como nos asegura el Espíritu Santo, el camino que el hombre toma en su juventud no suele dejarle hasta la muerte.

Así que, si vosotros deseais conseguir el cielo, que es el fin para el cual Dios os crió, es menester que comenceis á buscarle desde ahora, tomando el camino que conduce á él infaliblemente. Todo está en que vosotros, conociendo que Dios es vuestro último fin y el cielo vuestra patria, aspireis con todo el corazón á conseguirlos. Decidme, pues, ¿deseais de veras ver y gozar de Dios en el paraíso?—(Si, padre). Si verdaderamente lo deseais, es claro que tambien quereis emplear los medios necesarios para alcanzarlo : ¿no es verdad?—(Si, padre). Y como el medio para llegar á ver á Dios en la otra vida es amarle y servirle en esta, tambien debo suponer que teneis el ánimo de hacerlo del mejor modo que sepais : ¿no es así?—(Si, padre). Pero y esos pecados que habeis cometido, y que son un obstáculo para llegar á ver á Dios, ¿tambien los confesaréis, hijos míos, tambien los detestaréis?—(Si, padre). ¿Me lo prometéis?—(Si, padre). ¿Y los confesaréis todos, sin callar uno solo por temor ó vergüenza?—(Si, padre). ¡Bendito sea Dios! yo no me prometeria de muchas personas grandes lo que acabo de conseguir de vosotros, amables criaturas : con gran consuelo mio comienzo á ver que Dios bendice mis trabajos, y que no en vano elegimos á su bendita Madre por patrona de estos ejercicios. Encomendémonos á ella de todo corazón, para que con-

tinúe en dispensarnos su proteccion santa ; y para que quede en algun modo obligada, arrodillados á sus piés, recémosle por despedida tres *Ave Marias*.

*Hecho esto, el cura despida con buen modo á los muchachos, encargándoles que no hagan ruido al salir de la iglesia, que se vayan en derechura á sus casas, sin detenerse en la calle, y que procuren ser puntuales en asistir al primer ejercicio del dia siguiente.*

## SEGUNDO DIA DE EJERCICIOS.

*El ejercicio de la mañana será el mismo que ayer, teniendo empero cuidado de ir variando el catecismo sobre las disposiciones necesarias para la confesion y comunión, conforme dijimos en las advertencias preliminares.*

*El del mediodía se hará tambien del mismo modo que ayer, solo que en vez del exámen que allí se propuso, se pondrá otro en los términos siguientes :*

### El traidor Judas.

Probet autem seipsum homo, et sic de pane illo edat. (I Cor. XI, 28).

¿Habeis oido hablar, hijos míos, de un tal Judas que fue discípulo de Jesucristo? Este fue un malvado que, habiendo recibido de su Maestro los mas señalados favores, se los pagó con la mas negra ingratitud. Jesucristo le habia hecho el grande honor de elegirle por uno de sus Apóstoles, le habia dado poder para curar milagrosamente á los enfermos y á los endemoniados, le habia nombrado tesorero de los pocos caudales que tenia, cosas todas que, como veis, debian haberle

inspirado los mas vivos sentimientos de amor y fidelidad. Pero ¿qué hizo el desgraciado? En vez de ser uno de sus discípulos mas fieles y agradecidos, se conjuró contra él, le vendió á los judíos, y se lo entregó por el vil precio de treinta dineros.

En vano Jesucristo tanteó todos los medios para apartarle de tal maldad; en vano le lavó los piés, se los besó, y le abrazó amorosamente; en vano le dió á entender que ya sabia que trataba de venderle á los judíos, dándole con esto una correccion disimulada y amorosa: todo fue inútil. Judas, el ingrato Judas va á encontrar á los principales de entre los judíos, y les dice: ¿No sois vosotros los que buskais á Jesús de Nazaret para matarle? ¿Cuánto quereis darme, y yo os le entregaré? *Quid vultis mihi dare, et ego vobis eum tradam?*— Te darémos, le responden, treinta dineros de plata.— Ya está hecho, dice el desalmado; esta misma noche le pondré á vuestra disposicion.—Toma al punto algunos hombres armados, y se dirige al huerto de Getsemaní, donde sabe está Jesucristo haciendo oracion con sus discípulos; y mientras están por el camino dice á los soldados: Aquel á quien yo daré un beso es Jesús de Nazaret; atadle fuerte, para que no escape: *Quemcumque osculatus fuero, ipse est, tenete eum.*

Diciendo esto, entran de tropel en el huerto: viéndoles Jesucristo se levanta de la oracion, y, adelantándose algunos pasos hácia los que van á prenderle, repara que Judas va al frente de ellos, conduciéndolos como capitán. Buen amigo, le dice, ¿qué vienes á hacer aquí? *Amice, ad quid venisti?*— Adelantándose Judas hácia él, le abraza y le da un beso. ¡Ah Judas! le dice el amabilísimo Jesús, ¿con un beso me vendes? El beso es señal de amor, y no de traicion: cuando yo pocas horas há te he dado un ósculo en el cenáculo, no ha sido ciertamente para venderte, sino para declararte mi entraña-

ble amor, y darte á conocer que, no obstante tu malicia, aun estaba dispuesto á perdonarte. Pero tú, ingrato, te sirves de esta señal de amistad para entregarme á mis enemigos. *Osculo tradis Filium hominis.*

Hijos míos, yo os veo enternecidos, y observo que las lágrimas corren por el rostro de algunos... ¿Os enternece el ver el modo con que el ingrato Judas trató al amabilísimo Jesús? Pues sabed que aun le trata mas indignamente el que comulga en pecado. Este infeliz entrega tambien á Jesucristo, no ya á los judíos que, aunque muy malos, al fin eran capaces de algun sentimiento de humanidad, sino á los demonios, que son sus mas implacables enemigos. Sí, sí; á los demonios entrega al Salvador el que le recibe en pecado mortal. Y sino decidme: ¿qué es comulgar en pecado? Es colocar á Jesucristo en un corazon que está todo lleno de bestias infernales: es poner á Jesucristo en un corazon en el que Lucifer ha levantado su trono, y en el que manda como rey y dispone como señor absoluto: es arrojar á Jesucristo á los piés de Satanás, para que este mónstruo le insulte y le escarnezca. ¡Oh! cómo puede el demonio burlarse de él, dirigiéndole estas insultantes palabras: «Vos pensábais haberme vencido en la cruz, pero ¿dónde está vuestro triunfo? Esta alma ¿es vuestra ó es mia? Mia es, y no vuestra; pues yo habito en ella como rey, y Vos como esclavó. ¿Qué fruto sacais de haber padecido tanto, y muerto por ella? Yo, sin padecer ni morir por su amor, he logrado que me prefiera á Vos. ¿No veis como os ha sacado del altar de su corazon, para que yo sea adorado en él?...»

Lo peor es, hijos míos, que el que indignamente comulga se sirve tambien, como Judas, de una señal de amistad para entregar á Jesucristo á los demonios. Sabiendo el desalmado que el Salvador está noche y dia en el sagrario, dice á los de-

monios, si no con palabras, con las obras : Yo sé dónde está Jesús, á quien teneis un odio irreconciliable ; y tengo medios para hacer que venga á parar en vuestras manos. ¿Qué queréis darme, y yo os le entregaré? *Quid vultis mihi dare, et ego vobis eum tradam?* Dicho esto se encamina al altar donde está Jesucristo, y entre tanto va diciendo á los demonios : Aquel á quien yo recibiré bajo la figura de una hostia, aquel es Jesús ; apoderaos de él, y tenedle : *Quemcumque osculatus fuero, ipse est, tenete eum.*—En vano Jesucristo le habla desde el sagrario, y le dice : buen amigo, ¿qué vienes á hacer aquí? ¿vienes para venderme, ó vienes para adorarme?... ¿vienes á entregarme tu corazon, ó vienes á traspasar de nuevo el mio?... *Amice, ad quid venisti?*—¡Ah! parece que reconvencciones tan tiernas y amorosas deberian hacerle entrar en sí, y detenerle para no pasar adelante ; pero él, lleno de osadía y atrevimiento, se adelanta algunos pasos mas, se acerca á la sagrada mesa y se arrodilla al pié de los altares. ¡Ah ingrato! le dice Jesucristo, hablándole otra vez al corazon : *Osculo tradis Filium hominis?* ¿Con un beso me vendes?... ¿Con un ósculo de paz me entregas á mis enemigos?... ¿Con capa de amistad me clavas el puñal en el corazon?... *Osculo tradis Filium hominis?*

Niños muy amados, vosotros veis el modo indigno con que el sacrilego trata al amabilísimo Redentor, vosotros veis el grande atentado que comete este nuevo Judas. ¿Habrá entre vosotros quien tenga corazon para hacer á Jesucristo una injuria tan execrable? Estoy cierto que no, y que primero perderíais mil veces la vida. Pues si no queréis hacérsela, practicad cuidadosamente aquel documento de san Pablo que dice : antes no te acerques á la santa comunión, mira y examina bien tu conciencia, para saber si hay algun pecado que te haga indigno de recibirla. Ayer os dije lo que debíais examinar

sobre los dos primeros mandamientos, y supongo lo habréis hecho con todo cuidado y atencion : hoy vengo á deciros lo que debéis examinar sobre el tercero y el cuarto.

El tercer mandamiento dice : *Santificarás las fiestas.* Sobre este mandamiento examinad : 1.º si habeis oido misa entera todos los dias que lo manda la Iglesia ; si la habeis dejado ó truncado para jugar, por pereza de asistir, ó por otro motivo frívolo ; y si habeis estado en ella voluntariamente distraídos, charlando, mirando acá y acullá, ó teniendo el pensamiento puesto en cosas del mundo : 2.º si voluntariamente os habeis puesto en la imposibilidad de oirla, ó en peligro de perderla, ó formásteis resolucion de dejarla, aunque despues la hayais oido : 3.º si habeis hecho travesuras en la iglesia al tiempo de los divinos oficios, como tirar piedras, daros golpes unos á otros, distrayendo á los demás : 4.º si habeis comido carnes en la Cuaresma, en los viernes y otros dias prohibidos, no teniendo la Bula que llamamos de carnes ; y si, sin tener la de Cruzada, habeis en dichos dias comido huevos ó lactici- nios : 5.º si habeis pasado alguna Cuaresma sin confesar, ó si, confesando, lo habeis hecho malamente. Todos estos puntos debéis examinar sobre el tercer mandamiento, contando, si posible es, las veces que habeis faltado en cada uno.

El cuarto mandamiento dice : *Honrarás al padre y á la madre.* Sobre este precepto procurad averiguar : 1.º si habeis desobedecido al padre, á la madre, al amo ó á otro superior, cuando os han mandado alguna cosa de importancia y tocante á vuestro bien ó al buen gobierno de la familia, como por ejemplo, que no tratáseis con aquel mal compañero, que no entráseis en tal casa, que no saliéseis de noche, que asistiéseis al catecismo, etc. : 2.º si les habeis hablado con insolencia, respondiéndoles con mal modo cuando os avisaban, levantando la voz cuando os reñian, haciéndoles mala cara ó

mirándolos de reojo cuando os daban alguna correccion, ó lo que aun seria mucho peor, amenazándoles de palabra ó con algun gesto: 3.º si los habeis amado como Dios os manda; si les habeis deseado algun mal, ú os alegrásteis de que les haya venido; si les habeis dado algun disgusto que les haya perjudicado en los intereses ó en la salud: 4.º si os habeis descomedido con algun sacerdote, ó con alguna autoridad, ó con alguna persona anciana y respetable, faltándoles al respeto y veneracion que les eran debidos.

Hé aquí los puntos capitales sobre que os habeis de examinar en órden á estos dos mandamientos, hacedlo con todo cuidado y diligencia; porque, si por falta de exámen se os olvidase algun pecado grave, esto solo bastaria para hacer nula vuestra confesion. Mañana estaremos ya en el tercer dia de ejercicios; y así conviene que comenceis la confesion general, á fin de que podais hacerla mas despacio, y venir al confesonario tantas cuantas veces sea menester, antes que llegue el dia de comulgar. Mañana, pues, acabado el primer ejercicio, yo iré al confesonario, y vosotros podréis venir á confesar lo que entre tanto tengais examinado. ¿Lo entendéis? — (*Si, padre*). Idos ahora á casa, y cuidado en no distraeros demasiado; acordaos que estamos en ejercicios, y que esta es cosa que tal vez no volveréis á hacerla en toda vuestra vida. Adios chicos... pero no, que seria una gran descortesía salirnos de la iglesia sin decir nada á esa bendita Reina, de quien tantos favores experimentamos. Saludémosla, pues, con una *Salve*.

*El ejercicio de la noche se hará como ayer, menos la plática que será la siguiente:*

### El sacrificio de la niñez.

Memento Creatoris tui in diebus juventutis tuæ. (*Eccles. xii, 1*).

¿Os acordais, hijos mios, de que ayer me dijísteis que, ya que habeis sido criados para amar y servir á Dios, queriais comenzar á hacerlo desde ahora, sin esperar á que os lleguen los años de la vejez? ¿Lo teneis presente? — (*Si, padre*). Tal vez cuando me dijísteis esto no conocías bien la estrechísima obligacion que teneis de hacerlo, y quizá todavía creéis que, consagrando vuestra primera edad al Señor, le haceis un obsequio gratuito, el cual, si quisiérais, podríais justamente negarle. Si tal fuese vuestra persuasion, os advierto que os engañais muy cándidamente. Consagrarse al amor y servicio de Dios desde la niñez, no es un obsequio libre que se le hace, sino una obligacion rigorosísima que se cumple, y de la cual nadie se puede dispensar.

Tan léjos estamos de que nos sea libre el comenzar á servir á Dios en esta edad, que por el contrario somos mas obligados á ello en este tiempo que en ningun otro. En todas las estaciones de la vida debemos amar y servir á Dios, en la niñez y en la juventud, en la virilidad y en la vejez; pero en la niñez esta obligacion es mucho mas estrecha y rigorosa. ¿Y sabeis por qué? Porque negarle el amor en esta edad, es negarle el sacrificio de la parte mas hermosa y apreciable de la vida, es manifestarse ingrato al amor especial que en esta edad él nos manifiesta, es abusar de las gracias y favores que en este tiempo mas que en ningun otro nos dispensa. Escuchad, hijos, escuchad atentamente lo que sobre esto voy á decir, y veréis la estrechísima obligacion que teneis de co-

menzar desde ahora á amar y servir á Dios, sin que de ningun modo os sea lícito el diferirlo para mas adelante.

En el principio del mundo hubo dos hermanitos llamados el uno Cain y el otro Abel, el primero de los cuales era labrador, y el segundo pastor de ovejas. Habiendo tanto el uno como el otro recibido de Dios grandes bienes, resolvieron de comun acuerdo hacerle un sacrificio en señal de su amor y agradecimiento. ¿Qué hicieron para esto? Cain tomó algunos haces de trigo de sus campos, y Abel cogió algunos corderillos de su rebaño; y poniendo cada cual lo suyo sobre un altar, lo ofrecieron á Dios, suplicándole se dignase manifestarles con una señal sensible si sus ofrendas le eran agradables ó no. No tardó el Señor en cumplir sus deseos: mientras estaban arrodillados ante los altares, cada cual ante el suyo, esperando la señal de aceptación, vió Abel que del cielo bajaba una hermosísima llama á consumir su sacrificio, señal evidente de que Dios lo recibía con agrado; mas Cain, por mas que estaba mirando atentamente á lo alto, no vió bajar ni una chispa de fuego sobre el suyo, indicio claro de que Dios lo aborrecía y detestaba.

¿Y por qué, me preguntaréis, Dios aceptó el sacrificio de Abel, y despreció el de Cain? — Yo os lo explicaré, hijos míos, y quiera Dios que mis palabras os hagan abrir los ojos. Abel escogió para el sacrificio los corderos mas gordos y hermosos que encontró en su rebaño, creyendo que á Dios debía darle lo mejor, y por esto Dios se lo aceptó; pero Cain escogió para su sacrificio los frutos mas tristes y macilentos que halló en sus campos, juzgando que para Dios cualquiera cosa era buena; y por esto Dios se lo despreció.

Hé aquí lo que pasa con los niños al llegar á la edad de re-

flexionar: unos ofrecen á Dios la parte mas bella y hermosa de su vida, que es la juventud; otros al contrario le reservan la parte mas inútil y despreciable, que es la vejez. ¿Y qué hace el Señor en vista de esta diferencia? Acepta con agrado el sacrificio de los primeros, y como á Abel los llena de gracias y bendiciones; pero detesta la ofrenda de los segundos, y como á Cain les hace experimentar el peso de su indignación. Y con mucha razon se indigna Dios contra los niños que, negándole los servicios de la primera edad, dicen que le servirán cuando sean viejos, porque esto propiamente no es otra cosa que burlarse de él. Porque ¿no es burlarse de Dios gastar los mejores años en servir al mundo, y esperar á servir á él cuando ya casi no se es bueno para nada? Si entrando vosotros en un jardin lleno de hermosas flores, el dueño os regalase una, pero esta fuese la mas marchita, la mas seca, la mas tostada por los rayos del sol, decidme, ¿no pensaríais que os hace una burla? ¿no lo tendríais por un insulto? ¿Qué decís?—(Si, padre). Pues esta burla, este insulto hacen á Dios aquellos niños que esperan la vejez para servirle y amarle; pues pudiendo ofrecerle otras edades mas hermosas, le ofrecen la mas fea que encuentran en todo el curso de su vida. Le niegan la niñez, porque la quieren para las pasiones: le niegan la juventud, porque la destinan al servicio del mundo: le niegan la virilidad, porque desean emplearla en obsequio del vicio; y le ofrecen ¿qué? ¡oh vergüenza! le ofrecen la vejez, porque no saben á qué otro objeto destinarla. ¿Puede haber un desacato mayor?...

No para aquí todo el mal: estos niños imitadores de Cain, no solo ofrecen á Dios la parte mas miserable de su vida, sino que le niegan los servicios de aquella edad que él mas ama y aprecia. Yo no dudo que, aunque Dios desea mucho ser amado y servido de todos los hombres, desea serlo muy especial-

mente de los niños. ¿Y sabeis en qué me fundo? En el amor especial que muestra para con ellos. Si vosotros deseais una prueba del afecto cariñoso que Dios profesa á los niños, mirad las demostraciones continuas de ternura que Jesucristo les hizo mientras vivió en la tierra.

¡Ah! su amoroso corazón no parecia estar contento sino cuando se hallaba en medio de ellos. ¡Con qué dulzura los llamaba á sí y los atraía á sus brazos! ¡Con qué bondad los recibía! ¡Con qué mansedumbre los catequizaba! ¡Con qué ternura los abrazaba y les daba su bendición! Los niños de Judea estaban tan prendados de su dulzura y amabilidad, que en entrando él en alguna poblacion, al punto procuraban escapar de los brazos de sus madres, y corrían á donde él estaba, deseosos de que les hiciese alguna caricia. Sucedia á veces que los Apóstoles querían apartarlos de él, á fin de que no le molestasen; pero advirtiéndolo el amantísimo Salvador, les decia: ¿por qué no quereis que estos chiquillos se acerquen á mí? Dejadlos venir, pues ellos son mi gozo, mi alegría y mi corona: mi corazón rebosa de contento cuando me veo rodeado de esos coros de angelitos, llenos de candor y de inocencia; porque preveo que de ellos será algún dia el reino de los cielos: *Sinite parvulos venire ad me, talium est enim regnum caelorum*<sup>1</sup>.

Y no creais, hijos míos, que el amantísimo Salvador hiciese consistir su amor á los niños en solas palabras y demostraciones. ¡Con cuántas obras, con cuántos beneficios les probó la sinceridad de su afecto! Leed el Evangelio, y veréis que las curaciones mas admirables que obró, las hizo con niños. Niño era aquel paralítico de Cafarnaum á quien dió la salud cuando ya estaba á punto de morir<sup>2</sup>: niño era aquel lunático del que echó al demonio, que frecuentemente le incitaba á

<sup>1</sup> Matth. xix, 14. — <sup>2</sup> Matth. viii, 6.

arrojarse en el fuego y en el agua<sup>1</sup>: niña era la hija de la Cananea, á la cual libró tambien del demonio que cruelmente la atormentaba<sup>2</sup>. Y de los doce Apóstoles que tuvo ¿á cuál amó con mas ternura? ¿á cuál dió mayores pruebas de cariño? Al mas joven de todos, que era san Juan.

Pero lo que mas que ninguna otra cosa os hará conocer el amor tiernísimo que Jesucristo profesa á los niños, es aquella espantosa sentencia que pronunció contra cualquiera que los escandalice, es decir, que les enseñe á pecar. Si alguno, dijo, se atreviere á escandalizar á alguno de esos pequeñuelos que creen en mí, ¡ah! si alguno se atreviere á hacerme esta injuria, mejor le fuera que con una rueda de molino atada al cuello fuese precipitado en lo mas profundo del mar. ¿Podia el amantísimo Salvador declarar de un modo mas patente el entrañable amor que os tiene? ¿podia mostrarse mas interesado por vuestro bien? Y en vista de un amor tan grande, ¿tendréis valor, hijos míos, para negarle los afectos mas liernos de vuestro corazón? ¿Querréis diferir para mas adelante el servir á un Dios que tan tiernamente os ama? ¡Ah! me parece imposible llegue á tanto vuestra ingratitud.

Esto seria, no ya solamente mostraros desagradecidos al amor especial con que os honra, sino abusar indignamente de las inestimables gracias que ahora os dispensa, á fin de ganaros el corazón y atraeros á sus amorosos brazos; gracias que son propias de vuestra edad, y que tal vez os serán negadas tan pronto como llegéis á una edad mas adelantada. Yo debo descubrir os aquí un secreto que tal vez no llegaríais á descubrir sino cuando ya seria tarde, y es que cuando somos niños Dios nos favorece con ciertas gracias que, siendo como un privilegio exclusivo de la niñez, cesan luego que co-

<sup>1</sup> Matth. xvii, 14. — <sup>2</sup> Matth. xv, 22.

menzamos á ser ya adultos. ¿Cuántos hay que, mientras fueron pequeñitos, se vieron favorecidos con consolaciones las mas dulces, con inspiraciones las mas santas, con llamamientos los mas tiernos y suaves; y apenas hubieron salido de la primera edad, dejaron de experimentar semejantes favores, como si Dios se hubiese retirado de ellos?

Yo, hijos míos, soy uno de tantos, y puedo servir de ejemplo en confirmacion de esta verdad. Tengo bien presente que, siendo de vuestra edad, experimentaba en mi espíritu cosas que no experimento ahora: entonces todo me conmovia, todo me hablaba, todo me conducia á Dios. La simple vista de un Crucifijo me hacia verter lágrimas, la lectura de un libro devoto me inflamaba el corazon, la relacion de la vida de un Santo me conmovia fuertemente el alma; cuando ahora nada me mueve, nada me impresiona. El Señor ha hecho conmigo lo que hacen ciertas madres con sus hijos, las cuales, mientras son pequeñitos, les hacen muchas caricias y los alimentan con dulces; y cuando los tienen ya grandes, los tratan con severidad y les dan á comer pan duro. No digo esto para quejarme de Dios, pues conozco que me trata como merezco, y gracias aun de que se digne admitirme á su servicio; lo digo para que entendais que, generalmente hablando, la niñez es la época dichosa en que Dios, digámoslo así, se divierte con las almas, las regala, las acaricia, manifestándoles de mil modos su amor y cariño.

Ahora bien, amados míos, un Dios que tan ardientemente desea verse amado y servido de vosotros, un Dios que, para conseguirlo, os muestra de su parte un afecto tan tierno y amoroso, un Dios que os dispensa tantas gracias y favores, ¿no merece que vosotros le ameis con todo el corazon, con toda el alma? ¿Qué decís?—(Si, padre). ¿No seria hacerle la mayor de todas las injurias esperar á servirle en edad mas

adelantada, y entre tanto emplear esta hermosa estacion en ofenderle?—(Si, padre). Pues prometedme, hijos, que nunca ofenderéis mortalmente á este buen Señor, y que no daréis á otro que á él vuestro tierno corazon. ¿Me lo prometéis?—(Si, padre). ¿Y puedo yo prometerme que cumpliréis la palabra que acabais de darme?—(Si, padre). Ángel tutelar de este templo, recoge las palabras que acaban de pronunciar estos niños; y presentándolas ante el trono del Altísimo, suplicale les dé su santa gracia para que las cumplan fielmente. Y Vos, Virgen santísima, echadles vuestra santa bendicion, mientras yo y ellos, postrados humildemente á vuestros piés, os saludamos con tres *Ave Marias*.

### TERCER DIA DE EJERCICIOS.

*El ejercicio de la mañana se hará como el primer dia, teniendo presente la observacion que allí se hizo sobre la oportuna variacion del catecismo.*

*El del mediodia hágase tambien como está notado para el primer dia, á excepcion del exámen que se propondrá en la forma siguiente:*

#### **Efectos espantosos de la mala comunión.**

Probet autem seipsum homo, et sic de pane illo edat. (I Cor. xi, 28).

Habiéndoos explicado en los dias anteriores el gran pecado que es recibir indignamente el sagrado Cuerpo de Jesucristo, debo explicaros hoy los grandes castigos que Dios suele dar á los que tienen la osadía de cometerlo. Estos castigos son

menzamos á ser ya adultos. ¿Cuántos hay que, mientras fueron pequeñitos, se vieron favorecidos con consolaciones las mas dulces, con inspiraciones las mas santas, con llamamientos los mas tiernos y suaves; y apenas hubieron salido de la primera edad, dejaron de experimentar semejantes favores, como si Dios se hubiese retirado de ellos?

Yo, hijos míos, soy uno de tantos, y puedo servir de ejemplo en confirmacion de esta verdad. Tengo bien presente que, siendo de vuestra edad, experimentaba en mi espíritu cosas que no experimento ahora: entonces todo me conmovia, todo me hablaba, todo me conducia á Dios. La simple vista de un Crucifijo me hacia verter lágrimas, la lectura de un libro devoto me inflamaba el corazon, la relacion de la vida de un Santo me conmovia fuertemente el alma; cuando ahora nada me mueve, nada me impresiona. El Señor ha hecho conmigo lo que hacen ciertas madres con sus hijos, las cuales, mientras son pequeñitos, les hacen muchas caricias y los alimentan con dulces; y cuando los tienen ya grandes, los tratan con severidad y les dan á comer pan duro. No digo esto para quejarme de Dios, pues conozco que me trata como merezco, y gracias aun de que se digne admitirme á su servicio; lo digo para que entendais que, generalmente hablando, la niñez es la época dichosa en que Dios, digámoslo así, se divierte con las almas, las regala, las acaricia, manifestándoles de mil modos su amor y cariño.

Ahora bien, amados míos, un Dios que tan ardientemente desea verse amado y servido de vosotros, un Dios que, para conseguirlo, os muestra de su parte un afecto tan tierno y amoroso, un Dios que os dispensa tantas gracias y favores, ¿no merece que vosotros le ameis con todo el corazon, con toda el alma? ¿Qué decís?—(Si, padre). ¿No seria hacerle la mayor de todas las injurias esperar á servirle en edad mas

adelantada, y entre tanto emplear esta hermosa estacion en ofenderle?—(Si, padre). Pues prometedme, hijos, que nunca ofenderéis mortalmente á este buen Señor, y que no daréis á otro que á él vuestro tierno corazon. ¿Me lo prometéis?—(Si, padre). ¿Y puedo yo prometerme que cumpliréis la palabra que acabais de darme?—(Si, padre). Ángel tutelar de este templo, recoge las palabras que acaban de pronunciar estos niños; y presentándolas ante el trono del Altísimo, suplicale les dé su santa gracia para que las cumplan fielmente. Y Vos, Virgen santísima, echadles vuestra santa bendicion, mientras yo y ellos, postrados humildemente á vuestros piés, os saludamos con tres *Ave Marias*.

### TERCER DIA DE EJERCICIOS.

*El ejercicio de la mañana se hará como el primer dia, teniendo presente la observacion que allí se hizo sobre la oportuna variacion del catecismo.*

*El del mediodia hágase tambien como está notado para el primer dia, á excepcion del exámen que se propondrá en la forma siguiente:*

#### **Efectos espantosos de la mala comunión.**

Probet autem seipsum homo, et sic de pane illo edat. (I Cor. xi, 28).

Habiéndoos explicado en los dias anteriores el gran pecado que es recibir indignamente el sagrado Cuerpo de Jesucristo, debo explicaros hoy los grandes castigos que Dios suele dar á los que tienen la osadía de cometerlo. Estos castigos son

tan grandes, espantosos y formidables, que la lengua se resiste á explicarlos. Yo advierto una cosa muy singular en el comportamiento que tiene la Iglesia con los profanadores de la Eucaristía, y es que, habiendo ella señalado penas, y muy graves, para cási todas las clases de delitos, ninguna ha señalado para los que reciben indignamente la sagrada comunión, y esto que cometen uno de los delitos mas graves y espantosos. ¿Por qué será esto? ¿Será que la Iglesia no hace gran caso de este pecado? Todo lo contrario, hijos míos; es que sabiendo ella los grandes males que la justicia de Dios descarga sobre los que lo cometen, no quiere imponerles nuevas penas, porque comprende que hártos castigados quedan los infelices. ¿Y qué males envía Dios á los que comulgan en pecado?

Podréis conocerlo, hijos míos, por los que envió á Judas, que fue el primero que profanó este gran Sacramento. Apenas el desgraciado hubo comido indignamente el Cuerpo del Salvador, el demonio entró en él, se apoderó de su alma, le precipitó en los mas horrendos pecados, hasta que de culpa en culpa le indujo á quitarse la vida, poniéndose un dogal y colgándose miserablemente de una higuera. No quiero decir que todos los que, á imitación suya, reciben indignamente el Cuerpo de Jesucristo, lleguen á atentar contra su vida y se procuren una muerte violenta y prematura; lo que quiero decir es, que algunos la encuentran sin buscarla, y que mueren antes de tiempo por haber comido indignamente el Pan consagrado. ¿Por qué pensais, decia san Pablo á los cristianos de Corinto, que entre vosotros hay muchos enfermos, muchos aquejados de dolencias extrañas, muchos que mueren con muerte repentina? Todo esto sucede, les decia el mismo Apóstol, porque hay muchos que reciben indignamente el cuerpo del Señor: *Ideo inter vos multi infirmi, et imbecilles, et dor-*

*miunt multi*<sup>1</sup>. Por manera, hijos míos, que la comunión sacrilega es para algunos como el agua que la Escritura llama de los celos, la cual, bebida en mala disposición, quemaba las entrañas y hacia morir tan pronta como miserablemente. Y así, si vosotros quereis alejar el peligro de morir con muerte repentina y prematura, poned cuidado en no recibir jamás en pecado la sagrada comunión.

Pero no es este el castigo que mas debeis temer, porque, aunque muy grande, al fin es un castigo puramente temporal, y no siempre se verifica: el castigo que mas temor debe inspiraros, es el castigo espiritual, que nunca falta á los profanadores del Cuerpo de Jesucristo. Tan pronto como Judas hubo comulgado indignamente, cayeron sobre su entendimiento unas tinieblas tan densas y espantosas, que el infeliz, á manera de un hombre que anda á tientas en oscura noche, nada vió de cuanto podia hacerle volver en sí y retraerle de su pecado. La Escritura santa, para significarnos la grande oscuridad que la comunión sacrilega derramó en el entendimiento de aquel desgraciado, nos advierte que cuando comulgó era de noche: *Cùm accepisset buccellam, exivit continuò. Erat autem nox*<sup>2</sup>. ¿Por qué no dice tambien que era de noche cuando vendió á Jesucristo, cuando fué á prenderle en el huerto y cuando con un beso le entregó á los esbirros, siendo así que tambien lo era? Para que entendamos que estos pecados, aunque muy graves, no hicieron en él un efecto tan terrible como hizo la mala comunión, la cual, como ya os he dicho, de tal modo le cegó el entendimiento, que el miserable corrió á su perdición, sin que bastasen para detenerle ni la voz de su propia conciencia, ni las amenazas de Dios, ni los milagros de Jesucristo.

<sup>1</sup> I Cor. XIII, 30. — <sup>2</sup> Joan. XIII, 30.

No creais, hijos míos, que este terrible efecto de la mala comunión lo haya experimentado solamente Judas ; lo experimentan también, mas ó menos, todos los que, como él, reciben en pecado el cuerpo del Salvador. Estos desgraciados caen desde luego en un terrible abandono de parte de Dios : el cielo, digámoslo así, se oscurece para ellos ; ya no caen sobre sus almas aquellas luces extraordinarias que descubren claramente el camino de la perdición ; ya van caminando á ciegas, sin ver los lazos y precipicios que por todas partes les rodean ; ya van precipitándose de una culpa á otra, hasta que, si una gracia muy particular de Dios no viene á socorrerlos, van á dar en lo mas profundo del abismo.

Será tal vez por esto que el apóstol san Pablo dice de los que indignamente comulgan, que ellos comen su propio juicio y su misma condenación : *Qui enim manducat et bibit indignè, judicium sibi manducat et bibit*<sup>4</sup>. No quiere significarnos con esto el santo Apóstol, que quien come en pecado el Cuerpo de Jesucristo quede ya irremisiblemente juzgado y condenado ; lo que quiere hacernos entender es, que de tal modo se cierra él mismo los caminos de salud, que casi no le queda esperanza de remedio. En efecto, vemos que entre los mismos verdugos que dieron muerte á Jesucristo hubo algunos que lloraron su pecado, mereciéndoles la conversión la misma sangre que acababan de derramar ; pero vemos que el primer profanador de la Eucaristía, Judas, apenas comió el Pan de vida, se obstinó mas en su malicia, como si aquel pecado hubiera puesto el sello á su eterna reprobación.

Hijos míos : ¿ os horroriza un castigo tan espantoso ? cuidado no venga sobre vosotros el día que comulgaréis. Para evitarlo practicad cuidadosamente lo que con el apóstol san

<sup>4</sup> I Cor. xi, 29.

Pablo dias há os vengo inculcando, á saber, que registreis bien todos los senos de vuestra conciencia antes de acercaros á la santa mesa para comulgar. Digo registreis bien, para indicaros que no basta un exámen superficial y ligero ; sino que habeis de hacer un exámen profundo y detenido, bajo la persuasión de que con una sola culpa mortal que os quede sin descubrir por poco cuidado y atención, habrá lo bastante para que hagais una comunión sacrilega, y os atraigais los horrendos castigos que acabo de explicaros. El exámen de hoy debe versar sobre el quinto y sexto mandamientos, en orden á los cuales hay muchas cosas que advertir : escuchadlas atentamente.

El quinto mandamiento dice : *No matarás*. Sobre este mandamiento examinad : 1.º si habeis tratado malamente á vuestro prójimo de palabra ó con obras ; si, riñendo entre vosotros, os habeis hecho daño con palos ó pedradas ; ó si habeis tenido deseo de dañar á alguno en su persona ó en sus bienes : 2.º si habeis deseado sucediese algun mal á alguna persona ; si os habeis alegrado de que le haya venido ; si pudiendo evitar que le viniese, habeis dejado de hacerlo por mala voluntad : 3.º si habeis echado imprecaciones con ánimo de que se cumpliesen ; si habeis tenido odio ó rencor á alguna persona ; si por esto habeis dejado de saludarla, ó no habeis querido tratar con ella : 4.º si os habeis enojado ó encendido en cólera contra quien os molestaba, ya fuese jugando entre vosotros, ya fuese que alguno os diese algun aviso ó reprobación : 5.º si con despecho os habeis deseado la muerte ú otro mal á vosotros mismos ; si os habeis embriagado hasta el punto de perder el uso de la razón ; si os habeis perjudicado la salud comiendo sal, tierra, carbon ú otras sustancias dañosas. Estos son los puntos principales que debeis examinar en cuanto al quinto mandamiento.

El sexto dice : *No fornicarás*. Sobre este precepto debéis examinar : 1.º si habeis hecho alguna cosa fea ó deshonesta, ó con vosotros mismos, ó con algun otro niño ó niña : 2.º si habeis escuchado ó mirado alguna cosa fea, ya en casa, ya en el campo, ya en algun otro lugar : 3.º si habeis tenido deseos de hacer alguna cosa deshonesta con alguna persona, ya fuese parienta, ya fuese casada, ya fuese soltera : 4.º si os habeis entretenido en pensar en cosas feas, hallando gusto en ello, y advirtiéndole que pecábais : 5.º si habeis hablado de cosas deshonestas, ó habeis escuchado con gusto cuando otros las hablaban : 6.º si habeis enseñado á algun otro niño ó niña el hacer cosas feas, ó si los habeis inducido á hacerlas con palabras ó acciones : 7.º si habeis hecho alguna accion fea con bestias, ú os deleitásteis en mirarlas cuando ellas las hacian.

Aquí teneis, hijos míos, toda la materia del exámen de hoy: aplicaos á examinaros bien sobre cada uno de los puntos que comprende; y á fin de que nada os pase por alto por distraccion ú olvido, pidamos á María santísima os alcance para ello la luz conveniente, rezándole al efecto una *Salve*.

*El ejercicio de la noche se hará como el primer dia, menos la plática que será la que sigue :*

#### **Todo depende de la primera edad.**

Memento Creatoris tui in diebus  
juventutis tuæ. (*Eccles. xii, 1*).

Tengo muy presente, amados niños, que habiendo vosotros oido ayer el grande amor que Dios os tiene, las gracias particulares que os hace, y lo mucho que desea verse amado y servido de vosotros, movidos de estas tiernas reflexiones, resolvisteis amarle y servirle con todo el corazon desde ahora

y por siempre, y lo dijisteis públicamente en voz alta delante de todos los que estaban aquí presentes. ¿Y vosotros lo teneis presente, hijos?— (*Si, padre*). Pues para animaros todavía mas á cumplir con toda fidelidad lo que ayer prometisteis, vengo hoy á haceros ver que vuestra eterna salvacion depende en gran parte, por no decir del todo, de la conducta que observaréis en esta primera edad; por manera que si ahora llevais una vida inocente y virtuosa, es moralmente cierto que os salvaréis; pero si llevais una vida viciosa y culpable, es casi seguro que os perderéis.

¡Pluguiera á Dios, estimados míos, que todos los hombres comprendiesen bien esta verdad, á saber, que la eternidad feliz ó desgraciada que les espera despues de esta vida, depende en gran parte de esta primera edad, que la mayor parte de ellos emplean tan mal! Ellos se figuran que el salvarse ó condenarse solo depende de los últimos momentos de la vida, sin que en nada contribuya en ello el buen ó mal comportamiento que se ha tenido en la primera edad. ¡Qué error! ¡qué desatino! Yo confio haceros ver todo lo contrario, aduciendo para ello la autoridad del mismo Dios, las razones de la luz natural, y los ejemplos que nos suministra la historia. Estadme atentos, y quedaréis convencidos de esta verdad.

Como el saber de dónde proviene nuestra salvacion ó condenacion es cosa absolutamente necesaria, Dios, infinitamente misericordioso, no ha querido viviésemos en oscuras sobre un punto tan importante; y por esto nos lo ha manifestado del modo mas claro y patente en los Libros santos, á fin de que nadie se pierda por ignorancia ó imprevision. ¿Y qué nos ha dicho Dios sobre este particular? Nos ha dicho que de nuestra primera edad depende todo, y que segun el camino que en

ella tomarémos, será dichoso ó desgraciado nuestro fin. ¿Aduciré aquí todos los lugares de la santa Escritura donde se nos inculca esta importantísima verdad? Seria casi imposible; pues apenas hay libro, apenas hay página en que el Espíritu Santo no nos señale la primera edad como el origen, como el principio de nuestra salud ó perdicion.

Abramos el libro de Jeremías, y desde luego hallarémos que Dios nos dice: «Dichoso el hombre que lleva el yugo del Señor desde su juventud, ... porque no será rechazado de Dios eternamente<sup>1</sup>.» Leamos el de los Proverbios, y encontraremos este notable documento: «El hombre sigue hasta la vejez aquel mismo camino que emprendió en la mocedad<sup>2</sup>.» Registremos el de Job, y leerémos esta sentencia espantosa: «Los vicios de la juventud penetran hasta el meollo de los huesos, acompañan al hombre hasta la muerte, y duermen con él en la tumba<sup>3</sup>.» Leamos el del Eclesiástico, y verémos que el Espíritu Santo dirige á los jóvenes estas tiernísimas palabras, capaces de conmovier el corazón mas insensible: «Hijo mio, abraza desde tu mocedad el santo temor de Dios, y adquirirás una sabiduría que durará hasta el fin de tu vida. Aplícate á la virtud con solicitud y esmero, que si bien te costará un poco al principio, no pasará mucho tiempo sin que recojas sus hermosos y saludables frutos. Es verdad que la virtud parece áspera y difícil; pero es solo á los insensatos y viciosos que no quieren gustarla... Los que una vez la gustaron, la encuentran tan agradable que, lejos de abandonarla, la conservan hasta el fin de su vida, y hasta ver el total cumplimiento de su exaltacion en la gloria<sup>4</sup>.»

¿Qué quiere decirnos, hijos míos, el Espíritu Santo con

<sup>1</sup> Thren. III, 26, 31. — <sup>2</sup> Prov. XXII, 6. — <sup>3</sup> Job, XX, 11.  
<sup>4</sup> Eccli. VI, 18, 19, 20, 22, 23.

este modo de hablar? Quiere decirnos que el tiempo de la juventud es de mucha mas importancia de lo que los hombres se figuran, y que toda la felicidad ó desgracia de la otra vida depende ordinariamente del empleo que hacemos de esta primera edad: por manera que quien en sus primeros años se dedica á la virtud, fácilmente persevera en ella todo el resto de su vida, y se salva; así como, por el contrario, quien en la juventud se abandona al pecado, de ordinario continúa en él hasta la muerte, y se condena.

Para que estas verdades queden mas profundamente grabadas en vuestro corazón, voy á probarlas con algunas razones que nos suministra la misma luz natural; entre las cuales la primera y principal es, que los hábitos contraídos en la juventud se arraigan tan profundamente en la persona, que, convirtiéndose en segunda naturaleza, se conservan por mucho tiempo, y muy difícilmente se arrancan. Esto tal vez os parecerá increíble; pero no hay cosa mas cierta. Así como la lana siempre conserva algo del primer tinte, por mas que se la lave; y así como la vasija de barro conserva por mucho tiempo el olor del primer licor que contuvo, por mas que se la limpie; del mismo modo el hombre suele conservar las virtudes y los vicios que contrajo en sus primeros años, no dejándolos en todo el resto de su vida. Ahora entenderéis, hijos míos, por qué se ven muchas personas ancianas privadas de toda clase de virtud: es porque no la adquirieron en la mocedad, que era el tiempo propio para hacerlo. Los infelices dejaron pasar la buena ocasion, no adquirieron la virtud cuando era tiempo de adquirirla; y ahora les sucede lo que al labrador perezoso, que no habiendo cultivado sus campos en la primavera, no puede recoger fruto alguno en el otoño. Así que, si vosotros no quereis tener, como ellos, una vejez torpe y deshonrada, y caer despues en el infierno, aprovechad la

s\*

buena ocasion mientras pasa, daos á la virtud desde ahora, seguros de que ella echará hondas raíces en vuestro corazon, y no podrán arrancarla las mas fuertes tentaciones.

La razon de esto consiste en que, siendo la juventud el tiempo de las tentaciones mas violentas, una vez vencidas estas, sin gran trabajo ni dificultad se vencen todas las demás que sucesivamente se presentan en todo el curso de la vida. Cuando un alma con los auxilios de la gracia ha salido victoriosa de los combates de la juventud, poco cuidado deben darle todos los que en edad mas adelantada habrá de sostener, ya porque las tentaciones disminuyen á medida que se las resiste, ya porque la gracia de Dios se aumenta á proporcion del buen uso que se hace de ella, ya en fin porque cada dia se van adquiriendo nuevas fuerzas que ayudan á conseguir nuevas victorias. Sanson, siendo todavía niño, se acostumbró á luchar con los leones y á vencerlos; ¿y qué resultó? que, siendo despues adulto, él solo derrotaba ejércitos enteros, sin mas armas que la quijada de un asno. David, siendo igualmente de pocos años, se ejercitó en pelear con los osos y despedazarlos; ¿y qué sucedió cuando despues fue mas grandecito? que con solas cinco piedras derribó al famoso gigante Goliat, terror del pueblo de Israel. ¡Oh amados hijos! si supiérais el descanso y tranquilidad de que gozan aquellos que se han conducido valerosamente en los combates de la juventud, es bien cierto que os animaríais á resistirlos.

Para que lo comprendais os propondré, como os he prometido al principio, algunos ejemplos tomados de la Historia sagrada, por los cuales veréis que quien ha sido virtuoso en la juventud, suele permanecer tal por toda su vida, aunque se encuentre en grandes tentaciones, y se salva. El primero que os propongo es el de José, hijo del gran patriarca Jacob. Siendo jovencito, era tal el aborrecimiento que tenia al peca-

do, que no solo no pudieron pervertirle los malos ejemplos de sus mismos hermanos, sino que puso en conocimiento de su padre algunos desórdenes que les vió cometer. Observad ahora, hijos mios, cuáles fueron las consecuencias de una conducta tan buena, y cómo pasó el resto de su vida el que habia pasado en la inocencia su primera edad. Este buen jóven se vió despues acometido sucesivamente de tres grandes tentaciones, capaces cada una por sí sola para arruinar la mas radicada virtud. La primera fue verse solicitado de la mujer de su señor á cometer un adulterio detestable; pero el santo temor de Dios en que se habia criado le hizo concebir tan grande horror á este crimen, que no fueron bastantes para vencerle ni las persuaciones, ni los ruegos, ni las violencias de aquella desvergonzada mujer. De esta tentacion vino á caer en otra aun mas peligrosa; porque de resultas de no haber querido consentir en aquel pecado, fue puesto en una cárcel, donde estuvo cargado de cadenas hasta la edad de treinta años. ¡Qué tentacion tan terrible, verse castigado siendo inocente, y sufrir una gran pena por no haber querido cometer un gran delito! Pero el buen jóven, acostumbrado desde sus primeros años á ejercitar la paciencia, sufrió este contratiempo con admirable resignacion, bendiciendo á Dios en medio de su desgracia. Á estas dos tentaciones siguió otra todavía mas terrible; porque el Rey de Egipto, conociendo su gran prudencia y virtud, no solo le libertó de la prision, sino que le hizo el primer ministro de su reino, y le dió el mando general de todos sus Estados. En este alto grado de fortuna, en que suelen apoderarse del hombre la soberbia, la avaricia y el olvido de Dios, José permaneció firme en su primera virtud, conduciéndose con tal tino y probidad, que se atrajo las bendiciones de todo el mundo. ¿Veis, hijos mios, lo que vale una virtud adquirida desde los primeros años?

Me contentaría con solo este ejemplo, si no me ocurriese otro que viene muy al caso, y que deseo escuchéis con toda atención, especialmente vosotras, niñas. Hablo de la casta Susana, hija de un tal Helcías, hombre muy noble y rico. Esta señora había recibido de sus padres una educación del todo conforme á la ley de Moisés; y supo aprovecharse tanto de ella, que pasó sus primeros años en la mayor inocencia y virtud. Siendo después de edad ya más adelantada, se vió en el más grande apuro que verse pueda una mujer virtuosa y honrada; porque dos grandes personajes, cegados por su hermosura, trataron de echarle un borron en la pureza. Para conseguir su depravado intento, no hubo medio que no empleasen, ni recurso de que no echasen mano. Halagos, promesas, amenazas, todo lo emplearon para rendir su constancia. Pero la virtuosa matrona, sostenida del santo temor de Dios que había aprendido en su niñez, de todo triunfó, prefiriendo morir inocente antes que vivir deshonrada.

Así suelen terminar su gloriosa carrera los que han comenzado á practicar la virtud en sus primeros años; resultando de aquí, que quien en dicha edad ama de veras á Dios y le sirve, tiene una certeza moral de su eterna salvación; así como, por el contrario, quien comienza su carrera con vicios y pecados, tiene fundados motivos para temer una condenación eterna. ¿Estais, hijos míos, persuadidos de estas verdades? —(Sí, padre). ¿Estais resueltos á obrar conforme á ellas? —(Sí, padre). Ratificadme, pues, la promesa que me hicisteis ayer de consagrar vuestra juventud al amor y servicio de Dios nuestro Señor: ¿me la ratificais? —(Sí, padre). Nada más quiero pedir os por hoy, mi corazón queda satisfecho con esto; solo os convidó á saludar con tres *Ave Marías* á esa bendita Señora, para que eche sobre mí y vosotros su santa bendición.

#### CUARTO DIA DE EJERCICIOS.

*El ejercicio de la mañana se hará como ayer.*

*El del mediodía se hará igualmente como ayer, sustituyendo al exámen que allí se puso, el siguiente:*

#### Gran don de la Eucaristía.

Probet autem seipsum homo, et sic de pane illo edat. (I Cor. xi, 28).

Si por manos de un Ángel Jesucristo os enviase un retal de aquel sagrado lienzo con que la Verónica le enjugó el rostro cuando con la cruz á cuestas subía al Calvario, ó un pedazo de aquella santa sábana en que su bendito cuerpo fue envuelto en el sepulcro, ó un fragmento de aquella túnica inconsútil que le hizo su amorosa Madre, y que él llevó hasta la hora de ser crucificado, ¿qué haríais, hijos míos? Yo no dudo que, viéndolos favorecidos con un regalo tan precioso, os tendríais por las criaturas más dichosas del mundo, y que cada vez que pondríais en él la vista, reflexionando que fue santificado con el contacto inmediato del cuerpo del Salvador, os postraríais ante él con la mayor humildad y reverencia, le bañaríais con las más dulces y amorosas lágrimas, y no os cansaríais de darle ósculos los más tiernos y afectuosos. ¿No es verdad que lo haríais? —(Sí, padre).

¿Con qué amor, pues, con qué reverencia, con qué afecto y ternura debéis recibir el regalo preciosísimo que os hará Jesucristo el domingo próximo? ¡Ah, hijos míos! el amantísimo Salvador no se contentará ya con regalaros alguna prenda que haya tocado su cuerpo sacratísimo; este sería regalo muy pe-

Me contentaría con solo este ejemplo, si no me ocurriese otro que viene muy al caso, y que deseo escuchéis con toda atención, especialmente vosotras, niñas. Hablo de la casta Susana, hija de un tal Helcías, hombre muy noble y rico. Esta señora había recibido de sus padres una educación del todo conforme á la ley de Moisés; y supo aprovecharse tanto de ella, que pasó sus primeros años en la mayor inocencia y virtud. Siendo después de edad ya más adelantada, se vió en el más grande apuro que verse pueda una mujer virtuosa y honrada; porque dos grandes personajes, cegados por su hermosura, trataron de echarle un borron en la pureza. Para conseguir su depravado intento, no hubo medio que no empleasen, ni recurso de que no echasen mano. Halagos, promesas, amenazas, todo lo emplearon para rendir su constancia. Pero la virtuosa matrona, sostenida del santo temor de Dios que había aprendido en su niñez, de todo triunfó, prefiriendo morir inocente antes que vivir deshonrada.

Así suelen terminar su gloriosa carrera los que han comenzado á practicar la virtud en sus primeros años; resultando de aquí, que quien en dicha edad ama de veras á Dios y le sirve, tiene una certeza moral de su eterna salvación; así como, por el contrario, quien comienza su carrera con vicios y pecados, tiene fundados motivos para temer una condenación eterna. ¿Estais, hijos míos, persuadidos de estas verdades? —(Sí, padre). ¿Estais resueltos á obrar conforme á ellas? —(Sí, padre). Ratificadme, pues, la promesa que me hicisteis ayer de consagrar vuestra juventud al amor y servicio de Dios nuestro Señor: ¿me la ratificais? —(Sí, padre). Nada más quiero pedir os por hoy, mi corazón queda satisfecho con esto; solo os convido á saludar con tres *Ave Marías* á esa bendita Señora, para que eche sobre mí y vosotros su santa bendición.

#### CUARTO DIA DE EJERCICIOS.

*El ejercicio de la mañana se hará como ayer.*

*El del mediodía se hará igualmente como ayer, sustituyendo al exámen que allí se puso, el siguiente:*

#### Gran don de la Eucaristía.

Probet autem seipsum homo, et sic de pane illo edat. (I Cor. xi, 28).

Si por manos de un Ángel Jesucristo os enviase un retal de aquel sagrado lienzo con que la Verónica le enjugó el rostro cuando con la cruz á cuestas subía al Calvario, ó un pedazo de aquella santa sábana en que su bendito cuerpo fue envuelto en el sepulcro, ó un fragmento de aquella túnica inconsútil que le hizo su amorosa Madre, y que él llevó hasta la hora de ser crucificado, ¿qué haríais, hijos míos? Yo no dudo que, viéndolos favorecidos con un regalo tan precioso, os tendríais por las criaturas más dichosas del mundo, y que cada vez que pondríais en él la vista, reflexionando que fue santificado con el contacto inmediato del cuerpo del Salvador, os postraríais ante él con la mayor humildad y reverencia, le bañaríais con las más dulces y amorosas lágrimas, y no os cansaríais de darle ósculos los más tiernos y afectuosos. ¿No es verdad que lo haríais? —(Sí, padre).

¿Con qué amor, pues, con qué reverencia, con qué afecto y ternura debéis recibir el regalo preciosísimo que os hará Jesucristo el domingo próximo? ¡Ah, hijos míos! el amantísimo Salvador no se contentará ya con regalaros alguna prenda que haya tocado su cuerpo sacralísimo; este sería regalo muy pe-

queño para su fino y acendrado amor : os regalará su cuerpo, aquel mismo cuerpo que fue llevado en brazos de su bendita Madre ; os regalará su sangre, aquella misma sangre que corrió por sus llagas por vuestra redencion ; os regalará su alma, aquella misma alma que tantas veces suspiró de amor hácia vosotros, y que por amor de vosotros él exhaló en la cruz ; os regalará su divinidad, aquella segun la cual es igual al Padre y Dios como él. ¿ Podría daros el amabilísimo Jesús joya mas rica, mas preciosa, mas grande que esta ?

No, os dice el gran Padre san Agustin ; Dios con ser infinitamente poderoso, infinitamente sábio, infinitamente rico, no sabria, no podria, aunque quisiera, daros una prenda de mas valor que la que os da en la sagrada Comunion. Y la razon es clara, hijos mios. En la sagrada Comunion Jesucristo se os da á sí mismo todo entero, no solo como hombre, sino tambien como Dios : para que pudiese daros una prenda de mas precio que esta, seria menester que hubiese otro Dios mas bueno, mas rico, mas poderoso que él, y que estuviese en su mano el dársle : esto, como veis, es imposible ; de consiguiente, aunque Jesucristo emplease todo su poder infinito, no podria haceros un regalo mas precioso que el que os hará el dia que comulgaréis.

Para haceros esto mas palpable, hagamos algunas suposiciones. Supongamos que un dia se juntasen todos los Ángeles del cielo, y presentándose ante el trono de Jesucristo, le dijessen : Señor, venimos aquí á pedir una gracia, que confiamos no nos será negada. Os suplicamos que, en prueba del grande amor que nos teneis, nos hagais un regalo : mas quisiéramos que fuese de una cosa mas preciosa que la que dais á los moradores de la tierra cuando comulgan. — ¿ Qué podria responder Jesucristo á una tal demanda ? No otra cosa que la que respondió el patriarca Isaac á su hijo Esaú, cuando con

lágrimas y suspiros le pidió otra bendicion distinta de la que habia dado á su hermano Jacob : *Fumento et vino stabilivi eum, et tibi post hæc, fili mi, ultrà quid faciam* <sup>1</sup>? Hijos mios, les habria de decir, á los que comulgan me doy á mí mismo bajo las especies de pan y de vino ; prenda mejor que esta no la tengo, no la hay, no la puede haber : ¿ qué quereis, pues, que haga ? — Supongamos que tras de los Santos se le presentase su augusta y bendita Madre, y le dijese : Hijo mio, Vos sabeis lo mucho que os amo, y lo mucho que he sufrido por vuestro amor : os llevé nueve meses en estas mis entrañas, os alimenté con la leche de mis pechos, os acompañé á Egipto comiendo con Vos el pan de lágrimas en aquel largo y triste destierro, os busqué con lágrimas y suspiros cuando, siendo de doce años, os perdí en Jerusalem, y no me separé de Vos cuando, perseguido de los judíos, y desamparado de vuestro mismo Padre celestial, perdisteis la vida en el Calvario. Como en señal de que reconoceis todos estos méritos, quisiera, Hijo mio, me regaláseis una joya para llevarla colgada sobre mi pecho ; pero desearia fuese de mas valor que aquella que dais á los hombres cuando comulgan. — ¿ Qué podria contestar Jesucristo á una peticion tan razonada ? Madre mia, le habria de decir, á los hombres me doy á mí mismo oculto bajo las especies sacramentales : prenda mejor no la tengo, no la hay, no la puede haber : si os contentais con una hostia consagrada, es todo lo mejor que poseo, es cuanto os puedo dar : *Fumento et vino stabilivi eum, et tibi post hæc ultrà quid faciam* ? — ¡ Oh amor de Jesucristo hácia nosotros ! ¿ Quién hubiera pensado jamás que el Salvador llegase al extremo de darnos á nosotros miserables criaturas la joya mas rica que pudiera dar á los San-

<sup>1</sup> Gen. xxvii, 40.

tos del cielo, y aun á su misma Madre, en el caso que quisiera hacerles una demostracion de su amor?

Por aquí podeis conocer, hijos míos, la gravísima injuria que le haríais, si fuérais á recibirle en pecado. ¡Qué! él os dará su cuerpo, su sangre, su alma y su divinidad, que son las cosas mas preciosas que tiene, ¿y vosotros arrojaríais estos riquísimos dones en una conciencia manchada de culpas? No puedo presumir que vuestra ingratitud llegue á tanto, antes estoy persuadido de que haréis todo lo posible para purificar de antemano vuestra alma, á fin de que, al entrar Jesucristo á visitarla, nada encuentre en ella que pueda ofender sus divinos ojos. ¿No es verdad que lo haréis?—(Sí, padre). Pues continuemos el exámen de conciencia, el cual, segun el órden que vamos siguiendo, debe recaer hoy sobre el séptimo y octavo preceptos.

El séptimo dice: *No hurtarás*. Sobre este precepto examinad: 1.º si en casa ó fuera de ella habeis hurtado alguna cosa que sea materia grave, es decir, cosa que exceda al valor de cuatro reales: 2.º si habeis hurtado cosas pequeñas diferentes veces, pero tantas que todas juntas lleguen á formar materia grave: 3.º si habeis ido robando poco á poco á vuestros padres, amos, etc., con intencion de continuar así hasta llegar á una cantidad considerable: 4.º si conservais en vuestro poder alguna cosa que haya sido robada, cuánto tiempo há que la conservais, y cuántas confesiones habeis hecho durante este tiempo: 5.º si habeis comprado á otros muchachos cosas robadas, ó si habeis aconsejado á alguno que hurtase en su casa ó en otro lugar, ó si le enseñásteis el modo de hacerlo: 6.º si habeis causado daño á otro, sea cortando plantas, sea talando campos con el ganado, sea incendiando las mieses, etc.

El octavo precepto dice: *No levantarás falsos testimonios*,

*ni mentirás*. Sobre este precepto examinad: 1.º si habeis culpado á alguna persona injustamente, es decir, atribuídole algun delito del cual era inocente: 2.º si habeis dicho mentiras en daño del prójimo, ó proferido expresiones que hayan ocasionado disensiones y discordias en casa ó fuera de ella: 3.º si habeis murmurado de alguna persona infamándola, es decir, revelando algun defecto ó pecado oculto, aunque verdadero: 4.º si habeis escuchado con gusto á quien hablaba mal de otro, ó lo que seria peor, dado ocasion á que alguno murmurase: 5.º si habeis formado juicios temerarios de alguna persona, pensando mal de ella sin fundado motivo.

Vamos, que ya tenemos gran parte de nuestro trabajo hecho; pues tenemos examinados los ocho primeros mandamientos, en los cuales hemos comprendido tambien los dos últimos. Lo que conviene ahora hacer es, decir ingénuamente en la confesion todos los pecados que se hayan hallado acerca cada uno de ellos, no callando ninguno ni por temor ni por vergüenza. ¡Qué lástima seria que, despues de habernos fatigado tanto en estos dias de ejercicios en orar, meditar, escuchar pláticas y hacer exámenes, al último perdiésemos todo el fruto de nuestros trabajos, solo por no querer ó no atreverse á declarar algun pecado en la confesion! Sin duda el demonio, envidioso de tanto bien, procurará cerraros la boca para que no digais alguno ó algunos de aquellos pecados que os causan mas rubor; pero yo confío que vosotros, despreciando sus sugestiones, diréis francamente todo cuanto tengais en la conciencia. ¿No es así que lo diréis?—(Sí, padre). Para que María santísima os ayude á vencer todo rubor y repugnancia, recémosle arrodillados tres *Ave Marias*.

*El ejercicio de la noche se hará todo como en los dias precedentes, menos la plática que será la que sigue:*

### Entrada en el gran mundo y sus peligros.

Audi, fili mi, et suscipe verba mea...  
Viam sapientiæ monstrabo tibi, ducam te  
per semitas æquitatis. (Prov. iv, 10, 11).

Refiere la Escritura santa que, habiendo el rey Nabucodonosor rendido la ciudad de Jerusalem, la primera orden que dió fue que la flor de la juventud quedase prisionera de guerra y fuese conducida á Babilonia, punto designado para que pasase en él los tristes años de su cautividad. Cuando ya estaban á punto de partir, previendo el profeta Jeremías las muchas ocasiones y peligros de pervertirse que hallarian en aquel pueblo infiel, y temeroso de que, siguiendo el mal ejemplo de los babilonios, abandonasen el verdadero Dios, y pasasen al culto de los ídolos; los llamó cerca de sí, y haciéndoles una viva pintura de los peligros en que iban á verse, les dió un gran número de avisos y advertencias, y les enseñó cómo debían conducirse para mantenerse fieles y constantes en la religion de sus padres, que era la única verdadera.

Lo que aquel santo Profeta hizo con los jóvenes de Jerusalem, debo hacerlo yo con vosotros, mis estimados niños, y no con menos motivo. Considerando por una parte que vais á entrar luego en ese gran mundo, y conociendo por otra los grandes peligros de perderos que encontraréis en él, es deber mio no disimularos nada de cuanto puede aconteceros, antes debo ponérselo todo á la vista, á fin de que, estando prevenidos de antemano, sepais cómo habeis de conducir os para no quedar enteramente perdidos en medio de esta verdadera Babilonia. Para esto vengo á daros algunos avisos importantísimos, los cuales, sirviéndoos de preservativo contra todas las ocasiones y peligros que os esperan, os mostrarán el camino

de la justicia, y harán que jamás os aparteis de la senda verdadera de la salvacion. Escuchadme con atencion, y no perdais palabra de cuanto os diré: *Audi, fili mi, et suscipe verba mea.*

Antes que todo es necesario os persuadais, estimados míos, que la edad en la que luego vais á entrar, quiero decir, la juventud, es la edad mas peligrosa de la vida, y que son pocos, poquísimos los que la atraviesan sin experimentar grandes desgracias espirituales. ¡Cuán temible es esta edad, aun para aquellos que han pasado la infancia en la virtud y en el santo temor de Dios! No temo mucho por vosotros mientras que, siendo todavía niños, viviréis bajo la vigilancia de vuestros padres y maestros; porque, si bien conozco que esta edad no está exenta de peligros, son mas los que la pasan en gracia de Dios, que los que la deshonoran con el vicio. ¿Sabeis para cuándo tiemblo? Para cuando, siendo ya un poco mas grandecitos, y estando fuera la inmediata inspeccion de vuestros padres, comenzaréis á ser dueños de vosotros mismos, y seréis libres para vivir segun vuestro humor y voluntad. ¡Ay cuánto temo que, no sabiendo entonces resistir á los malos ejemplos, peligros y ocasiones que tanto abundan en el mundo, olvidaréis todos los buenos sentimientos que mostrais ahora, y caeréis en una completa depravacion de costumbres! Y vosotros, amados míos, ¿lo temeis?... ¿Qué os dice el corazon?... Cuando seréis un poco mas grandecitos, y el mundo vendrá á halagaros con sus encantos, ¿mantendréis estas buenas reglas que os doy? ¿Os conservaréis fieles á vuestro Dios? — (*Sí, padre*). Permitidme os diga que vuestra respuesta, aunque sincera, no desvanece enteramente los recelos que abrigo en mi corazon. Tambien san Pedro prometió con la mayor sin-

ceridad á Jesucristo que jamás le abandonaria, y que aun cuando todos los demás discípulos le dejasen, él se le mantendria siempre fiel ; y sin embargo, no pasaron muchas horas sin que le hubiese negado del modo mas vergonzoso. No os digo esto porque tenga por imposible el que paseis la juventud sin perder la gracia de Dios ; sé que con el auxilio divino, y procediendo con cautela, podréis conservarla, como la conservan otros : solo os lo digo porque, teniendo mas conocimiento del mundo que vosotros, preveo los grandes peligros en que os habeis de hallar, y conozco lo muy difícil que os será manteneros inocentes en medio de ellos.

El primero serán las malas compañías. ¿Quién me diese expresiones bastante eficaces para haceros comprender la multitud de jóvenes que por causa de ellas se pierden todos los días ! No tengo reparo en aseguraros que las malas compañías son el lazo mas peligroso que el demonio tiende á la incauta juventud, y que por medio de ellas logra pervertir á muchos que habian triunfado de todas sus sugestiones, y jamás habian incurrido en el pecado. Todos los dias estamos viendo á mancebos que, habiéndose conservado puros é inocentes como unos angelitos hasta la edad de catorce ó quince años, de repente mudan de conducta, y caen en la depravacion mas completa de costumbres. ¿Cuál puede haber sido la causa de su perversion ? ¿Quién ha logrado hacerles olvidar en poco tiempo todas las virtudes de su primera edad, y precipitarles en todo género de vicios ? ¿Quién ?... Un mal compañero. No sabiendo ya el demonio de qué medio valerse para desmoralizarlos, hizo con ellos lo que habia hecho con la incauta Eva, es decir, les envió un amigo tentador, y por medio de él consiguió lo que no habia podido conseguir por sí mismo. Preguntad á aquel mancebo antes tan puro y devoto, y ahora tan libertino y deshonesto, preguntadle quién ha sido el autor de su perversion ;

y si quiere decir la verdad, habrá de responder como Eva : *Serpens deceptit me*, ha sido un mal compañero que indiscretamente tomé. Preguntad á aquella doncella, poco há tan modesta y devota, y al presente tan traviesa y disoluta, preguntadle quién ha ocasionado este cambio deplorable en sus costumbres ; y si es franca, os contestará : *Serpens deceptit me*, le ha ocasionado una falsa amiga en quien deposité mi confianza.

Así que, hijos míos, si deseais conservar vuestra inocencia y virtud, huid con todo cuidado la compañía de los perversos. No soy yo el que os da este aviso ; es el mismo Espíritu Santo, quien por boca del Sábio os dirige estas palabras verdaderamente paternales : «Hijo mio, si los malos trataren de llevarte consigo, guárdate de escucharlos ; si te dijeren, ven con nosotros, de ningun modo les sigas ; huye de ellos, apártate de sus caminos, porque te conducirian á tu perdición<sup>1</sup>.»

No se puede encarecer mas el peligro que hay en el trato con los malos, y el sumo cuidado con que es menester evitarlo : solo se puede añadir por via de explicacion, que con el nombre de malos no solo designa el Espíritu Santo á aquellos que son abiertamente viciosos, sino tambien á aquellos que, siendo viciosos en el fondo, no lo parecen en el exterior. De estos debeis apartaros igualmente que de aquellos, y, si cabe, todavía mas ; porque por lo mismo que su malicia es mas solapada, su trato os seria mas peligroso. Si el lobo, al presentarse, es conocido por tal, poco daño puede hacer en el rebaño, porque los pastores gritan, los perros ladran, y las mismas ovejas huyen y se cautelan ; pero si se presentase cubierto con una piel de oveja, destruiria el rebaño á su gusto,

<sup>1</sup> Prov. 1, 10.

porque los perros callarian, los pastores, léjos de ahuyentarle, le harian caricias, y las inocentes ovejas irian por sí mismas á meterse entre sus colmillos. Así pasa con esta clase de malos compañeros hipócritas y solapados: se presentan en forma de oveja, siendo lobos en realidad; y como no se descubre luego su malicia, se les habla con confianza, se les trata con cordialidad, se les sigue sin recelo; y así logran ellos comunicar la malicia sin exposicion y sin obstáculos. Huid, hijos míos, huid de esos nuevos fariseos que, presentándose con piel de oveja, son interiormente lobos rapaces y sanguinarios: proponed desde ahora evitar su compañía, diciendo resueltamente con el Profeta: «Jamás, jamás tendré amistad, trato ni comunicacion con los que obran la maldad: *Cum iniqua gerentibus, non introibo.*» ¿Lo proponeis así, hijos míos?—  
(Si, padre).

Debo ahora advertiros otro peligro que hallaréis en el mundo, el cual causa tambien la ruina de no pocos jóvenes, y es la vergüenza de parecer buenos y virtuosos. No sé por qué medios ha conseguido el demonio que en el mundo la virtud sea tenida por cosa afrentosa y despreciable, y que el vicio sea mirado como una eualidad digna de consideracion y respeto. Sea por lo que se quiera; lo que vemos es, que en este mundo perdido quien profesa abiertamente piedad y religion, particularmente si es joven, es tenido en poca cosa, se le mira con desprecio y se le prodigan todo género de burlas y dieterios; al paso que quien es vicioso y libertino, es aplaudido, es exaltado, y recibe las alabanzas y los obsequios de la muchedumbre. De aquí resulta que muchos jóvenes, por otra parte buenos y temerosos de Dios, no sabiendo resistir á estas falsas y necias preocupaciones, se acobardan, no tienen valor para sufrir las burlas y los dieterios, se avergüenzan de su propia virtud, y concluyen por abandonarla enteramente. ¡Oh hijos!

Si esta fatal vergüenza quisiese algun dia apoderarse de vosotros, desechadla con prontitud, despreciadla con valor, seguros de que, si llegase á dominaros, os perderia sin remedio.

Primeramente habeis de saber que si los mundanos os despreciasen, no será porque os crean dignos de desprecio, sino porque con vuestra conducta irreprochable los avergonzaréis, los confundiréis, y los condenaréis en todas partes y á todas horas. No creais que el desprecio que harán de vosotros sea real y verdadero; será aparente, será fingido. Se burlarán de vosotros con palabras; pero os respetarán en su corazon: aparentarán teneros en poca cosa; pero interiormente os honrarán y os tribularán elogios: os llamarán fatuos, ignorantes y fanáticos; pero al mismo tiempo os tendrán envidia, y se avergonzarán de no saber imitaros.

Pero aun cuando el desprecio que harán de vosotros fuese sincero y positivo, ¿qué debe importaros esto, mereciendo, como mereceréis, el aprecio, la consideracion y los elogios de las personas prudentes y juiciosas? Porque en fin, aun no ha llegado la virtud á ser tan aborrecida y despreciada entre los hombres, que ya no haya quien la aprecie y la venera. La desprecia la gente baja, grosera y perdularia; pero la honran todos cuantos se distinguen por su saber, por su bondad y por su alta posicion. ¿Y no vale mas ser aplaudido y merecer la estimacion de todos los hombres sábios y honrados, que verse ensalzado por unos cuantos estrafalarios y viciosos?

Y prescindiendo de estas consideraciones, que son puramente humanas, ¿no debe bastaros para que nunca os avergonceis de la virtud, el saber que Jesucristo ha dicho: «Quien se avergonzare de mí ante los hombres, yo me avergonzaré de él en el dia del juicio?» Reflexionad la confusion y la ignominia que entonces cubriria vuestra cara, si fuéseis del número de esos cobardes que por temor de ser burlados aban-

donan el servicio de Dios: y animados con esta reflexion, despreciad este temor ridículo que no es mas que una aprehension de las almas tímidas y apocadas: ejecutad el bien con entera libertad, sin hacer caso de lo que dirán los necios y los libertinos: decid siempre, y si es menester decidlo en voz muy alta, lo que decia el apóstol san Pablo: *Non erubescio Evangelium*, no me avergüenzo de ser cristiano, de ser devoto, de profesar virtud y piedad: por el contrario, pongo toda mi gloria, reputo por el mas alto honor servir, amar y obedecer á Jesús crucificado; y tengo esto por una cosa tan honrosa, que no busco, no deseo ni admito otra gloria en este mundo: *Mihi autem absit gloriari, nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi*. ¿Lo haréis así, hijos míos? — (*Si, padre*). Á ver cómo cuando seréis ya mas grandes sabréis aleccionar á vuestros compañeros de edad, enseñándoles con vuestro ejemplo á no darse mengua de ser cristianos. Pero advertid que tendré muy presente la promesa que acabais de hacerme; y si entonces viere que alguno de vosotros teme, vacila, se acobarda, me tomaré la libertad de llamarle á solas, y decirle: ¿Te acuerdas de que en los ejercicios me prometiste que nunca dejarias de obrar el bien por temor ni atencion á los hombres? — ¿Y cómo os portaréis, si llega el caso de haceros estas amonestaciones? ¿Reñirémos? — (*No, padre*).

Voy ahora á descubrir os el mas grande, el mas espantoso, el mas formidable peligro que os espera, y del que es imposible escapeis sin una especialísima asistencia de Dios. ¿Y sabéis, amados míos, sabéis cuál será? Será el de perder la hermosa joya de la castidad, y abandonar os al pecado deshonesto. ¿Quién es capaz de contar el número infinito de jóvenes á quienes tiene miserablemente esclavizados este pecado? ¿Quién puede ponderar el grande estrago que hace en sus almas, los desórdenes á que los precipita, y los males sin cuento de cuer-

po y alma que les acarrea? Voy á recorrerlos ligeramente, para que le cobreis todo el horror y aversion que sea posible.

El primer estrago que este pecado hace en los que lo cometen, es producir en sus almas una grande aversion á todas las cosas santas y saludables. Es increíble el aborrecimiento que estos infelices conciben á las cosas de Dios y de su salvacion: la oracion les fastidia, los Sacramentos les son enojosos, la palabra de Dios no les hace sensacion, y la lectura de los buenos libros les es insoportable. De aquí les resulta otro mal no menos espantoso, y es una gran ceguedad de entendimiento que les impide discernir lo bueno de lo malo. Como si hubiesen perdido el uso de la razon, ó no tuviesen sano el juicio, ya no ven las cosas como realmente son en sí: juzgan que el vicio que los domina no es un pecado tan grave como se supone; piensan que les será fácil dejarlo siempre que quieran; olvidan la cuenta estrechísima que tendrán que dar á Dios, y muchas veces la alejan de su memoria para entregarse al pecado mas libremente.

De esta ceguedad de entendimiento les proviene otra desgracia todavia peor, que es el endurecimiento de la voluntad. Sordos á todo lo que pudiera enmendarlos, rechazan las inspiraciones de la gracia, ahogan los gritos de la conciencia, desprecian los avisos de los padres, los exhortos de los confesores, los consejos de los amigos, las recriminaciones del público, y hasta las amenazas del mismo Dios. Los ejemplos de tantos y tantos desventurados á quienes la justicia divina ha castigado por este vicio, nada les dicen: las muchas desgracias que por causa de él ven cada dia con sus propios ojos, no les escarmientan: las muertes prematuras y asquerosas de otros viciosos que continuamente tienen á la vista, no les hace mella ni impresion. De todo esto se sigue otro mal que es el colmo de todos, el supremo de todos los males, y la desgra-

cia de todas las desgracias, á saber, obstinarse en la culpa, morir en pecado, y ser condenados por siempre : este suele ser el fatal paradero de cási todos los deshonestos.

¡Oh mis amados niños! no permita Dios que jamás incurrais en este pecado, que tantos daños causa al alma, y tantas almas conduce á la eterna perdicion. Vosotros sabeis cuánto os amo, vosotros podeis conocer cuán caras me son vuestra salud y vuestra vida ; pero, os lo digo con toda sinceridad, mas quisiera veros muertos y despedazados ante mis ojos, que veros esclavos de este pecado súcio y asqueroso. Al solo pensar que quizá dentro pocos años algunos de vosotros seréis víctimas de la deshonestidad, ¡ay! mi alma se entristece y mi corazon agoniza. Dios mio, asistid á estas pobres criaturas : Virgen purísima, velad sobre estos angelitos : Ángeles tutelares, tenedlos siempre de la mano para que no caigan en el abominable lodo de la torpeza. Y vosotros, prendas de mi alma, ¿quereis quitarme un peso enorme de encima ? ¿quereis dar algun alivio á mi corazon, lleno de temores y ansiedades ? Prometedme que siempre os mantendréis puros y honestos, asegurdme que nunca hollaréis la hermosa flor de la castidad. ¿Me lo prometeis, hijos, me lo prometeis?—(Si, padre). No me contento con que me lo hayais prometido á mí : quiero, hijos, que lo prometais tambien á esa Reina de la pureza, á esa amabilísima protectora de la virginidad ; y que se lo prometais humildemente arrodillados á sus piés, y con palabras las mas sinceras y afectuosas. Postraos, hijos, postraos ante esa bendita Reina, y decidle con todo el fervor de vuestra alma : Virgen purísima, Madre de la castidad, Protectora especialísima de los castos y refugio seguro de cuantos os imitan en la pureza : por el grande amor que os tenemos, por el gran deseo de imitaros que nos anima, os prometemos no mancharnos jamás con el pecado de impureza, y evitar en cuanto nos

sea posible toda ocasion y peligro de cometerlo. Y os suplicamos, ¡oh tierna Madre nuestra ! nos alcanceis gracia para cumplir fielmente hasta la muerte lo que acabamos de prometer, saludándoos á este fin con tres *Ave Marias*.

#### QUINTO DIA DE EJERCICIOS.

*El ejercicio de la mañana se hará del mismo modo que el primer dia, menos el catecismo, que se suprimirá. Suponiendo que en los cuatro dias anteriores se habrá puesto á los niños al corriente de las disposiciones necesarias para confesar y comulgar dignamente, el tiempo que hoy se gastaria en catequizarlos, se empleará en oír sus confesiones, y ponerlos á punto de recibir la absolucion sacramental, por manera que el dia siguiente, dia de la comunión, no les sea preciso estar mucho en el confesionario. Por esto se ha de procurar que en la vigilia concluyan todos la confesion general, tanto los que la hayan comenzado en los dias precedentes, como los que hubieren esperado á comenzarla en este dia. Seria muy del caso que para oír estas confesiones el cura no fuese solo, sino que, si le fuese posible, llamase á algun confesor forastero, dejando á los niños en plena libertad de confesarse con él, y aun invitándoles á ello en cierto modo. Esta precaucion es de suma importancia, y puede evitar grandes males. Por mas que durante los dias de ejercicios los niños hayan dado muestras de gran fervor, por mas que hayan prometido confesar todos sus pecados sin callar uno por temor ó vergüenza, no hay que farse mucho de ellos : son niños... el rubor y la vergüenza les son naturales... el demonio no duerme... y si no se les da libertad para confesar con uno que no los conozca, ó á lo menos que no los conozca tanto como el cura, hay gran peligro de que callen algun pecado, y comiencen la série de sus comuniones con un enorme sacrilegio. El conocimiento*

cia de todas las desgracias, á saber, obstinarse en la culpa, morir en pecado, y ser condenados por siempre : este suele ser el fatal paradero de cási todos los deshonestos.

¡Oh mis amados niños! no permita Dios que jamás incurrais en este pecado, que tantos daños causa al alma, y tantas almas conduce á la eterna perdicion. Vosotros sabeis cuánto os amo, vosotros podeis conocer cuán caras me son vuestra salud y vuestra vida ; pero, os lo digo con toda sinceridad, mas quisiera veros muertos y despedazados ante mis ojos, que veros esclavos de este pecado súcio y asqueroso. Al solo pensar que quizá dentro pocos años algunos de vosotros seréis víctimas de la deshonestidad, ¡ay! mi alma se entristece y mi corazon agoniza. Dios mio, asistid á estas pobres criaturas : Virgen purísima, velad sobre estos angelitos : Ángeles tutelares, tenedlos siempre de la mano para que no caigan en el abominable lodo de la torpeza. Y vosotros, prendas de mi alma, ¿quereis quitarme un peso enorme de encima ? ¿quereis dar algun alivio á mi corazon, lleno de temores y ansiedades ? Prometedme que siempre os mantendréis puros y honestos, asegurdme que nunca hollaréis la hermosa flor de la castidad. ¿Me lo prometéis, hijos, me lo prometéis?—(Si, padre). No me contento con que me lo hayais prometido á mí : quiero, hijos, que lo prometais tambien á esa Reina de la pureza, á esa amabilísima protectora de la virginidad ; y que se lo prometais humildemente arrodillados á sus piés, y con palabras las mas sinceras y afectuosas. Postraos, hijos, postraos ante esa bendita Reina, y decidle con todo el fervor de vuestra alma : Virgen purísima, Madre de la castidad, Protectora especialísima de los castos y refugio seguro de cuantos os imitan en la pureza : por el grande amor que os tenemos, por el gran deseo de imitaros que nos anima, os prometemos no mancharnos jamás con el pecado de impureza, y evitar en cuanto nos

sea posible toda ocasion y peligro de cometerlo. Y os suplicamos, ¡oh tierna Madre nuestra ! nos alcanceis gracia para cumplir fielmente hasta la muerte lo que acabamos de prometer, saludándoos á este fin con tres *Ave Marias*.

#### QUINTO DIA DE EJERCICIOS.

*El ejercicio de la mañana se hará del mismo modo que el primer dia, menos el catecismo, que se suprimirá. Suponiendo que en los cuatro dias anteriores se habrá puesto á los niños al corriente de las disposiciones necesarias para confesar y comulgar dignamente, el tiempo que hoy se gastaria en catequizarlos, se empleará en oir sus confesiones, y ponerlos á punto de recibir la absolucion sacramental, por manera que el dia siguiente, dia de la comunión, no les sea preciso estar mucho en el confesionario. Por esto se ha de procurar que en la vigilia concluyan todos la confesion general, tanto los que la hayan comenzado en los dias precedentes, como los que hubieren esperado á comenzarla en este dia. Seria muy del caso que para oir estas confesiones el cura no fuese solo, sino que, si le fuese posible, llamase á algun confesor forastero, dejando á los niños en plena libertad de confesarse con él, y aun invitándoles á ello en cierto modo. Esta precaucion es de suma importancia, y puede evitar grandes males. Por mas que durante los dias de ejercicios los niños hayan dado muestras de gran fervor, por mas que hayan prometido confesar todos sus pecados sin callar uno por temor ó vergüenza, no hay que farse mucho de ellos : son niños... el rubor y la vergüenza les son naturales... el demonio no duerme... y si no se les da libertad para confesar con uno que no los conozca, ó á lo menos que no los conozca tanto como el cura, hay gran peligro de que callen algun pecado, y comiencen la série de sus comuniones con un enorme sacrilegio. El conocimiento*

práctico que tenemos del corazón de los niños nos sugiere estas observaciones; y quien haya tratado un poco con ellos en el confesionario, desde luego conocerá que no son para despreciarse.

—Advierta el cura á los niños que para el ejercicio del mediodía se presenten media hora antes de lo acostumbrado, á fin de ensayar la comunión del día siguiente.

**Ejercicio del mediodía.**—Reunidos los niños en la iglesia media hora antes de comenzar este ejercicio, el cura la empleará en explicarles el modo con que han de portarse el día siguiente en la función. Y no bastará que se lo explique de sola palabra, sino que se lo ha de enseñar prácticamente, haciéndoles hacer de todo como una especie de ejercicio ó ensayo. Lo primero de todo los conducirá al pié de las gradas del presbiterio: puestos allí, los hará formar á dos de fondo, colocando á los niños delante de las niñas; y les advertirá que el día siguiente, mientras se dirá la misa de la comunión, han de estar allí formados del mismo modo que lo están entonces, procurando guardar modestia y recogimiento, sin mirar, sin hablar y sin moverse. Les prevendrá que han de estar atentos á las palabras que él mismo ú otro sacerdote les dirigirá desde el púlpito, á fin de que sepan responder juntos y oportunamente á las preguntas que les hará. Y para que el día siguiente lo ejecutasen mejor, no sería por demás que, subiendo él al púlpito, les hiciese las dichas preguntas hasta que supiesen contestarlas.

Hecho esto, les enseñará cómo han de subir al altar cuando llegue el caso de recibir la sagrada comunión. Hará que cada uno tenga una vela en la mano: los del ala derecha en la mano izquierda, y los del ala izquierda en la mano derecha; y en esta disposición les hará acercarse al altar, marchando todos juntos, unos tras otros, con paso lento, y de tal modo unidos, que no se deshagan las parejas. Les enseñará á hacer genu-

flexión con ambas rodillas al paso que vayan llegando al pié del altar, y se entretendrá en hacérselo hacer hasta que sepan ejecutarlo bien. Después tomará hostias sin consagrar; y poniéndose en ademán de dar la sagrada comunión, hará que los niños vayan llegándose de dos en dos, y les hará ensayarse en el modo de recibir en la boca la sagrada forma.

Como se irán presentando á comulgar por parejas, les advertirá que el uno no ha de levantarse inmediatamente de haber comulgado, sino que ha de esperar á que haya comulgado también su compañero, y que en habiendo comulgado los dos, hagan juntos genuflexión al santísimo Sacramento, y luego salga cada uno por su lado, sin pasar por medio de las otras parejas que van llegando para comulgar, y vaya á situarse en el mismo puesto que ocupaba antes de la comunión, y así permanezcan todos hasta la conclusión de la misa.

Cuando vea el cura que los niños saben hacer con expedición y modestia todas estas evoluciones, los conducirá á la capilla de los ejercicios, y hecho lo de costumbre, les dirigirá la siguiente plática:

#### **Disposiciones próximas para la comunión.**

Sanctificamini: cras comedetis  
carnes. (Num. xi, 18).

Marchando los israelitas por medio de desiertos á la tierra de promisión, desfallecidos por el cansancio, y fastidiados de los manjares de que solían alimentarse, se presentaron un día á Moisés, su conductor, y le dijeron: Estamos cansados de comer el maná, nuestro estómago no puede ya soportar este alimento ligero y desabrido; danos carnes para comer: *Anima nostra nauseat super cibo isto levissimo... da nobis carnes ut co-*

*medamus*<sup>1</sup>. Expuso Moisés á Dios esta peticion de su pueblo; y atendiéndola el Señor, les contestó: Muy bien, voy á daros lo que deseais, mañana tendréis carnes en abundancia; pero es menester que antes de comerlas os santifiqueis: *Sanctificamini: cras comedetis carnes.*

Lo mismo vengo á deciros hoy, mis amados niños, sabiendo los grandes deseos que teneis de que os distribuya la carne inmaculada de Nuestro Señor Jesucristo. Bien, os diré, mañana se cumplirán vuestros deseos, mañana se os concederá lo que tanto deseais, mañana comeréis todos la carne purísima de vuestro dulcísimo Salvador: *Cras comedetis carnes.* Pero advertid, hijos, que antes de comer esta carne, es necesario os santifiqueis, es indispensable adorneis vuestra alma con las disposiciones que requiere un alimento tan celestial y divino: *Sanctificamini.* Porque si lo recibíeis sin ser santos, si lo comiérais sin las disposiciones convenientes, os seria inútil comerlo, y aun tal vez perjudicial. Para que no suceda que vuestra primera comunión sea sin fruto ni provecho, voy á explicaros las disposiciones próximas con que debeis recibirla, las cuales son principalmente tres: una pureza grande, una humildad profunda y un amor sincero y ardiente.

La primera disposicion con que mañana habeis de acercaros á la sagrada comunión es, hijos míos, una gran pureza de conciencia. No hablo ya de una conciencia limpia de pecados mortales: de esto bastante os he hablado en estos dias, ponderándoos el grande atentado que comete, y los grandes castigos que se atrae quien recibe indignamente el Cuerpo ado-

<sup>1</sup> Num. xi, 13.

rable del Señor. Hablo de una conciencia exenta de pecados veniales, en cuanto lo sufra la humana fragilidad.

Que teneis la conciencia limpia de pecados graves, ya lo supongo; y debo suponerlo, constándome, como me consta, que todos habeis hecho confesion general. Y si por desgracia yo me engañase, quiero decir, si desgraciadamente entre vosotros hubiese alguno que, habiendo callado voluntariamente algun pecado mortal, todavía se hallase en desgracia de Dios; á este tal le digo por última vez que se guarde de presentarse mañana en semejante estado á la sagrada mesa, porque comiendo así el Pan consagrado, se comeria su juicio y su propia condenacion.

Igualmente, si alguno advirtiese haberse olvidado en la confesion de alguna culpa grave, á este le digo tambien que se guarde de comulgar, sin haberla declarado antes. Aun hay tiempo, hijos míos, para reparar cualquiera falta ó error que con advertencia ó sin ella hayais cometido en la confesion; pues hoy y mañana yo asistiré en el confesonario para oír cuanto querais decirme ó explicarme. No importa me vengais diciendo que por temor ó vergüenza me callásteis tal y tal pecados: yo me haré cargo de vuestra fragilidad, y no temais no que por esto os trate con aspereza. Mas quiero que vengais á decírmelo todo, y me preciseis á estar algunos ratos mas en el confesonario, que no que mañana vayais á hacer un sacrilegio. Mas os diré: si cuando mañana estará ya dispuesto todo para la comunión os viniese á la memoria algun pecado que no hubiérais confesado, llamadme aparte, aunque me veais ocupado en otras cosas; que os aseguro lo dejaré todo para oiros y tranquilizaros. ¿Lo haréis, hijos?—(Sí, padre).

Pero esto no seria bastante: la santidad y pureza infinita del Dios que habeis de recibir exige que vuestra alma esté limpia hasta de las faltas ligeras, en cuanto sea capaz de ello

vuestra fragilidad y miseria. ¿No sabéis lo que hizo Dios con María santísima antes que su unigénito Hijo entrase en su seno á hacerse hombre? Le comunicó una pureza tan grande, que, como dice santo Tomás, no es posible concebir otra mayor en una simple criatura, preservándola al efecto, no solo de pecados mortales, sino tambien de toda culpa leve, y hasta de aquel pecado de origen que es comun á todos los demás hijos de Adán. Y esto lo hizo porque no hubiera sido decoroso á su unigénito Hijo entrar en el seno de una Virgen cuya alma hubiese sido manchada con la mas leve culpa.

Ahora bien, siendo la comunión un remedo ó semejanza del inefable misterio de la Encarnación, puesto que en ella recibimos al mismo que María santísima concibió en sus castísimas entrañas, ¿no será justo que os dispongais para ella purificándoos de toda mancha, aunque no sea sino de culpa leve? Si vais á comulgar con pecados veniales, no por esto haréis un sacrilegio, es verdad; pero haréis á Jesucristo un recibimiento poco digno de él, y además os privaréis de muchas gracias y favores. ¿Y no sería una lástima que esta primera comunión, que está destinada á traer grandes bienes y bendiciones, fuese por vuestra negligencia una comunión estéril é infructuosa? Esmeraos en purificaros bien de toda mancha leve antes de recibir el sagrado Cuerpo de Jesucristo, emplead el tiempo que aun os queda en detestar los pecados veniales, en borrarlos con actos de contrición, en pedir humildemente perdón á Dios de todos ellos. ¿Lo haréis así?—(Sí, padre).

La segunda disposición ha de ser una humildad profunda. ¡Ah! si, cuando mañana comulgaréis, pudiera yo descubrir á vuestros ojos lo que invisiblemente pasará en vuestro contorno, ¿qué pensais veríais? Veríais toda esta iglesia poblada de Ángeles que habrán bajado del cielo para honrar á Jesús presente en el santísimo Sacramento: veríais á estos espíritus

bienaventurados humildemente postrados ante la sagrada Hostia, dándole adoraciones las mas reverentes y profundas: los veríais cubrirse el rostro con las alas, juzgándose indignos de comparecer descubiertos ante la infinita majestad de un Dios<sup>1</sup>. Y si ellos, que son las criaturas mas nobles y perfectas del universo, que á mas de la perfección de su naturaleza, incomparablemente superior á la nuestra, están llenos de los tesoros de la gracia y de la gloria, asisten con tanto respeto y humildad á nuestros altares, y tiemblan ante el Dios que reside en ellos, ¿con qué respeto, con qué humildad debeis vosotros acercaros á recibir á este Dios, vosotros que sois polvo y ceniza? ¡Ah! debeis acercaros llenos de un temor reverencial y profundo, repitiendo muchas veces lo que decia á Jesucristo el Centurion de quien nos habla el Evangelio: *Domine, non sum dignus ut intres sub tectum meum*<sup>2</sup>. ¡Ah mi Dios! ¡ah mi Señor! si los mas altos Serafines del cielo tiemblan ante vuestra Majestad, si apenas se atreven á comparecer en vuestra presencia, ¿cómo osaré yo recibirlos en mi corazón, yo que en cuanto al cuerpo no soy mas que puro polvo, y en cuanto al alma estoy lleno de manchas y defectos?

Con estos sentimientos de humildad solian comulgar los Santos: cuando ellos se acercaban á la sagrada comunión, lo hacian con una reverencia tan grande, con una humildad tan profunda, con una convicción tan viva de su bajeza, que no hay lengua que pueda expresarlo. Muchos de ellos, estando en el lecho de su muerte, teniendo ya acabadas las fuerzas, y no quedándoles mas que un soplo de vida, cuando se les llevó el sagrado Viático, se arrojaron en tierra; y recogiendo las pocas fuerzas que les quedaban, y haciendo un último esfuerzo, se postraron ante el divino Sacramento, y le adoraron con mues-

<sup>1</sup> Isai. vi, 6. — <sup>2</sup> Matth. viii, 8.

tras tan grandes de reverencia, que parecia quisiesen aniquilarse á sí mismos. Con estos mismos sentimientos de humildad debeis prepararos para la santa comunión, si quereis recibirla de un modo digno.

Pero estos sentimientos de humildad no deben impedir que concibais un vivísimo deseo de recibir á Jesucristo, que es la tercera disposición necesaria para comulgar con fruto. Así como, para que el alimento corporal aproveche, es necesario tomarlo con un cierto anhelo, porque si se toma con fastidio, el estómago, ó no lo admite, ó no lo digiere bien; del mismo modo, para sacar fruto y utilidad del alimento espiritual de la santa comunión, es preciso recibirla con grande apetito, es decir, con deseos ardientes é inflamados. ¿No veis, dice san Juan Crisóstomo, el ardor con que los niños se llegan á los pechos de sus madres, la avidez con que toman la leche, y como, estando ya saciados, se entregan á un sueño plácido y profundo? Pues con igual ardor debeis vosotros correr á la santa comunión, á esos pechos espirituales que manan leche de dulzura y de gracia; esperando con santa impaciencia el momento de aplicar á ellos vuestros labios, y haciéndoseos insoportable toda dilación y retardo. A imitación del santo David, debeis enviar al cielo suspiros ardientes y continuos, diciendo á Jesucristo: «Señor, á la manera de un ciervo perseguido de los cazadores, que nada desea con mas ardor que encontrar una fuente, para apagar su sed y refrescarse; del mismo modo, mi alma os desea, ¡oh mi Dios!» ¡Ah! ¿cuándo llegará el momento, el momento feliz en que compareceré en vuestra presencia? ¡Ah mi Dios! ¡Ah mi amor! cada momento que se me retarda el recibirlos en mi corazón me parece un siglo: mi corazón desfallece, mi alma suspira y arde en vivos deseos de unirse con Vos: *Sitivit anima mea ad te, Deus.*

Hé aquí, mis amados niños, los pensamientos que deben ocuparos mientras aun no llega la hora de comulgar, á saber, el de purificaros de vuestras faltas, procurando la mayor pureza que sea posible; el de humillaros hasta el polvo, teniéndos por indignos de la santa comunión; el de inflamar vuestros corazones, concibiendo vivos deseos de uniros con Jesucristo, nuestro bien. Esto es lo que habeis de hacer de vuestra parte.

Pero Vos, Señor, aplicad vuestra mano á esta obra, para que sepan disponerse como conviene para la grande acción que van á hacer. Y vosotros, Ángeles tutelares de estas tiernas almas, que tanto interés tomáis en todo cuanto atañe á su bien espiritual: san N. Patron de esta parroquia, que deseais la salvación de todos cuantos la componen, alcanzad á esas amables criaturas la gracia que necesitan para hacer dignamente su primera comunión, de la que tal vez depende su salvación eterna. Y Vos, Virgen santísima, ¡ah! mostrad ahora que sois su tierna Madre: *Monstra te esse Matrem*: ayudadlos, asistidlos, protegédlos, como os lo piden, diciéndos arrodillados tres *Ave Marias*.

*Ejercicio de la noche.*—Así como el labrador recoge en verano el fruto de las fatigas que empleó en el invierno, y el jornalero recibe á la noche el salario del trabajo que hizo durante el día; igualmente en el último día de los ejercicios deben los niños recoger el fruto de cuanto se les ha hecho oír, meditar y examinar en los días precedentes. Este fruto ha de consistir en la formación de algunos propósitos, que sirvan de base y fundamento para una vida enteramente nueva y ajustada; por manera que si los niños salen de los ejercicios sin haber resuelto nada para lo venidero, en vano se les habrá estado ocupando por tantos días, y en vano también habrá empleado el cura el

tiempo y el celo. No conviene que estos propósitos sean muchos, porque la misma multitud haría que los niños los dejaran presto; mas vale que sean pocos y capitales, queremos decir, formados sobre los puntos mas necesarios y trascendentales de la vida cristiana. Para que sepa el cura cuáles propósitos ha de sugerir á los niños, se los pondremos extensos y ordenados al pie de la siguiente plática, encargándole que, si le es posible, los haga reimprimir en hojas sueltas, y dé un ejemplar á cada niño, á fin de que los lean á menudo, y eviten por este medio el que se les borren de la memoria. La plática será la siguiente:

### Perseverancia en la virtud.

Væ his, qui perdiderunt sustinentiam. (Eccli. II, 16).

No sin una cierta especie de disgusto y sentimiento os anuncio, hijos míos, que hemos llegado al término de nuestros ejercicios, y que esta función va á poner fin á las santas ocupaciones que seis dias há comenzamos. ¡Cuánto siento el que acaben tan presto! ¡Cuánto quisiera poderlos prolongar por algunos dias mas! ¿No es verdad que estos ejercicios han pasado como volando? ¿No es verdad que han sido todos llenos de dulzura y consolacion? Por lo que á mí hace, me parece fue ayer que los comenzamos; y ha sido tal el consuelo que he experimentado, viendo vuestra docilidad, modestia y aprovechamiento, que de buena gana volveria á comenzarlos de nuevo. ¿Y vosotros, hijos, estais contentos de haberlos hecho? —(Sí, padre). ¿Estaríais dispuestos para comenzar otros? —(Sí, padre). Yo lo creo, porque esto tienen las cosas de Dios, que mientras no se gustan, parecen insípidas y desabridas; pero una vez se llega á gustarlas, se hallan dulces y su-

mamente deliciosas. ¿Y qué mayor delicia que tratar familiarmente con Dios, como nosotros lo hemos hecho en estos dias?

Como esta es la última ocasion que se me ofrece para hablaros aquí familiarmente, quiero aprovecharla para daros los postreros avisos, y quizá los mas interesantes de cuantos habeis oido. Lo que quiero advertiros es, que de nada os serviria haber hecho estos santos ejercicios, de nada haber entrado en el camino de la virtud, si no perseveráseis en él hasta la muerte. La perseverancia, hijos míos, es la que ha de coronar esta obra que tan felizmente habeis comenzado; porque, como dice Jesucristo, solo el que perseverare hasta el fin conseguirá una palma en el cielo.

Gran cosa es que hayais hecho estos ejercicios con el fervor y devocion que todos hemos visto, que os hayais consagrado á Dios en esa tierna edad en que os hallais, que hayais resuelto amarle y servirle siempre, sin jamás ofenderle; sí, gran cosa es. Pero no tomeis á mal el que os descubra algunos temores y recelos que abrigo en el corazon, y disminuyen en parte la satisfaccion que me causa vuestro actual fervor y devocion. Temo, hijos, que haréis como aquellas plantas, que en la primavera están cubiertas de flores, y despues en el otoño no dan fruto alguno. ¿Entendeis lo que quiero decir con esto? Temo que pasados estos ejercicios olvidaréis cuanto habeis oido, cuanto habeis meditado, cuanto habeis resuelto; y que todas vuestras protestas de querer amar y servir á Dios se desvanecerán como humo que disipa el aire. ¿Sucederá esto, niños? —(No, padre). ¿Quereis decirme que siempre, siempre, perseveraréis en los buenos sentimientos que teneis ahora? —(Sí, padre). ¡Ay de aquellos, dice el Espíritu Santo, que retroceden del buen camino que emprendieron! *Væ illis, qui perdiderunt sustinentiam*. Para ayudaros á mantener vuestra actual resolucion, vengo á manifestaros tres cosas: la ne-

cesidad de perseverar en la virtud, los principales medios de perseverancia, y el modo práctico de aplicar estos medios.

La virtud, hijos míos, tiene diferentes grados: tiene su principio, tiene su progreso, y tiene su fin. No basta comenzar á ser virtuoso, no basta serlo por algun tiempo; es menester proseguir, es menester continuar hasta la muerte. Vosotros habeis comenzado á ser virtuosos: ¿hay bastante con esto? No: muchos fueron buenos en un principio, y despues murieron condenados. Bueno fue Saul, bueno fue Judas, bueno fue Orígenes; pero como no continuaron, como no perseveraron hasta el fin, se perdieron miserablemente. Por el contrario, otros en un principio fueron malos, y despues murieron santos. Malo fue san Pablo, malo fue san Agustín, mala fue santa María Magdalena; pero como despues se convirtieron, como continuaron buenos hasta la muerte, se salvaron felizmente. ¿Qué os dice esto? Que ya que en estos ejercicios habeis entrado en el buen camino, lo que ahora conviene es, proseguir, continuar, perseverar hasta la muerte.

¿De qué os serviría el haber comenzado á servir á Dios, si no perseveráseis? De nada. «Si el justo, dice Ezequiel, se cansare de servir al Señor, y, faltando á la fidelidad que le habia prometido, cometiére pecado, todo el bien que habia hecho quedará olvidado, y no le cabrá por él la menor recompensa en el cielo<sup>1</sup>.» Notad aquí una respuesta que san Gregorio dió á una dama, que le suplicaba le dijese si se salvaría ó no. «Mujer, le dijo, tú me preguntas una cosa difícil y al mismo tiempo inútil: difícil, porque yo no soy Dios para decirte si te salvarás ó si te condenarás; inútil, porque en cual-

<sup>1</sup> Ezech. XVIII, 24.

quiera de estas dos suposiciones tú debes igualmente servir á Dios. Sin embargo, ¿quieres que como hombre te diga cuál será tu suerte? Si perseveras en los buenos sentimientos que ahora tienes, te salvarás; pero si no perseveras, te condenarás.» El mismo aviso os doy yo, mis amados niños. Una sola cosa puede aseguraros la salvacion, y esta es la perseverancia en los buenos sentimientos que habeis concebido en estos ejercicios. ¿Perseverais en ellos hasta el fin? Héos aquí salvos. ¿No perseverais? Estais perdidos.

Todo consiste en que empleis los medios que Dios os ha dado para perseverar en su gracia y amistad, y no caer jamás en el pecado. El primero es la frecuencia de Sacramentos. ¡Oh, qué medio tan poderoso es este para conservar la vida de la gracia! ¡oh cuántos vuelven al pecado por no querer emplearlo! No soy profeta; pero puedo pronosticaros lo que os sucederá, si no os dais á la frecuencia de Sacramentos que os aconsejo. Insensiblemente, y sin advertirlo, se irá apagando ese fuego de devocion que ha prendido en vuestras almas en estos dias de recogimiento: poco á poco iréis olvidando las doctrinas que habeis oido, las máximas que habeis meditado, las resoluciones que habeis hecho: hoy dejaréis una devocion, mañana faltaréis á un propósito, otro dia traspasaréis un mandamiento; y así dentro poco tiempo apenas se conocerá que hayais hecho ejercicios.

¿No veis lo que nos sucede en tiempo del invierno? Mientras estamos junto al fuego, no sentimos el frio; pero si pasamos mucho tiempo sin acercarnos á él, el frio se apodera de nosotros, y nuestros miembros quedan casi helados. Del mismo modo, mientras vosotros frecuenteis los Sacramentos, vuestra alma mantendrá el calor de la devocion, y no hay peligro de que llegue á enfriarse en el amor de Dios hasta el punto de ofenderle gravemente; pero si pasais mucho tiempo sin reci-

birlos, el fuego de caridad llegará á extinguirse en vuestros corazones, al modo que se apaga el fuego material si no se le va dando leña. De consiguiente, amados míos, para prevenir toda caída en el pecado, fortificaos con la frecuencia de Sacramentos, acercándoos á la confesion y comunión á lo menos cada mes, y en las principales festividades que la Iglesia dedica á los misterios de Jesucristo y de María santísima. ¿Me prometéis hacerlo?—(Sí, padre).

Ahora quiero advertiros que esta frecuencia de Sacramentos os será mas útil y provechosa si la haceis bajo la direccion de un mismo confesor, que si la practicais ahora con uno, ahora con otro, sin tener á ninguno fijo ni determinado. Y así os encargo pongáis la vista en uno que sea prudente, sábio y virtuoso; y que eligiéndole por vuestro director, y poniendo en sus manos la direccion de vuestra alma, le deis cuenta exacta de vuestra conciencia, recibais con docilidad sus consejos y amonestaciones, y cumplais fielmente cuanto él tuviere por conveniente ordenaros. ¿Me prometéis tambien hacerlo?—(Sí, padre).

Otro medio muy poderoso para perseverar en el bien es la devocion á María santísima. ¡Ay amados míos! sed bien devotos de esta bendita Señora, y yo os aseguro que jamás cometeréis ningun pecado mortal; porque, como dice san Bernardo, quien la toma por guia, no se pierde; quien se apoya en ella, no cae; quien se pone bajo su proteccion, nada tiene que temer<sup>1</sup>. La misma Virgen os lo asegura con aquellas palabras llenas de ternura que, tomándolas del Eclesiástico, la Iglesia pone en sus labios: «Yo, os dice ella, soy la Madre del amor hermoso, del temor santo, y de la bien fundada esperanza... «Los que me oyen no serán confundidos, los que obran en mí

<sup>1</sup> D. Bern. Hom. 2 super Evang. Missus.

«no pecarán, los que me honran alcanzarán la vida eterna... «Venid á mí todos los que teneis necesidad de auxilio, que yo «os llenaré de mis gracias y bendiciones<sup>1</sup>.»

Hijos míos, ¿será posible desoigais estas dulces voces de vuestra Madre? ¿será posible que no le profeséis la mas tierna devocion? ¡Qué! Ella misma os convida á ser devotos suyos, ¿y vosotros no querríais serlo? Os llama á sus amorosos brazos, ¿y vosotros no querríais ir á ellos? Os promete defenderos en los peligros, sosteneros en las tentaciones, é introducir en el cielo, ¿y vosotros no querríais servirla? Guardaos de despreciar sus llamamientos, porque tendríais ocasion de arrepentiros de ello. ¡Cuántos hay en el cielo que deben su salvacion á la devocion que profesaron á la Madre de Dios! ¡cuántos hay en el infierno que no estarian allí si hubiesen sido devotos suyos!

Creedme, elegid á María santísima por madre vuestra: servidla como buenos hijos: entrad en alguna de esas cofradías que se han instituido para honrarla: confesad y comulgad en sus principales fiestas: encomendaos á ella todos los dias: y sobre todo imitadla en las virtudes, particularmente en la pureza, en la humildad, en la obediencia y en el santo amor de Dios. El que la honre y sirva de este modo, no dude que experimentará los efectos de su poder y bondad; y que ella, agradecida á sus servicios, le asistirá en vida, le socorrerá en la muerte, y le hará dichoso en la eternidad: *Obviabit illi quasi mater honorificata*. Vamos, ¿resolveis ser siempre devotos suyos?—(Sí, padre).

Otro medio de perseverancia, el cual no haré sino tocarlo ligeramente, es la oracion fervorosa y frecuente. La perseverancia, hijos míos, es el mayor de todos los dones, es el se-

<sup>1</sup> Eccli. xxiv, 24, 26, 30.

llo de nuestra eterna predestinacion, es la conclusion de una vida virtuosa que nos introduce en el eterno descanso. Este don, como enseñan todos los teólogos, es independiente de nuestros méritos, quiero decir, que nadie puede merecerlo, por mas santo que sea; sino que Dios lo concede graciosamente á quien le place, sin que á nadie lo deba de justicia. ¿Y sabeis á quiénes acostumbra concederlo? Á los que se lo piden con humildad, con continuacion y con confianza. Este, hijos, este es el gran medio que teneis para perseverar en el amor de Dios hasta la muerte, pedirle esta gracia con grande instancia y fervor, pedírsela cada dia, y pedírsela por los méritos de su unigénito Hijo y de su amorosa Madre. Si lo hacéis así, yo os aseguro que caminaréis seguros al través de los peligros y tentaciones de esta vida, y llegaréis felizmente al puerto de salvacion. ¿Resolveis hacerlo? — *(Si, padre)*.

En prueba de que estais sinceramente resueltos á cumplir cuanto me habeis prometido hoy y en los dias anteriores, quiero, hijos, que, arrodillándoos humildemente ante ese altar, y figurándoos que os escuchan todos los Santos del cielo y todas las criaturas de la tierra, hagais con voz alta é inteligible los siguientes

#### **Propósitos.**

Yo N. N., habiéndose el Señor dignado, por su infinita misericordia, llamarme á estos santos ejercicios, en los que he tenido la dicha de conocer muchas cosas sumamente útiles á mi alma, y de las cuales vivia enteramente olvidado; deseando corresponder en algo á tan señalado beneficio, y dándole por él las mas rendidas gracias; hago los siguientes propósitos, que tengo ánimo de cumplir fielmente hasta la muerte:

1.º Conociendo, por lo que he oido en estos santos ejer-

cicios, que he sido criado para amar y servir á Dios; que el tiempo de la juventud es el que mas agrada á su divina Majestad, y el que ordinariamente decide de la suerte eterna del alma; reconozco tambien la estrechísima obligacion que tengo de entregarme todo á él desde mis primeros años: y por esto propongo comenzar á servirle desde ahora con todo mi corazon, no cometer en toda mi vida ningun pecado mortal, particularmente el de impureza, y evitar con cuidado las ocasiones de cometerlo.

2.º Habiéndome Dios dado á conocer en estos santos ejercicios, que me esperan grandes combates y tentaciones, y que los enemigos de mi alma harán los mayores esfuerzos para apartarme de su santo servicio; y temiendo yo que con solas mis fuerzas no podria resistir, y tal vez sucumbiria; conozco la necesidad que tengo de buscarme una madre poderosa que me ampare y me defienda: por esto elijo desde ahora por madre á María santísima, y propongo firmemente ser su mas cordial devoto, encomendarme á ella de todo corazon al levantarme y al acostarme, y confesar y comulgar en honor suyo en sus principales festividades.

3.º Habiendo tambien entendido en estos ejercicios que el paso de la infancia á la juventud es el mas peligroso de la vida, y que muy pocos lo dan sin experimentar caidas fatales; conozco que tengo suma necesidad de un guia que me conduzca desde mi niñez: y por lo mismo propongo elegir un director sábio y virtuoso, á quien encargaré la direccion de mi alma, dándole exacta cuenta de todos los secretos de mi conciencia, y cumpliendo con docilidad cuanto él tuviere á bien ordenarme.

4.º Asimismo, habiendo entendido que las malas compañías son el instrumento ordinario de que se sirve el demonio para apartar á las almas jóvenes del buen camino, propongo

huirlas con toda diligencia y cuidado, y no tener otros compañeros que los que me designen mis padres.

5.º En fin, conociendo que no hay cosa mas conducente para perseverar en el bien que el establecer un cierto arreglo y tenor de vida, propongo arreglar la mia del modo siguiente: luego de haberme levantado, me arrodillaré á los piés de mi Crucifijo y de la imágen de María santísima, que tendré siempre en mi aposento, haciendo el ejercicio de la mañana, segun lo prescriben los libros devotos : entre dia levantaré frecuentemente mi pensamiento y mi corazon á Dios, particularmente en oyendo tocar las horas : rezaré con toda devocion el santísimo Rosario, y antes de acostarme haré el exámen de conciencia, y concluiré con el ejercicio de la noche. En los dias festivos añadiré la lectura de algun libro piadoso, la oracion mental y la asistencia exacta á las funciones religiosas : cada mes confesaré y comulgaré : y cada año haré mi confesion general, si el director lo aprueba.

De todos estos mis propósitos pongo por testigos á Jesucristo y á María santísima, suplicándoles rendidamente me dén gracia para cumplirlos fielmente hasta la muerte. Amen.

### PRIMERA COMUNION DE LOS NIÑOS.

*Durante los dias de ejercicios, el cura debe haber preparado todo lo concerniente para la solemnidad de la primera comunion, y dispuesto las cosas de tal modo que la funcion ofrezca un aspecto á la vez majestuoso, sublime y tierno. Para esto deberá haber invitado á asistir á ella á los padres de los niños, á las personas de mas nota de la poblacion, y al cuerpo municipal; y todo esto al intento de que, viéndose los niños honrados con tal asistencia, comprendan su importancia y dignidad, y conciban una idea adecuada á la sublimidad del acto que van á hacer. Á esto contribuirá tambien mucho el que la iglesia esté puesta de gala, queremos decir, adornada de modo que exprese la santa alegría de que está poseida la Religion al distribuir por primera vez el Pan de los Angeles á sus tiernos é inocentes hijos. Así que, el templo deberá estar barrido, los altares adornados con flores y luces, las mesas cubiertas con los mejores manteles, haciendo que el altar destinado para la comunion sobresalga por su elegancia y adorno. No conviene que la funcion se haga en la misa matutinal, en razon de que esto podria causar molestia á los que están precisados á salir pronto para acudir á sus negocios domésticos : hágase en otra misa que sea algo mas tarde, pero en hora oportuna para que pueda asistir á ella la generalidad del pueblo. Colocados los niños en medio de la nave del templo, en la forma que dijimos ayer, oirán la misa; y antes de comulgar, el cura, ú otro sacerdote, les dirigirá desde el púlpito la siguiente plática :*

huirlas con toda diligencia y cuidado, y no tener otros compañeros que los que me designen mis padres.

5.º En fin, conociendo que no hay cosa mas conducente para perseverar en el bien que el establecer un cierto arreglo y tenor de vida, propongo arreglar la mia del modo siguiente: luego de haberme levantado, me arrodillaré á los piés de mi Crucifijo y de la imágen de María santísima, que tendré siempre en mi aposento, haciendo el ejercicio de la mañana, segun lo prescriben los libros devotos : entre dia levantaré frecuentemente mi pensamiento y mi corazon á Dios, particularmente en oyendo tocar las horas : rezaré con toda devocion el santísimo Rosario, y antes de acostarme haré el exámen de conciencia, y concluiré con el ejercicio de la noche. En los dias festivos añadiré la lectura de algun libro piadoso, la oracion mental y la asistencia exacta á las funciones religiosas : cada mes confesaré y comulgaré : y cada año haré mi confesion general, si el director lo aprueba.

De todos estos mis propósitos pongo por testigos á Jesucristo y á María santísima, suplicándoles rendidamente me dén gracia para cumplirlos fielmente hasta la muerte. Amen.

### PRIMERA COMUNION DE LOS NIÑOS.

*Durante los dias de ejercicios, el cura debe haber preparado todo lo concerniente para la solemnidad de la primera comunion, y dispuesto las cosas de tal modo que la funcion ofrezca un aspecto á la vez majestuoso, sublime y tierno. Para esto deberá haber invitado á asistir á ella á los padres de los niños, á las personas de mas nota de la poblacion, y al cuerpo municipal; y todo esto al intento de que, viéndose los niños honrados con tal asistencia, comprendan su importancia y dignidad, y conciban una idea adecuada á la sublimidad del acto que van á hacer. Á esto contribuirá tambien mucho el que la iglesia esté puesta de gala, queremos decir, adornada de modo que exprese la santa alegría de que está poseida la Religion al distribuir por primera vez el Pan de los Angeles á sus tiernos é inocentes hijos. Así que, el templo deberá estar barrido, los altares adornados con flores y luces, las mesas cubiertas con los mejores manteles, haciendo que el altar destinado para la comunion sobresalga por su elegancia y adorno. No conviene que la funcion se haga en la misa matutinal, en razon de que esto podria causar molestia á los que están precisados á salir pronto para acudir á sus negocios domésticos : hágase en otra misa que sea algo mas tarde, pero en hora oportuna para que pueda asistir á ella la generalidad del pueblo. Colocados los niños en medio de la nave del templo, en la forma que dijimos ayer, oirán la misa; y antes de comulgar, el cura, ú otro sacerdote, les dirigirá desde el púlpito la siguiente plática :*

Exulta filia Sion, jubila filia  
Jerusalem : ecce Rex tuus ve-  
nit tibi. (*Zach. ix, 9*).

Después de tantas dilaciones y retardos, después de tantos ensayos y preparaciones, ha llegado en fin, mis amados niños, ha llegado la hora feliz, el momento dichoso de ver cumplidos vuestros deseos, y recibir en vuestro corazón al que ama vuestra alma. *Jam parata sunt omnia*, ya está preparado todo, ya todo está dispuesto: dentro pocos momentos recibiréis al mismo que María santísima llevó nueve meses en sus benditas entrañas, al mismo que los Reyes del Oriente rindieron sus centros y sus coronas, al mismo que por vuestro amor espiró en una cruz, al mismo que inmortal y glorioso está sentado á la diestra de Dios Padre. Y le recibiréis, no en figura como Abraham, sino real y verdaderamente; no en los brazos como Simeon, sino en el secreto del corazón y en lo más interior del alma. ¡Qué dicha! ¡qué felicidad la vuestra!

¡Ah! el Criador del cielo y de la tierra viene á visitar vuestras almas, *ecce Rex tuus venit tibi*; y viene como Padre, como Maestro, y como Esposo: como Padre, que no contento con haberos redimido con su sangre, quiere alimentaros con su cuerpo; como Maestro, que no satisfecho con instruiros por el ministerio de los hombres, desea enseñaros por sí mismo; como Esposo, que no contento con unirse á vosotros por medio de la gracia, quiere unirse con una unión la más íntima, y en cierto modo personal. Y vosotros, hijos míos, ¿cómo pensáis recibirle?

¡Ah! si él viene como Padre, vosotros debéis recibirle como hijos: si él viene como Maestro, vosotros debéis recibirle como discípulos: si él viene como Esposo, vosotros debéis recibirle como esposas. Y como hijos debéis pedirle perdón

de las injurias que le habeis hecho, como discípulos debéis creer firmemente las doctrinas que os enseña, como esposas debéis corresponder al ardiente amor que él os muestra. Escuchad.

Cuando en el sacramento del Bautismo fuisteis hechos hijos de Dios, le prometisteis por boca de vuestros padrinos honrarle como Padre, y no ofenderle jamás con ninguna culpa grave. Pilas bautismales, que recibisteis á estos niños en vuestro seno; aguas sagradas, que los limpiásteis de la mancha original; piscina saludable, donde fueron curadas todas sus enfermedades y dolencias; vosotras oísteis las promesas que se hicieron en su nombre, vosotras sois testigos de las solemnes protestas que se pronunciaron de renunciar al demonio y á todas sus obras. Mas ¡ay! ¿han ellos cumplido lo que tan formalmente prometieron?

¡Ah, mis amados niños! Es necesario que en esta primera comunión, que es como un segundo bautismo, renoveis las promesas que hicisteis en el primero, pero es menester lo hagais de un modo muy diferente. Entonces, como solo habíais pecado con voluntad ajena, bastó que habláseis por boca de otros; pero ahora, que habeis pecado con voluntad propia, es necesario hableis por vosotros mismos, y respondais sinceramente á las preguntas que voy á haceros. ¿Confesais, hijos, que habeis faltado á la palabra que empeñásteis en el santo Bautismo, y que muchas veces habeis ofendido á vuestro Padre celestial?—(*Si, padre*). ¿Le pedís humildemente perdón de todas las ofensas que le habeis hecho?—(*Si, padre*). ¿Le prometeis no volver jamás á ofenderle?—(*Si, padre*). Hijos, poneos todos de rodillas, que voy á rogar por vosotros. ¡Ah, mi Dios! conceded benignamente á estos niños el per-

don de sus pecados. Vos veis la humildad con que os piden les perdoneis, Vos veis la sinceridad con que proponen no ofenderos en lo sucesivo. ¿Les rehusaréis lo que con las lágrimas en los ojos os piden, y esperan de vuestra infinita misericordia? Vos, estando en la cruz, rogásteis á vuestro Padre que perdonase á los que os habian crucificado. Padre mio, le dijísteis, perdonadlos, porque no saben lo que hacen : *Pater, ignosce illis, non enim sciunt quid faciunt.* ¡Oh mi dulcísimo Salvador! estos niños que teneis postrados á vuestros piés tampoco sabian lo que se hacian cuando os ofendieron : ellos seguian el ejemplo de los otros, y no tenian ni edad ni discrecion para discernir perfectamente el bien del mal : *Non enim sciunt quid faciunt.* Por lo tanto, Señor, perdon, misericordia para estas pobres criaturas : yo os lo pido en su nombre, y os lo piden tambien cuantos están aquí presentes.

Hijos míos, como habeis pedido perdon á Dios con todo el corazon, tengo la mas viva confianza de que él os ha recibido en su gracia, y os perdona todas vuestras culpas. Pero esto no basta ; pues no solo habeis ofendido á vuestro Padre celestial, sino tambien á vuestros padres de la tierra. No obstante el entrañable amor que os han siempre manifestado, vosotros habeis tenido la osadía de disgustarles muchas veces, pagando su afeccion y ternura con la mas detestable ingratitud. ¿Cuántas veces los habeis contristado con vuestras inobediencias, rebeldías y mal comportamiento? ¿cuántas veces habeis sido causa de que jurasen, blasfemasen y echasen votos y maldiciones? Y bien, mis caros niños, es menester reparar lo pasado, y tomar mejores resoluciones para el porvenir. Decidme, pues : ¿confesais que muchas veces habeis ofendido á vuestros padres y madres? — (*Si, padre*). ¿Les pedís perdon de todo corazon? — (*Si, padre*). ¿Proponeis no darles en adelante ningun motivo de queja ni disgusto? — (*Si, padre*).

Padres y madres, que estais aquí presentes, ya lo oís : vuestros hijos reconocen que os han ofendido, os piden humildemente perdon, y proponen ser mas dóciles y sumisos en lo sucesivo. ¡Ah! dadles el consuelo de que sepan de vuestra misma boca que quedan ya perdonados. Yo os lo pido por ellos, y os lo pido en nombre de aquel Padre celestial que, habiendo sido tambien ofendido, acaba de concederles el mas cumplido perdon. Decidme, pues, padres, ¿les perdonais todas las faltas que han hecho contra vosotros? — (*Si, padre*). ¿Les exoneráis de todas las maldiciones que en vuestros enojos habeis lanzado contra ellos? — (*Si, padre*).

Ya podeis levantaros, hijos míos, pues estais perfectamente reconciliados con vuestro Padre celestial y con vuestros padres terrenos. Pero acordaos que Jesucristo en la Eucaristía, no solo es padre, sino tambien maestro ; y así vosotros debeis portaros con él, no solo como buenos hijos, sino como discípulos dóciles, creyendo firmemente lo que él os enseña. ¿Y qué os enseña en orden á este gran Sacramento? Que en él está real y verdaderamente su santísimo cuerpo, su bendita alma, su sangre y su divinidad ; y que aunque está oculto y como anonadado, tiene el mismo poder, la misma gloria, la misma majestad de que está rodeado en el cielo. ¿Creéis vosotros esto, hijos míos? — (*Si, padre*). ¿Creéis que el Señor á quien vais á recibir es el mismo que fue concebido en las entrañas de María Virgen, el mismo que nació en Belen, el mismo que murió en el Calvario, el mismo que está sentado á la derecha de Dios Padre? — (*Si, padre*). ¿Creéis todo esto sin ninguna duda ni hesitacion? — (*Si, padre*). ¿Moriríais primero, antes que dejar esta fe y creencia? — (*Si, padre*). Vosotros, pues, sois verdaderos discípulos de Jesucristo, ya que creéis lo que él os enseña.

Pero él viene tambien á vosotros como esposo, y en esta

cualidad vosotros debéis corresponder á su amor, teniendo vivos deseos de uniros á él. Jesucristo, al querer dar el gobierno de su Iglesia al apóstol san Pedro, le preguntó por tres veces: Pedro, ¿me amas? *Petre, amas me?* ¡Ah, Señor! respondió el buen Apóstol, Vos lo sabéis, Vos sabéis que os amo con todo mi corazón: *Tu scis, Domine, quia amo te*. Del mismo modo, queriendo darse todo entero á vosotros, os pregunta: Niños, niñas, ¿me amáis? ¿me amáis? ¡Ah, dulcísimo Salvador mio! debe responder cada uno, ¿á quién amaré, si á Vos no amo? Vos sois mi Padre, mi Maestro, mi Esposo, mi vida y todo mi bien, ¿y no os amaría? Sí, amor mio, sí, os amo con todo mi corazón, con toda mi alma, mas que á mi vida, mas que todas las cosas. ¿Es esta, hijos míos, la respuesta que dais á vuestro dulcísimo Jesús?—(*St, padre*). ¿Proponeis amar siempre al que tanto os ama?—(*St, padre*).

Venid, pues, Jesús amabilísimo, á tomar posesion de estas almas inocentes, venid á llenarlas, no solo de vuestras gracias y bendiciones, sino de vuestra misma presencia. ¡Ah! Vos que siempre habeis manifestado una especial ternura para con los niños, Vos que los abrazábais con tanto amor, Vos que reprendíais á los que querian apartarlos de vuestros amorosos brazos, ¡ah, Jesús amantísimo! ¡ah, Jesús dulcísimo! venid al corazón de estos niños que os esperan con impaciencia, venid á dar un tierno abrazo á sus almas, venid á llenar su espíritu de Vos mismo, uniéndolos á Vos con vínculos de caridad tan estrecha, que se hagan una misma cosa con Vos, en Vos vivan, en Vos mueran, de Vos gocen por toda la eternidad. *Confiteor Deo*.

*Durante la comunión, podrá el cura sugerir á los niños algunos actos de fe, amor y humildad, parafraseando el Ecce*

<sup>1</sup> Joan. XXI, 17.

*Agnus Dei, y el Domine non sum dignus, etc., del modo que crea mas conveniente; y concluida que sea, les dirigirá la siguiente exhortacion:*

Benedic, anima mea, Domino: et omnia quæ intrà me sunt, nomini sancto ejus. (*Psalm. cx, 1*).

Ya están cumplidos vuestros ardientes deseos: ya quedan satisfechas vuestras amorosas ansias: ya poseéis el gran bien por cuya adquisicion tanto suspirásteis. Sí, hijos, con mas razon que la Esposa de los Cánticos podeis ya decir llenos de un santo júbilo: *Inveni quem diligit anima mea*, hallado he á mi amado, á mi dulce Jesús, á mi Dios: *Tenui eum*, ya le tengo en mi interior, ¡oh qué dicha!... ya le aprieto á mi corazón, ¡oh qué gozo!... ya él es todo mio, y yo soy todo suyo, ¡oh qué felicidad!... *In me manet*, él está en mí cual Señor en su templo, cual Rey en su trono, cual Esposo en su tálamo: *Et ego in eo*, y yo estoy en él como hijo en el seno de su padre, como llama en su propia esfera, como esposa en los brazos de su amado.

*Benedic, anima mea, Domino*: ¡oh, alma mia! alaba las misericordias de un Señor tan magnífico y liberal: *Et omnia quæ intrà me sunt, nomini sancto ejus*, y todo cuanto hay en mí bendiga y exalte su santo y adorable nombre. Empléese mi entendimiento en contemplar su inefable bondad... ocúpe-se mi memoria en recordar sus grandes beneficios... enciéndase mi corazón en llamas de su santo amor... únense á ellos todos mis sentidos exteriores para bendecir á su modo á este Señor tan digno de ser bendito y glorificado: *Et omnia quæ intrà me sunt, nomini sancto ejus*. Mis ojos no miren ya sino lo que pueda conducirme á él; mi oído no escuche ya sino lo que le sea agradable; mi lengua no profiera ya sino lo que se encamine á su honor y á su gloria: *Et omnia quæ intrà me*

*sunt, nomini sancto ejus.* Ojos míos, que habeis visto en las manos del sacerdote al que los Ángeles contemplan extáticos en el cielo, ¿tendréis en adelante la temeridad de mancharos con miradas deshonestas?... Lengua mía, que te has adelantado para recibir la primera al Verbo eterno, ¿podrás despues de esto desplegarle en palabras obscenas y pecaminosas?... Y tú, corazón mio, que tienes el honor de depositar en tí á este cuerpo adorable, infinitamente mas puro que las estrellas y el mismo sol, ¡ah! ¿podrás en lo sucesivo prostituirte al amor de las criaturas?... No, no; de hoy mas todo cuanto hay en mí solo ha de emplearse en bendecir, en glorificar al Señor que hoy se ha dignado visitarme: *Et omnia quæ intrà me sunt, nomini sancto ejus.*

Estos son, hijos míos, los santos deseos que debeis concebir en este dia, estas las resoluciones que debeis formar en este dia memorable. Antes de salir de la iglesia, emplead algun tiempo en dar gracias á Jesucristo por el beneficio que acaba de dispensaros, en descubrirle vuestras necesidades espirituales, y en pedirle las gracias que os sean convenientes. Pedidle luz para descubrir los lazos del demonio, fuerza para resistir á los ataques de la carne, constancia para no dejaros arrastrar de las máximas del mundo. Y sobre todo pedidle por esta primera comunión la mayor gracia que os puede conceder, la gracia inestimable de no hacer jamás ninguna comunión indigna.

Y no creais que vuestra devoción y vuestros buenos deseos deban limitarse al dia presente: todos los dias de vuestra vida debeis acordaros de esta primera comunión y de las promesas que habeis hecho en presencia de todos. ¡Ah, hijos míos! si, olvidando lo que tan solemnemente habeis prometido, tuviéseis la desgracia de ofender á Dios, todos los que están aquí presentes os acusarian en su tribunal de traición y de perfi-

dia. Yo mismo que tanto os amo, yo mismo que tanto me intereso por vosotros, y por cuya salvación haría lo que Dios sabe, yo mismo, á pesar mio, sería vuestro principal acusador. ¿Y qué podríais responder á tantos testigos y acusadores? ¿Qué os quedaria, sino bajar la vista, llenos de confusión y vergüenza?

Por lo que hace á vosotros, padres y madres que estais aquí presentes, tened cuidado de conservar en vuestros hijos la gracia de esta primera comunión que acaban de hacer. ¡Ay de vosotros, si alguno la pierde por culpa vuestra! ¡Ay de vuestra alma, si por vuestra omisión y negligencia alguno de ellos se extravía del buen camino en que han entrado! No os oiga decir mas que vuestros hijos son indóciles é indomables, pues yo en estos dias he experimentado todo lo contrario. Cual cera blanda que se deja tratar como quiere el artista, ellos se han prestado con la mayor docilidad á cuanto les he dicho y recomendado. De cuantos documentos les he dado ni á uno solo se han resistido; de cuantas resoluciones les he propuesto, ni á una sola han hecho oposición. Lo diré, aunque haya de mortificaros diciéndolo; si vuestros hijos no han sido hasta el presente lo que debieran ser, mas debe atribuirse á vuestra negligencia y descuido, que á su malicia é indocilidad.

Pero ya los teneis todo diferentes de lo que eran cuando me los entregásteis al comenzar los ejercicios: me los entregásteis tibios, y os los devuelvo fervorosos: me los entregásteis manchados, y os los devuelvo puros: me los entregásteis ignorantes, y os los devuelvo instruidos en la ciencia de la salvación. Aquí los teneis, tomadlos; pero cuidado, repito, cuidado en mantener en ellos el fruto de los ejercicios, en conservar en ellos la gracia de esta primera comunión. Jesucristo os los recomienda como un depósito precioso, diciendo á ca-

da uno lo que san Pablo dijo á Timoteo: *Depositum custodi*<sup>1</sup>, guarda fielmente este depósito; y sepas que si se pierde por tu culpa, tú me darás de él una estrecha y terrible cuenta.

Para que este depósito no se pierda, es menester lo asegureis con vuestras palabras y con vuestros ejemplos: con vuestras palabras, dándoles instrucciones saludables, hablándoles frecuentemente de Dios, prohibiéndoles las compañías y diversiones peligrosas, incitándoles al uso de los Sacramentos, y sobre todo haciéndoles frecuentemente memoria de lo que hoy han prometido á Dios: con el ejemplo, siendo vosotros los primeros en hacer lo que deben hacer ellos, no diciendo ni haciendo cosa alguna que los pueda escandalizar, y conduciéndolos de manera que sin pecado puedan ellos imitaros en todo.

Vuelvo á vosotros, mis amados niños, y vuelvo para decir las últimas palabras, aquellas mismas palabras que dijeron á Rebeca sus hermanos al despedirse: *Soror nostra es: crescas in mille millia*. Vosotros sois mis hermanitos en Jesucristo: ¡que el cielo derrame sobre vosotros mil millares de gracias y bendiciones! ¡que vosotros crezcáis todos los días de vuestra vida en gracias y riquezas espirituales! ¡que permanezcáis siempre firmes y constantes en la gracia que habeis recibido hoy, y hagáis en ella nuevos y rápidos progresos! Esto es, amados míos, lo que mi amor os desea, lo que mi corazón ansia, lo que en mis oraciones no cesaré de pedir á Dios.

Ángeles custodios de estos niños, santo Patron de esta parroquia, Virgen María, protectora especial de la inocencia: tomad á estas almas jóvenes bajo vuestra particular protección, velad por su conservación y defensa, preservadlas de

<sup>1</sup> I Tim. vi, 20.

todos los lazos del demonio y de toda caída con el pecado. Yo os las recomiendo, yo os las entrego, yo las abandono á vuestro amparo y cuidado. Y Vos, Salvador mio sacramentado, que habeis sido el objeto de esta solemnidad, sed tambien la fuerza, el apoyo, el sosten de estas débiles criaturas. Luz increada, iluminad sus entendimientos: Amor eterno, inflamad sus corazones: Antídoto saludable, preservadlos de toda corrupcion. Cúmplase, amabilísimo Jesús, cúmplase en ellos lo que dijísteis: «Quien comiere de este Pan, vivirá eternamente: *Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in æternum.*» Amen.

## JÓVENES.

Aunque en el artículo precedente hemos demostrado el sumo cuidado que el cura ha de poner en la educacion de los niños, debemos advertirle en este que no son ellos los únicos que tienen derecho á su solicitud. Hay otra clase que no debe llamar menos su atencion; y que si la olvida, se perderá irremisiblemente. Hablamos de los jóvenes. ¡Qué celo, qué vigilancia, qué prudencia no se requiere para salvar esta porcion del rebaño, comunmente la mas indómita y descarriada! Sin duda es la que mas difícilmente se deja gobernar, la que mas se resiste á la sujecion y al freno; pero ¿convendrá por esto dejarla abandonada? Todo lo contrario: se han de hacer los mayores esfuerzos para tenerla á raya, y conservarla en el orden y en la moderacion. San Pablo conocia perfectamente toda la dificultad que hay en domar á los jóvenes y hacerlos virtuosos; mas no por esto dejaba de excitar á Tito á que les inculcase la moderacion, la sobriedad y el santo temor de Dios: *Juvenes similiter hortare ut sobrii sint*<sup>1</sup>.

Lo primero que incumbe al cura respecto de los mozos es, desvanecer las preocupaciones que generalmente alimentan sobre los galanteos, bailes, conversaciones lúbricas y otros divertimientos de esta ralea. Mientras no consiga despreocuparlos sobre este punto, mientras subsista en ellos la loca persuasion de que semejantes entretenimientos son cosas indife-

<sup>1</sup> Tit. II, 6.

rentes, y aun indispensables en su edad, no logrará retraerlos de la senda fatal de su perdicion. Comprendemos sin gran trabajo que no ha de costarle poco arruinar las tales preocupaciones por sus cimientos, puesto que desgraciadamente se sostienen en la tradicion popular, en la costumbre general, y hasta en la aprobacion de no pocos padres: pero esto no obsta para que él haga cuanto esté de su parte para conseguirlo. Diremos cuál ha de ser su comportamiento acerca cada uno de los puntos que dejamos insinuados.

*Bailes.* Un buen pastor nada ha de omitir para desterrarlos de su parroquia, si no todos, que esto tal vez seria imposible, á lo menos aquellos que llevan mas peligro de perversion. Un cura que sin oposicion tolera toda suerte de bailes, que en todo el año no tiene una sola palabra para condenarlos, á mas de la injuria que hace á los buenos sacerdotes que los reprueban, se hace responsable de todos los pecados que ocasionan; porque los autoriza con su silencio, y los sanciona, digámoslo así, con el peso de su autoridad. Seria llenar la medida del escándalo si él mismo los aconsejase, los honrase alguna vez con su presencia, ó permitiese á su criada asistir á ellos. Esto probaria que no solo tiene olvidado lo que debe á su carácter y ministerio, sino tambien lo que debe á su honor y estimacion.

No aconsejaríamos á ningun cura presentarse personalmente en un baile para disolverlo, por mas escandaloso que fuese; porque se expondria á que la concurrencia irritada le faltase al respeto, y él mismo no supiese guardar la moderacion que conviene á todo sacerdote. Por la misma razon no quisiéramos se declamase contra un tal abuso con demasiada fuerza y violencia, volviendo á la carga uno y otro dia; porque esto solo sirve regularmente para obstinarse mas los ánimos, y hacer que los jóvenes tomen como un punto de honor el no ceder.

Á nuestro juicio el mejor medio es, predicar con moderacion contra el desórden, hablar amistosamente á los padres, amos y autoridades civiles, para que cada cual por su parte procuren atajar el mal, y poner coto al desórden. Muchas cosas desordenadas vuelven á sus quicios, mas por medio de la blandura y afabilidad, que por el de la irritacion y destemplanza; y creemos que esta es una de tantas. Quizá tambien daria buen resultado la aplicacion de un medio indirecto, cual seria, por ejemplo, proporcionar á las doncellas alguna funcion religiosa á las horas precisas de baile. Como que tienen una propension cási natural á la piedad, podria esperarse que por este medio se las iria retrayendo, si no á todas, á algunas; y si no por de pronto, poco á poco y con el tiempo. Así nos consta que lo practican algunos párrocos celosos y concedores del corazon humano, y no sin gran provecho de la juventud.

Lo que hemos dicho de la afabilidad y blandura, ha de entenderse en cuanto al gobierno exterior; porque si la cuestion del baile se lleva al tribunal de la Penitencia, entonces el cura ha de mostrarse algo mas récio é inflexible. Para no dar en ningun extremo, y guardar el justo medio, que en esta materia, así como en muchas otras, es la mejor regla, harémos notar que hay dos clases de bailes: unos que ni por razon del tiempo y lugar en que se tienen, ni por la calidad de las personas que á ellos concurren, ni por el modo con que se ejecutan pueden calificarse absolutamente de pecaminosos, como son los que se tienen en lugares públicos, entre gente honrada, y están, digámoslo así, autorizados por la antigua costumbre del país: y en cuanto á estos, sin aprobarlos del todo, púedese transigir algun tanto, mientras que por alguna circunstancia personal no constituyan alguna de aquellas ocasiones próximas que los teólogos llaman *relativas*. Otros hay que, atendiendo al lugar, tiempo y modo con que se ejecutan, ó

son ya pecaminosos en sí mismos, ó son ocasion próxima de pecado: y respecto á estos hemos dicho que el cura ha de mostrarse severo é inexorable, negando redondamente la absolucion á cuantos los frecuentan, á cuantos los permiten, á cuantos los favorecen directa ó indirectamente, si no prometen enmendarse.

*Galanteos.* El galanteo es la ocasion mas peligrosa que puede presentarse á la flaqueza humana: ¿quién no lo conoce? Y sin embargo, ¿quién seria capaz de persuadirlo á la incauta juventud? Esta le considera como un pasatiempo inocente, permitido, y hasta cierto punto necesario; sin que baste para quitarle esta persuasion todo lo que el Evangelio dice, todo lo que los Santos enseñan, y todo lo que la experiencia demuestra en contrario. Bajo el frívolo pretexto de que así se hizo siempre, así lo hacen muchos, así conviene hacerlo á los que quieren casarse, no parece sino que hay un empeño sistemático, mejor diríamos, una obstinacion diabólica en cano-nizar como lícito y honesto lo que á todas luces es damnable y pecaminoso. Lo mas triste que hay en esto es, que muchos padres, que por una experiencia tan propia como deplorable saben los grandes pecados que ocasionan los galanteos de la juventud, son los primeros en defenderlos, en excusarlos, y hasta á veces en aconsejarlos á sus hijos.

¿Qué ha de hacer un buen cura en vista de un desórden tan general á la par que arraigado? ¿Estar con los brazos cruzados, mirando con indolencia estóica como cada dia cunde y se propaga? Todo lo contrario: ha de emplear todas sus fuerzas para contrarestarle, aprovechando cuantas ocasiones se le ofrezcan, sea en el catecismo, sea en el púlpito, sea en el confesonario, para hablar sobre esta materia, y dar á los jóvenes igualmente que á los padres los avisos convenientes. Á los padres dígaes que en conciencia no pueden permitir tra-

tos á sus hijos sino cuando, habiendo llegado el caso de casarse, están precisados á elegir la persona que para ello mas les convenga ; y que aun entonces no han de tolerar que las entrevistas sean frecuentes y á solas, sino en presencia de ellos mismos ó de alguna persona de su confianza, y las precisamente necesarias para explorar el carácter de la persona, á fin de no errar en la eleccion.

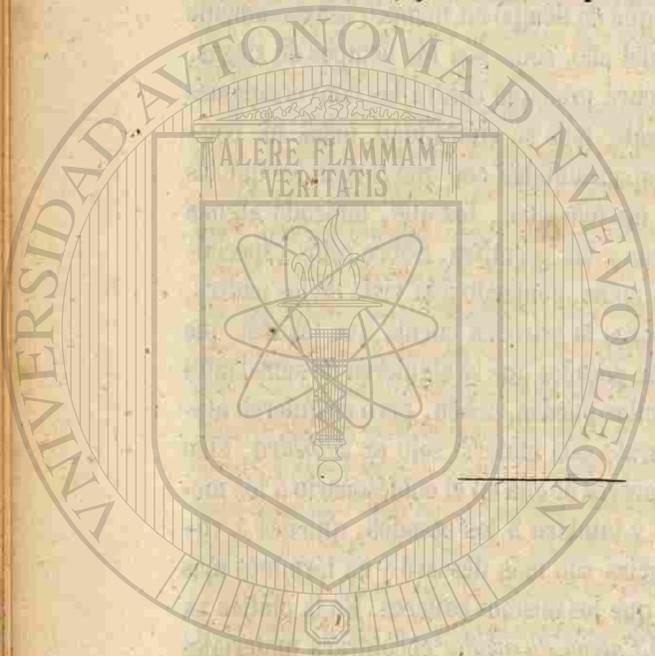
Á los mozos y doncellas ha de hacerles oír bien estas máximas : que los tratos son siempre peligrosos, muchas veces causa de grandes pecados ; y no pocas origen de matrimonios fatales y desconcertados : que no deben entablar trato alguno sino con el ánimo de casarse, y esto no sin haberlo consultado antes con Dios, con el director y con sus padres : que una vez comenzado el trato, no se ha de continuar por años y años, sino que tan pronto como hayan adquirido el conocimiento necesario de las condiciones personales del sujeto, deben cortar, ó concluyendo luego el matrimonio, ó bien retirándose enteramente : que en la persona que quieran elegir por consorte, mas han de buscar la capacidad, la buena educacion y el temor de Dios, que la belleza, el jaleo y los bienes de fortuna : que desde el día que comiencen á entrar en negociaciones para concertar matrimonio, han de darse mas á la oracion, á la frecuencia de Sacramentos, á los ejercicios de piedad, á fin de que Dios bendiga un negocio del que pende el bien ó malestar de esta vida y de la otra. Estas advertencias dadas oportunamente y con insistencia serán un dique poderoso contra los galanteos ; y si no se consigue desterrarlos enteramente, á lo menos se les impedirá el tomar mayor extension.

*Conversaciones libricas.* Nunca el cura declamará con demasiado celo contra ellas : son la peste de la juventud, el escollo de la inocencia, la escuela de todos los vicios. Ninguna cosa debe causar tanta inquietud á un pastor, como el saber

que en su parroquia la impureza ha llegado á ser la salsa ordinaria de las conversaciones : desde el día que se aperciba de esto, cuente á las doncellas sin pudor, á los mozos sin freno, á los casados sin honor ni fidelidad. Para desarraigar este mal si hubiese ya cundido, y prevenirlo si aun no se hubiese propagado, es necesario que de tiempo en tiempo, señaladamente en ciertas estaciones del año, como son los tiempos de siegas, vendimias, etc., el cura predique contra las conversaciones impuras, haciendo sentir toda su enormidad, todas sus consecuencias, toda la responsabilidad con que cargan los que las promueven, los que las fomentan, los que, teniendo alguna autoridad, las toleran y las permiten. Sobre estos especialmente debe cargar la mano, poniendo á la vista de los padres, amos y demás superiores la estrecha cuenta que tendrán que dar á Dios de todos los pecados que se siguieren de semejantes conversaciones, que ellos pueden, deben, pero no quieren atajar. Y no basta que trate esta materia solo *ex cathedra*, sino que ha de preguntar acerca de ella en el confesonario á los mozos, á las doncellas, y tambien á los casados, quienes á veces profieren indecencias con mas descaro y en términos mas súcios y repugnantes que los mismos solteros. En la plática xx del segundo tomo del *Catequista orador* encontrará materiales abundantes para predicar contra las conversaciones obscenas.

Cuando el cura hubiere cumplido esta primera parte de su deber, es decir, cuando hubiere hecho todo lo posible para precaver á los jóvenes de los bailes, amoríos y discursos obscenos, que son las causas principales de su perversion, y el origen comun de todas sus aberraciones y extravíos, será ocasion de inspirarles las virtudes propias de su edad, cuales son la obediencia, la modestia, la caridad y el temor de Dios. Parécenos que no ha de serle muy difícil conseguirlo, si con una santa mónica sabe primero ganarles el corazon, mostrándose-

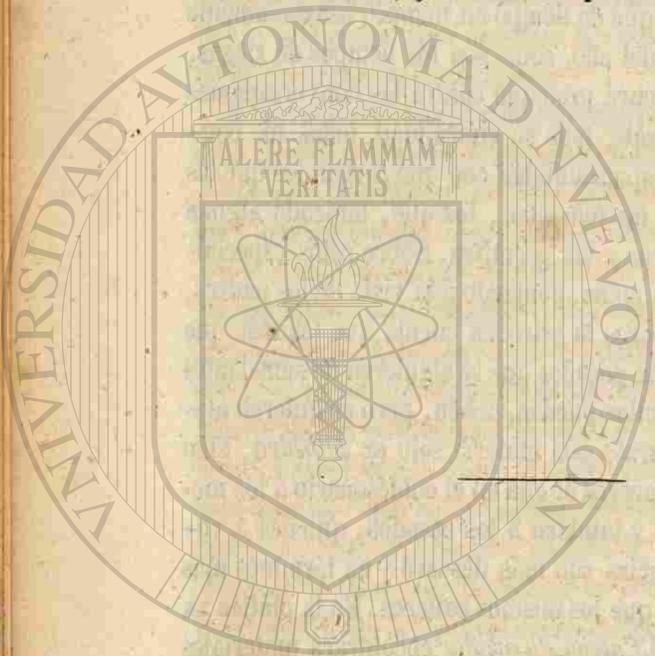
les cariñoso y tratable siempre que venga el caso de hablarles, pero muy particularmente en el confesonario. Los jóvenes participan mucho de la sensibilidad de los niños; y como estos, no suelen resistirse á las insinuaciones de aquellos que conocen los aman, y se interesan por su bien.



## MATRIMONIOS.

No hablamos aquí del cuidado que debe tener el cura de que los matrimonios se celebren según lo prescrito por los sagrados cánones; esta es tarea que corresponde á los moralistas: hablamos del comportamiento que ha de tener respecto de aquellos que quieren unirse en matrimonio. Antes que todo es necesario convenir en que por regla general ningún eclesiástico ha de ser fácil en entremetarse en concertar matrimonios, porque, como dice san Agustín, al predicador de la castidad no le corresponde ser concertador de bodas: *Prædicator castitatis non sit conciliator nuptiarum*. No sabemos qué especie de fatalidad pesa sobre los matrimonios concertados por personas eclesiásticas, que apenas hay uno que no tenga un éxito infeliz y desastroso. Esto para nosotros tiene mucha significación, pues significa cuando menos que Dios no quiere servirse de clérigos para esta clase de asuntos. Respecto del cura hay todavía otra razón para no meterse á casamentero, y es que se expone á que con el tiempo lluevan sobre él mil maldiciones é improperios. ¿No se oyen todos los días casados malavenidos que maldicen al párroco que los casó, y que le llenan de imprecaciones solo porque intervino en su enlace como ministro de la Iglesia? ¿Qué sería, pues, si él mismo hubiese proyectado, favorecido ó aconsejado el casamiento? Aun siendo requerido para dar su parecer sobre un matrimonio que ande en proyecto, raras veces le sucederá que pueda decir

les cariñoso y tratable siempre que venga el caso de hablarles, pero muy particularmente en el confesonario. Los jóvenes participan mucho de la sensibilidad de los niños; y como estos, no suelen resistirse á las insinuaciones de aquellos que conocen los aman, y se interesan por su bien.



## MATRIMONIOS.

No hablamos aquí del cuidado que debe tener el cura de que los matrimonios se celebren según lo prescrito por los sagrados cánones; esta es tarea que corresponde á los moralistas: hablamos del comportamiento que ha de tener respecto de aquellos que quieren unirse en matrimonio. Antes que todo es necesario convenir en que por regla general ningún eclesiástico ha de ser fácil en entremeterse en concertar matrimonios, porque, como dice san Agustín, al predicador de la castidad no le corresponde ser concertador de bodas: *Prædicator castitatis non sit conciliator nuptiarum*. No sabemos qué especie de fatalidad pesa sobre los matrimonios concertados por personas eclesiásticas, que apenas hay uno que no tenga un éxito infeliz y desastroso. Esto para nosotros tiene mucha significación, pues significa cuando menos que Dios no quiere servirse de clérigos para esta clase de asuntos. Respecto del cura hay todavía otra razón para no meterse á casamentero, y es que se expone á que con el tiempo lluevan sobre él mil maldiciones é improperios. ¿No se oyen todos los días casados malavenidos que maldicen al párroco que los casó, y que le llenan de imprecaciones solo porque intervino en su enlace como ministro de la Iglesia? ¿Qué sería, pues, si él mismo hubiese proyectado, favorecido ó aconsejado el casamiento? Aun siendo requerido para dar su parecer sobre un matrimonio que ande en proyecto, raras veces le sucederá que pueda decir

francamente su opinion sin exponerse á grandes inconvenientes. Si lo desaconseja, y no obstante se ajusta, dirán despues: el cura no queria que nos casásemos. Si no se efectúa, aunque sea por otros motivos, dirán: el cura lo ha impedido.

Para evitar semejantes compromisos, el mejor expediente es, que el cura, ateniéndose precisamente á lo que atañe á su ministerio, se limite á dar reglas generales sobre el modo de combinar con acierto los matrimonios, haciendo comprender á los feligreses que si para abrazar cualquier estado son necesarios el llamamiento de Dios, el consejo de personas competentes, la oracion humilde y la intencion pura, lo son muy particularmente para abrazar el del matrimonio, puesto que es el estado en que mas abundan los disgustos, las cruces, los martirios, y lo que es mas, los peligros de perder el alma. Hágales sentir bien esta última palabra, porque son pocos, poquisimos los que penetran bien su fondo, y la conciben en toda su extension.

¿Cómo deberá, pues, portarse un cura en el caso que un soltero, una doncella ó sus padres vayan á consultarle sobre un matrimonio que llevan en proyecto? Dígales que oren, que consulten, que tomen informes exactos acerca de la persona con quien se intenta hacer el enlace, averiguando cuidadosamente si es persona de buena condicion, temerosa de Dios, de conveniente edad, de familia honrada y proporcionada fortuna; y que en vista de lo que resultare de estas averiguaciones resuelvan lo que mejor les parezca, y Dios les inspire. Puede suceder que el matrimonio sobre que se le pide consejo sea tan evidentemente disparatado y fuera de razon, que sin grande inconveniente pueda desaconsejarlo; pero aun entonces ha de hacerlo con mucha prudencia y circunspeccion, no entrando en un detalle minucioso de los defectos de la persona, ni refiriendo por menor todos los inconvenientes que preve han

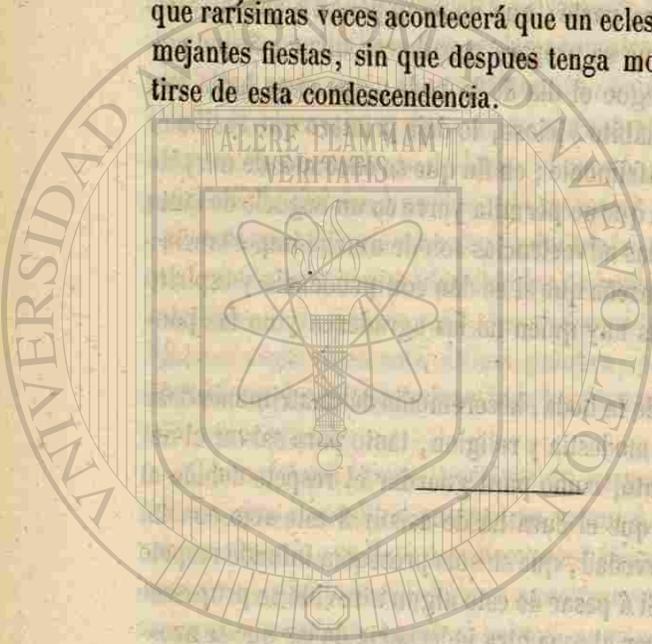
de surgir del enlace, sino diciendo simplemente: No me atrevo á aconsejar un tal matrimonio.

Quando se le presenta alguno para ser amonestado, ha de aprovechar la ocasion para darle algunas advertencias que generalmente se reciben bien: que no habite en la misma casa en que mora la otra parte; que no se exponga á encontrarse á solas con ella; que se prepare para hacer una confesion general antes que llegue el dia de la boda; que si se halla enredado en algun hábito vicioso, lo deje primero que reciba el sacramento del Matrimonio; en fin que se encomiende muy de veras á Dios, para que no permita yerre en un negocio de tanta trascendencia. Estas advertencias son de mucha importancia; y la experiencia enseña que si se dan con prudencia y espíritu de caridad, apenas hay quien no las agradezca y no las ponga en práctica.

Llegado el dia de la boda, la ceremonia del matrimonio debe hacerse con gran modestia y religion, tanto para salvar el honor del Sacramento, como para guardar el respeto debido al lugar santo. Así que el cura ha de asistir á este acto con tal compostura y gravedad, que su sola presencia infunda respeto á los asistentes. Si á pesar de esto algun atrevido se propasase á chancear, ó hacer alguna otra indecencia de las que se acostumbra en semejantes ocasiones, el cura suspenda inmediatamente la ceremonia, y con palabras severas mándeles callar y ser mas comedido. No permita que mientras en la iglesia se celebra el matrimonio, en el cementerio se disparen armas de fuego: y si está en su mano, impida que en casa de los novios haya baile ú otra diversion que pueda dar ocasion á reuniones de jóvenes, y á los excesos que suelen ser consiguientes.

No faltan curas que si son convidados á una fiesta de bodas asisten, no por otro motivo que el de contener con su presencia á los demás convidados, y hacerles guardar moderacion y

orden. No sindicaremos la conducta de estos curas como imprudente; pero sí diremos que hay otros curas, no menos prudentes que ellos, que se niegan absolutamente á asistir á ninguno de estos convites, por temor de tener que presenciar cosas que desdican de su dignidad y carácter. Somos de parecer que rarísimas veces acontecerá que un eclesiástico asista á semejantes fiestas, sin que despues tenga motivos de arrepentirse de esta condescendencia.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

## ESCUELAS.

Las escuelas son necesarias para la instruccion de la juventud; pero son tantos y tan graves los males que podrian acarrear á una parroquia si el cura no velase atentamente sobre ellas, que seria mil veces preferible el que no las hubiese. Una escuela puede hacer mucho bien, y puede hacer mucho mal. Hará un bien incalculable cuando sea dirigida por un maestro sábio, piadoso y celoso del cumplimiento de su deber: hará un mal increíble cuando esté á cargo de un profesor inepto, libertino ó poco aplicado al buen desempeño de su obligacion. Por esto el cura ha de hacer valer toda la intervencion que la legislacion vigente le concede sobre las escuelas primarias, haciendo cuanto esté de su parte para que correspondan á los altos fines de su institucion, que no son otros que echar en el espíritu de los niños los cimientos de una sabiduría sólida, de una virtud ilustrada, y de una crianza en todo conforme á los principios evangélicos y sociales. Confesamos que la intervencion que las leyes actuales conceden al cura sobre las escuelas de primera instruccion no es tan amplia ni autoritativa como quisiéramos, puesto que se reduce á la que tiene cualquiera otro simple miembro de la Junta de estudios; sin embargo, con el ascendiente que naturalmente tendrá sobre los demás individuos de la Junta, y con la preponderancia que le dan su carácter y posicion, todavía se halla en el caso de poder hacer mucho bien, y prevenir ó cortar grandes y trascendentales males.

Lo primero en que ha de parar mucho la atencion es en la eleccion del profesor, porque de esto depende todo. De los tres

que la Junta de provincia propone, hase de elegir al que sea mas moralizado y religioso, aun cuando sea inferior á los otros en conocimientos literarios; porque, como desde luego á cualquiera se le ocurre, la primera circunstancia que se ha de buscar en un hombre á quien se confia la educacion de la juventud, es que tenga moralidad y religion. ¿Qué les aprovechará á los niños que el maestro los ejercite bien en la lectura, aritmética, gramática, geografia, etc., si al propio tiempo, ó de palabra ó con el ejemplo, les da lecciones de inmoralidad y libertinaje?

Cuando llegue, pues, el caso de tener que elegir profesor, el cura trate anticipadamente el negocio con los que tienen voto en la eleccion, é indúzcales á que, preescindiendo de recomendaciones y partidos, y no teniendo otra mira que el bien de la poblacion, escojan al que, despues de tomados los debidos informes, ofrezca mas garantías de ser hombre de buenas costumbres y de ideas enteramente sanas. Comprendemos que no siempre le ha de ser fácil inducirlos á hacer una eleccion justa é imparcial, ya que en tratándose de elegir maestro suelen cruzarse desde luego las intrigas, las recomendaciones, los empeños y las miras secretas de los partidos; parécenos, sin embargo, que si sabe proponerles bien las ventajas ó los perjuicios que, tanto á ellos como á sus hijos, han de resultar de su eleccion, no será imposible logre que procedan con el tino y prudencia que la gravedad del asunto reclama. Como quiera, su deber es procurarlo: si lo logra, habrá hecho un bien cuyas consecuencias se palparán con el tiempo; si no lo consigue, á lo menos habrá declinado todo compromiso y responsabilidad.

Si quedase elegido por maestro un sujeto de buenas condiciones, procure apoyarle con su autoridad, honrarle con su estimacion, y dirigirle con sus consejos, no omitiendo medio para ganar su afecto y confianza, é inducirle á trabajar de concierto

con él en la educacion de los niños. Una vez conseguido esto, le dará las siguientes reglas de conducta: 1.ª que evite con sumo cuidado todo cuanto pueda menoscabar su prestigio, y comprometer su buena reputacion; y así que no se lie con jóvenes inmorales, que no contraiga amistades con personas del otro sexo, que no profiera palabras vulgares y poco decentes, que no asista á los bailes, juegos, tabernas y á otras reuniones impropias de un hombre de suposicion: 2.ª que en todo su comportamiento se acredite de hombre de religion y piedad, no solo para ganarse el aprecio y confianza de los padres de sus discípulos, sino tambien para inspirar á estos con el ejemplo el amor á la virtud; y así que en la frecuencia de Sacramentos ha de ser constante, en la oracion asiduo, en la misa puntual, en las funciones religiosas el primero: 3.ª que se abstenga de enseñar á mujeres, tanto por las sospechas que esto podria suscitar contra él, como por el peligro que realmente habria de que naciesen amistades y aficiones, que podrian ser manantial de grandes escándalos. Y que si por necesidad ó atencion se viese precisado á enseñar á alguna, pórtese de tal modo, que ni el público nada tenga que decir, ni él mismo nada haya de reprenderse. Sea grave en el trato, comedido en los gestos, prudente en el hablar, breve en la conversacion, irrepreensible en todo: 4.ª que respecto á los niños, no ha de tener menos cuidado en cimentarlos bien en la virtud, que en perfeccionarlos en las letras; y así, que procure sepan todos el catecismo segun su edad y disposicion, que asistan juntos á la misa y demás actos religiosos, recomendándoles la modestia, y cuidando de que estén provistos de libros de devocion para ocuparse en Dios, que confiesen á menudo, enseñándoles él mismo el modo práctico de examinar la conciencia, formar dolor y declarar los pecados: 5.ª que con igual celo ha de enseñar á los niños pobres que á los ricos; que no ha

de castigar á ninguno mientras está dominado de la cólera, y nunca con demasiada severidad; que ha de tratar á todos con consideracion y decoro, enseñándoles con el ejemplo á ser finos, atentos y corteses.

No fuera mal que el cura, poniéndose antes de acuerdo con el maestro, visitase de tiempo en tiempo la escuela, ya para introducir un cierto estímulo y emulacion entre los niños, ya para apoyar los buenos documentos que el profesor les hubiere dado, ya en fin para darles las advertencias y avisos que las circunstancias mostrasen ser mas convenientes. Estas visitas, al paso que harian mucho honor al maestro y elevarian á un grado muy alto su reputacion, servirian tambien para que, enterándose el cura por sí mismo de cómo marcha la escuela, pudiese aconsejar al profesor las reformas ó variaciones que mas útiles le pareciesen.

Hasta aquí hemos partido de la suposicion que el maestro sea lo que ser debe, es decir, dócil y religioso. Pero si fuese lo contrario, ¿qué se deberá hacer? Hé aquí una cuestion que nos embaraza un poco. Este seria un caso bastante delicado en que el cura deberia proceder con gran tiento y circunspeccion, so pena de exponerse á sérios disgustos. Si el comportamiento del profesor fuese tal, que, segun el Reglamento, diese lugar á formacion de causa, el cura, despues de haberle avisado en particular y caritativamente, deberia, en union con los demás individuos de la Junta, elevar las quejas á quien corresponde, á fin de que aplicase el conveniente remedio. Si su proceder no llegase á dar motivo para formarle causa, pero no obstante fuese perjudicial á la parroquia, el cura, poniéndose de acuerdo con las personas mas influyentes, podria excogitar algun medio indirecto para precisarle, ó á mudar de conducta, ó á salir del pueblo; como seria sacar los niños de su escuela, llamar á otro profesor, etc.

## ENFERMOS.

Los enfermos... hé aquí una clase de feligreses que deben excitar todo el celo, toda la caridad, toda la ternura de un pastor diligente y virtuoso. En efecto: ¿quién tiene mas derecho á su asistencia y consuelo que los pobres dolientes, prostrados en el lecho de sus dolores, y expuestos á ser presentados cuanto antes en el tribunal de su eterno é inexorable Juez? ¡Ah! su triste situacion ofrece la ocasion mas hermosa para que un cura pueda hacer brillar su celo, desplegar su caridad, y poner de manifiesto todo el caudal de bondad y ternura que encierra en el corazon. El cura que, mostrándose sensible á los males que aquejan á los enfermos, les procura todo el alivio que buenamente puede, se santifica á sí mismo, se granjea el amor y estimacion de todo el pueblo, y se hace digno de las bendiciones de Dios. Así lo asegura el Eclesiástico: *Non te pigeat solari infirmum: ex his enim in dilectione firmaberis*<sup>1</sup>.

En consecuencia de esto, el cura haga comprender á los feligreses que está pronto á acudir al socorro de los enfermos siempre que se le llame, aunque sea á horas las mas incómodas. Y aun sin ser llamado, si sabe que hay algun enfermo de cuidado, anticipese al aviso y vaya á visitarle, ya para ganar su confianza, ya para comenzar á prepararle para la confesion, ya en fin para prevenir ciertos accidentes imprevistos y repentinos, que á veces quitan al enfermo la oportunidad de

<sup>1</sup> Eccli. vii, 39.

de castigar á ninguno mientras está dominado de la cólera, y nunca con demasiada severidad; que ha de tratar á todos con consideracion y decoro, enseñándoles con el ejemplo á ser finos, atentos y corteses.

No fuera mal que el cura, poniéndose antes de acuerdo con el maestro, visitase de tiempo en tiempo la escuela, ya para introducir un cierto estímulo y emulacion entre los niños, ya para apoyar los buenos documentos que el profesor les hubiere dado, ya en fin para darles las advertencias y avisos que las circunstancias mostrasen ser mas convenientes. Estas visitas, al paso que harian mucho honor al maestro y elevarian á un grado muy alto su reputacion, servirian tambien para que, enterándose el cura por sí mismo de cómo marcha la escuela, pudiese aconsejar al profesor las reformas ó variaciones que mas útiles le pareciesen.

Hasta aquí hemos partido de la suposicion que el maestro sea lo que ser debe, es decir, dócil y religioso. Pero si fuese lo contrario, ¿qué se deberá hacer? Hé aquí una cuestion que nos embaraza un poco. Este seria un caso bastante delicado en que el cura deberia proceder con gran tiento y circunspeccion, so pena de exponerse á sérios disgustos. Si el comportamiento del profesor fuese tal, que, segun el Reglamento, diese lugar á formacion de causa, el cura, despues de haberle avisado en particular y caritativamente, deberia, en union con los demás individuos de la Junta, elevar las quejas á quien corresponde, á fin de que aplicase el conveniente remedio. Si su proceder no llegase á dar motivo para formarle causa, pero no obstante fuese perjudicial á la parroquia, el cura, poniéndose de acuerdo con las personas mas influyentes, podria excogitar algun medio indirecto para precisarle, ó á mudar de conducta, ó á salir del pueblo; como seria sacar los niños de su escuela, llamar á otro profesor, etc.

## ENFERMOS.

Los enfermos... hé aquí una clase de feligreses que deben excitar todo el celo, toda la caridad, toda la ternura de un pastor diligente y virtuoso. En efecto: ¿quién tiene mas derecho á su asistencia y consuelo que los pobres dolientes, prostrados en el lecho de sus dolores, y expuestos á ser presentados cuanto antes en el tribunal de su eterno é inexorable Juez? ¡Ah! su triste situacion ofrece la ocasion mas hermosa para que un cura pueda hacer brillar su celo, desplegar su caridad, y poner de manifiesto todo el caudal de bondad y ternura que encierra en el corazon. El cura que, mostrándose sensible á los males que aquejan á los enfermos, les procura todo el alivio que buenamente puede, se santifica á sí mismo, se granjea el amor y estimacion de todo el pueblo, y se hace digno de las bendiciones de Dios. Así lo asegura el Eclesiástico: *Non te pigeat solari infirmum: ex his enim in dilectione firmaberis*<sup>1</sup>.

En consecuencia de esto, el cura haga comprender á los feligreses que está pronto á acudir al socorro de los enfermos siempre que se le llame, aunque sea á horas las mas incómodas. Y aun sin ser llamado, si sabe que hay algun enfermo de cuidado, anticipese al aviso y vaya á visitarle, ya para ganar su confianza, ya para comenzar á prepararle para la confesion, ya en fin para prevenir ciertos accidentes imprevistos y repentinos, que á veces quitan al enfermo la oportunidad de

<sup>1</sup> Eccli. vii, 39.

recibir los Sacramentos. Si entre tanto la enfermedad no cede, y el paciente no es muy asustadizo, indúzcale á confesarse antes que el médico lo ordene : con esto logrará dos cosas igualmente apreciables, le sacará del peligro de morir sin absolución, y le pondrá en estado de tener mas mérito en sus penas y sufrimientos. En cuanto al santo Viático y á la Extremaunción, regularmente no se los administrará hasta que el médico lo disponga ; pero tendrá cuidado de ir preparándole de antemano, y mientras está en todo su juicio, á fin de que, cuando el caso llegue, los reciba con mas fruto.

Seria cosa verdaderamente cruel abandonar á un pobre enfermo luego que se le han administrado los últimos Sacramentos, so pretexto de que no hay mas que hacer. ¡Santo Dios! ¿no hay mas que hacer?... En los postreros momentos de la vida, á la hora mas crítica de la existencia humana, en el lance mas terrible en que puede hallarse una criatura, ¿no necesita el pobre enfermo de un sacerdote que le consuele en sus angustias, le aliente en sus desmayos, y le fortalezca en sus tentaciones?... Cuando el infeliz está á punto de dar el último adios á todo cuanto mas ama en este mundo, cuando á su vista comienzan á entreabrirse las formidables puertas del tribunal de Dios, ¿no tiene necesidad de un ministro que esté á su lado inspirándole actos de paciencia, de conformidad y confianza?... Aparte de esto, ¿cuántos moribundos hay que desean reconciliarse? ¿Cuántos hay que, despues de haber recibido todos los Sacramentos, y hecha ya la recomendacion del alma, declaran pecados que hasta entonces habian callado? Supóngase que un cura se encuentra con uno de estos ; ¿le sabrá mal haber estado á su lado hasta los últimos momentos? ¿Tendrá por mal empleado el tiempo que gastó en asistirle? Cierito que no.

Atendiendo al comun modo de vivir de los cristianos, no

puede ser sino que á muchos enfermos les es absolutamente necesaria una confesion general. Si el cura halla á algunos de estos, que probablemente los hallará, si con habilidad y destreza sabe arrancarles los secretos del corazon, con toda caridad y paciencia ayúdeles á hacerla. Obrará con mucha prudencia si, despues de confesados, cada vez que irá á visitarlos les invita á reconciliarse, ó á lo menos les pregunta si tienen que decirle algo relativamente á su conciencia. Si ve que están titubeando, sin decir sí ni no, cuente que hay algo que les molesta, y que no se atreven á decirlo : entonces revístase de celo y caridad, y no los deje hasta que se hayan declarado. Cuando se va á visitar á un enfermo no es necesario estar largo tiempo con él, ni hacerle discursos prolijos : jaculatorias concebidas en pocas palabras, actos de fe, esperanza y amor expresados con voz sumisa y afectuosa, hé aquí los discursos mas propios para darle aliento sin fatigarle.

Tanto por cortesía como por caridad es muy bien visto que el cura ofrezca al enfermo lo que tiene en casa, y sea de su gusto. Si el enfermo es pobre, hay mas razon para hacerle este ofrecimiento ; pues á los pobres les falta cási todo, y lo poco que tienen no saben aderezarlo. ¿Cuántas familias hay, sobre todo entre la gente del campo, que no saben preparar una horchata, un caldo, una sopa? Á estas la mejor limosna que se les puede hacer es, hacerlo arreglar en casa, y dárselo hecho. Como el cura tal vez no podria acudir á todo por sí solo, y por otra parte es bueno que los feligreses tengan el mérito de la caridad, será muy útil, ó que instale en la parroquia la Asociacion caritativa de san Vicente de Paul, ó que en su defecto invite á las familias mas acomodadas á contribuir con él al socorro de los enfermos pobres.

Aunque el cura ha de procurar que el enfermo arregle sus negocios temporales por medio de un buen testamento, por

punto general no conviene se preste á redactar sus artículos, aunque el enfermo lo desee; porque esto podría acarrearle sinsabores por parte de la familia. Límitese á hacerle las observaciones generales que se hacen en semejantes casos, como, por ejemplo, que antes que todo atienda á la justicia salvando el derecho de cada uno; que de lo que tiene libre no haga una distribución tan desigual, que pueda atribuírsele á odio ó enemistad; que ponga las cláusulas bien claras y expresas, para que no sean semilla de pleitos entre la familia; que no se olvide de sí mismo, esto es, que disponga se hagan sufragios, segun sus facultades, para el pronto descanso de su alma. Si tiene en su poder bienes ajenos, indúzcale á hacer una restitución pronta y cabal; y si esto no fuese posible, obligue á su heredero á hacerla lo mas pronto que pueda, no bajo el nombre de restitucion, sino de gratificación, limosna ó legado.

## AÑO NUEVO.

*Un buen pastor ha de aprovecharlo todo para instruir á su pueblo, recordarle su deber, y precaucionarle contra el pecado. Pero nunca logrará cumplir bien tan esencial obligacion, si sus instrucciones no son acomodadas á las diferentes circunstancias que se presentan en el discurso del año. Una instruccion que, dada oportunamente y cuando las mismas circunstancias la reclaman, hará maravillas; no producirá fruto alguno, y aun quizá será perjudicial, si se da fuera de tiempo. Lo que se hace segun orden, agrada al espíritu, impresiona el corazon, y se graba profundamente en la memoria; al paso que lo que está fuera del orden, choca con el buen sentido, aparece como cosa ridicula, y no tiene valor alguno. Si á la entrada del invierno el cura da instrucciones para pasar cristianamente la estacion de las mieses, por muy sólidas y bien manejadas que sean las dichas instrucciones, ¿qué fruto podrán hacer? El mismo pueblo conocerá que no tienen la oportunidad, que están fuera de su lugar; y consiguientemente las escuchará con indiferencia, si es que no haga de ellas un desprecio positivo.*

*Para que el cura sepa qué instrucciones ha de dar á sus feligreses en cada una de las diferentes circunstancias que ocurren en el discurso del año, vamos á ponérselas aquí por su orden, comenzando por la que debe dar á la entrada del año nuevo. En tal día el cura, conformándose con la costumbre general y piadosa, ha de felicitar á sus feligreses, deseándoles un año próspero y feliz. Luego, tomando ocasion de ser aquel día como*

un término medio que junta el año que pasó con el que comienza, ha de discurrir; ya sobre la rapidez con que pasan los años de la vida, ya sobre la brevedad del tiempo que el hombre vive sobre la tierra, ya sobre la inconstancia y caducidad de las cosas humanas, ya sobre el buen uso que se ha de hacer del tiempo. No queremos decir que haya de tratar todas estas materias á la vez, sino unas en un año, otras en otro, conforme le pareciere mas útil y conveniente. Deseosos de ahorrarle algun trabajo, pondremos en seguida un discurso completo para dicho día, el cual le podrá servir como de modelo para los que él quisiere componer por sí mismo.

### Un buen año segun Dios.

Benedices coronæ anni benignitatis tuæ. (Psalm. LXIV, 12).

Muchas son las visitas que hoy se hacen, muchas las cartas que se escriben, muchos los cumplimientos y atenciones que se dispensan. Y todo esto ¿para qué? Para manifestarse mutuamente la satisfacción que se siente por haber terminado felizmente el año que acaba de espirar, y declararse los unos á los otros los deseos que se tienen de que el año nuevo sea del todo próspero y feliz. No repruebo estas ceremonias y cortesías que la buena crianza prescribe, que la costumbre sanciona, y que la misma Religion autoriza y santifica. Yo tambien me congratulo, mis amados fieles, de que Dios os haya dejado ver todos los dias del año último, que ya pasó: tambien deseo que el Señor os conceda un buen año nuevo, y todo lleno de bienes y prosperidades. Pero ¿sabeis qué bienes y prosperidades os deseo? No segun las desean los mundanos, quienes, como dice el Profeta, hacen consistir toda su felicidad en

gozar de buena salud, en disfrutar de muchos bienes terrenos, y estar libres de desgracias temporales: *Beatum dixerunt populum, cui hæc sunt*; sino segun Dios, esto es, un año fecundo en buenas obras, libre de pecados y de vicios, empleado todo en servir á Dios y en adquirir méritos para el cielo: *Beatus populus, cujus Dominus Deus ejus*<sup>1</sup>.

¡Ah! fieles míos, ¿qué os aprovechará el ver el año nuevo si no lo empleais bien para la eternidad, á la que cada momento os vais acercando? ¿De qué os servirá el vivir un año mas, si en él no reparais el tiempo pasado, si no aprovechais el presente, y no tomais providencias para el porvenir? El buen cristiano, dando hoy una mirada al tiempo que deja atrás, y tendiendo la vista al tiempo que aun le queda por vivir, levanta sus manos al cielo, conforme se lo aconseja el real Profeta, y dando infinitas gracias á Dios por todos los beneficios que su bondad le ha dispensado en los años anteriores, se avergüenza del mal uso que hasta el presente ha hecho de ellos, y resuelve conducirse mejor en el tiempo venidero: *Benedices coronæ anni benignitatis tuæ*. Estos son los sentimientos que habeis de concebir á la entrada de este año nuevo, y los que vengo á excitar en vuestro corazon. Sentimientos de gratitud por lo pasado, sentimientos de confusion por lo presente, y sentimientos de fidelidad para el porvenir.

¿Cuántos y cuáles beneficios os ha dispensado el Señor en el discurso de este año que acaba de fenecer? ¡Ah, cristianos! ni yo que os los recuerdo, ni vosotros que los recibisteis somos capaces de contarlos. ¿Podríamos contar todos los instantes que entran en la formacion de un año? No hay guaris-

<sup>1</sup> Psalm. CXLIII, 15.

mos, no hay aritmética que basten á sumarlos. Pues tantos, y aun mas, son los favores que la mano divina os ha hecho en este tiempo. Recorramos solamente los de mayor bulto, y verémos cuán grandes y numerosos son.

Primeramente, Dios os ha esperado todo este año á penitencia con una bondad que no merecíais, conservando cuidadosamente vuestra vida, para que no muriéseis en pecado, y no os condenáseis. Si hubiéseis muerto súbitamente, como tantos y tantas han muerto en este año, ¿dónde estaríais á estas horas? ¡Ay Dios! muchos estaríais en el infierno, pudiendo ahora cada uno decir con toda verdad lo que dijo el Profeta: Si no fuese que Dios me ha auxiliado, en el infierno estaria ya sepultada mi alma: *Nisi quia Dominus adjuvit me... habitasset in inferno anima mea*<sup>1</sup>. Sí, jóven disoluto; si no fuese que Dios te defendió en aquella pendencia, en el infierno estaria ya soterrada tu alma: *Habitasset in inferno anima tua*. Sí, hombre impuro; si no fuese que el Señor te protegió en aquella noche, al abismo habria ya bajado tu alma: *Habitasset in inferno anima tua*. Sí, mujer descarriada; si no fuese que la misericordia divina no permitió que murieses en aquella enfermedad, en el fuego estaria ya revolcándose tu infeliz alma: *Habitasset in inferno anima tua*. ¡Ah! decid, decid todos con el profeta Jeremías, y decidlo con el corazon lleno de gratitud: Si todavía nos hallamos entre los brazos de la misericordia divina, si ya no estamos perdidos sin remedio, es porque el Señor ha usado con nosotros de bondad y clemencia: *Misericordiae Domini quia non sumus consumpti*<sup>2</sup>.

En segundo lugar, ¿de cuántos lazos, de cuántas tentaciones os ha preservado su amorosa Providencia, lazos y tentaciones que vosotros mismos no advertísteis; y en los que na-

<sup>1</sup> Psalm. xciii, 17. — <sup>2</sup> Thren. iii, 22.

turalmente habíais de perecer? Tú, doncellita, te contabas por muy segura al lado de aquel jóven, y ni siquiera te ocurrió que tu pureza peligrase; sin embargo, si Dios misericordiosamente no hubiese apartado al demonio, tu caída era inevitable. Tú, jovencito, entraste en aquella casa sin pensar nada de lo que te podia suceder; con todo, el enemigo te tenia hecha allí una emboscada, de la que solo la providencia de Dios te pudo librar. Tú, hombre, pasaste toda aquella noche en un sueño plácido y profundo, sin sospechar que el enemigo estaba cerca; no obstante, si Dios no hubiese velado sobre tí, de seguro que no te hubieras levantado sin haber caído en la culpa. Tú... pero ¿quién podria contar todos los peligros de que os ha librado el Señor en todo el año? Por ellos debeis darle gracias, repitiendo con Jeremías: *Misericordiae Domini quia non sumus consumpti*.

En fin, por decirlo todo en pocas palabras, ¿cuántos beneficios en el órden natural, cuántas gracias en el sobrenatural os ha dispensado en este tiempo? Cada dia, cada hora, cada instante ha venido señalado con algun favor particular y notable. Ora os ha manifestado su providencia, conservándoos la salud, bendiciendo vuestras empresas, dando un feliz éxito á vuestros negocios: ora se ha desvelado en haceros conocer su amor, protegiendo vuestros campos, fecundizando vuestras tierras, multiplicando vuestros frutos: ora os ha dado pruebas de su sollicitud paternal, hablándoos con santas inspiraciones, fortaleciéndoos con sus auxilios, alimentándoos con sus Sacramentos. ¿Podeis oir estas verdades sin sentir os estimulados á consagrar este dia al hacimiento de gracias, á desahogaros en sentimientos los mas tiernos de gratitud?

Pero ¡ah! que al propio tiempo teneis grandes motivos para concebir sentimientos de confusion, recordando cuán mal habeis correspondido hasta el presente á tan marcados beneficios.

Si recorreis con la memoria todos los dias de este año pasado, y examináis atentamente cómo y en qué los habeis empleado, apenas habrá uno que no esté precisado á decir á Dios con san Buenaventura: ¡Ah, Señor! ¿cómo me atreveré á levantar la frente cuando, examinando Vos todos estos dias, buscaréis el fruto que he sacado de ellos? *Quomodo levare potero ad te faciem meam, quando numerari jusseris dies meos, quærens fructus in eis?*

En efecto, ¿qué fruto habeis sacado para el cielo de tantos dias, horas y momentos que el Señor os ha concedido? Cada uno de ellos debia estar marcado con alguna obra buena, y con algun progreso en la piedad; pero ¿lo ha sido realmente? Supongamos que Dios entra hoy en cuenta con vosotros, y tomando aquellas mismas palabras que le dirigia el santo Job, dice á cada uno: *Constitue mihi tempus in quo recorderis mei*<sup>1</sup>: de todo este año pasado muéstrame el tiempo que has empleado en acordarte de mí y en servirme. ¡Ay de mí! Á esta invitacion muchos no podríais dar otra respuesta que la que daba san Agustin á su propia conciencia, cuando esta le recordaba el mal uso que habia hecho de los dias de su mocedad. Confieso, decia, que todos estos dias han sido para mí estériles, infructuosos y perdidos. Ó bien habríais de responder al Señor lo que respondió aquel siervo negligente del Evangelio, cuando su amo le pidió cuenta del talento que le habia dado para negociar: *Abscondi*. ¡Ah, Señor! mientras que otros han empleado este año en amaros y serviros, mientras que ellos se han afanado en enriquecerse de méritos para el cielo, yo, siervo inútil y perezoso, he tenido ocioso este talento que me confiásteis, y he desperdiciado en culpas y pecados unos dias que

<sup>1</sup> Job, xiv, 13.

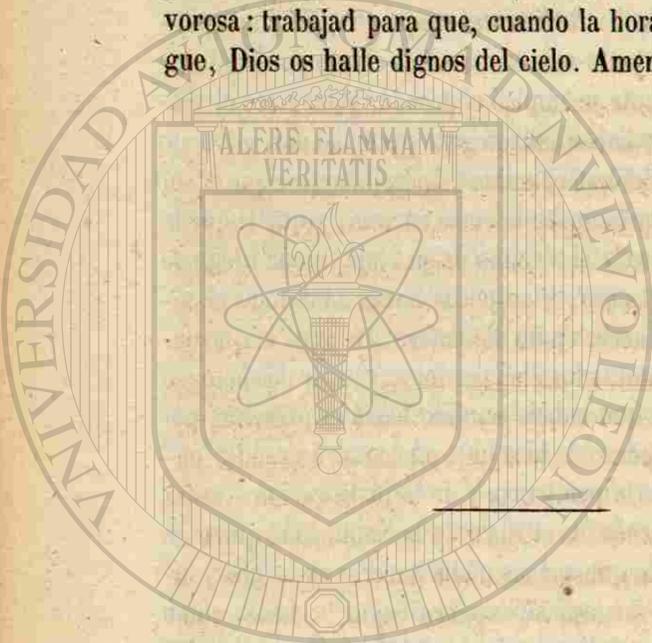
vuestra misericordia solo me concedia para que me llenase de méritos y virtudes: *Abscondi*.

Afortunadamente, cristianos, todavía es tiempo de reparar lo pasado; porque, si bien no es posible hacer que vuelvan los dias de este año perdido, podeis no obstante redimirlos, como os asegura el Apóstol: *Redimentes tempus*<sup>1</sup>. ¿Y cómo redimirlos? Empleando tanto mas santamente el tiempo venidero, cuanto mas malamente se empleó el pasado. ¿Qué hace el viajero que, despues de haber andado grán parte del dia, advierte al fin que va fuera del buen camino? Apercibiéndose que el sol declina al ocaso, que la noche le viene encima, y que le queda poco tiempo para llegar al término de su viaje, muda luego de rumbo, apresura el paso, y en pocas horas anda todo el camino que le tocaba hacer en un dia entero. Hé aquí lo que debéis hacer para recobrar los dias perdidos: retirar desde luego los piés del camino que habeis seguido hasta el presente, ponerlos en el recto sendero de la salud, adelantar á grandes pasos en la carrera de la penitencia y de la justificacion: imitar á aquel sábio celebrado en el libro de la Sabiduría, quien en breve tiempo hizo lo que apenas podia hacerse en largos y dilatados años: *In brevi explevit tempora multa*<sup>2</sup>: hacer como aquellos operarios del Evangelio, que habiendo emprendido muy tarde el trabajo, se aplicaron á él con tanto celo y ardor, que al anochecer fueron dignos de recibir una paga igual á la que recibieron los que habian trabajado todo el dia<sup>3</sup>.

¡Ah! dice el autor de la Imitacion de Cristo, si cada año se desarraigase un solo vicio, presto se llegaria á ser santo: *Si quolibet anno vel unum extirparetur vitium, statim perfecti essemus*. Pero por desgracia los años se pasan, sin que nada se adelante en la virtud: *Transeunt dies et dies, anni et anni, ecce*

<sup>1</sup> Ephes. v, 16. — <sup>2</sup> Sap. iv, 13. — <sup>3</sup> Matth. xx, 3.

*nihil proficiunt.* No sea así, mis amados fieles: si hasta el presente habeis empleado mal los años de vuestra vida, emplead santamente los pocos ó muchos que aun os quedan por vivir. Apresuraos á reparar con la penitencia vuestros desaciertos pasados: emprended desde hoy una vida mas cristiana y fervorosa: trabajad para que, cuando la hora de la muerte llegue, Dios os halle dignos del cielo. Amen.

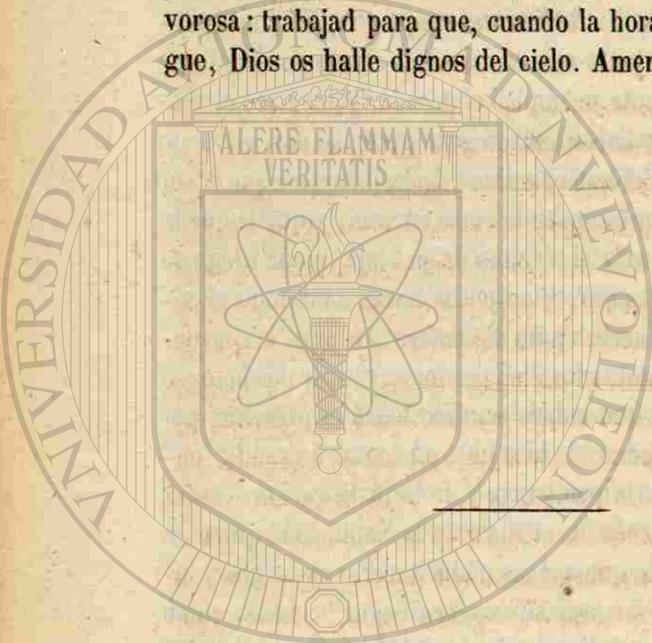


## CARNAVAL.

*Hé aquí un tiempo en que un gran número de cristianos, desertando de las banderas de Jesucristo, y abrazando prácticamente los usos y ceremonias del torpe gentilismo, se entregan sin freno y sin pudor á los excesos mas enormes y detestables. Bailes, máscaras, discursos obscenos, juntas nocturnas, destemplanza en el comer y beber, con todas las abominaciones que les son consiguientes, ved ahí los entretenimientos que el libertinaje ha inventado para este tiempo de perdicion. El cura que, en cumplimiento de su deber, quiera prevenir semejantes desórdenes, es menester se anticipe á ellos, combatiéndolos esforzadamente antes que lleguen.*

*Por esto el domingo de Septuagésima ha de comenzar á declamar con vigor contra los abusos del carnaval, haciendo ver á sus feligreses cuán injuriosos son á Dios, cuán opuestos al espíritu del Cristianismo, y cuán perjudiciales á las almas. Antes que todo hágales notar el contraste singular y ridículo que forman con la tristeza y el dolor á que la Iglesia se entrega en aquellos mismos días, suprimiendo sus cánticos de alegría, y adoptando en los ornamentos el color morado, símbolo de penitencia y afliccion. Recuérdeles despues lo mal que salió á los hebreos el carnaval que celebraron á la falda del monte Sinai; el fuego que consumió las ciudades de Pentápoli en castigo de los excesos á que se entregaron sus moradores; el diluvio universal que Dios creyó debía enviar á la tierra, para purificarla de unos delitos que en nada excedian á los que comunmente se cometen en los*

*nihil proficiunt.* No sea así, mis amados fieles: si hasta el presente habeis empleado mal los años de vuestra vida, emplead santamente los pocos ó muchos que aun os quedan por vivir. Apresuraos á reparar con la penitencia vuestros desaciertos pasados: emprended desde hoy una vida mas cristiana y fervorosa: trabajad para que, cuando la hora de la muerte llegue, Dios os halle dignos del cielo. Amen.



## CARNAVAL.

*Hé aquí un tiempo en que un gran número de cristianos, desertando de las banderas de Jesucristo, y abrazando prácticamente los usos y ceremonias del torpe gentilismo, se entregan sin freno y sin pudor á los excesos mas enormes y detestables. Bailes, máscaras, discursos obscenos, juntas nocturnas, destemplanza en el comer y beber, con todas las abominaciones que les son consiguientes, ved ahí los entretenimientos que el libertinaje ha inventado para este tiempo de perdicion. El cura que, en cumplimiento de su deber, quiera prevenir semejantes desórdenes, es menester se anticipe á ellos, combatiéndolos esforzadamente antes que lleguen.*

*Por esto el domingo de Septuagésima ha de comenzar á declamar con vigor contra los abusos del carnaval, haciendo ver á sus feligreses cuán injuriosos son á Dios, cuán opuestos al espíritu del Cristianismo, y cuán perjudiciales á las almas. Antes que todo hágales notar el contraste singular y ridículo que forman con la tristeza y el dolor á que la Iglesia se entrega en aquellos mismos días, suprimiendo sus cánticos de alegría, y adoptando en los ornamentos el color morado, símbolo de penitencia y afliccion. Recuérdelos despues lo mal que salió á los hebreos el carnaval que celebraron á la falda del monte Sinai; el fuego que consumió las ciudades de Pentápoli en castigo de los excesos á que se entregaron sus moradores; el diluvio universal que Dios creyó debía enviar á la tierra, para purificarla de unos delitos que en nada excedian á los que comunmente se cometen en los*

días de carnaval. Por último tráigales á la memoria las promesas solemnes que en el Bautismo hicieron á Dios de renunciar al mundo, al demonio y á la carne; promesas que, si no fueron una mentira, deben retraerlos de tomar parte en las desenvolturas propias de tales días.

Pero aun esto no basta. Si el cura quiere combatir el mal con buen éxito, es indispensable que en los tres últimos días disponga una función religiosa, como ya se practica en diferentes parroquias, en la que, despues de haber procurado aplacar con oraciones humildes y fervientes la justicia de Dios provocada con tantas maldades, haya sermon sobre alguno de los novisimos. Por este medio conseguirá que sus ovejas oigan saludables desengaños, y se abstengan de toda participacion con la gente mundana y perdida. A fin de que tenga á la mano todos los asuntos que se puedan desear para predicar en los días de carnaval, vamos á ponérselos aquí completos y arreglados, en la forma que nos pareciere podrán resultar de mayor provecho.

### Angustias del pecador moribundo.

Circumdederunt me dolores mortis. (Psalm. XVII, 5).

En medio de ese bullicio y gritería que levanta el mundo en estos días de disolucion, séame permitido, cristianos, esforzar mi débil voz para daros un saludable desengaño, y hacer ver el triste paradero que han de tener todas esas bullas y disoluciones. Para la gente mundana hoy todo es alegría, todo es gozo, todo es satisfaccion: en nada piensan sino en alegrarse, en divertirse, en saciarse de satisfacciones y placeres. «El tiempo de la vida es corto, dicen con aquel insensato de quien

«nos habla el Sábio<sup>1</sup>, y nuestros días van á desvanecerse como la ligera nubecilla que disipa el sol. Lo que será de nosotros despues de la muerte, ¿quién puede decirlo? Tal vez «quedarémos reducidos á la nada: tal vez nuestra alma, como la de los jumentos, morirá al último latido de nuestro corazón: tal vez el sepulcro será nuestra morada eterna. Lo «cierto es que hasta ahora nadie ha venido del otro mundo á «darnos razon de lo que allí pasa. ¿Qué hacemos, pues? Apresurémonos á gozar de este mundo mientras pasa la ocasion: «coronémonos de rosas antes no se marchiten: alegrémonos, «divirtámonos mientras la oportunidad nos brinda. Afuera es- «crúpulos, afuera aprehensiones, afuera melancolías: goce- «mos mientras vivimos, que despues será lo que será.»

Así discurren, así hablan ahora estos pobres insensatos; pero dia vendrá en que discurrirán y hablarán de otro modo. Cuando la última enfermedad les venga encima, cuando aquejados de dolores se vean reducidos á los postreros momentos, cuando se hallen en los espantosos umbrales de la eternidad, ¡ah! ¡ah! entonces cambiando de tono exclamarán con el Profeta: *Circumdederunt me dolores mortis*, por todas partes me rodean las angustias de la muerte, y á doquiera que vuelva la vista, no descubro sino motivos de temor y desesperacion. Si miro el pasado, descubro una vida toda llena de culpas: si miro el presente, me veo en el mas triste abandono: si miro el porvenir, vislumbro los grandes castigos que me aguardan: *Circumdederunt me dolores mortis*.

Estas son, fieles míos, las crueles angustias que oprimen al pecador á la hora de su muerte. En aquella hora fatal todo se conjura contra él, todo conspira á afligirle y atormentarle. El pasado le asusta, el presente le abate, el porvenir le des-

<sup>1</sup> Sap. II.

pera. El pasado le pone á la vista todas sus culpas, ¡qué espanto! El presente le hace ver el abandono en que se halla, ¡qué tormento! El porvenir le representa la justicia de Dios que ha provocado, ¡qué desesperacion! Reflexionemos sobre estas tres circunstancias; y vivamos de modo que no hayamos de vernos en ellas.

La memoria de los pecados hace en el pecador diferente impresion, segun es diferente el estado en que él se halla. Cuando goza de buena salud, sus pecados le dan tan poco cuidado, que los cuenta por nada; pero cuando se halla en el trance de la muerte, le causan tal horror, que no puede soportar su memoria. Mirad á aquel célebre pecador de quien se nos habla en el primer libro de los Macabeos, quiero decir, al rey Antíoco. Durante su vida no sintió un solo remordimiento por sus culpas, y esto que las habia cometido muy enormes. Él habia derramado la sangre de muchos inocentes, él habia oprimido á Israel con toda suerte de tiranías, él habia llevado su audacia hasta los altares del verdadero Dios, despojando el templo de todos sus vasos y adornos. No obstante, durante su vida jamás hizo reflexion sobre tan enormes culpas, á lo menos el texto sagrado no lo indica. Mas tan pronto como vió acercársele la muerte, se conturba, se estremece, se abate; y reconociendo la triste situacion en que se halla, exclama: ¡Infeliz de mí! ¿á qué situacion tan deplorable estoy reducido? ¿En qué abismo de tristeza me veo sepultado?—¿Qué dices, Antíoco?... Pocos dias há que estabas haciendo el bravo, nada te hacia miedo, burlábaste de Dios igualmente que de los hombres: ¿y ahora temes? ahora palideces? ahora pierdes el ánimo?—¡Ah! dice este Príncipe desventurado, es que ahora reflexiono lo que antes no reflexionaba. Ahora me acuerdo de

todos los males que hice en Jerusalem: la sangre inocente que derramé, el templo santo que invadí, los pillajes y dilapidaciones que autoricé, tantos pecados sobre los cuales jamás habia hecho reflexion, se me presentan ahora con su cara disforme y horrible, y me atormentan cruelmente el alma: *Nunc reminiscor malorum quæ feci in Jerusalem* <sup>1</sup>.

Hé aquí, cristianos, lo que ordinariamente sucede á esos valientes que, mientras están en buena salud, de todo se rien, de todo se mofan, haciendo ridícula ostencion de su impiedad y libertinaje. Cuando despues se ven en el lecho de la muerte, cuando entienden que van á morir, ¡ah! allí es de ver como tiemblan, como se conturban, como se abaten. ¡Ay de mí! exclaman, *Nunc reminiscor malorum quæ feci*, ahora me acuerdo de tantos pecados como he hecho en mi vida: tantas torpezas que he cometido, tantas injusticias que he hecho, tantos Sacramentos que he profanado, tantas blasfemias que he profestado, tantas fiestas que he dejado sin santificar, todo, todo me viene á la memoria, y se presenta á mi consideracion con un visaje horrible que me espanta.

Esto sucede así, porque en aquella postrera hora comienza el miserable pecador á sentir las crueles mordeduras de aquel gusano interior del cual dice Jesucristo, que jamás morirá: *Vermis eorum non moritur* <sup>2</sup>. Este gusano, que no es otra cosa que el grito de la mala conciencia, comienza entonces á roer desapiadadamente el corazon del infeliz pecador, sin darle tregua ni descanso. Tú has cometido tales y tales impurezas, le dice la conciencia, y esta es la hora en que aun no has hecho penitencia de ellas.—Calla, conciencia importuna, responde el infeliz, y no vengas á inquietarme.—Pero ¿no oyes, replica la conciencia, los lamentos del inocente que escandaliza

<sup>1</sup> I Mach. vi, 12. — <sup>2</sup> Marc. ix, 43.

zaste, los gritos del pobre á quien oprimiste, los suspiros de la infeliz doncella á quien robaste la castidad y el honor?— ¡Ah, gusano cruel! dice el desventurado, apártate de mí, y déjame en reposo. — ¡Reposo!!! ¿puede acaso tenerlo quien, como tú, ha pasado toda la vida en el pecado? Acuérdate de tu juventud... repasa el tiempo de tu virilidad... examina tu vejez.— Quítate, monstruo del abismo, grita el desgraciado, y déjame de una vez.— ¿Yo dejarte? no: yo te representaré eternamente tu pecado: yo bajaré contigo á los infiernos: yo te perseguiré hasta lo mas profundo de los abismos. Jamás te soltaré, jamás: y esas crueles mordeduras que ahora sientes, no son mas que un principio, un ensayo de las que sufrirás por toda la eternidad.

¡Pobre pecador! en la hora de tu muerte no solo se te pondrán delante todos tus pecados, sino que se te presentarán con todo su horror y deformidad. Al presente tú los tienes por nada, ó cuando mas por cosas de poca importancia. En tu concepto las mas grandes deshonestidades no pasan de pequeñas bagatelas, las conversaciones impuras no son mas que entretenimientos inocentes, las libertades tomadas con personas del otro sexo no son otra cosa que muchachadas perdonables á la juventud. La venganza la reputas por grandeza de alma, la ambicion por generosidad, el odio por pundonor, la avaricia por prevision, el desprecio de las cosas divinas por despreocupacion y elevacion de espíritu. Mas en la muerte las cosas aparecerán como realmente son, y tomarán sus verdaderos nombres. Los pensamientos deshonestos aparecerán como verdaderas fornicaciones, las palabras obscenas como escándalos horribles, los tratos y amistades como ocasiones próximas de pecado. La venganza se llamará pasion brutal, la ambicion pasion de demonio, la usura robo, la despreocupacion impiedad, el desprecio de las cosas divinas libertinaje.

Tú verás entonces lo que al presente no sabes, ó no quieres ver: tú verás la grandeza de aquel á quien ofendiste, la bajeza y la nada de tu condicion, la temeridad y audacia de un vil gusano que se atrevió á rebelarse contra la suprema Majestad: tú verás todos los compañeros que has pervertido, todos los pobres que has arruinado, todas las doncellas que has inducido al mal. Todo esto verás tú; y viéndolo, bramarás de indignacion, rechinarán tus dientes, y tus huesos crujirán por el horror y el espanto. Así te lo tiene pronosticado el real Profeta: *Peccator videbit, et irascetur: dentibus suis fremet, et tabescet*<sup>1</sup>.

No solo, fieles mios, atormenta al pecador moribundo la aprehension de sus culpas pasadas, sino tambien el conocimiento del abandono en que se halla de presente. No hablo del abandono en que tal vez le dejan sus domésticos, quienes, si bien le cuidan en lo que toca al cuerpo, le desamparan en lo que pertenece al alma, disimulándole cautelosamente el peligro de morir en que se halla, retardándole lo mas que pueden la administracion de los Sacramentos, haciéndole gastar en testamentos y cuidados de familia un tiempo precioso que solo debiera emplear en la salvacion del alma; cumpliéndose así lo que dijo Jesucristo, que los principales enemigos del hombre suelen ser sus propios domésticos: *Inimici hominis, domestici ejus*<sup>2</sup>. Tampoco hablo del desamparo en que queda por parte de los santos Ángeles, quienes, viendo que el tiempo de su proteccion ha ya pasado, y que su asistencia seria inútil, se retiran de él, diciendo lo que dijeron sobre Jerusalem poco antes de ser tomada por los romanos: *Migremus hinc, migremus hinc*, salgamos de aquí, donde nada tenemos ya que hacer: retirémonos de esta alma, cuya perdicion es inminen-

<sup>1</sup> Psalm. III, 10. — <sup>2</sup> Matth. x, 36.

te : cedámosla al demonio, que tiene sobre ella un derecho incontestable.

Tristes son en verdad estos abandonos ; pero el mas sensible, el mas deplorable, y al mismo tiempo el mas justo, es el de Dios. En aquel formidable trance experimenta el pecador el cumplimiento de aquella amenaza que Jesucristo le tiene hecha en el Evangelio : « Me invocáis, y no os oiré : me buscaréis, y no me dejaré hallar : querréis reconciliaros conmigo, y os dejaré morir en vuestro pecado. » ¡ Ah, mi Dios ! exclama el pecador moribundo, ¡ ah, mi Dios ! tened piedad de mí. — ¿ Yo tu Dios ?... ¿ Y desde cuándo lo soy ? Mientras tú has creído no haberme menester, jamás me has reconocido por tal. ¡ Tu Dios ! mírale en esa infeliz criatura, á quien infinitas veces has llamado tu divinidad. ¡ Tu Dios ! héle en esos compañeros de vicio, cuya amistad has preferido á la mia. ¡ Tu Dios ! mírale en ese dinero, que siempre ha sido el ídolo de tu corazón. Corre, corre á esos dioses, á quienes hasta ahora has servido, llámalos á tu socorro, díles que vengan á auxiliarte en esta necesidad : *Vade ad prophetas patris tui*<sup>1</sup>. ¿ Dónde está aquella amiga que te tiene jurado un amor eterno ? ¿ Qué hacen aquellos compañeros de libertinaje, en quienes tienes puesta toda tu esperanza ? *Ubi sunt dii tui* ? Que vengan, que vengan ahora á socorrerte : *Surgant, et opitulentur tibi*. — ¡ Oh desamparo ! ¡ oh mal sin consuelo que no encuentra alivio ni en los hombres, ni en los Angeles, ni en el mismo Dios !

El profeta Amós nos da una idea exacta de este abandono general y funesto en que se halla el pecador en la muerte, bajo la figura de un viajero á quien en medio del camino le sale al encuentro un fiero leon. Espantado con su vista, retrocede precipitadamente, y toma otra direccion ; pero hé aquí á un oso

<sup>1</sup> IV Reg. III, 13.

hambriento que, acometiéndole con furia, va á despedazarle entre sus garras. Toma el infeliz de nuevo la fuga, y corre á refugiarse dentro una casa ; mas al entrar en ella se le echa encima una horrible serpiente, que le hiere de muerte. *Quomodo si fugiat vir à facie leonis, et occurrat ei ursus : et ingrediatur domum... et mordeat eum coluber*<sup>1</sup>. Hé aquí la verdadera imágen del pecador moribundo. Por un lado le asalta la muerte, á manera de un leon furioso, y en un momento, como dice Job, devora su vida y todos sus bienes : por otro le sale al encuentro la justicia divina que, cual osa enfurecida á quien han robado sus hijos, le está buscando para hacerle presa de su furor : al propio tiempo su propia conciencia, como una serpiente horrible, le roe y desgarrá el alma, poniéndole á la vista la enorme multitud de sus culpas. ¿ Cabe desgracia igual ? ¿ Cabe situacion mas angustiosa y lamentable ?

Pero estas angustias no son sino el principio de otras todavía mayores ; porque si el abandono presente le llena de desconsuelo, la aprehension de lo venidero le arroja en un abismo de desesperacion. San Gregorio, representándonos el infeliz estado de una alma pecadora que está próxima á salir del cuerpo, dice, que la desgraciada tiembla, suspira y brama de horror ; porque se ve obligada á comparecer cuanto antes en el tribunal del supremo Juez, á quien sabe tiene sumamente irritado : *Exire de corpore trepidat ; quia quem contempsisse se meminit, judicem formidat*<sup>2</sup>. ¿ Y cómo no ha de temblar la desventurada, cuando los mismos Santos, en habiendo de morir, se sienten poseidos de un miedo pavoroso ? El grande Hilarion, aquel héroe del desierto que en un cuerpo humano habia hecho una vida de Ángel, estando para dar el último suspiro, sintió de repente un tal horror á aquel terrible paso, que se vió precisado

<sup>1</sup> Amos, v, 19. — <sup>2</sup> D. Greg. Hom. 13.

á dar ánimo á su propia alma, que no osaba salir de la carne. Arsenio, aquel ángel de las soledades, que por muchos años habia vivido en una gruta, llevando una vida tan pura como penitente, viéndose á punto de morir, se halló tan afectado por la viva aprehension de la cuenta que en breve habia de dar, que sus mismos discípulos se vieron precisados á animarle, recordándole los muchos años que habia empleado en servir á Dios. Ahora bien: si al ver acercarse la muerte los mas grandes Santos tiemblan, ¿qué ha de hacer el infeliz pecador? Si los robustos cedros del Líbano se estremecen, ¿que será de la frágil caña del desierto? Y si, como dice san Pedro, el justo apenas se salvará, el pecador y el impío ¿dónde irán á parar? *Et si justus vix salvabitur, impius et peccator ubi parebunt* <sup>1</sup>?

¡Ah! bien lo comprende el infeliz, y por esto muestra tanta resistencia á pasar al otro mundo. Sal, alma cristiana, le dice el sacerdote que le asiste, sal de este mundo: *Proficiscere, anima christiana, ex hoc mundo*. ¡Ay de mí! exclama el infeliz, ¿alma cristiana, me llaman? Mejor se me llamaria alma de bestia. ¿Dónde están en mí las señales de cristiano? ¿No he sido yo quien he deshonrado el carácter de mi bautismo? ¿No he sido yo quien he violado los juramentos solemnes que hice á Dios? ¿No he sido siempre un fiel servidor del demonio, un vil esclavo de mi carne, un fanático idólatra del mundo? *Alma cristiana!* ¿merece este nombre quien, como yo, ha vivido como un pagano, ha hablado como un ateo, ha obrado como un materialista? *Alma cristiana!* mejor me fuera que mi alma fuese la de un moro, la de un sarraceno, ó la de un judío: así no tendria que dar una cuenta tan terrible. — Sal de este mundo, vuelve á decir el sacerdote: *Proficiscere ex hoc mundo*. ¡Ay qué intimacion tan dura! piensa el desgraciado, ¡ay qué orden

<sup>1</sup> 1 Petr. iv, 31.

tan amarga! ¿No seria posible suspenderla? ¿No seria dable diferir el cumplimiento? — No, dice el ministro de Dios, es preciso marchar, y marchar pronto: *Proficiscere*. — Pero no estoy dispuesto para ello: tengo grandes pecados que confesar, grandes restituciones que hacer, grandes daños que resarcir. — Esto, dice el sacerdote, debias haberlo prevenido antes; lo que ahora urge es partir, y partir luego: *Proficiscere*. — Un dia de plazo siquiera... una hora... algunos momentos. — La hora ha sonado ya: la muerte está aquí aguardando: pronto, pronto, un adios al mundo, un beso al Crucifijo, cerrar los ojos, y vamos al tribunal de Dios: *Proficiscere*.

Pecador que me escuchas, tú te hallarás algun dia en este funesto estado, tú has de verte infaliblemente en él, si no lo previenes con un verdadero cambio de vida. Está decretado en los consejos eternos, dice san Pablo, que el hombre muera, y muera una sola vez: *Statutum est hominibus semel mori* <sup>1</sup>. Y así no debes dudar que de aquel punto depende irrevocablemente tu dicha ó desgracia eterna. ¡Oh punto decisivo de una eternidad toda entera! ¡oh momento que es el fin y el principio de todo: el fin de todo lo de esta vida, y el principio de todo lo de la otra: el fin del tiempo, y el principio de la eternidad! Haz ahora, carísimo, lo que en aquel punto quisieras haber hecho. Lloras tus pecados, para que entonces no venga á atormentarte su memoria: aplaca á Dios con la penitencia, para que entonces no hayas de verte abandonado de él: vive bien al presente, para que entonces no te aflija el temor de lo venidero. Así morirás con la muerte de los justos, que no es mas que un cambio de una vida temporal y miserable en una vida eterna y gloriosa. Amen.

<sup>1</sup> Hebr. ix, 27.

### Consuelos del justo en la muerte.

Quasi meridianus fulgor consurget tibi ad vesperam; et cum te consumptum putaveris, orieris ut lucifer, et habebis fiduciam. (Job, xi, 17).

«Una luz refulgente como la del mediodía te saldrá al anochecer; y cuando tú te creerás enteramente aniquilado, brillarás de repente como el lucero de la mañana, y tendrás una confianza que te hará morir tranquilo.» Estas son, fieles míos, las palabras con que el Espíritu Santo trata de consolar al justo, haciéndole una pintura anticipada de la inefable dicha que le cabrá á la hora de la muerte. Mientras el pecador, le dice Dios, en aquella formidable hora se verá rodeado por todas partes de oscuridad, tinieblas y horrores; para tí brillará una luz hermosa y alegre, como la que suele brillar en un día claro y sereno: *Quasi meridianus fulgor consurget tibi*. Mientras el pecador en aquel terrible trance se desvanecerá como oscura sombra, y llevará al sepulcro un cuerpo cubierto de vergüenza y oprobio; tú resplandecerás como aquel hermoso astro que asoma por la parte de Oriente al despuntar el alba: *Orieris ut lucifer*. Mientras el pecador en aquel triste caso estará lleno de espanto y desesperacion, viendo todas sus culpas pasadas, su desamparo presente y los castigos venideros; tú gozarás de una confianza, de una calma, de una tranquilidad que causará admiracion y envidia á cuantos sean testigos de ello: *Habebis fiduciam*.

Sí, cristianos, así como el pecador moribundo de cualquier lado que vuelva la vista, no ve sino objetos de espanto y horror; el justo por el contrario á doquiera que mire, no descubre sino motivos de consuelo, de alegría y confianza. Si mi-

ra atrás, se consuela con la vista de su inocencia, con la de los peligros de que ha escapado y con la del bien que ha hecho: si mira su estado actual, se alegra por la asistencia que experimenta de parte de la Iglesia, de parte de los Santos y de parte del mismo Dios: si mira adelante, se anima con la esperanza de que en breve irá á recibir la corona que el justo Juez le tiene preparada en el cielo. Examinemos detenidamente estas tres circunstancias, y aprendamos á vivir de modo que al morir merezcamos vernos en ellas.

Es imposible explicar la consolacion que experimenta un justo moribundo cuando, dando una mirada á su pasada vida, ve que siempre ha sido fiel á Dios, que jamás ha delinquido en cosa de importancia; y que, si por humana fragilidad alguna vez ha consentido á la culpa, despues la ha borrado con una penitencia que fundadamente cree ha sido legítima. ¡Qué consuelo poder decir con toda verdad como Job: No me reconozco culpable de haber cometido algun crimen en toda mi vida: *Neque me reprehendit cor meum in omni vita mea*! ¡Qué dicha poder decir con san Pablo: *Nilil mihi conscius sum*<sup>2</sup>: la conciencia, que es un gusano que roe desapiadadamente el corazon á la hora de la muerte, me deja en un reposo el mas apacible, y no me reprende de cosa considerable! Esta dicha es tan grande, que David creyó debía ponerla por encabezamiento de sus Salmos, como la primera y principal felicidad de que es capaz el hombre en esta vida. ¡Dichoso, dice, dichoso el hombre que no ha seguido el consejo de los malvados, sino que ha tenido siempre su voluntad sujeta á la ley santa de Dios: *Beatus vir qui non abiit in consilio impiorum... sed in lege Domini fuit voluntas ejus*<sup>3</sup>!

<sup>1</sup> Job, xxvii, 6. — <sup>2</sup> I Cor. iv, 4. — <sup>3</sup> Psalm. i, 1, 2.

Pero lo que aumenta la alegría del justo á la hora de la muerte es, ver los grandes peligros de perderse que ha corrido, y de los que por la misericordia de Dios ha logrado escapar. Un militar que ha pasado gran parte de su vida en la guerra, y que se ha hallado en muchos y sangrientos combates, cuando despues ha vuelto al seno de su familia siente una satisfaccion particular en recorrer con su memoria los diferentes lances en que se ha visto, los grandes peligros que ha corrido, y la muerte cási inevitable de la que en varios encuentros ha logrado escapar. Hé aquí, cristianos, lo que siente un justo á la hora de la muerte, y lo que sentiréis vosotros, si mientras vivís os manteneís fieles á Dios. En aquella hora el Señor os hará conocer los grandes peligros de condenaros que habréis corrido, las muchas tentaciones de que su Providencia os habrá librado, y los enormes pecados que habréis estado próximos á cometer, y en los cuales por su infinita misericordia no habréis caído.

Á beneficio de esta luz, tú, niña, verás que en tal ocasion, en tal dia, en tal lugar el demonio te tenia preparado un lazo del que no podias escapar sin un particular socorro del cielo : verás que si en tal domingo, en vez de ir á la iglesia, hubieses ido al baile, como lo pretendia tu amiga, allí hubieras consentido en pensamientos impuros, de los pensamientos hubieras pasado á los deseos, de los deseos á las acciones, de las acciones á la vergüenza de confesarte, y de aquí al infierno : verás que si te hubieses detenido con aquel jóven que en tal dia te habló, primero te habria robado el pundonor, despues la pureza, y al último el alma. Tú, jovencito, verás que en tal fiesta, en tal casa, en tal compañía el demonio te tenia preparada una trampa en la que infaliblemente hubieras caído, si Dios no hubiera venido á asistirte : verás que si no hubieses dejado aquel mal compañero que tanto te halagaba, te habria apartado de las devociones, de los Sacramentos, de la obediencia á tus pa-

dres ; te habria conducido al juego, á las casas de prostitucion, donde hubieras perdido el honor, los bienes, la gracia, el cielo, y á Dios. Vos, hombre anciano, veréis que si en tal dia no hubiéseis ido á escuchar á aquel predicador, no hubiérais pensado en vuestra conversion, no hubiérais hecho aquella confesion general, habríais continuado en vuestro mal vivir, la muerte os hubiera sorprendido en vuestro mal estado, y el infierno hubiera sido vuestro paradero. Todos, en fin, veréis en aquella hora un sinnúmero de peligros que no veis ahora, y de los cuales solo habréis escapado por la infinita bondad de Dios. ¿Quién podrá explicar el júbilo que entonces inundará vuestro corazon?

Este júbilo acrecerá con la vista de las buenas obras que habréis hecho durante la vida. Ahora que las haceis, apenas fijáis en ellas la atencion, apenas llegais á advertirlas ; y Dios mismo os las oculta, á fin de no exponeros á la vanagloria, que es sumamente temible en las acciones buenas. ¿Quién sería capaz de enumerar los diferentes actos de virtud que, cási sin advertirlo, practica un justo en el curso de su vida? Hoy sufre una injuria con paciencia, mañana da una limosna por amor de Dios : un dia dice algunas palabras de consuelo á un afligido, otro reprime su genio y violenta su pasion : por la mañana va á consolar á un enfermo, á la tarde da un buen consejo á uno que lo necesita. Y esto sin hablar de las buenas obras que ordinariamente hace cada dia, como son las meditaciones, lecturas espirituales, misa, cumplimiento de las obligaciones, etc. ¡Oh justos! ni vosotros que haceis estas buenas obras, ni yo que las reproduco sabemos exactamente su número, ni es menester saberlo ahora ; pero lo sabe Dios, que os las va notando todas en el libro de la vida, y á la hora de vuestra muerte, poniéndolas todas á vuestra vista, hará que sean vuestra alegría y consuelo.

No solo no sabeis ahora el número de las buenas obras que practicais, sino que tambien ignorais su mérito y su valor. Por grandes que sean las obras que haceis, vosotros las contais por nada, no las juzgais dignas de la menor recompensa, y os contais por siervos inútiles, conforme al consejo de Jesucristo: *Cùm feceritis omnia quæ præcepta sunt vobis, dicite: Servi inutiles sumus*<sup>1</sup>. Pero en la muerte Dios os hará ver que estas obras que reputásteis de ningun valor valian nada menos que una corona eterna en el cielo. ¡Qué alegría para un hombre que, creyendo no haber hecho cosa buena en este mundo, y que apenas se considera digno de ocupar la última silla del paraíso, oye la voz del Señor que le dice: *Amice, ascende superiùs*<sup>2</sup>: ven, alma amiga, sube á un lugar mas alto de lo que pensabas: ven á tomar asiento entre los Ángeles, ven á recibir el grado de gloria que tus virtudes te han merecido: *Ascende, ascende superiùs!* ¡Ah! fieles; si vosotros comprendiéseis bien lo que digo, si estuviéseis íntimamente convencidos de que todo el bien que ahora haceis, á la hora de vuestra muerte se os pondrá delante, causándoos un consuelo que vosotros no sabriais ahora comprender ni yo sabria explicar, ¡qué cortas hallaríais las misas! ¡qué dulces las penitencias! ¡qué fáciles las limosnas! ¡qué agradables las injurias! ¡qué suave la oracion! Pero si en la muerte el justo recibe gran consuelo con la memoria de lo pasado, lo recibe todavía mayor con la experiencia de lo presente, pues entonces experimenta el especial cuidado y asistencia de la Iglesia, de los Santos y del mismo Dios.

Sí, almas justas, sí: todo lo que en aquella hora hará la Iglesia para vosotros os llenará el corazon de júbilo y consuelo. Su primera diligencia será poner os á la vista la imágen venerable de un Dios crucificado, á fin de animaros con su ejemplo

<sup>1</sup> Luc. xvii, 10. — <sup>2</sup> Luc. xiv, 10.

á sufrir con resignacion vuestros males y padecimientos. ¡Oh qué objeto tan consolador será este para vosotros! ¿Y qué pensais os dirá al corazon un Dios crucificado? Aliéntate, hijo, os dirá, aliéntate, que yo estoy aquí para socorrerte. Ya veo lo mucho que padeces; pero acuérdate que yo tambien padecí: ya veo que estás muy incómodamente en ese lecho de tristeza; pero no olvides que yo tuve por lecho una cruz: ya veo que la sed te atormenta; pero tú sabes que yo tambien la tuve, y que, habiéndolo manifestado, se me dió hiel y vinagre: ya veo que estás todo bañado con el sudor de la agonía; pero tú no ignoras que yo tambien sudé sangre. Ten confianza, hijo mio, que pronto acabará todo esto: anímate, que luego recibirás la corona: un escalon mas, hijo mio, un escalon mas, y habrás llegado al cielo. ¿Cabe, oyentes míos, un consuelo mayor en este mundo? Este consuelo solo puede explicarlo quien lo ha sentido, y solo lo ha sentido quien se ha hallado en aquel lance.

Sigamos. Luego vendrá la Iglesia á fortaleceros con el Pan de los fuertes, es decir, con el santo Viático. ¡Qué alegría experimentará vuestra alma al ver entrar por la puerta de vuestro aposento á su Dios, á su Esposo, á su adorado Salvador! ¡Ay Señor! exclamaréis, *unde hoc mihi?* ¿de dónde me viene tanta dicha, que Vos os digneis visitarme? Ahora sí, Señor, que iré contento al otro mundo. Yo no esperaba sino recibir os por última vez en mi corazon, y daros el postrero abrazo en la tierra, para entregaros mi alma: y pues que lo he ya logrado, venga la muerte á cerrarme los ojos siempre que quiera, que yo estoy pronto á morir, y moriré contento: *Nunc dimittis, Domine, servum tuum in pace*.

Por último la Iglesia, viéndoos próximos á entrar en el tribunal de Dios, acudirá solícita á purificar completamente vuestra alma con el sacramento de la Extremauncion, á fin de que comparezca ante su Juez sin mancha ni arruga. ¡Qué consuelo

poder decir entonces : si yo no estuviese del todo limpio de mis faltas leves, si aun me hubiesen quedado algunas manchas, como tristes reliquias de mis pasadas culpas, hé aquí que van á ser enteramente borradas por este Sacramento de gracia y purificacion! Verdad es que he procurado limpiar con mis propias lágrimas las miradas indiscretas que permití á mis ojos; pero si hubiese quedado de ellas algun vestigio, cosa que nada tendria de imposible, la Extremauncion va á hacer que desaparezcan del todo. Verdad es que mis oidos han expiado con la mortificacion el haber escuchado el discurso deshonesto y la conversacion profana; pero si aun subsistiese alguna señal de aquellas culpas, por la gracia de este Sacramento pronto será quitada. Es verdad que mi lengua ha pagado con el silencio las palabras poco cristianas que profirió; pero si acaso hubiese quedado algo de aquel veneno, la Extremauncion va á quitarlo enteramente. En fin por la eficacia de este Sacramento voy á quedar una criatura del todo nueva, limpia de toda mancha y defecto, pudiendo decir con mas razon que el real Profeta, que mi juventud va á ser renovada como la del águila : *Renovabitur ut aquilæ juvenus mea*<sup>1</sup>.

Así purificados por el sacramento de la Extremauncion, ya no tendréis otros pensamientos ni deseos que salir cuanto antes de este valle de lágrimas, y subir al cielo á reuniros con vuestro Dios. Llenos de una santa confianza, podréis decir al Señor lo que Jacob decia á su suegro Laban : *Tu nosti quomodo servierim tibi... dimitte me ut revertar in patriam meam*<sup>2</sup> : tantos años há, Señor, que os sirvo en este mundo, concededme que vuelva á mi patria y á la casa de mi nacimiento, que es el cielo. Vos, Dios mio, dirá el uno, me habeis llamado á serviros en el estado eclesiástico, encargándome el cuidado de

<sup>1</sup> Psalm. cii, 5. — <sup>2</sup> Gen. xxx, 25, 29.

las almas y la salvacion de mis hermanos : tantos años he empleado en este penoso cargo, sudando en los púlpitos, sufriendo en los confesonarios, gastando mis fuerzas en la conversion de los pecadores : *Tu nosti quomodo servierim tibi*. Y bien, Dios mio, habiendo yo con vuestra gracia cumplido los deberes de un buen sacerdote, tengo derecho á esperar que encontraré en Vos un buen Padre : *Dimitte me ut revertar in patriam meam*. Vos, Señor, dirá otro, me habeis llamado á serviros en el matrimonio; y Vos sabeis que he honrado este gran Sacramento, guardando fidelidad á mi consorte, criando en vuestro santo temor á mis hijos, teniendo mas cuidado de hacerlos ricos en virtudes que en bienes temporales : *Tu nosti quomodo servierim tibi*. Pues habiendo yo sido un buen casado en la tierra, espero hallar en Vos un Esposo amable en el cielo : *Dimitte me ut revertar in patriam meam*. Vos, mi Dios, dirá una buena religiosa, me habeis llamado á serviros en el claustro, y no ignorais que lo he hecho con toda fidelidad. He cumplido mis votos, he observado mi regla, he trabajado en hacerme virtuosa y santa : *Tu nosti quomodo servierim tibi*. Ya es tiempo, Esposo mio, de que mi alma vuele á vuestros amorosos brazos : *Dimitte me ut revertar in patriam meam*. Así, fieles mios, habla el justo á la hora de su muerte; y así hablaréis vosotros, si os manteneis fieles en el servicio de Dios.

En vista de los consuelos que acompañan á la muerte cuando la ha precedido una buena vida, ya no debemos tener otros deseos que los que manifestaba aquel Profeta cuando decia : Muera yo con la muerte de los justos : *Moriatur anima mea morte justorum*<sup>1</sup>. Que muramos de calentura ó apoplejía, de muerte violenta ó natural, es indiferente; lo que importa es que muramos con la muerte de los justos : *Moriatur anima mea mor-*

<sup>1</sup> Num. xxii, 10.

*te justorum.* Que muramos en la ciudad ó en el campo, en España ó en América, es material; lo esencial es que muramos con la muerte de los justos: *Moriatur anima mea morte justorum.* Que muramos en la juventud ó en la vejez, que nuestra muerte excite á alegría ó á llanto, que se nos entierre con honor ó se nos deje en olvido, lo mismo tiene; lo importante es que muramos con la muerte de los justos: *Moriatur anima mea morte justorum.*

Pero no olvidemos que el medio infalible y absolutamente necesario para morir con la muerte de los justos, es vivir como viven los justos. Puede un hombre, por un golpe extraordinario de la gracia, acabar santamente despues de haber llevado una vida mala; pero esto será por una muy rara excepcion de la regla general. La regla ordinaria es que la muerte sea semejante á la vida: quien vive bien, acaba bien; quien vive mal, acaba mal. Hermanos, dice san Pablo, cuidado en no engañarse en este asunto, que es de suma importancia: el hombre recogerá en la muerte lo que hubiere sembrado en la vida: *Quaecumque seminaverit homo, hæc et metet*<sup>1</sup>. No me digais que muchos, despues de haber llevado una vida enteramente mala, logran morir con una muerte santa, pues dicen palabras edificantes, reciben con gran devocion los Sacramentos, besan tiernamente al Crucifijo, y dan todas las señales exteriores de una verdadera conversion. Á esto no contesto sino con lo que ya os he dicho con san Pablo: cuidado no os engañeis en negocio de tanta consecuencia. Podrá suceder que esos de quienes me hablais se conviertan sinceramente á Dios en la muerte; pero puede ser tambien que su conversion no sea mas que una apariencia, y que las palabras buenas que entonces dicen, que la piedad que en aquella hora manifiestan, sean pu-

<sup>1</sup> Gal. vi, 8.

ras ceremonias, buenas, sí, para dar algun consuelo á la familia, pero inútiles para reconciliarlos con Dios. Lo cierto es que el hombre coge en la muerte lo que ha sembrado durante la vida: si ha vivido bien, aunque en la muerte no diga ninguna palabra edificante, es mas que probable su eterna salvacion: si ha vivido mal, aunque en la muerte diga cosas tan edificantes que arranque lágrimas á todos los asistentes, su condenacion es moralmente cierta. No olvidéis, cristianos, esta regla: sed buenos en vida, y no dudeis que vuestra muerte será preciosa delante del Señor. Amen.

#### El réprobo firmando la sentencia de su condenacion.

Congregabo omnes gentes, et deducam eas in vallem Josaphat: et disceptabo cum eis ibi. (*Joel*, III, 2).

Á mas del juicio privado que Dios celebra secretamente con el alma en la muerte de cada uno, el profeta Joel nos habla de otro juicio público, solemne y general que Jesucristo celebrará en el último dia del mundo, y en el que tendremos que comparecer todos, sin excepcion de clases, categorías ni personas. Este juicio universal no lo celebrará Jesucristo para hacer alguna enmienda ó variacion en las sentencias que habrá dado en los juicios particulares, porque sus sentencias, como procedentes de una justicia infinita, son absolutas, definitivas é irreformables; sino para que todo el mundo vea la suma equidad con que procedió al darlas, y para que los mismos réprobos estén precisados á reconocer su justicia, y á confesar que tienen bien merecida su eterna condenacion.

Es conveniente, cristianos, y hasta cierto punto necesario que Jesucristo arranque de los pecadores esta confesion públi-

ca, franca y solemne, siquiera para que le devuelvan el honor que le quitaron murmurando de él y de su justicia. Al presente muchos hablan de Jesucristo de un modo tan indecente y atrevido, que falta poco para que le traten de verdugo y de tirano. Unos dicen que impone leyes duras é imposibles de observarse; otros que condena por causas que no están plenamente justificadas; otros, en fin, que sujeta á castigos evidentemente excesivos.

Para que callen de una vez para siempre, Jesucristo revisará sus causas en presencia de todo el mundo, y les probará jurídicamente tres cosas: 1.<sup>a</sup> que la observancia de su ley no era una cosa imposible, sino muy fácil y hacedera: 2.<sup>a</sup> que sus pecados no fueron supuestos, sino plenamente probados: 3.<sup>a</sup> que el infierno no es un castigo excesivo, sino muy adecuado y justo. Veamos cómo lo hará.

«Si se me impusiesen leyes mas fáciles, no las violaría; pero ¿quién ha de poder cumplir leyes tan duras como las que me impone Jesucristo? Entre otras cosas, por cierto nada cómodas, me manda que sea casto, que aborrezca el mundo, que mortifique mi carne, y que ame á mi enemigo; mas ¿puedo yo cumplir preceptos tan arduos y repugnantes? ¿Cómo he de ser casto, teniendo dentro de mí una tan fuerte inclinacion á los placeres? ¿Cómo he de aborrecer el mundo, teniendo á la vista sus encantos y atractivos? ¿Cómo he de mortificar mi carne, siendo ella la mitad de mi persona? ¡Ah! Si Dios quería obligarme á cosas tan enojosas, ¿por qué no me hizo diferente de lo que soy? ¡Qué contradiccion darme una fuerte inclinacion á los placeres sensuales, y al mismo tiempo amenazarme con el infierno si los gusto! ¡Qué crueldad colocarme en medio de las bellezas del mundo, y al mismo tiempo man-

«darme que le aborrezca y le huya! ¿Caben leyes mas absurdas?...»

Así se explican muchos pecadores para justificarse, procurando que la culpa de sus desórdenes mas bien recaiga sobre Dios que sobre su propia malicia. Por esto el primer cuidado de Jesucristo en el último juicio será, probarles que su ley nada contenia de impracticable, y que la pretendida dificultad no fue mas que un vano pretexto que buscaron para no cumplirla. ¿Y sabeis cómo se lo probará? Con una prueba de hecho que no admitirá contestacion ni réplica, esto es, con ponerles á la vista un sinnúmero de personas, allí presentes, las cuales habrán cumplido su santa ley, no solo en los puntos capitales y de rigurosa obligacion, sino tambien en los secundarios y de puro consejo.

Tú dijiste, dirá el Juez á cada uno de estos pecadores, que ser casto, que renunciar al mundo, que mortificar la carne y amar al enemigo eran cosas imposibles: ¿no es así? Pues para que te avergüences de esta calumnia voy á ponerte á la vista millones de personas que, no solo han cumplido perfectamente estas leyes que tú calificaste de impracticables, sino que han practicado generosamente otras cosas todavía mas arduas y difíciles. ¿Ves ese brillante ejército de purísimas vírgenes? Cuéntalas, si puedes; y sepas luego que todas han sabido abstenerse, no solo de los placeres ilícitos, sino hasta de los que les hubieran sido permitidos. ¿Reparas esa turba admirable de confesores? No eres tú capaz de contarlos; y sin embargo todos renunciaron el mundo en cuanto al afecto, y algunos lo dejaron efectivamente, abandonando sus honores, sus riquezas y su fausto. ¿Observas esa falange gloriosa de mártires? Pasan de cuarenta millones; no obstante, todos ellos no solo han crucificado su carne con sus apetitos, sino que por mi amor han vertido su sangre y sacrificado su vida. ¿Ves esa muchedum-

bre asombrosa de santos? Solo yo sé el número; y con todo entre tantos no hay uno que no haya amado á sus enemigos y hécholes todo el bien posible. ¿Qué dices en vista de esto? ¿Sostendrás todavía que mi ley era impracticable?

¿Y qué razones alegas, seguirá diciendo Jesucristo, para probar este absurdo? ¿Dirás que no sabias el modo de cumplirla? Calla; que ni los predicadores te hablaron en griego, ni los catecismos fueron contrabando, ni para leer libros buenos tenias que esconderte. Oiste sermones, tuviste libros, viste ejemplos; ¿y dices que ignorabas el modo de cumplir mi ley?... ¿Dirás que no pudiste dominar tus pasiones? Calla; que ni la libertad te faltó, ni obraste por instinto, ni, como las bestias, fuiste arrastrado de la necesidad. Te doté de libre albedrío, te hice señor de tus acciones, puse tus pasiones bajo el dominio de tu voluntad; ¿y dices que no pudiste sujetarlas?... ¿Dirás que te faltaron mis gracias y auxilios? Calla; que de mi parte jamás te faltó lo que necesitabas para ser bueno. Te dí Sacramentos, te hablé con inspiraciones, te ofrecí premios, te amenacé con castigos; ¿y dices que te faltaron mis auxilios?— ¿Qué podrá responder el infeliz réprobo á estos argumentos tan decisivos y contundentes? ¡Ah! bajará la cabeza avergonzado, confesando públicamente que todo cuanto dijo contra la ley de Dios no fue mas que una mentira y una calumnia.

Conseguida esta primera confesion, pasará Jesucristo al segundo punto, probando al pecador que sus delitos no le fueron falsamente imputados, sino muy ciertos y verdaderos. Ahora cuando el pecador comete la culpa, no cree, ó, á lo menos, no reflexiona que Dios le mira y le observa. Semejante á los niños que, en tapándose los ojos con las manos, ya se imaginan que no son vistos de nadie; tambien se persuade el necio que, porque él ha dejado de mirar á Dios, Dios tampoco le mira á él. Dominado de esta loca persuasion, niega descaradamente

sus pecados, no solo á los hombres, sino al mismo Dios que se los ha visto cometer; que es en cierto modo negar á Dios los pecados el callarlos y ocultarlos en la confesion, como no pocas veces el pecador los oculta y los calla. ¿Qué hará Jesucristo para obligarle á confesarlos? Le presentará testigos que él no podrá recusar.

Los primeros que depondrán contra él serán los mismos cómplices de sus desórdenes. Al presente, pecador mio, ellos son tus confidentes, tus amigos y tus parciales: les descubres tu interior, les franqueas tu corazon, los convidas á tomar parte en tus excesos, creyendo inocentemente que siempre te serán fieles y sabrán guardarte el secreto. ¡Loca creencia! Cuando en el tribunal de Dios se vean perdidos sin remedio por tu culpa, ¿piensas que callarán? ¿juzgas que no lo descubrirán todo á la cara del universo? Cuando Adán se vió reprendido de Dios por haber comido el fruto prohibido, lo primero que hizo fue acusar á su consorte, y atribuir á ella toda la culpa. «Señor, «dijo, esta mujer que me habeis dado por compañera, es la «que me ha seducido ó inducido á pecar: *Mulier quam dedisti mihi sociam, dedit mihi de ligno, et comedi*¹.» Hé aquí una imágen bien natural de lo que te sucederá en el dia del juicio. Señor, dirá aquella infeliz criada á quien hiciste servir en tus desórdenes, ese hombre que debia haber sido el protector de mi inocencia, fue el infame que me sedujo abusando de mi triste situacion: *Dedit mihi de ligno, et comedi*. Señor, dirá aquel compañero á quien pervertiste, ese pérfido fue el traidor que me indujo á quebrantar vuestra ley, provocándome con sus palabras y ejemplos: *Dedit mihi de ligno, et comedi*. ¿Qué harás, pecador, cuando tus mismos cómplices te tiren al rostro tus pecados? ¿Los desmentirás? Tú te guardarás bien

¹ Gen. iii, 12.

de hacerlo; y si lo hicieses, entonces, como dice un Profeta, hablarían las piedras y maderas de los lugares en que pecaste, y á voz en grito publicarían todo cuanto presenciaron: *Lapis de pariete clamabit: et lignum quod inter juncturas ædificiorum est, respondebit*<sup>1</sup>.

Tras de estos testigos vendrán otros no menos irrecusables. ¿Y quiénes dirás que serán? Serán todos los que al presente están encargados de tí, y se interesan por tu salvacion. Será esa buena madre que te amonesta, y cuyas amonestaciones desprecias: será ese fiel amigo que te avisa, y de cuyos avisos no haces caso: será ese caritativo confesor que te exhorta, y de cuyas exhortaciones te burlas: será ese celoso predicador que te reprende, y á cuyas reprensiones te muestras terco é inflexible. Sí, sí: todos estos, reunidos en el tribunal de Jesucristo, depondrán contra tí, y se apresurarán á hacerte cargos. La madre producirá tus inobediencias, el amigo tus infidelidades, el confesor tus rebeldías, el predicador tu dureza é insensibilidad. ¿Oyes, dirá el divino Juez, oyes cuántas cosas dicen estos contra tí? *Audis quanta adversum te dicunt testimonia?* Y bien, ¿qué respondes á todas estas acusaciones? *Nihil respondes ad ea quæ isti adversum te testificantur?* Buen cuidado te tendrás en no abrir los labios.

Después de esto, se presentará lo que en derecho se llama cuerpo del delito, esto es, todo aquello de que el pecador se sirvió próximamente para ofender á Dios. ¡Oh qué testigo será este! Cuando Tamar quiso obligar á Judas, su suegro, á confesar el incesto que habia cometido con ella pensando que era otra, no hubo de hacer mas que presentarle el mismo anillo que la dió en pago del uso de su cuerpo, diciéndole: ¿Conoces este anillo? ¿Te acuerdas dónde y á quién lo diste? *Cog-*

<sup>1</sup> Habac. II, 11.

*nosce cujus sit annulus*<sup>1</sup>. Del mismo modo, pecador, para obligarte á confesar tus delitos, te presentará Jesucristo todos los objetos que empleaste para pecar, las cartas amorosas que escribiste para seducir á la inocente, los regalos oficiosos que enviaste para corromper al juez, las escrituras falsas que empleaste para ganar el pleito, retratos, libros, dinero y todo cuanto diste para conseguir tus deseos bestiales; y poniéndotelo á la vista, te dirá: ¿Conoces todas estas cosas? ¿Recuerdas cuándo, dónde y para qué fines las hiciste servir? *Cognosce cujus sit annulus.*— ¿Dirás que no sabes de qué te habla? Cuidado; que si tal cosa respondieses, tal vez no faltaría un Ángel que, dándote una bofetada, te dijera: ¿Así has de responder al divino Juez? *Sic respondes Pontifici?*

Probada la verdad del delito, Jesucristo pasará á probar al pecador que el infierno no es para él un castigo excesivo, sino muy justo y adecuado. Es cosa muy comun entre los pecadores, particularmente entre los que pican de ilustrados, el decir que esto de un infierno es pena demasiado grande para castigar las flaquezas humanas. ¡Qué! dicen, ¿fuego eterno por un corto placer? ¿Eterna condenacion por fragilidades que pasan en un instante? ¿Dónde está la proporcion que debe haber entre el delito y la pena? ¿Dónde la igualdad? ¿dónde la justicia?— ¡Oh pecadores! que de este modo murmurais de la justicia de Dios, profiriendo mil despropósitos y necedades; dejad que Jesucristo os llame á su tribunal, que él os explicará lo que al presente parece no quereis entender.

Tú te quejas, dirá al pecador, porque te castigo con el infierno, pero sin razon; pues al fin no te doy sino lo que tú mismo has elegido. Yo te puse el cielo y el infierno á la vista, para que de estas dos cosas escogieses la que mas te gustase. Te dije

<sup>1</sup> Gen. XXXVIII, 25.

que si me servias, el cielo seria tu recompensa; y que si me ofendias, en el infierno tendrias tu suplicio. ¿Puedes negar esto? Pues si tú mismo, sin que nadie te violentase, y contra mis avisos paternales, has preferido pecar y condenarte, ¿á quién darás la culpa?—Pero, Señor, ¿es justo condenarme á tormentos eternos por pecados de pocos momentos?—Justísimo; pues toda justicia pide que, ya que por servicios de poca duracion no quisiste el cielo que te ofrecí, por pecados de pocos momentos tengas el infierno con que te amenacé. Mas ¿cómo osas decir que tus pecados han sido de pocos instantes, cuando todavía los llevas marcados en el alma? Verdad es que la accion de pecar pasó luego, pero la voluntad, pero el afecto á la culpa ¡ah! esto no ha pasado, esto no pasará jamás. No dejaste el mal mientras tuviste salud, y esto que mil veces te invité á ello; no te arrepentiste de él ni aun puesto en trance de muerte, y esto que aun era tiempo: todo lo que es una señal clara de que quieres profesarme un odio y un rencor eterno. Y un odio y un rencor eterno ¿qué pide sino un castigo eterno y una eterna venganza?

Ya lo veis, mis amados fieles, Jesucristo irá rebatiendo una á una todas las calumnias que el pecador habrá levantado contra su justicia adorable: le hará confesar públicamente que el Evangelio no mandaba ninguna cosa imposible, que sus pecados fueron muy ciertos, y que el infierno no es para él una pena excesiva. Por manera que el miserable no tendrá mas recurso que bajar la cabeza, aceptar la condenacion y decir: *Justus es, Domine, et rectum judicium tuum*: Confieso, Señor, que sois justo en condenarme, y que vuestro tribunal es recto, incorruptible y santo.

No permita el Señor que ni vosotros ni yo tengamos que hacer esta confesion inútil y desesperada; y para no vernos precisados á ello, observemos la ley santa de Dios en todos sus

puntos, que si bien hay algunos un poco dificiles de cumplir, asistidos de la gracia, que no nos faltará, se nos harán fáciles y suaves. Y si hemos faltado en alguno, lloremos nuestra falta, confesémosla con humildad, y borrémosla con una penitencia que nos haga merecedores del cielo. Amen.

### El alma pecadora en el juicio particular.

Statutum est hominibus semel  
mori, post hoc autem judicium.  
(Hebr. ix, 17).

Está decretado, dice san Pablo, por aquel que tiene derecho y autoridad para decretarlo, que todos los hombres mueran, que mueran una sola vez, y que á la muerte siga inmediatamente el juicio. ¡Decreto espantoso, cristianos, que contiene tantos anatemas contra el pecador cuantas son sus palabras! Haber de morir, es ya para él un gran mal: haber de morir una sola vez, es un mal todavía peor: pero haber de morir para ser juzgado, para comparecer inmediatamente en el tribunal de Dios á darle cuenta y razon de todo cuanto habrá hecho durante su vida, ¡ah! este es el supremo de todos los males, esto es lo mismo que cuando á un delincuente se le saca de la cárcel para conducirle al suplicio.

Sí, pecador, tú morirás, sin que para ello tengas apelacion ni recurso: tú morirás, sin que puedas hacerlo mas que una vez sola: tú morirás, y sin detenerte ni un solo instante, de la cama pasarás al tribunal de Dios. ¿Cuál será tu espanto cuando, apenas salido de este mundo, te encontrarás cara á cara con tu eterno é inexorable Juez? ¿Cuál será tu desconuelo cuando, colocado entre los Ángeles y los demonios, oirás que se van refiriendo uno á uno todos los pecados que has hecho? ¿Cuál será tu desesperacion cuando, pronunciada ya con-

tra tí la sentencia eterna, te verás entregado al poder y furor de tus implacables enemigos? ¡Ah! cuál haya de ser, vengo á decírtelo claro esta noche; y quiera Dios que nunca lo olvides, quiera Dios que lo medites bien mientras que el meditarlo puede aun serte de provecho. Voy á ponerte á la vista un espectáculo triste, pero verdadero; un cuadro espantoso, pero exacto; una escena horrible, pero real y genuina.

Tú vas á ver la aflicción, el desconsuelo, la desesperación y rabia de una alma pecadora puesta en el juicio particular: tú vas á ser testigo de todo el horror que siente al comparecer ante su Juez, de todo el desconsuelo que tiene al examinarse su proceso, de toda la desesperación á que se entrega al fallarse la sentencia.

Mientras el pecador está luchando con las últimas agonías, mientras el sacerdote, puesto á su lado, le asiste como puede en aquel duro trance, mientras los de su familia se agitan á su contorno, unos dándole el postrer adios, otros administrándole los últimos socorros, otros preparándole la triste mortaja, otros rogando por él, otros entregándose al llanto, ¿quién lo creyera? allí mismo, en aquel mismo aposento se está levantando el tremendo tribunal donde ha de ser juzgada su alma, luego que haya salido del cuerpo. Allí va compareciendo gran multitud de Ángeles, que se apresuran á preparar el trono en que ha de sentarse el divino Juez; allí va acudiendo gran multitud de demonios, que anhelan ver cuál será el resultado del juicio que se va á formar; allí toma asiento el Juez de vivos y de muertos, esperando á que el miserable haya dado la última boqueada para llamar inmediatamente su alma á sus piés á rendirle cuentas.

¡Qué espanto el de esta alma desventurada, cuando apenas

salida de la carne, se encuentra de improviso ante la majestad de un Dios que la está aguardando para juzgarla! ¡Qué terror el de esta alma infeliz al verse introducida de repente en aquel tribunal formidable, en el que Dios preside como juez, los Ángeles asisten como asesores, y los demonios concurren como fiscales! Entró un dia la reina Ester en el gabinete de su marido Asuero en ocasión que, rodeado de sus consejeros y ministros, estaba tratando ciertos negocios del reino; y al ver la majestad del solio en que estaba sentado, el resplandor de la corona que ceñía su frente, el brillo del cetro que tenia en la mano, y sobre todo la dignidad y nobleza que estaba pintada en su rostro, experimentó tal trastorno en sus facultades que, perdidos los colores, y acometida de un fuerte accidente, cayó medio muerta en los brazos de la camarista que la acompañaba: *Corruit, et in pallorem colore mutato, lassum super ancillulam caput reclinavit*<sup>1</sup>. ¿Qué tienes, Ester? ¿Cuál es la causa de tu desmayo? ¿Serías por ventura una esposa infiel? ¿Acaso has hecho traición al tálamo conyugal? ¿Tiene Asuero alguna sospecha acerca de tu honestidad? No, cristianos: Ester nada tiene que la remuerda, ella está bien segura de su fidelidad y del amor de su marido; pero esto de verle en un acto tan majestuoso é imponente, esto de verle rodeado de tanta majestad y poder, es cosa que la impresiona, la turba, y casi la pone en términos de espirar.

¡Oh Dios! ¡oh Dios! si una esposa inocente y amada desmaya ante la majestad real de su marido, ¿cuál será la turbación, cuál el quebranto de una alma pecadora, que introducida en el tribunal de Dios, se encuentra, no con un esposo, sino con un juez; no con un hombre puro, sino con un Dios omnipotente; no con un señor de ciento veintisiete provincias,

<sup>1</sup> Esther, xv, 10.

sino con el Señor de cielo y tierra; no con un rey que empuña un cetro de oro, sino con un Rey que tiene en la mano las llaves del infierno? ¡Ay! que al solo fijar la vista en su rostro formidable, el corazón la deja, el aliento le falta; y si no muere allí mismo de horror, es porque tiene una naturaleza inmortal.

Pero aliéntate, alma desventurada, recoge tus fuerzas, que bien menester las habrás para poder aguantar las terribles acusaciones que se te van á hacer. ¿Conoces á ese personaje que tienes enfrente, y que lleva un gran libro en la mano? Es aquel á quien la Escritura llama acusador de las almas: *Accusator fratrum nostrorum*<sup>1</sup>, aquel que, habiendo apuntado cuidadosamente todos los pecados que con sus artes diabólicas te hizo cometer, viene ahora á delatarlos para tu ruina y perdición. Y á ese jóven que está ahí al otro lado con semblante triste y pensativo, ¿le conoces? Es aquel Ángel á cuya custodia te confió el Señor para que te guardase en todos tus caminos, es aquel Ángel que, habiendo sido siempre tu fiel é inseparable compañero, ha venido aquí para hacer el oficio de defensor en la terrible causa que se te va á formar. Atención, que va á comenzar el juicio.

El primero en hablar es el demonio, y comienza la acusación por las mismas promesas que hizo el pecador al recibir el Bautismo. Señor, dice al divino Juez, aquí teneis una alma creada á vuestra imágen, redimida con vuestra sangre, y santificada con vuestros Sacramentos. El día que la adoptásteis por hija y la agregásteis á vuestra Iglesia, ella os prometió solemnemente renunciarme á mí, al mundo y á la carne, y guardar con toda fidelidad vuestros santos y divinos preceptos. Mas ha sido una embustera, una pérfida, que ni una sola cosa ha cum-

<sup>1</sup> Apoc. xii, 10.

plido de cuantas os prometió. Ella renunció el mundo con sus pompas y vanidades; y yo puedo demostrar que el mundo ha tenido pocos partidarios mas fanáticos y decididos que ella. Ella renunció la carne; pero ¿cuándo la ha reprimido? ¿cuándo le ha negado el mas pequeño placer? Sus intemperancias no tienen límites, sus torpezas dan asco y horror. Solo diré que en esto ha excedido á los mismos brutos, y que yo mismo me hubiera avergonzado de sugerirle ciertas indecencias con que se manchó. Ella me renunció á mí; pero aseguro que me ha servido con toda fidelidad: si yo hubiese puesto mis espaldas en una cruz y muerto por ella, no hubiera podido hacer para mí mas de lo que ha hecho. Si yo le sugería blasfemar de vuestro santo nombre, blasfemaba: si la instigaba á profanar las fiestas, las profanaba: si la incitaba á desobedecer á sus padres y superiores, desobedecía: si le persuadía aborrecer al prójimo, le odiaba á muerte: si le inducía á fornicar, se entregaba á los mas torpes excesos: si le aconsejaba robar, al punto era servido: si le mandaba dilacerar la fama ajena, lo hacia sin miramiento ni compasión. Ahora bien, siendo Vos un juez sumamente justo y equitativo, espero daréis la sentencia á mi favor, y dispondréis que esta alma que ha sido mía mientras ha estado en el mundo sea entregada á mí poder por toda la eternidad.

¡Alma infeliz! ¡Desventurada alma! ¿qué respondes á estas acusaciones? ¿qué contestas á estos cargos? ¿Qué quereis que responda, cristianos? ¿qué quereis que conteste? Ella sabe ser muy verdadero todo cuanto el demonio ha dicho, ella comprende bien que nada tiene que responder ni contestar. Solo me parece que, temblando de rabia, dice al demonio dentro de sí: ¡Ah malvado! ¡ah pérfido! ¿así te portas? ¿así me tratas? Mientras estuve en el mundo usaste conmigo de un estilo muy diferente. Para inducirme á ofender á Dios, me decias que las torpezas

eran frioleras, que Dios no se metía en lo que hacen los hombres, que eso de juicio, infierno y eternidad eran espantajos inventados por los curas. ¿Y ahora vienes á acusarme?... ¿ahora vienes á hacerme cargos por aquello que tú mismo me sugieriste? ¡Infeliz de mí que te presté oídos! ¡Desgraciada de mí que me dejé engañar!

Pero vos, Ángel santo, ¿qué haceis aquí? ¿por qué os estais callado? ¿No teneis algunas palabras siquiera para salir en defensa de esa alma? ¡Ah, cristianos! el Ángel custodio apenas sabe qué decir, y por mas que quisiera hablar en favor de su cliente, cási no tiene valor para producir las pocas obras buenas que ha hecho en vida. Sin embargo, para la exactitud y formalidad del proceso, debe manifestarlas al divino Juez, y así tomando la palabra, dice: Señor, esta alma, al paso que ha tenido sus flaquezas, ha ejercitado tambien algunas virtudes: á lo menos nunca ha renunciado á aquella fe que le infundisteis en el bautismo.—Peor para ella, responde el demonio: si no hubiese tenido fe, si no hubiese sabido lo que debía hacer, seria menos criminal y culpable. La fe, en vez de disminuir su culpa, la aumenta y la agrava.—No solo, dice el Ángel, ha ejercitado la virtud de la fe, sino tambien la de la religion. Durante su estada en el mundo, ha rezado tales y tales oraciones.—Es verdad, replica el demonio, que las ha rezado; ¿pero cómo? Con solo los labios, con la mente distraída, con el corazon voluntariamente disipado. A mas de que, si ha rezado algunas oraciones, tambien ha dejado otras muchas que le estaban mandadas por la Iglesia, y le eran impuestas por el confesor.—Ha oido, dice el Ángel, tantas misas.—Buen Ángel, responde el acusador, no digais que las ha oido, á menos que sea oir misa el mirar de una á otra parte, el hablar con el que se tiene al lado, el hacer señas á la amiga con escándalo de los demás asistentes. Fuera de que ¿cuántas veces ha fal-

tado á la misa? ¿cuántas ha profanado la fiesta?—Ha hecho, dice el Ángel, tantas y tales limosnas.—¿Os está bien, dice el demonio, que las examinemos? Dejemos aparte las que ha hecho por fines puramente humanos, no contemos las que ha dado para seducir y alcanzar ciertas cosas no muy honestas, tomemos solamente en consideracion las que ha dado puramente por amor de Dios: ¿querréis decirme cuántas son?—Ha confesado, dice el Ángel, y ha comulgado tantas veces.—¿Y vos, ó buen Ángel, quereis hacer de esto un mérito? ¡Bellas confesiones! Unas las hacia sin exámen, otras las hacia sin dolor; en unas callaba los pecados, en otras dejaba la penitencia sin cumplir. De sus comuniones no hay que tratar siquiera: Vos sabeis, ó justo Juez, que no era vuestro amor quien le conducia á los altares, sino el respeto humano, y que sus sacrilegios cási cási podrian contarse por el número de sus comuniones.

Al llegar aquí, viendo el Ángel que todo cuanto dice en favor del alma queda al punto deshecho por el demonio, y no teniendo ya otras cosas que alegar para su defensa, muda enteramente de tono; y convirtiéndose de abogado en fiscal, se dirige al Juez, y le dice: Señor, yo tengo las manos limpias de la perdicion de esta alma, y ninguna responsabilidad pesa sobre mí. Vos me la encargásteis, y yo nada he dejado de hacer para salvarla. Yo le he hablado infinitas veces al interior, yo he ilustrado su entendimiento con inspiraciones santas, yo he herido su corazon con remordimientos saludables. Mas: unas veces le ponía en las manos libros buenos, otras la conducia á oir algun predicador, otras la llevaba á los piés de los confesores. Si dormía, yo la guardaba; si marchaba, yo la seguía; si se hallaba en algun peligro, yo estaba á su lado para defenderla. Jamás la dejé, jamás le faltó mi proteccion y asistencia. En fin, nada he omitido para que no se perdiese, nada

he dejado de hacer para llevarla á salvo. Si se pierde, no ha sido por culpa mia : si Vos la mandais al infierno, á sí sola deberá atribuirlo.

Ya lo ves, alma miserable, ya lo ves... has perdido el único protector que te quedaba, tu mismo defensor te se convierte en fiscal y en enemigo. ¿Qué haces aquí? ¿Qué aguardas? ¿Esperas caiga sobre tí el rayo de la sentencia divina? ¡Ah! tú ya lo conoces : tú ya comprendes que estás perdida, y perdida sin remedio. ¿No sería mejor que, sin esperar el fallo, tú misma te arrojas en el infierno, que ya no puedes evitar?... Pero no, detente, detente un instante, y para atencion á lo que va á decirte el supremo Juez. «Alma infeliz, le dice, alma miserable, ¿ves á lo que te ha conducido tu dureza y obstinacion? ¿ves cuál ha sido el paradero de tu rebeldía y terquedad? Yo te crié para que fueses eternamente feliz, yo te com-pré el cielo con mi sangre y mi vida. Para conseguirlo no habías de hacer mas que cumplir fielmente los preceptos suaves de mi ley; y aun supuesto que me hubieses ofendido, una sola confesion hubiera bastado para reconciliarte conmigo, y librarte del conflicto en que te encuentras. Mas tú has preferido condenarte antes que obedecerme, me has perseguido mientras has tenido fuerzas y aliento, y no has soltado las armas hasta que mi justicia ha venido á sorprenderte. Ya, pues, que quisiste ser mi enemiga, sólo eternamente : ya que á todo trance quisiste condenarte, el infierno sea tu eterna habitacion. Quitate de mi presencia, alma maldita, y parte inmediatamente al lugar del horror sempiterno.»

Pronunciada esta sentencia, desaparecen en un instante el Juez, el trono y los Ángeles; y solo queda la infeliz alma en compañía de los demonios, quienes, echándose sobre ella á manera de lobos, se apresuran á conducirla al infierno. Mas yo me imagino que antes de conducirla allá, para aumentar su

pena y tormento, la obligan á mirar el cadáver que, todavía caliente, guarda la misma postura en que lo dejó, y con burla cruel y desapiadada le dicen : «Mira, insensata, mira el ídolo «por quien has querido condenarte : mira como está humillada «y caida esa frente poco há tan altanera y arrogante : mira como están cerrados esos ojos no há mucho tan ligeros y atrevidos : mira qué feo está ese rostro de tí tan idolatrado : mira como comienza ya á descomponerse esa carne que tanto acariciaste. ¡Oh tonta! ¡oh insensata! haber querido condenarte «por contentar á ese cuerpo que causa asco y horror.»

¡Oh vista cruel! ¡oh sátiras mas amargas que la hiel de los dragones!... Pero dime, alma infortunada, ¿cómo no abriste los ojos cuando aun era tiempo? ¿cómo no te convertiste á Dios cuando él te llamaba? ¿Tanto te hubiera costado el hacer una buena confesion?... ¿Tanto hubieras padecido en dejar tus culpas? ¿Tanto?... Pero ¿á quién hablo yo? Esta alma ya no me oye : el infierno se la ha ya tragado : el fuego que nunca se apagará es ya su habitacion y morada.

A vosotros, pues, me dirijo, estimados pecadores, á vosotros que aun estais en disposicion de aprovecharos de mis palabras. Decidme, carísimos, ¿esta desgracia tocará á alguno de vosotros? Yo no lo quisiera, yo haria lo que Dios sabe para impedirlo ; pero si he de decir lo que siento, temo, amados míos, temo que tocará á mas de cuatro. Tomad mi consejo : convertíos á Dios mientras teneis tiempo : ajustad desde luego con él vuestras cuentas : haced inmediatamente aquella confesion que entonces quisiérais haber hecho. ¿Por qué no acudir pronto á ese buen Padre que os llama? ¿Por qué no apresuraros á pedirle perdon? ¿Por qué no correr á sus piés á llorar el pecado? ¡Ah, caro Jesús! ¡Ah, dulce Redentor de nuestras almas! Aquí estamos, aquí nos teneis arrepentidos de nuestras culpas. Perdon, Salvador amantísimo, perdon, que ya nos

pesa de haberos ofendido, ya proponemos ser en adelante muy otros de lo que hasta ahora hemos sido. Por los tormentos que padecisteis sobre esa cruz, por la sangre que en ella derramásteis, por la muerte que en ella padecisteis, tened piedad de nosotros, otorgadnos el perdon, y libradnos de la muerte eterna. Amen.

### Visita al infierno.

Descendant in infernum viventes.  
(*Psalm. LIV, 16*).

Cuando la justicia humana condena algun reo á muerte, la sentencia no suele ejecutarse en la cárcel ó en otro lugar secreto, sino en un sitio público, y á la vista de todos, á fin de que el suplicio de uno sirva de leccion y escarmiento á los demás. Esta misma justicia dispone á veces que el cadáver del ajusticiado quede expuesto por algunos dias en las carreteras, á la entrada de alguna ciudad, ó en los lugares donde comelió los principales delitos; y esto al objeto de infundir un temor saludable á los malos, y precaverles de cometer semejantes crímenes. ¿Qué mas? sucede alguna vez que se conduce á ciertos criminales al lugar de la ejecucion, no con el intento de hacerles morir, sino para que, siendo testigos de vista del fin trágico de sus compañeros, aprendan, escarmienten y no pongan á la justicia en la precision de hacer un dia otro tanto con ellos.

Una cosa muy semejante hace la Justicia divina con nosotros. Ella condena á muerte eterna á los pecadores; mas no quiere que el lugar de la ejecucion y los suplicios á que los sujeta nos sean desconocidos; antes nos los pone continuamente á la vista para que, viendo nosotros un tan horrible espectáculo, aprendamos, escarmentemos, y procuremos evitarlos.

Por esto nos invita por boca del real Profeta á bajar con la consideracion al infierno, á mirar atentamente todos los males que allí se padecen, á registrar con nuestros propios ojos aquellas espantosas cavernas, que serán nuestra eterna mansion, si morimos en pecado: *Descendant in infernum viventes.*

Correspondiendo á esta paternal invitacion, yo tengo ánimo, cristianos, de conducirlos esta noche al infierno, para que seais espectadores de los suplicios de los condenados, y para que su vista espantosa os haga entrar en reflexion, y procureis evitarlo por cuantos medios os sea posible. No os asustéis al oír que quiero conducirlos al infierno: no quiero conducirlos allá con el cuerpo, sino con el pensamiento: ni tampoco para quedarnos allí, sino para volver antes de una hora, y no tener que bajar en cuerpo y en alma despues de la muerte, y permanecer en él por una eternidad. Aquel lugar de horror ofrecerá desde luego á nuestros ojos una infinidad de tormentos diferentes; mas yo llamaré particularmente vuestra atencion sobre tres, que me parecen los principales, y son la privacion de Dios, las penas de los sentidos, y la eternidad.

Criado el hombre para ver, poseer y gozar de Dios en el cielo, lleva impresa en el corazon una inclinacion vehemente á unirse á él, al modo que todo efecto tiende á unirse con su causa, y todo ser aspira á la consecucion de su último fin. Verdad es que mientras el pecador vive en este mundo no siente esta inclinacion, porque las cosas sensibles la tienen adormecida y como aletargada; pero ¡ah! en el infierno esta inclinacion despierta de su adormecimiento, recobra toda su fuerza, y empuja vigorosamente al pecador hácia Dios, haciéndole suspirar dia y noche para unirse á él, verle, gozarle y poseerle. ¡Qué desesperacion la suya al verse rechazado eternamente

de este Dios, hácia quien tiene una propension tan vehemente!

Yo encuentro en la Escritura que, hallándose Absalon en el destierro por haberse conjurado contra su padre David, obtiene licencia para volver á Jerusalem y recobrar sus honores y posesiones; pero con la condicion expresa de que no podrá ver mas la cara de su padre. No parece que por de pronto esta privacion le causase gran pena. Con tal, iba diciendo para sí, que yo pueda volver á Jerusalem, habitar en mi palacio y recibir los honores de príncipe, ¿qué me importa no poder ver la cara de mi padre David? Pero ¡ah! esta privacion deja muy pronto de serle indiferente, este apartamiento se le hace dentro pocos dias tan insoportable, que no pudiendo aguantarlo, llama á Joab, general de los ejércitos, y con lágrimas y sollozos le dice: Amigo, mi caro amigo, yo no puedo vivir mas así: yo te suplico me alcances licencia para poder ver á mi padre: y si él, acordándose todavía de mi injuria, me niega esta gracia, suplico y prefiero que me haga matar: *Obsecro ut videam faciem regis; quòd si memor est iniquitatis mee, interficiat me*<sup>1</sup>. Yo he alcanzado el perdon, es verdad: yo me hallo otra vez en la corte, es cierto: yo recibo los honores que corresponden á mi rango, no hay duda: pero yo te declaro, mi buen amigo, que si no puedo ver al Rey, la vida me es gravosa, y prefiero mil veces morir.

¡Débil imágen, cristianos, de la desesperacion que agita á los condenados! ¡Ah! exclama cada uno, ¡ah! ¿con qué yo he de estar eternamente separado de mi Dios? ¿Yo he de quedar para siempre privado de verle y poseerle? Si yo no hubiese sido criado para poseerle en el cielo, paciencia: si yo no le hubiese jamás conocido, mi dolor no seria tanto: si esta separacion no fuese sino por algun tiempo, aun trataria de conso-

<sup>1</sup> II Reg. xiv, 32.

larme: mas ¡ay! pierdo á mi Dios, para cuya posesion fuí criado; conozco bien el tesoro inestimable que pierdo; y para colmo de mi desesperacion, sé que le pierdo por siempre, y sin esperanza de verle jamás.

Pecadores que me escuchais, vosotros ahora os jugais el derecho de ver á Dios por poca cosa, vosotros le perdeis sin daros por tan sensible pérdida sentimiento alguno; pero dia vendrá en que pensaréis de otro modo. Tambien el niño de seis años pierde sin sentimiento á su padre, tambien le acompaña á la tumba sin verter una sola lágrima: tan distante está de entristecerse por su muerte, que al contrario se alegra con el vestido de luto que le ponen, y juega con la candela mortuoria que tiene en las manos. Pero ¿por qué obra así? porque es niño, porque no tiene juicio, porque no conoce lo que pierde: dejad que sea un poco mas grandecito, dejad que llegue á la edad de reflexionar; entonces conocerá lo que perdió, entonces comprenderá la falta que le hace el padre. Igualmente, pecadores, dejad que la muerte os quite la venda que al presente os tapa los ojos, dejad que vuestra alma, libre ya de la carne, se halle en estado de apreciar las cosas eternas en su justo valor; entonces reconoceréis vuestra locura, entonces comprenderéis lo que es perder á Dios y el cielo.

¿Cuál hubo de ser el sentimiento del pobre Moisés cuando, estando ya á punto de entrar en la tierra de promision, Dios le hizo entender que no pondria los piés en ella? Queriendo castigarle por una pequeña infidelidad que habia cometido en el viaje, le mandó subiese á la cumbre de un monte desde donde se descubria la dichosa tierra de promision, que por espacio de cuarenta años iba buscando; y teniéndole allí, le dijo: Mira, Moisés, mira la tierra que te habia prometido, y que en efecto queria darte. ¿Ves ese majestuoso rio, cuyas cristalinas aguas serpentean por esas deliciosas campiñas? Vuélvete á

la derecha : ¿reparas esos viñedos y olivares cargados de abundantes frutos? Mira á la izquierda : ¿observas esas hermosas colinas, cuyos frondosos árboles parecen destilar leche y miel? ¿La ves, Moisés, la ves la famosa tierra de promision?... Pues entiende que la has visto con los ojos, y no la pisarás con los piés : *Vidisti eam oculis tuis, et non transibis ad illam* <sup>1</sup>.

¡Figura expresiva de lo que sucede al alma condenada al infierno! Dios le infunde un rayo de luz, á favor del cual le hace conocer la grandeza de los bienes que le tenia preparados en el cielo. Mira, le dice una voz interior, mira aquella patria celestial que el Señor te había ofrecido, y en efecto querria darte. ¿Ves aquellos suntuosos palacios que resplandecen de perlas y diamantes? ¿Ves aquel caudaloso rio, aquellos hermosos jardines, aquel árbol de la vida, aquella luz, aquella claridad? Te gusta ¿eh? Pues sepas que nunca lo disfrutarás : *Vidisti eam oculis tuis, et non transibis ad illam*. ¡Qué angustia ver el cielo y no poder alcanzarlo, ver que con tan poco trabajo podia adquirirlo, y que por su locura se privó de él eternamente!

A esta separacion de Dios, que es pena propia del espíritu, se junta el tormento de los sentidos, que es comun al espíritu y al cuerpo. ¡Oh si yo pudiese conducirlos hasta las puertas del infierno, y desde allí haceros ver todo lo que sufre un infeliz condenado! Mas ya que no es posible bajar allá realmente, bajemos con el pensamiento, y oigamos lo que nos dicen aquellas desventuradas criaturas que allí habitan. ¡Hola! víctimas infelices de la divina Justicia, suspended por algunos momentos los horrendos bramidos que hacen estremecer esas cavernas infernales, y decidnos cuántos, cuáles y de qué naturaleza son los tormentos que ahí sufrís. Silencio, cristianos,

<sup>1</sup> Deut. xxxiv, 4.

atencion ; que ya oigo la voz de uno que nos habla desde el fondo del abismo, y tomando en sus labios las amargas lamentaciones de Jeremías, nos dice : *O vos omnes qui transitis per viam, attendite, et videte si est dolor sicut dolor meus* <sup>1</sup>. ¡Oh! vosotros que todavía sois viadores sobre la tierra, vosotros que aun estais en camino de salvacion, vosotros que os hallais reunidos en esa iglesia para oir hablar de lo que padezco, considerad atentamente, mirad con cuidado, y ved si en el mundo hay un tormento, no digo igual, no digo semejante, sino que pueda entrar en comparacion con el que yo sufro.

*Infixus sum in limo profundi* <sup>2</sup> : estoy soterrado en lo mas profundo de la tierra : inmensos terraplenes me circuyen por todas partes : por arriba me cubre una bóveda inmensa, por debajo me cierra un pavimento impenetrable, por los lados me aprisionan unos muros de mas de nueve millones de varas de espesor. No hallo agujero por do respirar, no veo rendija por donde pueda recibir un débil rayo de luz, no hay abertura por donde pueda exhalar un suspiro : todo es oscuridad, todo tinieblas, todo lobreguez y horror.

*De excelso misit ignem in ossibus meis* <sup>3</sup> : toda esta gran caverna está llena de un fuego de nueva invencion, es decir, de un fuego formado expresamente por Dios para atormentarme ; y como no encuentra por donde exhalar, se reconcentra en sí mismo, y ora silba horrorosamente en el techo, ora arremetete con furia contra los muros, ora se replega con indecible furor sobre mí ; y embistiéndome por todas partes, me penetra, me caldea, me deja hecho una ascua.

Y no creais que solo sienta el dolor propio del fuego, no : *In uno igne omnia supplicia*, este fuego me causa á un mismo tiempo todos los tormentos que es capaz de sufrir una criatura

<sup>1</sup> Thren. i, 12. — <sup>2</sup> Psalm. lxxviii, 3. — <sup>3</sup> Thren. i, 13.

sensible. Imaginaos todos los males que naturalmente pueden acometer á un hombre, y todos los tormentos que ha podido inventar la crueldad de los tiranos, y sabed despues que todos me los hace sufrir este fuego misterioso: *In uno igne omnia supplicia*. Cuantos dolores pueden fatigar la cabeza, cuantas calenturas pueden inflamar la sangre, cuantos cólicos pueden atormentar las entrañas, todo lo encuentro en este fuego inexplicable: *In uno igne omnia supplicia*. Aquí una sed rabiosa que enciende, aquí un frio intenso que hiela, aquí una hambre canina que hace desfallecer; aquí la gota, aquí la sofocacion, aquí todos los males: *In uno igne omnia supplicia*. ¿Qué mas?

*Posuit me desolatam, tota die mœrore confectam*<sup>1</sup>. Yo padezco sin consuelo, sin alivio, sin interrupcion: dia y noche estoy poseido de una tristeza que me oprime y me acaba: mi memoria, mi entendimiento, mi imaginacion están siempre llenas de ideas á cual mas triste y melancólica. Si por la gran violencia de los tormentos prorumpo en ayes y gemidos, *recordare*, me dice la memoria, acuérdate que en el mundo disfrutaste de todo género de satisfacciones y placeres. Si suspiro por las inexplicables penas que sufro, *recordare*, me dice el entendimiento, acuérdate que estuvo en tu mano el evitarlas. Si me pregunto cuánto tiempo ha de durar tanto padecer, *recordare*, me dice la imaginacion, acuérdate que has entrado aquí para no salir mas.

Y como si todo esto no bastase, *Dedit me in manu de qua non potero surgere*<sup>2</sup>, el Señor me ha entregado al poder de un enemigo tan cruel que jamás tendrá piedad de mí, tan fiero que se complace y se alegra de mis penas, tan poderoso que jamás podré librarme de sus manos. Todo su placer es aumentar mis

<sup>1</sup> Thren. 1, 13. — <sup>2</sup> Ibid. 14.

angustias y tormentos. Yo invoco á la muerte para que venga á acabar con mi existencia, pero la muerte huye de mí: yo suplico á mis verdugos que me den el golpe de gracia, pero ellos se burlan de mis súplicas: yo digo al fuego que acabe con mí de una vez, pero nada logro. ¡Oh infierno! ¡oh tormento! ¡oh desesperacion!

Estos tormentos, fieles, serian tolerables, si no hubiesen de durar mas que por algun tiempo, si se les viese un término, si se les llegase á descubrir el fin; mas ¡ay! que han de durar por toda una eternidad. ¡Eternidad! ¿qué sabré yo decir de tí? Me encuentro en un caso muy semejante al de un cierto orador romano, que habiéndosele preguntado qué cosa era Dios, pidió un dia para responder á esta gran cuestion: pasado este dia, pidió dos mas á fin de meditarlo mas despacio: pasados estos dos, pidió tres; y al último, despues de muchas dilaciones, dijo que esta cuestion sobrepujaba su entendimiento, y que cuanto mas la meditaba, mas difícil la encontraba de resolver. Lo mismo he de decir yo de la eternidad: cuanto mas se piensa en ella, mas dificultad se halla en explicar lo que es. ¡Eternidad!... esta palabra traspasa mi corazon, y mi corazon no sabe comprenderla; mi lengua la pronuncia, y mi entendimiento no logra penetrarla. ¡Eternidad!... ¿cuál es el entendimiento que pueda penetrar tus secretos, y descubrir los misterios que encierras? ¿cuál es el ojo que pueda recorrer tus vastos espacios? ¿cuál es la lengua que pueda dar algun conocimiento de tu duracion?

Decid de la eternidad todo lo que querais; todo cuanto dijéreis, dice san Agustin, será nada: *Quidquid de æternitate dicis, minùs dicis*. Decid que está compuesta de mas siglos que estrellas no hay en el cielo, átomos en el aire, y granos de arena en el mar; *minùs dicis*, no habeis dicho nada. Decid que ella contiene mas millones de siglos que instantes no han transcur-

rído desde el principio del mundo, que gotas de agua no han caído sobre la tierra, que hojas no hay en los árboles, yerbas en los campos y flores en los prados; *minùs dicis*, no habeis dicho nada. Decid, en fin, que la eternidad encierra mas millones de millones de siglos que granitos de arena no cabrian en el mundo entero; *minùs dicis*, no habeis dicho nada.

La razon de esto es, que entre la cosa mas pequeña y la mas grande que se pueda concebir, hay alguna proporcion; pero no la hay entre el tiempo y la eternidad. ¿Qué es un minuto en comparacion de cien millones de siglos? Una cosa cási imperceptible. No obstante entre las dos cosas hay alguna proporcion. Si á un minuto juntais otros cincuenta y nueve, formaréis una hora: si á esta hora añadís otras veintitres, compondréis un día: si á este día juntais otros trescientos sesenta y cuatro, tendréis un año: si á este año añadís otros noventa y nueve, hé aquí un siglo: y si á este siglo lo multiplicais, pronto tendréis los cien millones de siglos de que he hablado. De lo que resulta que de muchos minutos se pueden formar cien millones de siglos, y de consiguiente que entre un minuto y cien millones de siglos hay alguna proporcion. Pero ¿podrémos decir lo mismo de la eternidad? No, cristianos: tomad un pliego de papel, formad al principio de la primera plana una unidad, y luego id llenando todo el pliego de ceros, suponiendo que estos guarismos representan siglos. ¡Buen Dios! ¿cuál es el aritmético que pueda concebir la enorme multitud de siglos que todos juntos representan? Y sin embargo, ¿serian ellos la menor parte de la eternidad? no.

Aquí me siento inclinado á hablar al Señor, aunque no sea yo mas que polvo y ceniza, y decirle: ¡Qué, Dios mio, qué! ¿está irrevocablemente decretado que Vos no usaréis jamás de misericordia con el infeliz condenado? Cuando habrá estado tanto tiempo en el infierno, cuanto seria menester para que

una avecilla subiese toda el agua del mar al firmamento, no tomando con el pico mas que una gota cada mil años; ¿no os compadeceréis de él? No, me responde por Ezequiel, no me compadeceré: *Non miserebor*<sup>1</sup>. Supongamos, Dios mio, que de la estrella mas alta del cielo cuelga un hilo que llega hasta la tierra, y que una hormiga va subiendo por este hilo, llevando un solo grano de arena hasta colocarlo en la estrella; que colocado este viene á buscar otro, y así sucesivamente. Cuando habrá hecho tantos viajes, que todo el globo terrestre esté ya trasladado al firmamento, ¿todavía no perdonaréis á esta infeliz alma? No, dice, no la perdonaré: *Non parcet oculus meus*<sup>2</sup>. Permitid, Dios mio, que os hable otra vez. Supongamos que todo el espacio que hay entre el cielo y la tierra está lleno de mostaza, y que de cien mil en cien mil años una avecilla come un grano: cuando la habrá ya comido toda, ¿aun no daréis permiso á este miserable para salir del infierno? No, dice, no se lo daré: *Non miserebor; non parcet oculus meus*. Pero, Dios mio, ya que no quereis hacerle participante de la felicidad del cielo, destruidle á lo menos, aniquiladle, para que cese de sufrir. No, me dice, él subsistirá mientras subsistirá yo; la duracion de sus tormentos será igual á mi duracion: mientras yo seré Dios, él será atormentado.

Venid acá, mis amados pecadores, y contestad á una pregunta. Puestos á la boca de un horno encendido, ¿qué responderíais, si se os pidiese de cuántos placeres quereis gustar á condicion de pasar un día en medio de sus llamas? Estoy cierto que, sin reflexionar un solo instante, responderíais luego que por todos los placeres del mundo no consentiríais en pasar un solo día en un suplicio tan fiero.—Pues ¿cuánto pediríais tú, se os pregunta, para pasar solamente una hora en este fuego?

<sup>1</sup> Ezech. xviii, 31. — <sup>2</sup> Ibid. v, 11.

—Cuando juntáseis todas las riquezas de la tierra, responderíais, yo no las aceptaría á trueque de pasar por tan gran tormento.—A lo menos para pasar en él tres minutos, ¿qué recompensa quieres?—Dadme todo lo que queráis, diríais, que por todo un mundo no quisiera pasar en él ni un solo instante. ¡Ay, pecadores! ¿dónde teneis la razon, dónde el juicio, dónde el seso? Por todo lo del mundo no quisiérais sufrir el dolor de un fuego temporal por tres minutos, ¿y por un placer de nada, por un miserable interés quereis sufrir los ardores de un fuego devorador por toda una eternidad?

Hombres sin juicio, hombres necios é insensatos, entrad de una vez en reflexion: *Intelligite, insipientes: et stulti aliquando sapite*<sup>1</sup>. Vosotros iréis indudablemente al infierno que imperfectamente os he pintado, si continuais en vivir como hasta aquí habeis vivido: el mismo fuego que atormenta á los condenados os espera á vosotros, si no dais á Dios una satisfaccion pronta y cumplida: la muerte está ya llamando á la puerta, y el demonio no espera sino que ella corte el frágil hilo de vuestra vida para llevaros á los tormentos eternos. Campe quien pueda, carísimos, evite quien pueda los tormentos que nunca acabarán. Este es el aviso que os doy; y quiera Dios que os aprovecheis de él, y sepais practicarlo. Amen.

### Viaje al cielo.

Quando veniam, et apparebo ante faciem Dei? (*Psalm. xli, 2*).

¿Cuándo acabará mi peregrinacion en este valle de lágrimas, cuándo vendré, Dios mio, á disfrutar de vuestra dulce vista en el cielo? Esta es, oyentes míos, la pregunta que in-

<sup>1</sup> Psalm. xciii, 8.

cesantemente dirige á Dios una alma verdaderamente cristiana. ¡Ah! Señor, le dice, yo siento en mí una fuerte inclinacion que me impele á buscar paz, contento y felicidad; pero como estas cosas no se hallan plenamente en la tierra, mi corazon suspira por el cielo donde se disfrutaban en toda su plenitud. Yo no hallo en las criaturas sino miseria, sinsabor y fastidio: nada de este mundo me llena y satisface: todo me es amargo é insípido; y si algo de bien llevo alguna vez á saborear, la satisfaccion que percibo es tan superficial y mezquina, que lejos de saciar mis deseos, los enciende y los irrita. ¿Habré de renunciar por siempre á la esperanza de ser feliz? ¿Habré de correr siempre inútilmente tras una felicidad que jamás logro conseguir? ¡Ah! Señor, ¿cuándo acabará este destierro? ¿Cuándo cesará este estado de agitacion y congoja? ¿Cuándo subiré á esos tabernáculos eternos, y gozaré de vuestra dulce y amable presencia? *Quando veniam, et apparebo ante faciem Dei?*

Consuélate, alma piadosa, que el dia de tu felicidad ya se va acercando. Cuenta los años que puedes vivir sobre la tierra: ¿no es verdad que son muy pocos? Pues si entre tanto amas á Dios, si le sirves con fervor y fidelidad, pasados estos pocos años, tus deseos quedarán plenamente cumplidos, tú subirás al cielo, y allí encontrarás esa felicidad que buscas con tanto ardor. ¡Oh qué dia tan feliz será aquel para tí! ¡oh qué viaje tan alegre harás cuando pases de la tierra al cielo! ¡oh cuántas cosas verás allá que te inundarán de alegría y consuelo! Vamos, carísimos, mientras va acercándose la hora de hacer este viaje en realidad, hagámosle idealmente, y consolémonos con la dulce esperanza de que en breve lo harémos de veras.

Para tomar la cosa desde su principio, suponed, carísimos, que habiendo ya llegado al término de nuestra vida, se nos da

la fausta noticia de que cuanto antes hemos de hacer nuestro viaje al cielo. ¡Qué alegría! Viene el sacerdote encargado de asistirnos en la muerte, y despues de habernos administrado todos los Sacramentos, nos habla de parte de la Iglesia, y nos dice: *Proficiscere, anima christiana, ex hoc mundo*, alma cristiana, bastante has estado ya en este mundo, bastante tiempo há que sirves á Dios en la tierra: prevente, que la hora de ir al cielo ha sonado para tí. Hoy tu lugar será el paraíso, hoy tendrás tu habitacion en la Sion celestial: *Hodie sit in pace locus tuus, et habitatio tua in sancta Sion*<sup>1</sup>. Apresúrate á salir de ese cuerpo, que un espléndido grupo de Ángeles te espera para conducirte al paraíso: *Egredienti animæ tuæ de corpore splendidus Angelorum cætus occurret*.

¡Ah, cristianos! cual palomita que, habiendo logrado des- enredarse del lazo en que la habia cogido el diestro cazador, vuela alegre por el aire, y celebra con trinos y gorjeos su nueva libertad, así nuestra alma se desprenderá de este cuerpo corruptible y mortal, y dando un tierno adios á este valle de lágrimas, levantará el vuelo en compañía de los Ángeles hácia la region de la felicidad. ¡Qué de cosas veremos por el camino que nos arrebatarán! Pasaremos por las regiones del aire, y de paso veremos cómo se forman esos metéoros que continuamente tenemos á la vista, sin que los sepamos explicar; las lluvias que fecundizan los campos, el rocío que da vida á las flores, la nieve que blanquea las montañas, el trueno que retumba en los valles, el rayo que troncha los árboles y edificios, y el hermoso arco iris que se pinta en las nubes. ¡Qué satisfaccion para nosotros ver los lugares en que se forman tales fenómenos, las causas que los producen, y las materias de que se componen!

<sup>1</sup> Eccle. in Comm. animæ. — <sup>2</sup> Ibid.

De aquí pasaremos á la luna, y al verla de un tamaño poco menor que el de nuestra tierra, ¡Jesús! exclamaremos, ¿esta es aquella luna que, mirada desde la tierra, no presenta mas que un palmo de diámetro? ¡Qué grande, qué bella, qué hermosa es! Ahora entiendo en qué consisten aquellas manchas que tanto han hecho discurrir á los filósofos, diciendo unos que son valles profundos, y sosteniendo otros que son sombras causadas por la interposicion de elevadísimas montañas: ahora comprendo en qué consiste aquella prodigiosa fuerza con que diariamente conmueve las aguas del Océano, haciéndolas avanzar seis horas á manera de un ejército victorioso, y haciéndolas luego retroceder cual ejército que va en retirada: ahora descubro qué es lo que causa aquellos crecientes y menguantes en que tanto me paraba yo para sembrar las flores en mi jardin. ¡Oh Dios, qué admirable sois! ¡oh Dios, cuánta es vuestra sabiduría!

Entre tanto habremos ya llegado al sol. Al ver de cerca aquel gran faro colocado en medio del espacio; al ver aquel grandioso planeta en el que, como dice el Profeta, Dios ha colocado su tabernáculo: *In sole posuit tabernaculum suum*; al ver aquel océano de hermosura, de luz y claridad, creyendo que no puede haber cosa mas hermosa, preguntaremos á los Ángeles nuestros conductores si allí está el paraíso.—¿El paraíso? Algo tenemos que subir antes no llegaremos á él... Mas dista el paraíso de nosotros, que no distamos nosotros de la tierra. Esto que ves, esto que tanto te admira, es el sol.—¿El sol?... ¿Pero no decian algunos de nuestros filósofos que el sol era de materia de fuego? ¿no decian otros que era un lúcido diamante? ¡Qué diamantes ni qué fuegos! Aquí no hay nada que se parezca á tales cosas.

Diciendo esto, habremos ya llegado á las estrellas que llamamos fijas, no porque estén quietas, sino porque, á diferen-

cia de los planetas, guardan siempre entre sí la misma distancia y posición. ¿Cuál será nuestro asombro al ver que son cien veces mayores que toda la tierra aquellas lumbreras que ahora se nos representan como luces de candela? ¿Cuál será nuestra admiración viendo volar ligeramente por el éter aquellos globos de una mole tan extraordinaria, y correr en cada segundo un espacio de más de tres millones de leguas unos cuerpos en quienes ahora apenas notamos movimiento? ¡Oh Dios, exclamaremos, qué grande, qué admirable sois en vuestras obras! pero la tierra que acabamos de dejar, ¿dónde está?— ¿Ves, nos dirán los Ángeles, allá bajo aquel pequeño globo que apenas presenta el bulto de una bolilla? Allá tienes la tierra.— ¿Allá?... ¿allá es donde he vivido tantos años? ¿allá es donde he dejado á mis padres, á mis hermanos y amigos? ¿allá está mi casa, mi familia y mis posesiones? ¡Oh qué cosa tan pequeña! ¡Oh qué cosa tan miserable en comparación de estos cielos que piso! Ciegos mortales, que olvidados del paraíso no teneis otro pensamiento que adquirir algunos palmos de esa tierra miserable, ¡qué lástima no podais verla desde donde yo la miro! ¡Cuán pequeña la veréis! ¡Cuán despreciable os parecería todo cuanto ella encierra!

Pero ¿y aquellas puntas de torreones dorados que descubro en lontananza?... ¿Y aquellas cúpulas bellísimas que levantan su majestuosa frente?... ¿Qué será aquello?... ¿qué será?... *Ecce*, nos dirán los Ángeles, *ecce tabernaculum Dei cum hominibus*, mira, alma dichosa, mira la ciudad santa, la Jerusalén celestial, la patria feliz que por tantos años has buscado. ¿La ves? ¿la ves?— ¡Oh vista! ¡oh gozo! ¡oh alegría! ¿Con qué allí tenemos el paraíso? ¡Paraíso! gracias á Dios, que al fin he logrado verte. ¡Bendita patria! bien me has costado, pero al fin he llegado á conseguirte. ¡Sion celestial! ¿cuántas lágrimas, cuántos suspiros, cuántos cuidados me cuestas? pero

al fin te he hallado. *Attollite portas, principes, vestras*: ¡Oh Ángeles que guardais las puertas de esta ciudad santa! abridlas á esta alma que sube del destierro, y está ansiosa y desfallece por ver á su Dios.

Entre tanto ya habrá cundido por todo el paraíso la noticia de que cuanto antes va á entrar en él un nuevo ciudadano, ya todos los Santos se habrán puesto de fiesta, y nos estarán aguardando para recibirnos en triunfo y solemnizar nuestra entrada. Porque si la sola conversión de un pecador, que puede volver al pecado y condenarse, causa tanta alegría á los del cielo, que la celebran con una gran fiesta, como dice Jesucristo; ¿qué será cuando vean entrar en él á un justo, que saben será su eterno compañero? Lo cierto es que entonces nos sucederá lo que Samuel predijo al inocente Saul cuando le anunció que Dios iba á sentarle sobre el trono de Israel. «Tú, le dijo, subirás al monte de Dios en cuya cumbre está edificada la ciudad; y al entrar en ella, te saldrá al encuentro un grupo de profetas, precedido de un agradable concierto de música: entonces el espíritu del Señor se apoderará de tí, tú profetizarás como ellos, y te hallarás mudado en otro hombre<sup>1</sup>.» En efecto, apenas habremos entrado en la ciudad eterna que está situada sobre el monte de la gloria, veremos venir á nuestro encuentro sus moradores, los cuales á porfía se apresurarán á saludarnos, á abrazarnos, y á darnos el parabien por nuestra llegada. ¿Y quiénes diréis serán los primeros en venir á darnos el dulce abrazo? Serán nuestros padres, nuestros hermanos y nuestros amigos. Lo que sentirán nuestros corazones al ver allá á unas personas tan amadas, y despues de una tan amarga separación, no hay lengua que pueda expresarlo.

Treinta y tres años habia que el buen Jacob lloraba incon-

<sup>1</sup> 1 Reg. x, 5, 6.

solable á su hijo José, creyendo que una fiera le habia devorado. Ya sus ojos de tanto llorar habian agotado las lágrimas, ya la tristeza habia consumido sus fuerzas y puéstole al borde del sepulcro, cuando hé aquí que de repente sus hijos le aseguran que José vive, que está en Egipto, y que manda en aquel vasto imperio en cualidad de virey. A una tan fausta noticia, como quien despierta de un triste y pesado sueño, su espíritu revive, su corazon se ensancha, su rostro rejuvenece; y lleno de gozo, exclama: ¡Con qué mi caro José es vivo! ¡vive mi querido José! Basta: soy viejo, apenas puedo sostenerme; sin embargo ni por un solo momento quiero retardar el ir á verle. Va en efecto; y al llegar á él, le besa, le abraza, le aprieta dulcemente á su corazon: quisiera hablar, pero la alegría no se lo permite, pero el gozo se lo impide; solo, despues de un largo rato, puede pronunciar estas cortas palabras: Hijo mio, mi estimado hijo, pues que ya he logrado verte, ahora moriré contento: *Jam lætus moriar, quia vidi faciem tuam*<sup>1</sup>. Ahora bien, cristianos: si Jacob, despues de una separacion de treinta y tres años, experimentó una tan grande alegría por haber visto á su caro José, no obstante que sabia que no podría disfrutar de su vista sino por muy poco tiempo, ¿qué será cuando en el paraíso volveremos á ver á nuestros padres, á nuestros hermanos y á nuestros amigos, y sin temor de vernos jamás separados? Lo que sentiremos, yo no sabria decirlo: vivamos de modo que podamos experimentarlo algun dia.

Pasados estos primeros transportes: *Ascende superiùs*, nos dirán los Ángeles conductores, entremos en la ciudad. Y al entrar, ¡oh Dios, qué perspectiva tan bella se nos presentará á la vista! Para que forméis una idea de la hermosura de aque-

<sup>1</sup> Gen. XLVI, 30.

lla ciudad, os la dibujaré con los mismos colores con que nos la pinta san Juan en el Apocalipsis. «Un Ángel, dice, habló «conmigo, diciendo: Ven, y te mostraré la esposa del Cor- «dero. Y levantándome en espíritu á un monte muy alto, me «mostró la ciudad del cielo, la cual resplandecia con la misma «claridad de Dios. Tiene esta ciudad un muro muy alto, en el «que hay doce puertas, tres que miran al Oriente, tres al Oc- «cidente, tres al Norte y tres al Mediodía; y en cada una de «estas puertas hay un Ángel de centinela. Los fundamentos de «esta ciudad son todos labrados de piedras preciosas, sus doce «puertas son otros tantos diamantes, y la plaza es todo de oro «purísimo trasparente como el cristal. No ví en ella templo «alguno, porque el Señor Dios es su templo: tampoco ví sol «ni luna, porque la claridad de Dios la ilumina, y hace que «en ella reine un dia perenne, y siempre claro y sereno. Otra «cosa me mostró el Ángel, y fue un rio de agua viva, clara «como el mas puro y limpio cristal, el cual, saliendo del pié «del trono de Dios, recorria la ciudad á lo largo, y la alegraba «con el suave murmullo de sus aguas. Despues de esto ví una «tan gran multitud de bienaventurados, que nadie seria capaz «de contarlos. Estos bienaventurados habian sido recogidos de «todo linaje de gentes, pueblos y naciones; y habia entre ellos «tal union de voluntades, que ninguno suscitaba una queja ó «una pendencia, antes por el contrario entre ellos todo era «paz, todo amor, todo concordia. Todos iban vestidos de ro- «pas blancas, todos llevaban corona, todos empuñaban pal- «mas; y su continua ocupacion era cantar á Dios cánticos de «alabanza<sup>1</sup>.»

Esta es, cristianos, la descripcion que del cielo nos ha hecho el inspirado san Juan, no para que pensemos que el cielo esté

<sup>1</sup> Apoc. XXI, per totum.

fabricado así materialmente como él lo describe, sino para que por medio de esta pintura levantemos nuestro entendimiento á cosas infinitamente mas espirituales y divinas. ¿Cuál será, pues, nuestro júbilo cuando por primera vez pondremos la vista en aquel reino bienaventurado, y en los felices moradores que en él habitan? ¡Oh Señor, dirémos, oh Señor de las virtudes, qué amables son vuestros tabernáculos! Mi corazon desfallece contemplando tanta belleza y hermosura: *Quàm dilecta tabernacula tua, Domine virtutum! Concupiscit, et deficit anima mea in atria Domini*<sup>1</sup>. ¡Y qué! ¿yo habitaré eternamente en este paraíso? ¿Estos Santos serán en adelante mis compañeros y amigos? ¿Conversaré con ellos, y formaremos juntos un solo corazon? ¡Oh qué compañía tan amable!

Pero María santísima, mi dulce madre ¿dónde está? Mírala, nos dirán los Ángeles, mírala allá arriba sentada en aquel trono de gloria. *Ascende superiùs*, acércate á ella, que ya te espera para darte un dulce abrazo. Levantaremos los ojos, y ¡oh Dios, qué objeto tan hermoso se presentará á nuestra vista! Si cuando estaba en esta vida mortal era ya la mas hermosa de las mujeres, como lo asegura el Espiritu Santo: *Pulcherrima inter mulieres*; si su belleza era tal, que asegura san Dionisio que, al verla, faltó poco para pensar que era Dios, ¿qué será en el cielo donde, segun la vision que tuvo san Juan, está calzada de la luna, vestida del sol, coronada de estrellas, y sentada en un trono superior al de todas las inteligencias celestiales? ¡Ah! que al ver tanta gloria y belleza, bajaríamos avergonzados la vista, si ella con un dulce sonrisa no nos diese aliento. Pero como en medio de su grandeza tiene un corazon de madre, como su exaltacion no le ha quitado un ápice de aquella amabilidad que siempre le fue natural, antes por el contrario la ha au-

<sup>1</sup> Psalm. LXXXIII, 1.

mentado y perfeccionado, nos hará una seña amorosa para que nos lleguemos á su trono. Lo que harémos, lo que dirémos puestos allá en su presencia, yo no lo sé. Solo sé que si á mí me toca un dia tan señalada honra, que espero muy confiadamente de la infinita misericordia de Dios me tocará, despues de darle las mas expresivas gracias por los oficios de madre que siempre ha hecho conmigo, publicaré en alta voz que, despues de Dios, á ella soy deudor de mi salvacion.

Cuando habrémos rendido á María santísima los homenajes que prescriben la justicia y la gratitud, *Ascende superiùs*, nos dirán los Ángeles, sube mas arriba, y con tus mismos ojos verás al gran Monarca de este reino bienaventurado. Aquí debo advertiros que desde nuestra entrada en el cielo Dios habrá infundido en nuestra mente aquella luz que los teólogos llaman *luz de la gloria*, á favor de la cual veremos á Dios, no bajo figuras y enigmas, como ahora le conocemos por la fe, sino á cara descubierta, como dice san Pablo: *Facie ad faciem*; es decir, veremos con claridad su misma esencia y las infinitas perfecciones que encierra. El júbilo, la admiracion, los éxtasis que causará en nosotros semejante vista, es cosa que no puede explicarse. El real Profeta dice que quedarémos como embriagados de amor, y que nos sumergirémos en un torrente de placeres y dulzuras: *Inebriabuntur ab ubertate domus tuæ: et torrente voluptatis tuæ potabis eos*<sup>1</sup>. Mirad á Arquímedes: mucho tiempo há que va buscando la solucion de un problema de geometría, sin jamás lograr hallarla: entra un dia en el baño, y hé aquí que todo de un golpe se le abre el entendimiento, y descubre la solucion que hasta entonces habia buscado en vano. Es tanta la alegría que experimenta, que sale inmediatamente del baño, y á manera de loco va gritando por las

<sup>1</sup> Psalm. xxxv, 9.

calles : ¡La encontré! ¡la encontré! Pues si el descubrimiento de una verdad natural pudo causar una satisfacción tan grande, ¿cuál será la nuestra descubriendo con un solo golpe de vista las infinitas verdades que están ocultas en Dios?

Mas lo que pondrá el colmo á nuestra felicidad será la certeza de que ella no tendrá fin. En este infeliz mundo los placeres mas dulces, las fortunas mas grandes, los reinos mas florecientes han de acabar : y este solo pensamiento aflige el corazón de quien los posee. Pero en el cielo, carísimos, en el cielo *Semper cum Domino erimus*<sup>1</sup>, nuestra dicha será eterna é inalterable. Siempre estaremos en compañía de Dios, siempre seremos dichosos con él, siempre gozaremos de su misma felicidad : *Semper cum Domino erimus*. Volarán como momentos los dias, correrán como instantes los años, pasarán como ligeras sombras los siglos ; y nuestra dicha siempre será igual, siempre llena, siempre nueva y perfecta : *Semper cum Domino erimus*.

Consolémonos, cristianos, os diré con san Pablo, consolémonos con esta dulce esperanza : *Consolamini invicem in verbis istis*<sup>2</sup>. Animémonos entre tanto á servir fielmente á Dios, observemos sus divinos preceptos, amémosle con todo el corazón, que no tardará en venir el premio. No nos espanten los trabajos de esta vida, no nos desanimen las dificultades que encontremos en el servicio del Señor, no nos arredre la misma muerte : en breve irémos al cielo, en breve abrazaremos á nuestros padres, en breve veremos á María santísima, en breve gozaremos de Dios, en breve nos veremos todos allí juntos, y nuestra felicidad no tendrá fin. Ya va acercándose el dia de hacer el feliz viaje que os acabo de pintar, ya viene volando la hora de salir de este valle de lágrimas, y levantar el vuelo al paraíso. ¡Oh dia, oh hora! apresuraos á llegar. Amen.

<sup>1</sup> I Thes. iv, 16. — <sup>2</sup> Ibid. 17.

## DOMINGO DE QUINCUGÉSIMA.

En este domingo el cura ha de dar á sus feligreses dos clases de instrucciones : unas en orden á la Bula de la santa Cruzada, que en tal dia se acostumbra publicar ; otras respecto de la Cuaresma, cuyo espíritu es menester comprender. En cuanto á lo primero, hágales entender que la bula del año anterior caduca en aquel dia ; y que si quieren continuar disfrutando de sus privilegios, es indispensable que tomen la de la nueva publicación, sin que de ningun modo les baste la intencion ó deseo de tomarla á su tiempo. Hágales entender bien esto, porque hay muchas personas ignorantes que piensan poder disfrutar de las gracias de la Bula con la sola intencion de adquirirla, aunque no la tengan en realidad. Despues de esto, procure inducirlos á tomarla, haciéndoles ver por una parte los inestimables bienes espirituales que encierra, y rebatiendo por otra las calumnias y denuestos con que la impiedad procura su descrédito y abolicion. Apenas habrá parroquia donde el cura no tenga que ocuparse de este punto, pues por muy reducidas que sean, no suelen saltar en ellas algunos de esos tontos maliciosos que, echando á volar entre la gente sencilla las especiotas y necedades que han aprendido de la boca de ciertos maestros, le inspiran desconfianza acerca de la Bula, y consiguientemente la retraen de tomarla. Obsérvelo bien el cura, y se convencerá de que el desprecio de este Rescripto apostólico, no solo ha cundido entre la gente perdularia y libertina, sino que se ha infiltrado en el ánimo de ciertas personas en todo lo demás buenas y recomenda-

calles : ¡La encontré! ¡la encontré! Pues si el descubrimiento de una verdad natural pudo causar una satisfacción tan grande, ¿cuál será la nuestra descubriendo con un solo golpe de vista las infinitas verdades que están ocultas en Dios?

Mas lo que pondrá el colmo á nuestra felicidad será la certeza de que ella no tendrá fin. En este infeliz mundo los placeres mas dulces, las fortunas mas grandes, los reinos mas florecientes han de acabar : y este solo pensamiento aflige el corazón de quien los posee. Pero en el cielo, carísimos, en el cielo *Semper cum Domino erimus*<sup>1</sup>, nuestra dicha será eterna é inalterable. Siempre estaremos en compañía de Dios, siempre seremos dichosos con él, siempre gozaremos de su misma felicidad : *Semper cum Domino erimus*. Volarán como momentos los dias, correrán como instantes los años, pasarán como ligeras sombras los siglos ; y nuestra dicha siempre será igual, siempre llena, siempre nueva y perfecta : *Semper cum Domino erimus*.

Consolémonos, cristianos, os diré con san Pablo, consolémonos con esta dulce esperanza : *Consolamini invicem in verbis istis*<sup>2</sup>. Animémonos entre tanto á servir fielmente á Dios, observemos sus divinos preceptos, amémosle con todo el corazón, que no tardará en venir el premio. No nos espanten los trabajos de esta vida, no nos desanimen las dificultades que encontremos en el servicio del Señor, no nos arredre la misma muerte : en breve irémos al cielo, en breve abrazaremos á nuestros padres, en breve veremos á María santísima, en breve gozaremos de Dios, en breve nos veremos todos allí juntos, y nuestra felicidad no tendrá fin. Ya va acercándose el dia de hacer el feliz viaje que os acabo de pintar, ya viene volando la hora de salir de este valle de lágrimas, y levantar el vuelo al paraíso. ¡Oh dia, oh hora! apresuraos á llegar. Amen.

<sup>1</sup> I Thes. iv, 16. — <sup>2</sup> Ibid. 17.

## DOMINGO DE QUINCUGÉSIMA.

En este domingo el cura ha de dar á sus feligreses dos clases de instrucciones : unas en orden á la Bula de la santa Cruzada, que en tal dia se acostumbra publicar ; otras respecto de la Cuaresma, cuyo espíritu es menester comprender. En cuanto á lo primero, hágales entender que la bula del año anterior caduca en aquel dia ; y que si quieren continuar disfrutando de sus privilegios, es indispensable que tomen la de la nueva publicación, sin que de ningun modo les baste la intencion ó deseo de tomarla á su tiempo. Hágales entender bien esto, porque hay muchas personas ignorantes que piensan poder disfrutar de las gracias de la Bula con la sola intencion de adquirirla, aunque no la tengan en realidad. Despues de esto, procure inducirlos á tomarla, haciéndoles ver por una parte los inestimables bienes espirituales que encierra, y rebatiendo por otra las calumnias y denuestos con que la impiedad procura su descrédito y abolicion. Apenas habrá parroquia donde el cura no tenga que ocuparse de este punto, pues por muy reducidas que sean, no suelen saltar en ellas algunos de esos tontos maliciosos que, echando á volar entre la gente sencilla las especiotas y necedades que han aprendido de la boca de ciertos maestros, le inspiran desconfianza acerca de la Bula, y consiguientemente la retraen de tomarla. Obsérvelo bien el cura, y se convencerá de que el desprecio de este Rescripto apostólico, no solo ha cundido entre la gente perdularia y libertina, sino que se ha infiltrado en el ánimo de ciertas personas en todo lo demás buenas y recomenda-

bles; y este convencimiento le hará comprender la necesidad de hablar alto contra sus detractores. Dado este paso, explique á los feligreses las condiciones que de su parte han de poner para que la Bula no sea para ellos un instrumento inútil y una letra muerta. Enséñeles el modo de hacer las estaciones, la intencion que han de formar al comenzarlas, el fin á que han de dirigir las súplicas, y el estado de gracia en que es indispensable se hallen para ganar las indulgencias. No se persuada fácilmente que los feligreses ya saben estas y otras cosas tocante á la Bula: si en el confesonario los tatea sobre el particular, encontrará muy pocos que le respondan de un modo satisfactorio. Para que sepa qué instrucciones ha de dar sobre la materia, en este mismo artículo le pondremos dos pláticas que podrán servirle de pauta y modelo.

Aparte de todo esto, convendrá hablar al pueblo del santo tiempo de Cuaresma, de las razones que tuvo la Iglesia para instituirlo, y de las santas disposiciones con que ha de celebrarse. Estas razones son: 1.<sup>a</sup> el ejemplo de Jesucristo que, siendo nuestro modelo, quiso ayunar por espacio de cuarenta días en el desierto: 2.<sup>a</sup> la necesidad que todos tenemos de consagrar esta parte del año á la penitencia, no solo para completar en nosotros lo que falta á las penas del Salvador, como lo hacia san Pablo: *Adimpleo ea quæ desunt passionum Christi in carne mea*<sup>1</sup>; sino tambien para satisfacer á Dios por los muchos pecados en que caemos todos, como nos recuerda Santiago: *In multis offendimus omnes*<sup>2</sup>: 3.<sup>a</sup> la obligacion de prepararnos para celebrar los misterios de la pasion de nuestro Redentor, y recibir su cuerpo adorable; para lo cual es un medio muy excelente la mortificacion y el ayuno. Consiguente á esto, el cura pasará á explicar las disposiciones con que ha de celebrarse este

<sup>1</sup> Colos. 1, 24. — <sup>2</sup> Jacob. 11, 3.

santo tiempo. Antes que todo recordará el precepto del ayuno que la Iglesia nos ha impuesto, clasificando bien á quiénes comprende y á quiénes no, y refutando los vanos pretextos con los cuales algunos se dispensan de su cumplimiento. Despues explicará cómo en este tiempo, mas que en lo restante del año, deben los fieles orar con frecuencia, meditar los misterios de la pasion de Jesucristo, llorar los pecados, dejar los malos hábitos, reconciliarse con los enemigos, restituir lo mal adquirido, apartar las ocasiones, y disponerse para recibir dignamente los sacramentos de la Penitencia y Eucaristia. Por último, publicará el programa de las funciones religiosas que piensa hacer durante la Cuaresma, particularmente en los domingos, excitando enérgicamente al pueblo á asistir á ellas. Estas funciones podrán hacerse del modo siguiente: Como á las tres de la tarde se convocará al pueblo á campana tañida; y mientras se reúne, se enseñará el catecismo á los niños. Luego se hará el Via-crucis, ó en su lugar se rezará la Corona de los Dolores. Despues el cura subirá al púlpito, y en voz alta é inteligible propondrá el exámen de conciencia para la confesion anual, siguiendo el órden de los Mandamientos, y expresando en cada uno las faltas que mas comunmente cometen aquellos á quienes habla. Tenga empero cuidado en no caracterizar á nadie en la individuacion que hará; medite bien antes las expresiones que ha de decir, á fin de no escandalizar á nadie; y guárdese mucho de dar por pecado lo que no lo es, ó de calificar de pecado mortal lo que no es cierto que lo sea. Para no incurrir en inexactitudes que podrian causar gran daño á las conciencias, le aconsejamos que entre semana ponga en escrito el exámen que ha de proponer el domingo, y que lo disponga teniendo á la vista autores clásicos de moral, y enterándose bien de sus doctrinas. Concluido el exámen, que no ha de ser demasiado prolijo por no cansar al pueblo, se predicará el sermón correspondiente al Evangelio del día,

procurando que, ó de propósito ó por incidencia, quede tocado alguno de estos puntos: la necesidad del exámen y dolor para una buena confesion, el callar pecados por vergüenza, la comunión sacrilega, la obligacion de quitar las ocasiones, la necesidad de convertirse cuanto antes á Dios, y los peligros á que se expone quien lo va disfrutando de dia en dia. En el segundo tomo daremos sermones hechos sobre cada uno de estos puntos. Por de pronto hé aquí los dos que hemos ofrecido sobre la Bula de la Cruzada.

### Las gracias de la Bula.

Venite ad me omnes qui laboratis,  
et onerati estis, et ego reficiam vos.  
(Matth. xi, 28).

Si alguna vez se convida con seguridad de que el convite no será despreciado, es cuando se ofrece perdon al delincuente, condonacion de la deuda al deudor, y libertad al que está preso. Partiendo de este principio, yo espero, cristianos, que aceptaréis gustosos la invitacion que en nombre de la Iglesia vengo hoy á haceros, pues os ofrezco un Rescripto apostólico, en virtud del cual conseguiréis perdon de vuestras culpas, condonacion de las deudas que teneis con Dios, y libertad de ese triste cautiverio en que quizá está vuestra alma. Ya entendeis que me refiero á la Bula que hoy se publica en esta parroquia. En efecto, yo con esta Bula en la mano puedo deciros, y os digo efectivamente, lo que nuestro divino Salvador decia á los judíos: *Venite ad me omnes qui laboratis, et onerati estis, et ego reficiam vos.* Acudid á mí todos, tomad esta Bula que os presento; y si os hallais agobiados con el peso de la culpa, por medio de las gracias que contiene pronto quedaréis libres y aliviados.

El pecado, carísimos, es, segun la frase de Isaías, como la coyunda que ata fuertemente al bruto con el carro: *Quasi vinculum plaustrum peccatum*<sup>1</sup>. ¿Y qué hace la coyunda con el bruto? Le obliga, ó á romperla ó á arrastrar el peso. Pues del mismo modo, el pecado suele atar tan fuertemente al pecador, que le precisa, ó á hacer un grande esfuerzo para desasirse de él, ó á resignarse á llevar la carga. ¡Ah! si esta coyunda infernal fuese sencilla, no habria tanta dificultad en romperla; pero como suele ser una cuerda torcida de muchos ramales, quiero decir, como en el pecado suele haber muchas cosas que hacen difícil su destruccion, de ahí es que el infeliz pecador difícilmente puede librarse de él, si no hay quien le auxilie para ello: ¿Cómo, por ejemplo, encontrar fácilmente un confesor que absuelva de las censuras que van anexas á ciertos pecados? ¿Cómo satisfacer á Dios la deuda de pena temporal que queda ordinariamente, aun despues de perdonada la culpa? ¿Cómo librarse de ciertas obligaciones que, ó él mismo se ha impuesto voluntariamente, como son los votos y ciertas restituciones, ó que la Iglesia le impone con su autoridad, como son la abstinencia y el ayuno? Todas estas cosas ¿no son otros tantos ramales que atan al pecador, y casi le imposibilitan para salir de su infeliz estado?

Pero hé aquí, amados míos, que la Bula que hoy os presento quita todos estos inconvenientes, y hace desaparecer todas estas dificultades. Tomad esta Bula, y por mas que hayais incurrido en censuras ó pecados reservados, cualquiera simple confesor podrá absolveros de ellos, sin necesidad de acudir al superior que se los reservó. Tomad esta Bula, y por grandes que sean las deudas de pena temporal que tengais con Dios, las pagaréis á poca costa, sin tener que pagarlas en el

<sup>1</sup> Isai. v, 18.

purgatorio. Tomad esta Bula, y cualesquiera que sean las obligaciones que hayais contraido por medio de votos, todas, con muy pocas excepciones, podrán seros conmutadas en otras cosas mas fáciles y hacederas. ¿Puedo yo ofrecer una gracia mas útil, mas fácil, mas necesaria, y de consiguiente mas digna de vuestra aceptacion, aprecio y reconocimiento? No, y voy á demostrarlo con toda la brevedad posible.

Hay una suerte de pecados que, ó por razon de su misma gravedad, ó por razon de la excomunion que llevan anexa, se llaman reservados, y esto quiere decir que no se puede ser absuelto de ellos por un simple confesor, sino que es menester acudir por la absolucion ó al Obispo ó al Papa. A los infelices que tienen la desgracia de incurrir en alguno de estos pecados reservados, desgracia muy comun en nuestros dias si no libra de ella la ignorancia de la reservacion, les sucede lo que sucedió á Jacob cuando pidió á los pastores de Laban le diesen agua para abrevar el ganado. No podemos dártela, le respondieron, hasta que hayamos quitado esta gran piedra que cierra el pozo: *Non possumus, donec amoveamus lapidem de ore putei*<sup>1</sup>. Lo mismo han de responder los confesores ordinarios á esa clase de pecadores cuando les piden el agua saludable del sacramento de la Penitencia. No podemos dártela, han de decirles, hasta que el Obispo ó el Papa hayan quitado la reservacion que impuso á tus culpas: *Non possumus, donec amoveamus lapidem de ore putei*. Mientras esta reservacion no se quite, mi absolucion seria inválida, é inválido el Sacramento.

Pues ¿qué? dirán aquí ciertos pecadores, ¿no hay otro re-

<sup>1</sup> Gen. xxix, 8.

medio para estos casos que el presentarse al superior, y á costa de la propia fama y reputacion pedirle la absolucion de estos delitos? — Sí que lo hay, y sumamente fácil. Tomad la Bula, y aunque el número de vuestros pecados reservados exceda al de los átomos del sol, aunque vuestra alma esté atada con todo género de censuras y excomuniones, excepto la que se incurre por el crimen de herejía, la Bula, escuchadlo bien, la Bula os autorizará para que, dirigiéndoos al confesor que mas sea de vuestro agrado, y que pensais os tratará con mas consideracion y blandura, le confeseis vuestros pecados; y él por el solo hecho de tener vosotros la dicha Bula, adquirirá sobre ellos facultades ilimitadas; y en virtud de su absolucion quedaréis tan perdonados como si os hubiese absuelto el mismo Papa. ¿Cabe un privilegio mas apreciable?

No ignoro que con todo y esto, todavía se os pueden ofrecer dos grandes inconvenientes para salir del estado de la culpa, y son el uno ciertos votos hechos á Dios á impulsos de un fervor fugaz y momentáneo, y el otro la obligacion de restituir caudales adquiridos contra el orden que prescribe la justicia. ¿A cuántos hace perder el ánimo el pensar que tienen grandes empeños contraidos con Dios por medio de votos voluntarios, y grandes obligaciones que cumplir con el prójimo á causa de daños injustamente causados! ¿A cuántos hace retirar esto del camino de la conversion, en el que habian comenzado á entrar, persuadidos de que su mal no tiene remedio! Si algunos de vosotros os halláseis en semejante conflicto, sabed que la Iglesia os ofrece un medio muy sencillo para salir de él. ¿Os hallais atados con votos hechos sin premeditacion, y cuyo cumplimiento os es gravoso y difícil? Tomad la Bula, y cualquiera confesor os los podrá comular en otras obras mas fáciles, mas suaves y mas acomodadas á vuestro estado y situacion. De esta regla general solo quedan exceptuados el

voto de castidad, el de entrar en religion y el de visitar los Lugares santos; y aun estos podrán conmutarse si son puramente penales, ó los formásteis bajo alguna condicion. ¿Estais obligados á grandes restitutiones por perjuicios causados á personas que no conoceis? Tomad la Bula, y con una escasa limosna quitaréis grandes deudas, y con un pequeño desembolso restituiréis muy crecidas sumas. ¿Puede haber una gracia mas digna de vuestra estimacion? Pues aun no está todo aquí.

No solo por medio de la Bula se os quitan las censuras, se os conmutan los votos y se os facilitan las restitutiones, sino que además se os condona la pena temporal que debeis pasar por los pecados ya perdonados. Esta pena temporal no se extingue ordinariamente ni con el arrepentimiento, ni con la confesion, ni con la penitencia que impone el sacerdote, sino que son menester muchas obras satisfactorias, y á veces años enteros de penitencia. Bien puede Adan arrepentirse de su inobediencia: Dios se la perdona en cuanto á la culpa, pero en castigo le echa del paraíso, y le condena á cultivar por espacio de novecientos años una tierra ingrata que no le produce sino abrojos y espinas. Bien puede el pueblo de Israel arrepentirse del pecado de idolatría cometido en el desierto: Dios le perdona misericordiosamente esta falta, pero en pena le retarda cuarenta años la entrada en la tierra de promision. Bien puede David dolerse del adulterio cometido con Betsabé: Dios le condona benignamente este crimen, pero en justo castigo le hace ver la muerte de su propio hijo y la devastacion de su reino. Estos, y otros ejemplos que pudiera aducir, pero que omito por la brevedad, prueban evidentemente que la justicia de Dios no queda siempre satisfecha con algunas lágrimas, con un cualquiera dolor, ni con una humilde confesion; sino que además exige penitencias, y penitencias adecuadas á la gravedad y al número de los delitos.

Pero ¿qué penitencias serán bastantes para quitar el reato de la pena merecida por tantas culpas? ¡Ah! cristianos: si comparais la penitencia que hasta ahora habeis hecho con ese gran número de pecados que habeis cometido, hallaréis una desproporcion tal que no podrá menos de haceros desmayar. ¿Dónde está la penitencia que habeis hecho por tantos pecados cometidos en la niñez, en la juventud, y en una vida empleada toda en ofender á Dios? ¿No es cierto que, fuera las ligeras mortificaciones que os han impuesto los confesores, apenas habeis hecho otras? ¿No es cierto de consiguiente que, aun suponiendo que Dios os haya perdonado vuestras culpas, habréis de experimentar por largos años las incomprendibles penas del purgatorio? Sin embargo, la Iglesia os ofrece hoy un medio con que podréis satisfacer á Dios á poca costa. Sin mas diligencia que tomar la Bula, y practicar debidamente las obras fáciles que ella prescribe, conseguiréis una total remision de la pena debida á vuestras culpas, saldaráis las cuentas que tenéis pendientes con Dios, y os pondréis en disposicion de subir al cielo sin tocar ni un solo instante en la oscura cárcel del purgatorio. Me expreso así, porque á mas de las muchas indulgencias, así parciales, como plenarias, que por medio de la Bula podeis ganar en vida, la Iglesia os reserva una de plenísima para la hora de la muerte, la cual hará que, en saliendo vuestra alma de la carne, no encuentre ningun obstáculo en el camino de la eterna felicidad. ¿Podeis desear mas?

Paréceme que sí. No es corto el número de los que, estimulados de una piedad verdaderamente cristiana, desean aliviar á las benditas almas que están detenidas en la penosa cárcel del purgatorio, y apresurar el dia de su libertad y de su entrada en el cielo. Deseo santo, pensamiento saludable, que el Espíritu Santo coloca en el número de los pensamientos que mas agradan á Dios: *Sancta ergo et salubris cogitatio pro de-*

*functis exorare*<sup>1</sup>. Pues este deseo os es muy fácil satisfacerlo por medio de la Bula. La Iglesia os permite que de todas las indulgencias, tanto plenarias como parciales, que os concede directamente á vosotros, podais hacer un regalo á las almas de los difuntos, dejando á vuestra libertad el preferir á aquellas que mas sean de vuestro gusto, y por las cuales tengais una particular afeccion. ¿Y sabeis cuántas son estas indulgencias? Si hablamos de plenarias, son noventa y cuatro cada año, pudiendo duplicarlas con tomar dos Bulas; y si hablamos de parciales, yo mismo no sabria deciros el número, porque casi son infinitas.

No puedo aseguraros si estas indulgencias aprovecharán igualmente á los difuntos, tanto si se las procurais estando vosotros en gracia, como si viviendo en pecado mortal; porque los teólogos aun no están convenidos sobre esta intrincada cuestion. Unos piensan que si se las procurais estando vosotros en desgracia de Dios, de nada les pueden servir; porque, dicen, quien no se halla en estado de poder ganar la indulgencia para sí mismo, ¿cómo podrá cederla á otro? Otros opinan que les aprovechan, aunque vosotros no seais capaces de aprovecharos de ellas; porque, dicen, las tales indulgencias no se les envian en nombre propio, sino en nombre de la Iglesia, cuya oracion siempre es aceptable á Dios. Sea de esto lo que fuere, yo os aconsejo que, tanto si quereis las indulgencias para vosotros, como si las quereis para los difuntos, al practicar las obras prescritas para ganarlas, procureis ponerlos en gracia de Dios: si las practicais en pecado mortal, es cierto que no podréis ganar la indulgencia para vosotros; y que podais ganarla para los difuntos, cuando menos es dudoso.

Esta doctrina tiene lugar acerca de aquellas indulgencias

<sup>1</sup> II Mach. XII, 46.

que la Iglesia os concede directamente á vosotros, pero que os permite cederlas á las almas del purgatorio. Hay otra indulgencia que va directamente dirigida á ellas, y es la que se gana por la Bula vulgarmente dicha de Difuntos. Es probable que esta indulgencia depende menos de vuestra buena disposicion que la anterior, y que el difunto se aprovecha de ella con solo cumplir vosotros las formalidades que prescribe el Papa. ¿Y cuáles son estas formalidades? Pocas y sencillas. Tomad la Bula de Difuntos, escribid en ella vuestro nombre y el del difunto á quien deseais socorrer; y ya está hecho todo. ¿Puede haber gracia mas fácil de conseguir?

Otra contiene la Bula, y es sobre el uso de carnes. El uso de carnes está prohibido en los dias de ayuno y abstinencia: en esta parte la Bula no os da absoluta libertad—hablo solo de la de Cruzada, prescindiendo del indulto de carnes—pero os socorre en un caso de duda, que puede ser muy frecuente. Supongamos que el estado de vuestra salud hace vacilar al médico, y no sabe deciros si la abstinencia perjudicará notablemente á vuestra salud, ú os imposibilitará para cumplir las funciones de vuestro empleo. Hé aquí un lance en el que casi no sabeis qué hacer. Por una parte la ley que os prohíbe comer carne, es cierta; por otra el motivo de eximiros de su obligacion, es dudoso. La ley os estrecha, y el temor de perjudicar la salud os intimida. ¿Qué recurso queda para salir de esta perplejidad? Tomar la Bula: en su virtud el confesor, sabido el parecer del médico, os dejará libres el uso de carnes; y vosotros, sin arriesgar vuestra conciencia, podréis poner á cubierto vuestra salud.

Mas: cuando se prohíbe el uso de carnes, se prohíbe tambien el uso de lo que nace de ellas, como son los huevos y lacticinios. Esta prohibicion, como veis, nos priva de un buen número de viandas bastante agradables al paladar, y nada con-

trarias á la salud ; y esta mortificacion crece en aquellas familias que, no pudiendo acudir al pescado, tienen que tolerar el ayuno con solas yerbas y legumbres. ¿Cómo atenuar esta mortificacion? Tomando la Bula de Cruzada : ella os dará libertad para comer todo género de lacticinios ; de modo que, así como á nuestros primeros padres solo se les prohibió el uso de un único árbol, así á vosotros, en virtud de la Bula de Cruzada, solo os queda la prohibicion de un solo manjar, el de carne. Notad que he dicho en virtud de la Bula de Cruzada ; porque si hablamos del Indulto de carnes, que es cosa muy distinta de la Bula, este concede facultades mucho mas amplias, como todos sabeis.

Hé aquí, cristianos, una breve y compendiada reseña de las gracias inestimables que se os conceden por la Bula. En vista de ellas, os diré lo que Jacob dijo á sus hijos sabiendo que, al paso que ellos morian de hambre, en Egipto se encontraba trigo abundante y barato. Hijos míos, les dijo, ¿qué calma es la vuestra? Aquí estamos pereciendo de hambre, cuando sabeis que en Egipto se vende trigo á precio muy bajo. Id pronto allá, comprad lo que sea necesario á fin de que podamos vivir : *Quare negligitis? Descendite, et emite nobis necessaria, ut possimus vivere*<sup>1</sup>. Cristianos míos, os diré, ¿qué negligencia es la vuestra? Sabeis que por medio de la Bula podeis ganar gracias inapreciables, sabeis que estas gracias se os conceden bajo condiciones las mas suaves, ¿y estais aquí pereciendo de miseria espiritual sin aprovecharos de ellas? Tomad esta santa Bula, aprovechad los grandes bienes que os proporciona, á fin de que podais vivir una vida santa, morir con una muerte dichosa, y reinar con Dios por toda la eternidad. Amen.

<sup>1</sup> Gen. XLII, 1.

### Los bienes de la Bula.

Mihi... data est gratia hæc... evangelizare investigabiles divitias Christi, et illuminare omnes, quæ sit dispensatio sacramenti. (*Ephes. III, 8*).

Si toda familia bien ordenada procura tener un fondo de reserva para ocurrir á las desgracias ó necesidades que pueden sobrevenirle, si todas las clases de la sociedad se apresuran á crear su monte pio ó caja de ahorros para la subvencion de los miembros necesitados que las componen, si toda nacion bien gobernada mantiene bancos públicos que son como unas fuentes perennes é inagotables de riquezas ; la Iglesia, que es aquella gran familia que el Padre celestial tiene en la tierra ; aquella hermosa sociedad que san Pedro llama pueblo de adquisicion, gente santa, real sacerdocio<sup>1</sup> ; aquel reino floreciente que el Hijo de Dios fundó con su sangre, ¿habia de carecer de un fondo, de un tesoro público con que pudiera proveer á las necesidades espirituales de sus hijos? No, cristianos.

Dios rico en misericordias ha puesto á disposicion de la Iglesia un fondo inagotable de tesoros espirituales, para que, distribuyéndolos con mano prudente en tiempo de caréstia, ocurra á la pobreza de nuestras almas. ¿Fondo inagotable he dicho? Sí, fondo inagotable, y bastante para enriquecer mil mundos, si los hubiese. Porque ¿de qué se compone este fondo que llamamos tesoros de la Iglesia? Se compone de los méritos infinitos de Jesucristo, que no teniendo necesidad de satisfacer por los pecados propios, los aplicó para pagar las deudas de los hombres. Se compone tambien de los méritos de los Santos y

<sup>1</sup> I Petr. II, 39.

de la Reina de todos ellos María santísima, que no necesitándolos para sí, han debido pasar al erario público de la Iglesia, á fin de que no quedasen inútiles.

De este erario riquísimo saca el romano Pontífice las indulgencias que nos concede, las satisfacciones que nos aplica, y los tesoros continuos que nos reparte. Fortuna que, como he dicho, este erario es inagotable; porque, á no serlo, creo que solos los españoles íbamos á dejarlo enteramente exhausto. Me expreso así, porque no sé de qué otro modo expresar esta profusion de gracias que se nos conceden por la santa Bula que hoy se publica en esta iglesia; gracias inapreciables que, siendo una prueba irrefragable de la infinita bondad de Dios, lo son también del especial cariño con que la Iglesia nos mira á los españoles; pero gracias ¿por qué callarlo? de las que no se hace hoy día el aprecio que merecen. ¿Quién no sabe las burlas impías que la gente perdida está haciendo de la santa Bula? ¿Quién ignora la indiferencia, por no decir desprecio, con que la miran muchos que por otra parte aparentan ser católicos, y católicos macizos?

Yo, como que estoy encargado de anunciaros hoy las inestimables riquezas de Jesucristo, no puedo pasar por alto las bufonadas insulsas y los chistes ridículos con que los impíos las combaten: y consiguiente á esto, voy á manifestaros tres cosas: 1.ª cuáles son los tesoros que la Bula encierra: 2.ª cuáles son las diligencias que se han de practicar para adquirirlos: 3.ª cuál es el concepto que se ha de formar de los argumentos con que hoy se procura desacreditarlos.

Algunos comparan la Bula de Cruzada con aquella caudalosa fuente que brotaba en medio del paraíso, la cual, dividida en cuatro brazos, recorría y fecundaba toda la superficie de

la tierra. Sin desconocer yo la oportunidad de esta comparación, que explica admirablemente las cuatro partes que tiene la Bula, á saber, la vulgarmente llamada Bula de Vivos, la de Difuntos, la de Lacticinios y la de Composición; la compararé á aquel vale que José, virey de Egipto, daba á los pobres durante los siete años de carestía, en virtud del cual se les abrían los graneros de Faraon, y se les permitía extraer de ellos cuanto era necesario para el socorro de su pobreza: y ved aquí en qué apoyo la comparación. En tres cosas puede el hombre sentir necesidad, en el alma, en el cuerpo y en los bienes de fortuna: ¿sabeis otra? Pues la Bula es como un vale que el José de Roma, es decir el romano Pontífice, os concede, en virtud del cual se os permite extraer de las treges de la Iglesia cuanto sea menester para el alivio de estas tres necesidades: la del alma con la Bula comun de Vivos y la de Difuntos, la del cuerpo con la de Lacticinios é Indulto de carnes, y la de los bienes de fortuna con la vulgarmente dicha de Composición.

Y empezando por la primera, vosotros sabeis que hay ciertos pecados cuya gravedad mira la Iglesia con una santa indignación, y á fin de inspirarnos un saludable horror hácia ellos, suspende á los confesores ordinarios el poder de perdonarlos, reservándose los á sí ya el Papa, ya los Obispos. Sin jurisdicción sobre estas culpas, hé aquí á muchos pecadores sin samaritano que cure sus heridas, y sin hombre que los introduzca en la piscina saludable de la reconciliación. ¿Qué podemos ya hacer nosotros con ellos? Suponed que se nos presenta uno con el rubor en la frente, con las lágrimas en los ojos, con la angustia en el alma, pidiéndonos el beneficio de la absolución; pero que se presenta con un pecado reservado al Papa. ¿Qué consuelo podrémos dar á este infeliz? Hijo mio, habrémos de decirle, me compadezco de tí, tengo lástima de tu si-

tuacion, quisiera poder darte un consuelo, pero no está en mi mano: véte á Roma; solo allí pueden darte la absolucion que me pides: *Ite ad Joseph*. Viene otro con un reservado al Obispo: se hiere el pecho, derrama copiosas lágrimas, suspira, gime y presenta todas las señales de un verdadero dolor. ¿Qué le podremos decir para su consuelo? Hijo mio, le habrémos de decir, veo que estás bien dispuesto, que eres digno de la absolucion: si estuviese en mí el dártela, te la dispensaria con ambas manos; pero no puedo, solo el Obispo es quien puede consolarte en este caso; acude á él: *Ite ad Joseph*.

No me detendré en ponderaros los grandes inconvenientes que desde luego se ofrecerian para presentarse así al Papa como al Obispo: estoy cierto, y vosotros lo comprendeis tambien, que muchos, antes que hacerlo, preferirian quedar sin absolucion, y condenarse eternamente. Y aquí es donde comienzan á descubrirse los bienes inestimables de la Bula. Sin recurrir á Roma, sin apersonarse con el Obispo, con solo confesarse con cualquiera sacerdote aprobado, obtendrá el que la tuviere la absolucion de toda culpa y censura reservada, excepto el crimen de herejía mixta. ¡Qué privilegio tan grande! ¡A cuántas almas abre el camino de la reconciliacion!

Otro privilegio muy parecido á este se consigue por la Bula, y es la facultad de conmutar votos. Sin esta facultad seria hoy dia cási imposible el ejercicio de nuestro ministerio, y muchos cristianos se ahogarian con el dogal que ellos mismos se han puesto al cuello. Vosotros sabeis cuánta facilidad hay en hacer votos á Dios; pero sabeis tambien cuánta dificultad suele hallarse despues en cumplirlos. Si sobreviene una desgracia á la familia, si peligrá la vida de algun interesado, si se desea emprender algun negocio importante, á Dios se recurre, en Dios se busca el remedio, y bajo la religion de su augusto nombre se le prometen sacrificios; pero ¿y despues? Despues

todo son dificultades para cumplir lo prometido. ¡Ah! qué lazo se para el que retracta sus promesas! Si prometes al Señor, dice el Espíritu Santo, no tardes en cumplir tu palabra, porque él te imputará á pecado la tardanza: *Si votum voveris Domino, non tardabis reddere: et si moratus fueris, tibi reputabitur in peccatum*<sup>1</sup>. Pero al fin la Bula os ofrece un medio tan legítimo como fácil para salir del compromiso. Por ella cualquiera confesor conmutará vuestros votos en otra obra mas benigna, aunque sean perpétuos, aunque estén sellados con el juramento, sin que haya otra excepcion de esta regla general que el voto de castidad, el de religion y el de visitar los Santos Lugares de Jerusalem. ¡Cuánta condescendencia!

Pero aun es mas notable la que usa la Iglesia aplicándonos las satisfacciones de Jesucristo, á fin de descargarnos de la deuda que contrajimos con nuestras culpas. La fe enseña, y nada tienen que oponer en contrario los herejes, que Dios, aun cuando perdona el pecado, se reserva el derecho de castigar temporalmente al pecador, no cediendo ni un maravedí de la pena que está consignada por cada culpa. Esta deuda, que debe pagarse ó en este mundo ó en el purgatorio, seria capaz de hacernos desmayar, si las indulgencias no viniesen á extinguirla ó atenuarla. Pero la Bula nos las proporciona en tanta abundancia, que nada nos deja que desear. Noventa y cuatro de plenarias en cada año, y un sinnúmero de parciales cada dia, hé aquí un capital mas que suficiente para pagar á Dios todas nuestras deudas, por grandes, por enormes que las supongamos.

Pero ya es tiempo de decir algo sobre el alivio que la Bula nos ofrece acerca de las necesidades del cuerpo. La Iglesia siempre ha mantenido en su rigor la observancia de la tradi-

<sup>1</sup> Prov. xx, 25.

cion apostólica que prohíbe el uso de carnes y lactinios en ciertos dias del año, y jamás ha condescendido en este punto sino por motivos de una imposibilidad física ó moral. Con todo la Bula da facultad para usar de huevos y lactinios en tiempo de Cuaresma sin faltar por esto al ayuno eclesiástico: autoriza para que en caso de duda si hay ó no necesidad de abstenerse de carnes, pueda el confesor resolver á favor del penitente: autoriza para que el dispensado de comer carne no esté obligado á la forma del ayuno siempre que se dude fundadamente si la única comida puede acarrear grave daño á la salud. Así nos facilita la Bula la observancia de los preceptos eclesiásticos, así condesciende con nuestra flaqueza para hacernos mas llano el camino de la salvacion.

¿Qué diré del auxilio que presta en orden á los bienes de fortuna? Figuraos un hombre que está cierto de que posee bienes ajenos, pero incierto de á quiénes debe restituir; un revendedor que ha defraudado al público vendiendo sus géneros con medida falsa, un usurero que ha engrosado su hacienda oprimiendo á los pobres con usuras paliadas, un abogado que ó por ignorancia ó por malicia ha causado graves daños á sus clientes; ¿pensais que está tranquilo su corazón? ¡Ah! él no puede menos de oír continuamente el grito del pobre á quien despojó, el clamor del público á quien perjudicó, y el eco del jornalero á quien chupó la sangre. En vano busca remedio en el arrepentimiento, en vano trata de tranquilizarse con la confesion: de dia y de noche suena á su oído interior aquella terrible sentencia de san Pablo: Los ladrones no entrarán en el reino de Dios: *Fures regnum Dei non possidebunt*<sup>1</sup>. La ley divina obliga á este infeliz á emplear en otras obras pias una cantidad igual á la que defraudó; mas por la Bula que lla-

<sup>1</sup> I Cor. vi, 10.

mamos de Composicion se le hace una rebaja tan considerable, que casi pudiera decirse que se le condona toda la deuda. ¿Debe, por ejemplo, sesenta reales? Da cinco de limosna por una Bula de Composicion, y hé aquí pagada toda la deuda. ¿Debe doscientos cuarenta? Entrega veinte por cuatro Bulas de composicion, y héle aquí libre de todo cargo. ¿Debe mas? Toma Bulas de composicion á proporcion de una por cada sesenta reales, y hélo aquí arreglado todo.

En vista de los grandes bienes que nos proporciona la Bula, pudiera yo deciros lo que un criado dijo á su señor: *Et si rem grandem dixisset tibi, certè facere debueras*<sup>1</sup>. Si para gozar de privilegios tan señalados se os impusiesen condiciones muy duras, en verdad que deberíais aceptarlas de buena gana; ¿qué deberéis hacer, pues, cuando solo se os exigen cosas sumamente fáciles y practicables? No es mi ánimo hablaros de aquellas condiciones que pertenecen, digámoslo así, á la parte material de la Bula, cuales son el tomarla, el dar por ella la limosna tasada por el Comisario, escribir en ella vuestro nombre, y conservarla con respeto religioso. Hablo de las disposiciones que pertenecen á su espíritu, y son de absoluta necesidad para entrar en el goce de sus gracias. Estas disposiciones son diversas segun la diversidad de las gracias que por la Bula se nos conceden, por manera que una gracia pide unas, y otra exige otras. Las tocaré ligeramente, y solo aquellas que piden una condicion especial.

Una de las gracias mas señaladas que se nos conceden por la Bula son las indulgencias. ¿Y qué debemos procurar de nuestra parte para obtener esta gracia? Tres cosas: primeramente, estar libres de todo pecado mortal, porque aquel á quien Dios todavía no ha perdonado la culpa, mal le perdonará la pena:

<sup>1</sup> IV Reg. v, 13.

en segundo lugar, estar libres de todo pecado venial, si se trata de ganar una indulgencia plenaria; porque con un solo pecado venial que se tenga, la indulgencia no podrá producir, á lo menos respecto de él, su efecto, y de consiguiente no podrá ganarse plenariamente: por último, tener algun cuidado de satisfacer á Dios con mortificaciones y obras buenas, porque las indulgencias no se nos conceden para fomento de nuestra flojedad, sino como suplemento de aquella parte de deuda que no podemos pagar á Dios.

Otra de las gracias que se nos conceden por la Bula es poder restituir grandes sumas entregando una pequeña limosna por la Bula que vulgarmente llamamos de Composicion. Para que esta gracia tenga lugar se requieren indispensablemente tres condiciones: 1.<sup>a</sup> que los bienes que se trata de componer no tengan dueño conocido; porque si se sabe el dueño, ó existen sus herederos, á ellos debe hacerse la restitucion *in solidum*, es decir, entera, sin rebajar un solo maravedí: 2.<sup>a</sup> que se hayan hecho exactas diligencias para descubrir las personas á quienes se es responsable, ó á sus herederos; porque esta gracia no puede haberse concedido para ruina del legítimo señor: 3.<sup>a</sup> que el robo ó la injusticia no se haya cometido en la confianza de componerse despues con la Bula, porque este santo rescripto no se ha concedido para fomento de la avaricia, ni menos para que sirva de velo á la iniquidad. Es decir, que cuando hay dueño legítimo, cuando no se han hecho las debidas diligencias para encontrarle, cuando se ha cometido la injusticia con sacrílega confianza en la Bula, no tiene lugar la composicion, sino que se ha de entregar todo al dueño, si le hay, y si no, ha de emplearse en obras pias.

Concluyo con otra disposicion necesaria para que sufraguen las gracias de la Bula, y es orar por los santos fines que al concederla se propuso la Iglesia. ¿Y cuáles son estos? La paz y

union entre los príncipes cristianos, la destruccion de la herejía, la exaltacion de la fe, y la victoria contra los infieles. Así que, al hacer las visitas de altares, debeis formar intencion de conseguir de Dios estos grandes objetos, ó á lo menos, debeis referir en general vuestra intencion á la del romano Pontífice. ¿Y quién sabe si de vuestras oraciones depende el que Dios disipe los enemigos de su Iglesia, como el viento disipa el humo, y le restituya los dias de su alegría y de su gozo? Lo que no puede dudarse es, que la oracion hecha en nombre de la Iglesia tiene una fuerza muy grande para atraer las misericordias del Señor.

Digamos cuatro palabras sobre los argumentos, mejor diré insultos, con que la escuela libertina combate á la Bula. ¿Por qué, dicen, pagando tres reales, podemos disfrutar de las gracias de la Bula, y no pagándolos, no?—Antes que todo respondo, que estos señores es menester aprendan de hablar. La Bula no se compra, sino que se toma: y de consiguiente el dinero que se entrega por ella, no es una paga, sino una limosna que la Iglesia señala como condicion indispensable para participar de sus gracias. ¿Toman ellos á mal que la Iglesia prescriba una pequeña limosna como en reconocimiento de las innumerables gracias y privilegios que nos concede? Entonces les preguntaré, si toman tambien á mal que les saquen el dinero los cómicos por dejarles presenciar una comedia, las cantarinas por cantarles una aria, y los extranjeros por mostrarles un animalucho. ¡Qué vergüenza! Por cosas las mas ridículas y vulgares se tiene por muy bien empleado el dinero, y por conseguir tesoros celestiales se cree malograda una pequeña limosna: no se halla dificultad en hacer gastos dispendiosos para mantener á tunantes que viven á expensas de la fatuidad pública; y luego se pone el grito en el cielo si se ha de entregar una limosna escasísima que ha de ser inver-

tida en obras de misericordia y piedad. ¿Es esto consecuente? ¿es racional?

Pero ¿no es bien extraño, replican, que teniendo el papel que se llama Bula, podamos comer carnes y disfrutar de otros privilegios; y no teniéndolo, no?—Vulgaridades son estas que no merecen contestacion, ni yo me ocuparia de ellas, si no supiese que, á pesar de ser necesidades, hacen gran fuerza en el espíritu de los tontos. No puedo contestar mejor á ellas que haciéndoles algunas preguntas igualmente ridículas é impertinentes. ¿No es bien extraño que teniendo un papel que se dice *Pagaré* podais cobrar lo que os debe un hombre, y no teniéndolo, no? ¿No es tambien extraño que mostrando un papel que se llama *Compra* ó *Testamento* podais probar el derecho que teneis á vuestras posesiones, y no teniéndolo, no? ¿No es igualmente extraño que poseyendo un papel que se titula *Cédula de vecindad* podais ir á donde os guste sin temor de que la policía os moleste, y no teniéndolo, no? ¿Qué respondéis á estas preguntas?—Que son preguntas insulsas, que no merecen contestacion.—Pues mas insulsa, si cabe, es la que haceis en orden al papel que llamamos Bula.

Mas tenemos entendido, continúan diciendo, que la limosna que se entrega por la Bula no se aplica á los fines que la destinó el Papa.—Cuando así fuese, ¿qué os va á vosotros en esto? Cuando dais limosna á un pobre, ¿teneis obligacion de examinar qué uso hace de ella? Pero no es verdad que la limosna que se recoge de las Bulas no se destine á los objetos que le ha señalado el Papa. No se aplica ya, como antiguamente, á sostener la guerra contra los infieles, es cierto, porque esta guerra ha cesado; pero se aplica á otros objetos, y con consentimiento del Papa, igualmente santos y piadosos. Si no fuesen los recursos que proporciona la Bula, ¿cuántos templos quedarían sin culto? ¿cuántas casas de Beneficencia habrían

de cerrarse? ¿cuántos pobres serían víctimas de la miseria?

Ya veis, cristianos, el poco caso que debeis hacer de las bufonadas y chistes con que la estúpida malicia de algunos combate la santa Bula. Vosotros, como hijos fieles de la Iglesia católica, recibidla con respeto, tomadla con gratitud, haced con fervor las obras que ella os prescribe, vivid de modo que seais dignos de participar de sus gracias, y en el cielo veréis lo que valen. Amen.

## EL MES DE MARÍA.

El amor filial que desde tiempos muy antiguos habia inspirado á los devotos de María santísima el pensamiento de consagrarle una hora cada dia, un dia cada semana, y una fiesta cada mes, les ha hecho concebir recientemente la feliz idea de dedicarle un mes cada año. Y como cuando se trata de hacer una ofrenda á una persona muy querida, se procura presentarle lo mas precioso y selecto, de ahí es que entre los meses del año se ha escogido el de mayo, el cual, por la admirable variedad de flores con que entonces se engalana la naturaleza, brinda al alma á adornarse con todo género de virtudes, formando de ellas como una hermosa corona para la gran Reina del universo.

Esta devocion, que pocos años há estaba circunscrita y como encerrada en algunos puntos de Italia, donde tuvo su origen, y solo era practicada en secreto por un reducido número de congregaciones y familias, en poco tiempo ha tomado un acrecentamiento tan asombroso, se ha hecho tan pública y universal, que casi podríamos decir que ha llegado á ser la gran devocion de todos los verdaderos cristianos. Ya no es solo en Italia donde se celebra con esplendor el mes de María, ya no es solo en esta ó aquella iglesia donde resuenan sus alabanzas en este dichoso mes: resuenan en el campo y en las ciudades, en los monasterios y en las casas, en las iglesias y en los talleres, en las cortes y en las aldeas, en Europa como en América, en el Asia igualmente que en África; viéndose cumplida á la letra aquella célebre profecía que la Virgen hizo acerca de sí misma cuando dijo,

que todos los pueblos de la tierra, y todas las naciones del universo la aclamarían bienaventurada: *Beatam me dicent omnes generationes.* Obsérvese sino lo que pasa durante el mes de mayo, y se verá que en todas partes se levantan altares á la gran Madre de Dios, que de todos los puntos salen voces que la bendicen y la alaban, que en todos los lugares se le tributan obsequios de veneracion, amor y alabanza. La monja la alaba en el coro, el sacerdote en el altar, el labrador en su cabaña, el artesano en su taller, el noble en su palacio, y la piadosa madre de familia en el aposento mas lindo de su casa, rodeada de sus hijos.

¿Y el cura? ¡Ah, cuán consolador es ver á muchos buenos Pastores reunir á sus amadas ovejas en torno del altar de María, rindiéndole allí todos juntos los tiernos homenajes de su amor y veneracion! ¿Qué de gracias, qué de favores pueden prometerse de una devocion tan santa, y de unos obsequios tan gratos á la Madre de Dios? Nos atrevemos á suplicar á todos los Curas párrocos, que por cuantos medios les sugieran su celo y piedad, procuren introducir esta devocion en sus parroquias, si aun no estuviere introducida; y conservar la y fomentarla, en el caso de estar ya instalada. Esta devocion nada tiene de difícil ni pesada: por el contrario, ya por la variedad de ejercicios que abraza, ya por los ejemplos que se leen, ya por las letri-llas que se cantan, ya en fin por los sermones que se predicán, es quizá la mas dulce y agradable de todas; enseñando la experiencia que en aquellas parroquias donde se practica, los fieles suelen emprenderla con tal calor y empeño, que la siguen constantemente todos los dias, y la acaban con el mismo fervor que la comenzaron.

No juzgamos necesario explicar al cura la forma en que ha de celebrarse el mes de María; esta es cosa que la encontrará detallada en cualquiera de esos libritos que se han compuesto al

intento. A mas de que él podrá arreglar el programa como mejor le pareciere, atendiendo al número y calidad del vecindario. Lo que sí le recomendamos mucho es, que á lo menos en los dias de fiesta que tengan lugar dentro el dicho mes, predique sobre María santísima, exponiendo ahora una, ahora otra de sus excelencias. Y para que no haya de fatigarse en componer los sermones, se los pondremos aquí arreglados; advirtiendo que, como versarán sobre asuntos generales, podrán aplicarse á cualquiera festividad de María santísima, haciendo en ellos las oportunas modificaciones. Hélos aquí.

#### Amor de Dios para con María.

Una est columba mea, perfecta mea. (Cant. vi, 8).

Hablando Salomon sobre el número casi infinito de almas justas que en diferentes tiempos han florecido en la Iglesia, y merecido con sus virtudes ser las criaturas predilectas de Dios, no las coloca á todas en el mismo grado de predileccion, sino que pone entre ellas esta notable diferencia. Hay, dice, unas almas tan favorecidas del Señor, que en vista de las gracias raras que les dispensa, no parece sino que ellas son las reinas de la corte celestial: *Sexaginta sunt reginæ*<sup>1</sup>. Otras hay, y en mayor número, á quienes el Señor, sin comunicárseles tan íntimamente como á las primeras, regala con favores tan grandes y exquisitos, que se les puede dar el título de amigas suyas: *Et octoginta concubinæ*<sup>2</sup>. Otras hay, en fin, y el número de estas es casi infinito, que sin ser tan regaladas de Dios como las anteriores, reciben no obstante algunas pruebas de su amor y cariño, como que aun son jovencitas en el ejerci-

<sup>1</sup> Cant. vi, 7. — <sup>2</sup> Ibid.

cio de la virtud: *Et adolescentularum non est numerus*<sup>3</sup>. Pero sobre todas estas criaturas que he dicho, hay una tan generosamente favorecida, tan tiernamente amada del Señor, que casi se podria decir que ella es la única querida y agraciada: *Una est columba, perfecta mea*.

¿Y cuál será, oyentes míos, esta dichosa criatura, cuál será? No hay que decirlo: vosotros comprendeis ya que es María santísima. En efecto, ella es á quien el Señor llama en los Cánticos, mi paloma, mi querida, mi predilecta: ella es á quien el Señor dice en los mismos Cánticos: Hasme herido el corazon, esposa mia, hasme herido el corazon, traspasándole con dulces flechas de amor: *Vulnerasti cor meum, soror mea sponsa, vulnerasti cor meum*<sup>4</sup>: ella es á quien el Señor dirige estas tiernas palabras: Es tanto lo que te amo, esposa mia, es tanto lo que te quiere mi corazon, que, sabiéndolo las otras almas, que tambien son mis esposas, te llenarán de elogios, y te aclamarán bienaventurada: *Viderunt eam filiae, et beatissimam prædicaverunt; reginæ et concubinæ, et laudaverunt eam*<sup>5</sup>. Esto, cristianos, deberia ser mas que suficiente para despertar en nosotros la mas tierna devocion hácia la Madre de Dios: porque si Dios la ama hasta el punto de preferirla á todas las demás criaturas, ¿no es justo que nosotros tambien la amemos, la honremos, y le profesemos un afecto tierno y filial? Sí, y voy á demostrarlo.

No hay que dudarlo, pues lo dicen expresamente los Libros santos: si se compara el amor que Dios tiene á María santísima con el amor que profesa á ese número casi infinito de almas justas que ha habido desde el principio del mundo, le ex-

<sup>3</sup> Cant. vi, 7. — <sup>4</sup> Cant. iv, 9. — <sup>5</sup> Cant. vi, 8.

cede tanto, que parece que ella es la única criatura favorecida y agraciada. Y sino, hagamos comparacion entre ella sola y todos los demás Santos juntos. Pongamos á un lado á todos cuantos Santos ha habido y habrá desde Abel hasta el último predestinado : pongamos á Abrahan con todo el laudable número de patriarcas y profetas que sirvieron fielmente á Dios en tiempo de la ley natural y escrita ; á Pedro con todo el glorioso coro de apóstoles y predicadores que santificaron al mundo con el ministerio de la palabra ; á Pablo con todo el sacro colegio de doctores que ilustraron á la Iglesia con sus plumas ; á Estéban con todo el rutilante ejército de mártires que vertieron su sangre en defensa de la fe ; á Benito con toda la innumerable turba de anacoretas y confesores que como Ángeles de carne poblaron los desiertos ; á Tecla con todo el interminable escuadron de inocentes vírgenes que como azucenas purísimas florecieron en el jardin de la Iglesia : pongamos ahora á otro lado á María santísima por sí sola , ¡oh! es ella sin comparacion mas amada de Dios que todos aquellos Santos juntos. Nadie tenga esta expresion por exagerada, porque antes que yo ra ha dicho el inspirado Salomon : *Una est columba mea, perfecta mea.*

Mas sorprendente es todavía lo que dice san Bernardo, á saber, que es tan grande el amor de Dios para con María, que crió el universo en obsequio suyo, y expresamente para glorificarla : *Propter hanc totus orbis conditus est*<sup>1</sup> ; y sin embargo es una verdad tan cierta, que la misma Virgen la asegura en el libro de los Proverbios. « El Señor, dice, me poseyó desde « el principio de sus caminos, y mucho antes que emprendiese « la creacion del mundo : cuando se disponia á criar los cielos, « ya pensaba en mí : cuando echaba los fundamentos de la tier-

<sup>1</sup> D. Bern. Serm. 6 super *Salve Regina.*

« ra, ya me tenia presente : cuando formaba el mar, las islas « y los montes, ya se complacia en mí, como que yo era la « criatura predilecta á favor de quien lo criaba todo ' . »

Aquí me ocurre la historia de aquel militar romano, el cual amaba tan tiernamente á su madre, que todo cuanto hacia lo enderezaba á complacerla y darle gusto. Cuando peleaba hacia prodigios de valor pensando que, sabiéndolo su madre, quedaria satisfecha de sus proezas : cuando conseguia algun triunfo le daba toda la publicidad posible pensando que, llegando á conocimiento de su madre, se complaceria de su fortuna : cuando recibia algun nuevo grado en el ejército, á los aplausos y parabienes que le daban sus camaradas no daba otra contestacion que esta : ¡Qué gozo tendrá mi madre cuando esto llegue á su noticia! Mis caros oyentes : si para expresar el inefable amor de Dios para con María santísima pudiese servir algun ejemplo, el que acabo de citar seria el mas propio y oportuno.

Criaba Dios los cielos, y creándolos decia para sí : ¡Qué gozo tendrá mi Madre cuando se vea Reina de todos ellos! Criaba Dios el sol, y creándolo decia para sí : ¡Qué satisfaccion recibirá mi Madre cuando se vea revestida de la luz y claridad de este hermoso astro! *Mulier amicta sole.* Criaba Dios la luna, y creándola decia para sí : ¡Qué alegre estará mi Madre cuando vea que este grandioso planeta sirve de peana á sus reales piés! *Et luna sub pedibus ejus.* Criaba Dios las estrellas, y creándolas decia para sí : ¡Qué contenta estará mi Madre cuando se vea coronada de ellas como á Soberana del universo! *Et in capite ejus corona stellarum.* Criaba Dios la tierra, y creándola decia para sí : ¡Qué alegría experimentará mi Madre cuando oiga que de un cabo al otro todos sus moradores la aclaman bienaventurada! *Beatam me dicent omnes generationes.* Criaba

<sup>1</sup> Prov. VIII, 22.

Dios la rosa, la azucena, el plátano, el olivo, el cinamomo, el ciprés, el cedro, la palma, y creándolos decia para sí : ¡Qué satisfecha estará mi Madre cuando vea que todas estas plantas sirven para expresar otras tantas excelencias suyas : la rosa la belleza de sus virtudes, la azucena la pureza de su concepcion, el plátano la frondosidad de sus méritos, el olivo la benignidad de su alma, el cinamomo el olor de su santidad, el ciprés la elevacion de su espíritu, el cedro la perpetuidad de su pureza virginal, la palma la gloria de sus triunfos!

Esto es admirable, oyentes míos ; y sin embargo no está todo aquí. No solo Dios crió todas las cosas en obsequio de su Madre, como he dicho con san Bernardo, sino que, tomando de cada criatura la principal perfeccion, las juntó todas en ella. Por esto se nota que siempre que el Espíritu Santo habla de María santísima, le da el nombre de las cosas mas perfectas y escogidas. Llámala rosa, por ejemplo, pero de Jericó, que es la mas apreciada : llámala cedro, pero del Líbano, que es el mas frondoso : llámala ciprés, pero de Sion, que es el mas alto : llámala palma, pero de Cadés, que es la mas elegante : llámala mirra, bálsamo, plátano ; pero mirra escogida, bálsamo sin mezcla, plátano de aquellos que se erian junto á las corrientes de las aguas. ¿Qué indica este modo de hablar? Indica que cuando Dios quiso formar á la que habia de ser su Madre, la formó de cuanto hay de mas bello, de mas perfecto, de mas admirable en el universo. Al modo que un pintor, poniéndose diferentes imágenes á la vista, copia de cada una la principal perfeccion, y de todas juntas forma sobre la tela una imagen perfectísima ; así Dios fué escogiendo lo que vió mas perfecto en cada una de sus obras, y tomando, por ejemplo, de los Serafines el amor, de los Querubines la sabiduría, de los Tronos la majestad, de las Virtudes el poder, de los Ángeles la inocencia, de los Patriarcas la fe, de los Profetas la

claridad, de los Apóstoles el celo, de los Doctores la luz, de los Mártires la constancia, de los Confesores la piedad, de las Vírgenes la pureza, todo lo reunió en María, como á primogénita que era entre todas las criaturas.

No se contentó el Señor con darle todas las perfecciones que se hallan repartidas entre las otras criaturas, sino que se las dió en toda su perfeccion, separando de ellas los defectos de que suelen ir acompañadas. Ella fue niña ; pero ¿qué tuvo de la niñez? La inocencia, el candor, la amabilidad ; no la ignorancia, no la flaqueza, no los caprichos. Ella fue vírgen ; pero ¿qué tuvo de la virginidad? La entereza, el honor, el mérito ; no la infecundidad, no el aislamiento, no el desamparo. Ella fue madre ; pero ¿qué le cupo de la maternidad? La presidencia, la autoridad, el mando ; no el menoscabo de la pureza, no los dolores del parto. Ella tuvo cuerpo ; pero ¿qué cuerpo? De un temple celestial, que jamás experimentó ni la mas ligera indisposicion, ni el mas pequeño movimiento de sensualidad, ni el menor desarreglo de pasiones. Ella fue hermosa, ¡oh! la mas hermosa de las mujeres : *Pulcherrima inter mulieres* ; pero ¿qué hermosura fue la suya? Hermosura que jamás despertó en nadie un mal pensamiento ; antes por el contrario inspiró el amor á la pureza á cuantos la miraron.

En vista del amor inefable con que el Señor ha honrado á María santísima, y de las perfecciones casi infinitas que ha reunido en ella, ¿habrá entre nosotros quien no la honre, no la ame, no le profese la mas tierna devocion? No olvidéis que, siendo ella la criatura mas amada de Dios, es tambien la que tiene mas valimiento acerca de él, y la que puede alcanzarnos mayores gracias. Lo que no alcanzaréis por su mediacion, á buen seguro que no lo conseguiréis por la de ningun otro Santo, aunque intercedan por vosotros todos los Santos del cielo juntos. Mirad sino cómo se explica el mismo Dios con Jere-

mías. «No me ruegues, Profeta, le dice, no me ruegues por  
«tu pueblo, ni te canses en ofrecermé por él holocaustos y sa-  
«crificios; porque te aseguro que no te oiré: *Tu ergo noli orare*  
«*pro populo hoc... quia non exaudiam te*<sup>1</sup>. ¿Cómo, Señor, no  
«admitís la intercesion de un hombre tan santo como Jeremías?  
«No, dice, no la admito: *Non exaudiam*.—¿Y si con Jere-  
«mías se juntasen Moisés y Samuel, hombres santísimos, y to-  
«dos juntos intercediesen por vuestro pueblo, ¿qué, Señor,  
«qué? ¿tampoco los oiríais?—Si Moisés y Samuel, respon-  
«de, vienen á hablarme á su favor, me los quitaré de delan-  
«te, y les mandaré que no comparezcan mas en mi presencia:  
«*Si steterit Moyses et Samuel coram me... ejiciam illos à facie*  
«*mea, et egrediantur*<sup>2</sup>.»—Y si se os presentase, Señor, al-  
gun otro Santo de mas mérito que estos ¿tampoco le oiríais?  
—Segun quién fuese, contesta.—Suponed, Dios mio, que es  
vuestra augusta Madre.—«¡Oh! contesta por boca de Salo-  
«mon, á esta sí que no la puedo desechar: pida cuanto quiera,  
«que no le rehusaré cosa alguna: *Neque enim fas est ut aver-*  
«*tam faciem tuam*<sup>3</sup>.» ¿Habeis oido, cristianos? A los demás  
Santos á veces Dios no los escucha, y hasta les prohíbe hablar  
en su presencia; pero á María santísima siempre la oye, siem-  
pre la atiende, siempre la complace.

Será tal vez por esto que Jesucristo nos aconseja que, quan-  
do queramos alcanzar alguna cosa de él, imitemos la astucia  
de la serpiente: *Estate ergo prudentes sicut serpentes*<sup>4</sup>. ¿Y en  
qué ha manifestado la serpiente mas astucia? En el modo con  
que procedió cuando quiso tentar á nuestros primeros padres.  
Parece que mientras iba á proponerles la tentacion, se detuvo  
allá á la puerta del paraíso, y se puso á hacer consigo este dis-

<sup>1</sup> Jerem. vii, 16. — <sup>2</sup> Ibid. xv, 1. — <sup>3</sup> III Reg. ii, 20.

<sup>4</sup> Matth. x, 19.

curso: «¿A quién acometeré primero, al hombre ó á la mu-  
«jer, á Adan ó á Eva? Si voy directamente á Adan, me ex-  
«pongo á no conseguir nada, porque el hombre es de carác-  
«ter muy formal, y dificilmente se doblega. Probemos antes  
«á la mujer, veamos si Eva se deja seducir: esto no será muy  
«dificil, puesto que la mujer es de un corazon blando, flexi-  
«ble y que sin gran dificultad se deja conquistar. Si lo logro,  
«ya lo tengo todo: como que Adan la ama tan tiernamente,  
«no sabrá resistir á sus instancias, y así por medio de ella con-  
«seguiré que consienta en el pecado.» Así discurrió la taima-  
da serpiente, y por cierto que el discurso no le salió mal.

Ved ahora, cristianos, en qué debemos imitar á la serpiente  
astuta. ¿Queremos alcanzar de Dios alguna gracia? ¿A quién  
acudiremos primero, al Hombre ó á la Mujer, á Jesucristo ó  
á María santísima? Si vamos directamente á Jesucristo, y él  
nos trata segun merecemos, nos exponemos á llevarnos repul-  
sa, y á que ni tan solo nos permita hablar en su presencia. Va-  
mos, pues, á la mujer, vamos á María santísima, veamos si  
logramos interesarla en nuestro favor. Si lo conseguimos, lo  
que no será dificil atendida la bondad de su corazon, ya lo he-  
mos conseguido todo; pues con el ascendiente que ella tiene  
sobre el corazon de Jesucristo, nos alcanzará cuanto nos sea  
conveniente.

Bien conoce el demonio cuán poderoso es el valimiento de  
María santísima, y por esto nada procura tanto como que nun-  
ca acudamos á ella. No parece sino que, lleno de rabia y des-  
pecho, tira contra cada uno de nosotros aquellas mismas pa-  
labras con que Dios le oprimió allá en el paraíso cuando le dijo:  
Yo pondré enemistad entre tí y la mujer: *Inimicitias ponam in-*  
*ter te et mulierem*<sup>1</sup>. Sí, dice el maligno, yo pondré enemistad

<sup>1</sup> Gen. iii, 15.

entre los cristianos y María santísima : yo introduciré entre ellos la desconfianza, el olvido y la indevoción : yo haré que no se acuerden de ella, ni recurran á su amparo : *Inimicitias ponam.*

¡Oh! amados fieles : á estas torpes bravatas del demonio contestad vosotros con aquellas otras palabras que el Señor le dijo : *Ipsa conteret caput tuum*<sup>1</sup>. Y erras, debe decirle cada uno, y erras, espíritu inmundo, si piensas conseguir que yo olvide á María santísima. ¿Yo olvidar á mi dulce Madre? Primero me olvidaré de mi mano derecha. ¿Yo dejar de alabarla? Primero mi lengua quede pegada al paladar. Cuando vengas á tentarme, yo acudiré á ella, *Et ipsa conteret caput tuum*, y ella te chafará la cabeza. Cuando me incites al mal, yo invocaré su dulce nombre, *Et ipsa conteret caput tuum*, y ella te hará huir avergonzado. Hacedlo así, mis amados fieles, honrad á María, servidla con todo el corazón, amadla con tierno amor ; y algún día conoceréis por experiencia propia que los que la honran dignamente, alcanzan vida eterna, como ella misma asegura : *Qui elucidant me, vitam æternam habebunt*<sup>2</sup>. Amen.

**María gran bienhechora del género humano.**

*Venit (columba) ad vesperam, portans ramum olivæ virentibus foliis in ore suo. (Gen. VIII, 11).*

¡Cuánto sufriría el buen Noé en aquellos nueve meses que hubo de estar encerrado en el arca, esperando á que cesase el diluvio! ¡Qué largo le parecería aquel tiempo! ¡Con qué ansias deseaba que acabase! Bien se deja entender por las repetidas pruebas que hizo para averiguar si las aguas habían cesado ó no. Abre un día la ventanilla, y despacha el cuervo pa-

<sup>1</sup> Gen. III, 15. — <sup>2</sup> Eccli. XXIV, 31.

ra ver si le llevará algún indicio de haber descubierto tierra ; pero el cuervo, engullido indudablemente por las olas, no vuelve. Deja pasar algún tiempo, y envía la paloma para hacer la misma averiguación ; pero, no hallando esta dónde fijar el pié, vuelve al arca dentro breve rato, sin llevarle ningún indicio de que hayan disminuido las aguas. Aguarda algunos días más, y despide por segunda vez la paloma, para ver si lleva alguna noticia favorable ; y hé aquí que, después de haber estado fuera gran parte del día, al caer de la tarde vuelve el inocente animalito todo festivo y alegre, llevando un ramo verde de olivo en el pico, como en señal de que el diluvio había enteramente cesado : *Venit ad vesperam, portans ramum olivæ virentibus foliis in ore suo.*

Creo, oyentes míos, que esta palomita que llevó á Noé la plausible noticia de haber cesado el diluvio, ha despertado desde luego en vosotros la idea de María santísima, y que la habeis considerado como una viva figura de lo que esta ha hecho con el género humano. Realmente no puede darse una imagen ni más propia ni más expresiva. ¿No fue María santísima quien al cabo de cuatro mil años que el género humano estaba sumergido en el diluvio de males en que le anegó la culpa de Adán, vino á anunciarnos días más claros y serenos? ¿No fue María santísima quien nos trajo la alegre noticia de que había cesado la época de nuestras desgracias, y de que iba á abrirse la era de nuestra felicidad? ¿No fue María santísima quien contribuyó eficazmente á que cesasen los males que desde el principio del mundo afligian al género humano? ¡Ah! cristianos : ¡cuánto debemos á María! ¡De cuántos males nos ha librado! ¡Cuántos bienes nos ha traído! Yo quiero llamar hoy vuestra atención acerca de este asunto, sobre el que quizá nunca habeis hecho la debido reflexión ; esperando que él servirá eficazmente para avivar en vosotros el amor y devoción há-

cia esta insigne bienhechora del género humano. Antes de comenzar el discurso os advierto, que él requiere de vosotros una particular atencion.

Cuarenta siglos contaba el mundo cuando María santísima apareció en él, y en tan larga sucesion de años no habia amanecido para el hombre un solo dia de felicidad. No es que Dios hubiese hecho al hombre infeliz, no : quien le hizo desgraciado fue su soberbia y su orgullo. Criado el hombre en estado de inocencia, dotado de una alma que era una hermosa imágen del mismo Dios, revestido de un cuerpo impasible é inmortal, colocado en un paraíso ameno, delicioso y abundante, hecho señor absoluto de toda la naturaleza, libre enteramente de todo dolor, enfermedad y pesadumbre, ¿qué mas podia desear? Sin embargo Adan, el soberbio Adan no supo contentarse con todo esto, aspiró á mas, y quiso ser un Dios de segundo orden, y parecerse al Altísimo, conforme al consejo de la serpiente : *Evilís sicut dii* \*. Este atentado, como veis, era demasiado enorme para que Dios lo disimulase. Desde entonces Dios ya no vió en Adan un hijo fiel, dócil y sumiso ; sino un rebelde, un sedicioso, un conspirador : y como á tal le despojó de todos sus privilegios, le echó del paraíso, fulminó contra él y su descendencia un decreto lleno de maldiciones.

Verdad es, segun la teología, que Dios entonces ya tenia premeditado un medio para reconciliarse á su tiempo con nosotros, y levantarnos la pena en que habíamos incurrido ; pues se le oyó decir, que vendría una mujer que, chafando la cabeza á la serpiente infernal, levantaria al hombre del infeliz estado en que habia caido : *Ipsa conteret caput tuum* \*. Pero

\* Gen. III, 5. — \* Ibid. 13.

entre tanto que esta mujer no llegaba, Dios en desquite de la injuria que habia recibido del hombre no cesaba de descargar sobre él golpes los mas terribles y severos. Espanta el leer el rigor y severidad con que Dios trató al género humano durante el tiempo de la ley natural y escrita. Su justicia no cesaba de esparcir por todas partes estragos y horrores : su espada humeaba siempre con la sangre de las innumerables víctimas que caian á su corte. En aquel infeliz tiempo ver pasar á cuchillo naciones enteras, ver llover fuego sobre las ciudades, ver convertirse en cementerios los reinos mas florecientes, ya no causaba admiracion, porque eran cosas que se veian cási todos los dias. Por un simple acto de vanidad venia la peste á diezmar todo un reino, como sucedió en tiempo de David : por un estupro se pasaba á cuchillo una tribu entera, como aconteció á la de Benjamin : por un pequeño robo caia la maldicion sobre todo un ejército, como lo experimentó el de Josué.

No me detendré en referir por menor todas las calamidades que vinieron sobre la triste descendencia de Adan en aquellos infelices tiempos : basta decir en general que los hombres, agobiados con tantas desgracias, suspiraban continuamente por un libertador. Al modo que el triste navegante, combatido de una récia tormenta, levanta sin cesar la vista al cielo por si puede discernir al través de los nubarrones la estrella que conduce al puerto, así los hombres tenian la mirada fija en los siglos venideros por si lograban divisar á aquella mujer anunciada desde el principio del mundo, la cual debia poner término á tantas desgracias. El primero que logró divisarla á lo léjos fue Isaías. ¡Qué grito de alegría dió este Profeta en vista de un objeto tan deseado! Consuélate, pueblo mio, grita lleno de júbilo, levántate, Sion, de tu abatimiento, alegraos todos los que gemís bajo la opresion, que ya va á ser remediada la gran culpa de Adan, y perdonada la pena que le habia sido con-

siguiente : *Consolamini, consolamini, popule meus... quoniam completa est malitia... dimissa est iniquitas*<sup>1</sup>. Hé aquí que una virgen concebirá : sin dejar de ser virgen dará á luz un hijo : y este hijo será nuestro Salvador : *Ecce virgo concipiet, et pariet filium, et vocabitur nomen ejus Emmanuel*<sup>2</sup>.

No es para mi lengua pintar al vivo la alegría que difundió por toda la tierra este anuncio de María santísima : de todos los puntos del globo se levantan voces que la saludan, la alaban y la bendicen. David le consagra salmos que le canta al son de su arpa, los Patriarcas la hacen el objeto de sus ansias, los Profetas de sus elogios, los sábios de su admiracion, los poetas de sus cánticos, los justos de su alegría y los pecadores de su confianza. Llega en fin el dia dichoso en que María aparece en el mundo, y hé aquí que con ella aparece tambien un cielo nuevo, una nueva tierra, y un nuevo orden de cosas. Los rigores de la ley antigua desaparecen como por encanto, el hombre comienza á ser tratado con mas consideracion, Dios envaina la espada que tanta sangre derramó en el discurso de cuarenta siglos; y reconciliado ya enteramente con el hombre, viene á darle un abrazo tan estrecho en el seno de esta bendita Virgen, que Dios y el hombre quedan eternamente unidos en la adorable persona de Jesucristo.

En vista de esto ya no admiro que la Iglesia llame feliz á la culpa de Adan : *O felix culpa*<sup>3</sup>. Pero ¿cómo feliz? Vedlo aquí. La culpa de Adan dió motivo á que María viniese al mundo : viniendo María al mundo, nos trajo un Hombre-Dios; trayéndonos un Hombre-Dios, no solo se ha renovado aquella cordial amistad que mediaba entre Dios y el hombre en el estado de la inocencia; sino que se ha estrechado con vínculos mas

<sup>1</sup> Isai. XL, 1. — <sup>2</sup> Ibid. VII, 14. — <sup>3</sup> Eccle. in Bened. Cer. pasch.

fuertes, y con lazos mas indisolubles. Ya no son vínculos de puro amor los que unen á Dios con nosotros; son vínculos de naturaleza, son lazos de sangre, son nudos de consanguinidad. ¡Oh buen David! tú no advertirias esta íntima union entre Dios y nosotros cuando dijiste que el hombre era un poco menor que los Ángeles : *Minuisti eum paulò minùs ab Angelis*<sup>1</sup>. ¿El hombre menor que los Ángeles?... ¿Y á cuál de los Ángeles, te pregunta san Pablo, ha dicho jamás el Señor : Tú eres mi hijo? *Cui enim dixit aliquando Angelorum : Filius meus es tu*<sup>2</sup>? ¿A cuál de los Ángeles, sigue preguntando el mismo Apóstol, ha dicho Dios : Siéntate á mi derecha? *Sede à dextris meis*<sup>3</sup>? De Adan en el estado de la inocencia hubieras podido decir que era menor que los Ángeles, porque en realidad lo era, menor por naturaleza, menor en gracia, menor en felicidad; mas despues que María ha unido á Dios y al hombre en una misma persona, el hombre ha subido á una dignidad tan alta, que sobrepuja la de todas las demás criaturas.

No creais, oyentes míos, que el bien que María santísima ha hecho á los hombres se limite á lo que habeis oido hasta aquí : ella ha ido continuando en favorecernos, adquiriendo dia por dia nuevos derechos á nuestro reconocimiento y amor. Recorred la historia, y veréis que el Señor no nos ha dispensado ningun beneficio sin que María santísima haya mediado en ello, y reconoceréis que nunca nos hallamos en ninguna necesidad sin que María acuda inmediatamente á nuestro socorro. Cuando somos tentados ¿quién nos conforta? María santísima. Cuando estamos afligidos ¿quién nos consuela? María santísima. Cuando hemos caído en algun pecado ¿quién nos levanta? María santísima. Cuando Dios nos castiga ¿quién le

<sup>1</sup> Psalm. VIII, 6. — <sup>2</sup> Hebr. I, 5. — <sup>3</sup> Ibid. 13.

aplaca? María santísima. Cuando nos hallamos en trance de muerte ¿quién nos asiste? María santísima. Si vamos al cielo ¿quién nos conduce? María santísima. ¡Ah! bien lo entendia el melífluo san Bernardo cuando dijo, que no hay gracia que no nos venga por su mano.

Lo mas particular es, que ella dispensa sus favores sin hacer distincion entre justos y culpables. Así como en el arca de Noé hallaron acogida, no solo el hombre inocente, el manso cordero y la inofensiva paloma, sino tambien el fiero leon, el carnicero tigre y toda suerte de bestias feroces; del mismo modo en el piadoso corazon de María santísima tienen cabida, no solo las almas inocentes y justas, sino tambien las pecadoras é ingratas. Oid en qué términos se expresa ella misma en el libro del Eclesiástico. Yo, dice, soy una Madre tan buena y amante, que con justicia se me da el título de Madre del amor hermoso: *Ego mater pulchræ dilectionis*. En mí está la gracia y el consejo, en mí la esperanza de la vida y de la virtud: *In me omnis spes vitæ et virtutis*. Quien me oye no quedará confundido: quien se acoge á mí no cometerá pecado: quien me honra alcanzará la vida eterna: *Qui elucidant me, vitam æternam habebunt*. Venid á mí todos los que me necesitais: no haya quien tema, quien dude, quien vacile; porque mis entrañas á nadie se cierran, porque á la ternura de mi corazon todos tienen derecho, porque mi espíritu es indistintamente para todos mas dulce que la miel: *Spiritus enim meus super melle dulcis*<sup>1</sup>. ¿Habeislo oido, cristianos? Estas son palabras que os dirige la santísima Virgen, estas son excitaciones que os hace, á fin de despertar en vosotros su confianza y devocion. Cuidado en no dejarla hablar en vano, cuidado en despreciar sus ofrecimientos.

<sup>1</sup> Eccli. xxiv, 24 et sequent.

Os hablo así con tanta formalidad, porque estoy en la conviccion mas íntima de que de ser ó no ser devotos de María santísima depende vuestra salvacion ó condenacion. Y aquí tocaré una cuestion igualmente nueva para vosotros, que útil y necesaria. Se pregunta si la devocion á María santísima es de absoluta necesidad para salvarse un adulto, ó lo que es lo mismo, si puede un adulto salvarse sin haber sido devoto de María santísima. A esta cuestion se responde que, hablando de la necesidad que los teólogos llaman de *precepto*, es cierto que la devocion á María santísima no es necesaria para conseguir la salvacion, porque el precepto de ser devotos suyos no se encuentra ni en el Evangelio, ni en la legislacion eclesiástica; pero si hablamos de la necesidad que se dice de *medio*, es muy probable que la devocion á la Madre de Dios es necesaria para que un adulto consiga salvarse, es decir, que Dios de tal modo ha vinculado nuestra salvacion con la devocion á su Madre, que probablemente no podremos entrar en el cielo, si en la tierra no hemos sido devotos suyos. ¿Os admira esta doctrina? Pues es la que comunmente enseñan los santos Padres de la Iglesia. Oid cómo se explica san Anselmo hablando con la misma Virgen: ¡Oh! Señora, le dice, así como es imposible se pierda aquel á quien Vos deis una mirada de clemencia, así es indispensable perezca eternamente aquel de quien Vos aparteis la vista: *Omnis à te despectus necesse est ut pereat*. ¿Y no apartará ella la vista de quien no le profesa la menor devocion? Oid ahora á san Bernardo: Si algo, dice, hay en nosotros de esperanza, de gracia y salud, entendamos que todo nos viene por conducto de María: *Si quid spei in nobis est, si quid gratiæ, si quid salutis, ab ea noverimus redundare*<sup>1</sup>. Y el salvarse ¿no es una gracia, y aun la

<sup>1</sup> D. Bern. Serm. de Nat. B. V. M.

corona de todas las gracias? A mas de que, ¿os parece si es posible entrar en el cielo sin pasar por la puerta? Pues la puerta es María santísima, como nos dice la Iglesia : *Janua caeli*.

Así que, amados míos, si quereis conseguir vuestra eterna salvacion, y al propio tiempo manifestar vuestra gratitud á esta insigne bienhechora del género humano, honradla con la mas tierna devocion. ¿Cómo podeis dejar de ser devotos suyos, sabiendo que ella ha hecho cesar los rigores de la ley antigua, que ella nos ha dado el Salvador, y que á ella somos deudores de la amistad que ha vuelto á reinar entre Dios y nosotros? ¿Cómo podeis no honrarla con una devocion filial, no ignorando que su devocion es un pronóstico casi cierto de eterna salvacion, y que su olvido es un preludio, un síntoma de condenacion eterna? Comenzad desde hoy á servir con nuevo fervor á esa gran Madre de los predestinados, entrad en alguna de esas congregaciones que tienen por objeto honrarla con un culto especial, rezadle todos los dias la Corona ó el santísimo Rosario, confesad y comulgad en honor suyo en las principales festividades que la Iglesia le dedica, y sobre todo llevad una vida que no desdiga de los hijos de una tan santa Madre. Practicadlo así, y algun dia recogeréis los frutos saludables de vuestra devocion. Amen.

#### María refugio de pecadores.

Tunc separavit Moyses tres civitates...  
ut confugiat ad eas qui nolens occiderit  
proximum suum. (*Deut. iv, 41*).

Refiere la Escritura santa en el libro del Deuteronomio, que antes que el pueblo de Israel entrase en la tierra de promision, Moisés recibió orden de Dios para destinar tres ciudades que sirviesen de refugio á los que, sin quererlo, derramasen la sangre de su prójimo, y que puestos allí fuesen inviolables

hasta que su causa se hubiese examinado en los tribunales. Como todo lo que pasaba en la ley antigua era figura de lo que habia de acontecer en la ley de gracia, los santos Padres aseguran unánimemente que aquellas tres ciudades figuraban á María santísima, en cuya bondad hallan seguro refugio todos aquellos pecadores que desean escapar los castigos que merecen por sus culpas. En efecto, Dios, cuya misericordia brilla mas en nuestros tiempos que en los de Moisés, no ha querido que los culpables de ahora fuesen de peor condicion que los de entonces, y si aquellos tenían ciudades materiales que los ponian á cubierto de la persecucion de la justicia humana, estos tienen una ciudad mística, que es María santísima, que les sirve de asilo para librarse de los golpes de la justicia del cielo.

De consiguiente, bien pueden alegrarse los pecadores, bien pueden estar de norabuena, teniendo un refugio tan poderoso como el de María santísima. ¡Ah! si en adelante se condena alguna pecador, no merecerá que le compadezcamos, no será digno de que derramemos una sola lágrima por él, pues se condenará porque quiere, se perderá porque rehusa aprovecharse del refugio que María santísima le ofrece. Desde luego ella ofrece tres cosas á cualquiera pecador que quiera escapar los castigos de la Justicia divina : primera, alcanzarle de Dios el perdon de sus culpas : segunda, animarle á hacer una sólida conversion : tercera, ayudarle por sí misma á soltar las cadenas de sus vicios y recobrar la libertad de los hijos de Dios. ¿Puede ofrecerle mas? Expliquemos estas tres verdades tan sólidas como consoladoras, y se verá que María es verdadero refugio de pecadores.

Un vasallo que ha tenido la temeridad de rebelarse contra su legítimo soberano, y de tomar las armas contra él, cuan-

do despues se ve perseguido y estrechado por sus ejércitos, ¿qué hace, cristianos? Deja las armas, se humilla, envia al soberano ofendido una persona que le aplaque, y le induzca á reconciliarse con él: *Legationem mittens, rogat ea que pacis sunt*<sup>1</sup>. Pecadores, vosotros habeis tenido la osadía de rebelaros contra Dios, y declarar guerra al Rey del cielo: en esta guerra loca é insensata quien necesariamente ha de sucumbir sois vosotros, pues es evidente que el débil no puede prevalecer contra el fuerte, la criatura contra el Criador, y el hombre contra Dios. ¿Qué es, pues, lo que debéis hacer? Someteros, humillaros, enviarle una persona que aplaque su justicia. Pero ¿á quién pensais confiar esta delicada comision? Cuidado en la eleccion que haréis, porque de ella depende todo el buen éxito de la empresa. Dos comisiones envió Noé en aquella tremenda lucha que estalló entre Dios y los pecadores en tiempo del diluvio. Para la primera eligió al cuervo, el cual no le fue portador de ninguna noticia favorable: para la segunda eligió á la paloma, la que no tardó en llevarle la fausta noticia de que la indignacion de Dios habia calmado, de que Dios se habia compadecido de los hombres, y acababa de reconciliarse completamente con ellos. ¿Sabeis, pecadores, lo que os dice esto? Que si quereis enviar á Dios una comision que le agrade, y le induzca pronto á reconciliarse con vosotros, debéis elegir para ella á la paloma, es decir, á su santísima Madre. Yo os aseguro que si fiais á ella este negocio, pronto quedarán arregladas todas las diferencias que hay entre vosotros y Dios, pronto se verificará entre Dios y vosotros una reconciliacion sólida, estable y sincera.

¡Pobre Job! tú buscabas un pacificador entre Dios y el pecador, y no hallándole ni en el cielo ni en la tierra, exclama-

<sup>1</sup> Luc. XIV, 32.

bas lleno de amargura: No hay quien pueda avenirlos, quien pueda reconciliarlos, quien pueda ponerlos en paz y amistad: *Non est qui utrumque valeat arguere, et ponere manum suam in ambobus*<sup>1</sup>. No admiro, buen Patriarca, que en todo el mundo no hallases quien fuese capaz de reconciliar á Dios con los pecadores, porque cuando le buscabas, aun no existia María santísima; que si ella hubiese existido entonces, á buen seguro que no en vano habrias hecho la diligencia. Y la razon es clara, oyentes míos. Para reconciliar á Dios con un pecador se requiere una persona que tenga alguna autoridad sobre el uno y el otro, una persona que, amando mucho al ofendido y al ofensor, tenga bastante valimiento para inducir á aquel á que olvide la ofensa recibida, y para persuadir á este que reconozca la falta que ha hecho. ¿Y quién reune estas condiciones sino María santísima? ¡Ah! ella es Madre de Dios y al mismo tiempo es Madre del hombre, segun lo que dijo el Profeta: *Homo et homo natus est in ea*<sup>2</sup>: su corazon de madre no puede sufrir que haya discordias entre estos dos hijos que tanto ama, y de consiguiente nada desea ni procura tanto como que cesen y desaparezcan. Bien sabe ella que el hijo hombre es el culpable, bien sabe que él es quien con su mal proceder ha provocado la indignacion del Hijo de Dios; pero como por esto no ha dejado de ser hijo suyo, como por esto no deja ella de amarle entrañablemente, de ahí es que, como buena Madre, procura componer la cosa del mejor modo posible, haciendo que el Hijo de Dios ceda un poco de sus derechos, y que el hijo hombre le dé la competente satisfaccion.

¿Y podrá el Hijo Dios despreciar la intercesion de su Madre? Mirad lo que pasó á Betsabé, madre del rey Salomon. Este estaba muy indignado contra un hermano suyo llamado

<sup>1</sup> Job, IX, 33. — <sup>2</sup> Psalm. LXXXVI, 5.  
19\*

Adonías, ya por el mal comportamiento que habia tenido con su padre David, ya por una conspiracion que entonces mismo estaba fraguando con Joab y Abiatar. En estas circunstancias entra Betsabé á hablarle á favor de Adonías, y á pedirle para él ¿qué diríais? No ya el perdon de su culpa, sino el matrimonio con Abisag Sunamite, la cual el mismo Salomon se habia elegido por esposa. Peticion mas arriesgada que esta no parece sea posible; sin embargo, Salomon, por ser su madre quien la hacia, no solo no la rechazó, sino que añadió estas palabras: ¿Por qué os limitais á pedirme á Abisag para Adonías mi hermano? pedid para él el reino, si quereis: *Quare postulas Abisag Sunamitidem pro Adonia? postula ei et regnum*<sup>1</sup>. Ahora bien, pecadores míos, si Salomon fue tan atento con su madre en una peticion tan extraña, y podria decirse absurda, ¿podrá Dios despreciar la mediacion de María santísima, siempre que ella le hable á vuestro favor? ¿podrá dejar de reconciliarse con vosotros, si ella se lo pide? Pensad si esto seria posible... De consiguiente el primer paso que debéis dar para que Dios os perdone, es acudir á su bendita Madre, siguiendo en esto el ejemplo de Adonías, quien, para entrar en gracia de su hermano, lo primero que hizo fue recurrir á la mediacion de Betsabé.

Bien sé que para reconciliarnos con Dios es menester que vosotros detesteis las injurias que le habeis hecho, que salgais de esos vicios que os separan de él, y os sintais animados á darle la competente satisfaccion. Si me preguntais quién podrá auxiliarnos en esto, habré de deciros que nadie podrá hacerlo mejor que María santísima. Desde el momento que comenceis á recurrir á ella por medio de una verdadera devocion, experimentaréis que el pecado comienza á perder su

<sup>1</sup> III Reg. 11, 22.

atractivo, que la virtud se os hace amable, y que la voluntad se siente inclinada á una conversion verdadera. No os digo esto al aire y sin fundamento, sino apoyado en lo que atestiguan cuantos, despues de una vida criminal, han logrado convertirse de veras á Dios. Preguntad á esas personas poco há tan olvidadas de su alma, y hoy tan fervorosas en el servicio divino, por dónde comenzó su mudanza, cuál fue el origen de su conversion; y os responderán que su mudanza comenzó por la devocion á María santísima, que su conversion la deben al socorro que les prestó la Madre de Dios. ¿No es así, almas un tiempo pecadoras y actualmente justas, no es así? ¡Cuánto me gustaria que pudiérais subir á ocupar mi lugar, y publicar en voz alta desde este púlpito toda la historia de vuestra conversion, y la gran parte que tuvo en ella María santísima! Mas ya que esto no sea dable, procurad á lo menos, yo os lo suplico, y os lo suplico ya por el honor de esta Señora, ya por el bien de vuestro prójimo, procurad á lo menos en las conversaciones particulares hacerlo saber á cuantos gusten saberlo, y quieran aprovecharse de vuestro ejemplo.

Yo solo diré, que desde el momento que noto que un pecador recurre sinceramente á María, ya no dudo de su pronta conversion. Cuando vosotros veis que la aurora comienza á asomarse por la parte de Oriente, ¿dudais de que está próximo el dia? No, porque sabeis que es su precursora, y que siempre lo conduce en pos de sí. Pues del mismo modo, cuando yo advierto que el amor y devocion á María santísima comienzan á prender en una alma pecadora, ya tengo por cierto que no continuará por mucho tiempo en el pecado. ¿Por qué? Porque sé que tras de esta Aurora mística viene siempre el Sol de gracia y de justicia; y que es tan imposible ser sincero devoto de María santísima y no convertirse á Dios,

como es imposible que tras de la aurora natural no venga pronto el dia.

Omitiendo muchos casos particulares que pudiera citar en prueba de esto, solo aduciré dos sacados de la santa Escritura. El primero está consignado en el capítulo segundo del Evangelio de san Juan. Muchas habian sido las veces que Jesucristo habia procurado la conversion de los cafarnaitas, hombres perversos y detestables, pero nunca lo habia logrado. Despues de las bodas de Caná, fué á predicar llevando en su compañia á su bendita Madre, cosa que no acostumbraba : *Post hoc descendit Capharnaum ipse, et mater ejus*<sup>1</sup>. ¿Y qué sucedió? Que esta vez los cafarnaitas se prestaron tan dóciles á su predicacion, que se convirtieron cási todos. Por manera que, sabiéndolo los de Nazaret, concibieron de ello un poco de envidia, y quejosos dijeron á Jesucristo : Las admirables conversiones que has hecho en Cafarnaum, ¿por qué no las haces aquí, que es tu patria? *Quanta audivimus facta in Capharnaum, fac et hic in patria tua*<sup>2</sup>. ¿Veis como al presentarse María santísima sigue inmediatamente la conversion de los pecadores?

El otro caso lo refiere el mismo san Juan, el cual no solo prueba que la presencia real de María santísima obra la conversion del pecador, sino que para obrarla basta alguna vez la presencia de uno que lleve su mismo nombre. Fué Jesucristo á casa de Marta y María en ocasion que estaba toda llena de judíos que habian acudido para consolarlas en la muerte de su hermano. Noticiosa Marta de su venida, sale al punto á recibirle ; pero sale sola, y sin que ninguno de los circunstantes se mueva para seguirla. Al cabo de breve rato sale tam-

<sup>1</sup> Joan. II, 12. — <sup>2</sup> Luc. IV, 23.

bien María á su encuentro, y hé aquí que la siguen todos : *Judæi qui erant cum ea... secuti sunt eam*<sup>1</sup>. Y lo mas particular es, que todos creen en Jesucristo y se convierten, como lo asegura el texto sagrado : *Crediderunt in eum*<sup>2</sup>. Pregunto ahora : ¿por qué saliendo Marta al encuentro de Jesucristo, todos los circunstantes se están quietos y continúan en su ceguera, y en saliendo María, todos se mueven y creen en él? Aquí hay un misterio, responde san Gregorio, y el misterio es, que esta llevaba el nombre de su misma Madre : *Erat bajula materni nominis*; y para que entendamos que si el solo nombre de María condujo á los judíos al conocimiento de la verdadera fe, mucho mas su devocion conducirá los cristianos á la conversion y á la gracia. Así que, pecadores, si queréis ver verificada cuanto antes la importante obra de vuestra conversion, no habeis de hacer mas que acudir pronto á María para que la prepare y la comience.

No ignoro que de vuestra parte convendrá hagais un esfuerzo para romper esas cadenas de culpas que os aprisionan ; pero ¿pensais que para esto no os servirá tambien mucho el socorro de María santísima? Haced vosotros lo que buenamente podais, que yo os aseguro que ella hará lo restante. Esta es una obra que ni vosotros podeis hacerla sin su auxilio, ni ella puede llevarla á cabo sin vuestra cooperacion, sino que se requiere el concurso de la una y de los otros. Decidle vosotros con la Iglesia : *Solve vincla reis*, quitadnos, ó gran Reina, estas cadenas de pecados que nos oprimen : sin duda ella lo hará, pero ¿qué pensais os responde al mismo tiempo? Aquello que Dios decia á su pueblo por el profeta Isaiás : *Solve vincula colli tui, captiva filia Sion*<sup>3</sup>. Yo, hijos míos, os dice, haré de mi parte lo que corresponde para romper vuestras ca-

<sup>1</sup> Joan. XI, 31. — <sup>2</sup> Ibid. 43. — <sup>3</sup> Isai. LII, 2.

denas ; mas no puedo hacerlo todo por mí sola , sino que vosotros debéis ayudarme en ello . Acércate , doncellita , y ayúdame á deshacer esos lazos de amor impuro que te tienen atada á aquel jóven libertino : deshagámoslos pronto , hija querida , y antes que con la repetición de nuevos pecados se hagan tan fuertes que sea imposible soltarlos : *Solve vincula colli tui , captiva filia Sion* . Ven acá , jovencito , y ayúdame á romper esas ataduras que te hacen esclavo de tus propias pasiones : rompámoslas luego , hijo estimado , y primero que te arrastren al infierno : *Solve vincula colli tui , captiva filia Sion* . Y tú , hombre ya adelantado en edad , y tú , mujer esclava de vicios muy antiguos , ¿ qué haces ? ¿ qué aguardas ? Llégate pronto á mí , y todos juntos apresuremonos á romper esas cadenas antes que la justicia de Dios no te alcance : *Solve vincula colli tui , captiva filia Sion* .

A estas voces de María ¿ qué respondeis , pecadores , qué resolvéis ? Mirad que , despues de haber ofendido tanto á Dios , el auxilio de su Madre es el único recurso que os queda . Si este llega á faltaros , infaliblemente vais á dar en el infierno . Antes que esto no suceda , aprovechaos del refugio que ella os ofrece : animados de un verdadero deseo de convertirlos , y de convertirlos pronto , acudid á ella para que aplaque á Dios , os facilite la enmienda , os ayude á ponerlos en gracia , y finalmente os alcance el don de perseverancia , que es el último escalon por donde se sube al cielo . Amen .

**La devoción á María es señal de salvación .**

Qui me invenerit , inveniet  
vitam . ( *Prov. viii , 33* ) .

Almas tímidas y apocadas , que llenas de perplejidades y temores llegais á desconfiar de vuestra salvación , ¿ por qué teméis ? ¿ por qué desconfiais ? ¡ Ah ! me responderéis , nuestro

temor y nuestra desconfianza no son sin fundamento . ¿ No dice el Evangelio que es estrecho el camino que conduce á la vida , que es angosta la puerta del cielo , y que son pocos , poquísimos los que logran entrar por ella ? ¿ No asegura el Espíritu Santo que nadie sabe si es digno de amor ó de odio , que hay un camino que en la apariencia conduce al paraíso y en la realidad conduce á la perdición , que nuestra predestinación es un misterio que Dios guarda oculto , y que no lo descubrirá hasta que seamos presentados en su tribunal ? ¿ No nos proponen los Libros santos el ejemplo de los Ángeles que se perdieron en el cielo , el de Adán que pecó en el paraíso , el de Judas que prevaricó en el apostolado ? ¡ Ah ! que tenemos harto motivo para temer que , cuando irémos á llamar á las puertas del cielo , se nos dirá lo que se respondió á las vírgenes fatuas : *Clausus est janua : nescio vos* , la puerta está cerrada : no os conozco .

No dejo de conocer , cristianos , todo el valor de cuanto se acaba de decir ; pero si yo os dijese que , no obstante esto , hay un medio seguro , segurísimo para llegar al cielo , y que está en vuestra mano el adoptarlo , ¿ no os animaríais ? Pues este medio existe , y es profesar una cordial y sincera devoción á María santísima . ¿ Quién lo dice ? Ella misma con aquellas palabras de los Proverbios que la Iglesia le aplica en sus solemnidades : *Qui me invenerit , inveniet vitam* . Quien me hallare , dice , por medio de una sincera devoción , hallará la vida eterna . Quizá esto , dicho así sencillamente , no sería suficiente para convenceros de esta verdad interesantísima á la par que consoladora ; y por lo mismo voy á manifestarla con mas extensión , haciéndoos ver que la devoción á María santísima es una señal clara , un pronóstico seguro de salvación eterna . ¿ Por qué ? porque ella puede , quiere , y debe salvar á sus verdaderos devotos . Puede , pues es una Reina llena de poder :

*Virgo potens*. Quiere, pues es una Madre llena de bondad: *Virgo clemens*. Debe, pues ella lo ha prometido, y no es capaz de faltar á su palabra: *Virgo fidelis*. ¿Quereis pruebas mas convincentes? Vamos á amplificarlas.

Que María santísima puede conseguir de Dios cualquiera gracia que mire á la salud de sus devotos, y de consiguiente su salvacion, es doctrina tan corriente entre los santos Padres, que seguramente no hay uno que no la enseñe. Entre tantos como podria citar, solo aduciré las palabras de dos ó tres, asegurándoos que los restantes se explican del mismo modo que estos, ó en términos equivalentes. Dios, nos dice san Bernardo, por el particular amor y respeto que profesa á su Madre, no le niega cosa alguna, antes le otorga prontamente cualquiera favor que le pida por la salvacion de sus devotos<sup>1</sup>. Jesucristo, dice san Antonino, no puede desairar á su Madre cuando le pide la salvacion de alguno, no solo por el respeto y atencion que le debe como á Madre, sino tambien por la promesa que le tiene hecha de oír sus súplicas, habiéndole dicho en persona de Salomon: Pedid, Madre mia, cuanto querais de mí, que yo no desatenderé ninguno de vuestros ruegos<sup>2</sup>. Hay mucha diferencia, dice san Pedro Damiano, entre el valimiento de los demás Santos y el de la Reina de todos ellos María santísima: aquellos se presentan delante del trono de Dios como siervos, esta se presenta como Señora: aquellos suplican, esta manda: los ruegos de aquellos se fundan solamente en la bondad divina, los de esta se apoyan en un cierto derecho de justicia que va anexo á su título de Madre<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> D. Bern. Serm. 3 Vig. Nativ. — <sup>2</sup> D. Anton. 4 Sum. tit. 17.

<sup>3</sup> D. Petr. Dam. Serm. 45 de Nativ.

Aquí nos salen al encuentro los herejes, eternos enemigos de María santísima, diciéndonos, que con estas doctrinas destruimos la penitencia, aniquilamos el Evangelio, y sembramos la disolucion entre el pueblo cristiano. Porque, dicen ellos, sentado una vez que el devoto de María santísima tiene asegurada su salvacion, ¿qué mas queda sino hacerse devoto suyo, y luego vivir sin inquietud sobre lo pasado, sin cuidado en el presente, y sin temor del porvenir? Si María santísima tiene poder para salvar á todos sus devotos, seamos de este número, y luego entreguémonos... Poco á poco, censores malignos de la verdadera devocion, que eso se llama hacer fuego sin echar antes el quién vive. No pertenecemos nosotros al partido del hereje Marcion, quien se fingia un Dios tan indolente que no se cuidaba de lo que hacen los hombres, y tan injusto que dejaba á los santos sin premio y á los impíos sin castigo. Nuestra doctrina, bien entendida, ni fomenta la iniquidad, ni destruye la penitencia, ni anima para la disolucion.

Quando los santos Padres enseñan que la devocion á la Madre de Dios es prenda segura de salvacion, no hablan en términos generales y absolutos, como que ella, sin el concurso de ninguna otra cosa, pueda salvarnos; sino que hablan en el mismo sentido que hablaba san Pablo cuando decia: «El hombre se justifica por la fe<sup>1</sup>»; y en el mismo en que dijo Jesucristo: «Dichosos los pobres de espíritu, porque de ellos será el reino de los cielos<sup>2</sup>.» Así como es cierto que ni la fe sola justifica al hombre, ni la sola pobreza le asegura el cielo, sino que se requieren otras virtudes que, aunque no se expresen, deben sobreentenderse; del mismo modo es indudable que la sola devocion á María santísima no es bastante para conducirnos al cielo, sino que debe ir acompañada de la ob-

<sup>1</sup> Rom. III, 28. — <sup>2</sup> Matth. v, 3.

servancia exacta de los mandamientos divinos. Si esto es así, dirán los herejes, y quizá diréis algunos de vosotros, ¿por qué nos ponderais tanto la devocion á María santísima? ¿por qué nos decís que es prenda segura de salvacion? — Lo decimos, no porque creamos que María santísima salve á aquellos devotos que viven y mueren obstinados en la culpa, como maliciosamente se ha querido suponer; sino porque estamos ciertos de que quien le profese una cordial devocion no se obstinará en el pecado; porque ella le ablandará el corazon, le animará á la penitencia, le alcanzará gracia para llorar sus pecados, para triunfar de las tentaciones, para observar la ley de Dios, para perseverar en el bien, para llegar á la corona. ¿Es esto fomentar la iniquidad? ¿es esto borrar el Evangelio? ¿Hay en todo esto algo que no pueda hacerlo aquella gran Reina, á quien la Iglesia llama *Virgo potens*, es decir, Virgen llena de poder?

La dificultad está, me diréis, en que ella quiera empeñar este su gran poder por la salvacion de sus devotos. — Callad, callad, que hablando así haceis el mayor agravio á su bondadoso corazon. Ella ha visto padecer á su amado Hijo por la salvacion de nuestras almas, ¿y no la deseará?... Por nuestra salvacion le ha visto llagado con los azotes, y traspasado con las espinas, ¿y no la procurará?... Por nuestra salvacion le ha visto derramar toda su preciosa sangre, y morir desangrado en una cruz, ¿y no hará cuanto pueda para conseguirla?... Para decir esto, seria menester suponer que ella mira con indiferencia, no ya la salud de sus devotos, sino los tormentos y la muerte de su propio Hijo. ¿Y es posible esto? Pensadlo...

A mas de que, nunca echeis en olvido que ella es nuestra madre, y mas madre que aquella mujer que nos concibió en sus entrañas, y nos dió el ser natural que tenemos; pues lo es, no solo por habérsela dado por tal su divino Hijo antes

que espirase en la cruz, sino tambien por habernos ella engendrado con una concepcion la mas tierna y amorosa. ¿Engendrado? Cuidado, lengua mia, no te deslices en herejías y blasfemias. No digo blasfemias ni herejías, cristianos, cuando aseguro que María es nuestra madre por generacion, pues antes que yo lo ha dicho san Antonino de Florencia: *Maria mater nostra ob genituram*<sup>1</sup>. Pero ¿cómo por generacion, ó gran Santo? ¿Quién oyó jamás tal cosa de una vírgen, y vírgen tan pura como María? Vuelvo á decirlo, responde este Obispo tan católico como santo, María es nuestra madre por generacion, y por una generacion incomparablemente mas afectuosa, perfecta y sublime que la natural. Pues así como Jesucristo nos engendró á la vida de la gracia padeciendo y muriendo en la cruz, así María santísima nos engendró místicamente en su corazon compartiendo con su Hijo las inmensas penas que sufrió por nosotros: y al modo que Jesucristo, engendrándonos con tantos dolores en el lecho de la cruz, puede decirse nuestro padre por generacion; igualmente María santísima, habiéndonos concebido con tantas amarguras en su corazon, debe llamarse por generacion nuestra madre: *Mater nostra ob genituram*.

Pregunto ahora lo mismo que preguntaba Dios por boca de Isaías: *Nunquid oblivisci potest mulier infantem, ut non misereatur filio uteri sui*<sup>2</sup>? ¿Es posible que una Madre tan buena como María santísima no se compadezca de sus hijos, y deje perecer eternamente á los que concibió de un modo tan amoroso en su tierno corazon? Si entre nosotros hubiese la ley de que ningun hijo pudiese ser condenado al último suplicio sin que su misma madre firmase primero, y de buen grado, la sentencia del juez, ¿serian muchos los hijos que muriesen en el

<sup>1</sup> D. Anton. Sum. 4 part. tit. 15, cap. 2. — <sup>2</sup> Isai. LXIX, 14.

patíbulo? Vosotros conocéis bien que no. Porque ¿cuál sería la madre que tendría corazón para suscribir á la muerte violenta de su hijo? ¿A cuál no se le resistiría el brazo, y no le caería de la mano la pluma, en el caso que lo intentase? ¡Ah! que el amor natural se sublevaría en su mismo corazón, y no le permitiría sacrificar una víctima tan amada. Yo veo que cuando Abraham va á sacrificar á Isaac sobre la cumbre del monte, tiene buen cuidado de que Sara su mujer quede en casa, y no asista al sacrificio. ¿Y por qué esto? Porque Sara, aunque muy santa, era madre, y había peligro de que se opusiese á la muerte de su hijo. Veo igualmente que al conocer Agar que su hijo Ismael va á morir de sed en el desierto, le coloca al pié de un árbol, le da un beso, y se retira. ¿Y por qué esto? Porque es madre, y el amor materno no le permite ser testigo de una escena tan lastimosa. No es para mí, exclama sollozando, no es para mí presenciar la muerte del niño: *Non videbo morientem puerum: et sedens contra, levavit vocem suam, et flevit*<sup>1</sup>. ¡Ah! cristianos: si las madres naturales no pueden resignarse á intervenir en la muerte temporal de sus hijos; María santísima, que las excede á todas en bondad y ternura, ¿podrá ver con indiferencia la muerte eterna de sus devotos? ¿No hará todo lo posible para librarlos de ella? Esto sería renunciar, no ya al título de clemente, del que tanto se honra, *Virgo clemens*; sino al dictado de fiel, que tan justamente le corresponde, *Virgo fidelis*.

Para que comprendais si esto es posible, oid una historia que nos refieren los Libros santos. Había mandado Dios á Josué que marchase con su pueblo á la conquista de la tierra de promisión, asegurándole que estaría con él, y le haría triunfar de cuantos enemigos se le presentasen. Muy confiado Josué

<sup>1</sup> Gen. xxi, 16.

con esta promesa, emprende la marcha; pero hé aquí que al llegar á la tierra de Hái, se sublevan sus moradores, y derrotan parte de su ejército. Viendo esto, eleva sus quejas á Dios, y recordándole sus promesas, ¡ah! Señor, le dice, todo el mundo sabe la palabra que nos teneis dada, y todo el mundo sabrá tambien la derrota que acabamos de sufrir: *Audient Chanaanæ, et omnes habitatores terræ*<sup>1</sup>. Y ¿qué dirán cuando lo sepan? Dirán, ó que nos habeis engañado, ó que habeis sido impotente para salvarnos. Y entonces ¿qué será del honor de vuestro gran nombre? *Quid facies magno nomini tuo*<sup>2</sup>? No bien hubo acabado Josué de proferir estas palabras cuando le dijo el Señor: No temas, no desmayes, que yo sabré cumplir la promesa que os tengo hecha, y os introduciré felizmente en la tierra de promisión.

Otro tanto me parece está obligada María santísima á decir á sus verdaderos devotos en virtud de las promesas que les tiene hechas. Ella les ha prometido, no una, sino muchas veces, que en premio de su devoción les alcanzará el cielo. Los que me honran, les ha dicho por el Eclesiástico, alcanzarán la vida eterna: *Qui elucidant me, vitam æternam habebunt*<sup>3</sup>. Los que me hallaren por medio de una verdadera devoción, les ha repetido en los Proverbios, hallarán gracia en esta vida, y el paraíso en la otra: *Qui me invenerit, inveniet vitam*<sup>4</sup>. Dichoso el hombre, les ha dicho tambien, que acude cada día á las puertas de mi misericordia, y aguarda diligente en el umbral de mi clemencia: *Beatus homo qui vigilat ad fores meas quotidie, et observat ad postes ostii mei*<sup>5</sup>. ¿Por qué? Porque, dice, este tal conseguirá de Dios la gracia y la gloria: *Hauriet salutem à Domino*<sup>6</sup>. Lo mismo les está diciendo todos los días

<sup>1</sup> Jos. vii, 9. — <sup>2</sup> Ibid. — <sup>3</sup> Eccli. xxiv, 31.

<sup>4</sup> Prov. xxiv, 35. — <sup>5</sup> Ibid. — <sup>6</sup> Ibid.

por boca de los santos Padres, de los teólogos y de los predicadores: por manera que sería muy difícil hallar uno que directa ó indirectamente no haya hablado de esta promesa.

Ahora bien, cristianos, habiendo María santísima empeñado tan pública y solemnemente su palabra, ¿podrá revocarla? No cabe en su fidelidad: *Virgo fidelis*. Suponed que un cristiano, movido de sus dulces promesas, resolviese dedicarse fielmente á su servicio, y así la sirviese en efecto toda su vida; y que al último recibiese un cruel desengaño, y se viese perdido sin remedio. ¿Qué podría decirle este cristiano? Lo que Josué dijo á Dios despues de la derrota de Haí. Vos, Señora, podría decirle, me habíais prometido alcanzarme el cielo si os servia con fidelidad: lo he hecho, y no obstante me condeno. ¿Qué dirán los enemigos de vuestra gloria cuando lo sepan? Dirán, ó que vuestras promesas fueron engañosas, ó que Vos sois impotente para salvarme. Y luego ¿qué va á ser de vuestro honor? ¿qué de vuestra devocion? ¿qué de vuestro nombre? *Quid facies magno nomini tuo?* De hoy mas ya no podrán los predicadores hablar tan alto sobre vuestra devocion, ya no harán autoridad aquellos libros en que tanto se pondera vuestro poder, ya no será decir nada el decir que vuestros verdaderos devotos alcanzan la vida eterna. Yo lo he sido, y con todo me pierdo. ¿Es que no podeis salvarme?... ¿Es que no quereis?... Si no podeis, no merecis el título de Reina: si no quereis, no teneis corazon de madre.

Así parece podría quejarse con María santísima uno que, habiéndola servido fielmente toda la vida, se viese al fin abandonado de ella, y condenado al infierno. ¿Y os parece si ella está para escuchar semejantes reconvençiones? Ya me parece la oigo decir lo mismo que Dios contestó á Josué: No temais, hijos mios, no desmayeis, que yo sabré cumplir la palabra que os tengo dada, y os introduciré felizmente en la bienaven-

turanza eterna. Esta ya no es causa exclusivamente vuestra, es asunto que tambien me toca á mí: en esto ya no se atraviesa solamente vuestro interés, se atraviesa tambien mi honor, mi reputacion y mi buen nombre. Hasta ahora no ha entrado en el infierno nadie que haya sido verdadero devoto mio: el infierno es para los que me desprecian, no para los que me aman y me honran. Hijos, amad á vuestra Madre: discípulos, seguid á vuestra Maestra: quien me ama no peca, quien me sigue no cae, quien me honra no queda abandonado, quien me profesa una sincera devocion recibe en premio la bienaventuranza eterna.—Así se cumpla en mí y en vosotros. Amen.

#### Idea de la verdadera devocion á María santísima.

Rationabile obsequium vestrum. (*Rom. XII, 1*).

Así como por defecto de la vista corporal hay quien equivoca los objetos, tomando la sombra por el cuerpo, y la apariencia por la realidad; del mismo modo, por falta de conocimiento en las cosas espirituales, hay muchos que equivocan las especies, tomando por virtud lo que no es mas que su imagen, su sombra y su apariencia. Así vemos que frecuentemente se toma por celo el atolondramiento, por prudencia la flojedad, por moderacion la avaricia, por pundonor el orgullo, y por amor de la justicia lo que no es mas que un deseo de venganza. Esto que sucede con todas las virtudes en general, sucede, no sé por qué, muy especialmente con aquella que se llama devocion á María santísima. Entre los muchos que presumen tener esta virtud, son tan pocos los que la poseen realmente, que si hubiésemos de contarlos, entre millares apenas encontraríamos uno; sucediéndonos lo que acaeció á aquel

filósofo de la antigüedad, quien, buscando con gran diligencia, y con una linterna en la mano, un hombre, no pudo hallarle, por mas que le buscaba en un gran concurso de personas, y tropezando con hombres á cada paso. ¿Cuántos presumen ser grandes devotos de María santísima solo porque conservan en casa alguna imágen suya, ó porque le rezan alguna oracion diaria, ó porque le hacen una que otra visita en algun altar ó santuario?

Hermanos, dice san Pablo hablando del obsequio que se presta á Dios por medio de la fe, no os equivoqueis sobre este punto interesantísimo: hay una fe que agrada á Dios, y hay otra que le desagrada: una que le honra, y otra que le deshonra: una que es juiciosa, prudente y discreta, y otra que carece de juicio, prudencia y discrecion. Haced que la vuestra sea del primer género: *Rationabile obsequium vestrum*. Lo mismo os diré yo acerca de la devocion á María santísima. Hay una devocion que es sólida y verdadera, y hay otra que es aparente y falsa: una que agrada á María santísima y merece su bendiccion, otra que le desagrada y se atrae su desprecio. Cuidado en no tomar la apariencia por la realidad, cuidado en no equivocarse la falsa devocion con la verdadera; porque este error podria acarrearos daños incalculables. Para que sea verdadera vuestra devocion hácia María santísima, debe ir acompañada de tres cosas: de un gran cuidado en no ofender á Dios, de una esmerada solicitud en imitar sus ejemplos, y de una diligencia regular en obsequiarla con actos de religion. Estadme atentos, y os lo probaré.

Así como injustamente se llamaria súbdito fiel de una reina quien urdiese conjuraciones contra la vida de su real hijo, así muy impropriamente se dice verdadero devoto de María

aquel que con culpas mortales renueva los dolores y la muerte de su Hijo Jesús. No maltrateis á mi hijo Absalon, decia David á los soldados que iban á pelear contra aquel hijo desnaturalizado, que queria arrebatarse la corona á su padre para hacerse rey, no maltrateis á mi hijo Absalon: *Servate mihi puerum Absalom*<sup>1</sup>. Es un rebelde, ya lo sé: es un traidor, no hay duda; pero es mi hijo. Con iguales palabras, y con mas justa razon, dice la Virgen á los que quieren ser contados en el número de sus verdaderos devotos: *Servate mihi puerum Jesum*, no maltrateis con culpa grave á mi querido Jesús: él es dulce parto de mis entrañas, él es todo el amor de mi corazon; y cualquiera ofensa que le hagais, como de rechazo viene á herirme el alma.

Inferid de aquí, cristianos, cuán mal entienden la devocion de María santísima aquellos que por una parte la honran con algunos actos de religion, y por otra viven enredados con ocasiones próximas, permanecen en sus malos hábitos, y disfiere siempre el dia de su penitencia y conversion. A estos pudiera decir ella lo que el profeta Ahías dijo á la mujer de Jeroboam cuando se le presentó disfrazada para que no la conociese. ¿Por qué, le dijo, vienes con ese traje mentiroso? ¿Por qué finges ser la que no eres? *Quare aliam te esse simulas*<sup>2</sup>? ¿Piensas que no te conozco? ¿Piensas que no sé que eres la mujer del impío Jeroboam, rey malvado é inicuo, que está manchando el trono de Israel con las mas execrables maldades? Yo te aseguro que, á pesar del disfraz, te conozco bien, y que te haré sentir las duras reconvenciones que mereces. En iguales términos habla María santísima á todo y cualquier cristiano que, bajo el manto de una devocion falsa y aparente, encubre una alma toda llena de culpas. ¿Por qué, le dice, com-

<sup>1</sup> II Reg. xviii, 12. — <sup>2</sup> III Reg. xiv, 6.

pareces delante de mí con ese traje de devocion? ¿Por qué te finges el que no eres? *Quare aliam te esse simulas?* ¿Piensas que no te conozco? ¿Piensas que no sé que eres un impuro, un blasfemo, un enemigo de mi Hijo? Yo te aseguro que no me dejaré engañar por esa devocion falsa con que te presentas: y si tú piensas que ella te valdrá para escapar los juicios de Dios, y continuar impunemente en tus desórdenes, yo lo pienso de muy otro modo.

Luego, diréis, los pecadores nada tienen que esperar de María santísima: y esto supuesto ¿cómo se llama refugio de pecadores? — Es que entre pecadores y pecadores hay mucha diferencia. Pecadores hay que lo son por pura fragilidad, y aunque actualmente esclavos de la culpa, en cierto modo la aborrecen, desean salir de ella, y acuden á María santísima para que les ayude á levantarse. A estos pecadores les digo que pueden acudir á María con toda confianza, que pueden esperar todo de ella, porque respecto de ellos se verifica que es Madre de pecadores. Otros pecadores hay que, digámoslo así, lo son por sistema, porque viven contentos con el pecado, no tienen voluntad de dejarlo, y solo acuden á María para poder continuar en él con mas seguridad, creidos de que su devocion los pondrá á cubierto de las sorpresas de la muerte, de la indignacion de Dios, y de los castigos del cielo. A estos pecadores he de decirles, que si piensan lograr esto de la mas santa de todas las criaturas, de la mas fiel á Dios, de la mas celosa de su gloria, se engañan miserablemente; porque sin la voluntad, á lo menos, de dejar la culpa, así como nadie puede llamarse verdadero devoto suyo, nadie tampoco puede prometerse su proteccion.

A mas de esta voluntad, otra cosa debe acompañar la devocion á María santísima, y es la imitacion de sus virtudes. Ella las poseyó todas en grado eminentísimo, pudiéndose ase-

gurar que sobresalió tanto en todas, como si cada una hubiese sido su virtud favorita y especial: sin embargo parece que en tres se hizo mas notable, y quiere ser especialmente imitada de nosotros, á saber, en la humildad, en la pureza y en el amor de Dios.

Cuán humilde fuese en su corazon bien claro lo dice aquella turbacion que experimentó su alma cuando oyó que un Ángel la saludaba con el título, hasta entonces nunca oído, de llena de gracia: *Ave gratia plena*: bien patentemente lo indica aquella confesion sincerísima que hizo de ser la esclava del Señor en el mismo acto de anunciársele que era elegida para Madre suya: *Ecce ancilla Domini*: bien manifiestamente lo revela aquella santa ingenuidad con que atribuyó á la sola generosidad del Señor, y no á sus propios méritos, las grandes maravillas que se habian obrado en ella: *Fecit mihi magna qui potens est*. Quien quiera ahora saber cuánto se humillase exteriormente, observe como atraviesa á pié los montes de Judea para visitar á la pobre familia del santo Precursor: vea como, siendo de sangre real y Madre de Dios, se detiene allá algunos meses para servir á su prima, y hacer con ella el oficio de criada: mire como en el templo se coloca en la clase de las mujeres inmundas, y pide ser purificada de las manchas que no tiene: note como pasa la vida oculta y retirada, ocultando cuidadosamente sus altos privilegios, y procurando evitar los aplausos que indudablemente le hubiera tributado el público, si ella se hubiese dado á conocer por la que era. Hijo, dice aquí María santísima á cada uno de sus devotos: *Ne dimittas legem matris tue*<sup>1</sup>, no pierdas de vista estos ejemplos de humildad que te he dado, procura grabarlos en tu corazon, y practicarlos fielmente; que no es propio de un buen

<sup>1</sup> Prov. 1, 8.

hijo ser lo contrario de lo que fue su madre. Yo tan humilde, ¿y tú tan soberbio?... Yo tan amante de los desprecios, ¿y tú tan codicioso de gloria?... Yo tan sujeta á todos, ¿y tú para con todos tan altivo?... Si así habia de ser, ¿qué necesidad habia ni de que tú me eligieses por madre, ni de que yo te tomase por hijo? *Si sic mihi futurum erat, quid necesse fuit concipere* <sup>1</sup>?

La otra virtud que María cultivó con particular cuidado, y en la que desea especialmente ser imitada de sus devotos, es la pureza. ¡Ah! ¿quién podrá explicar el grande amor que ella tenia á esta virtud angelical? Mirad como, siendo niña de pocos años, se presenta en el templo, y sin haber visto ningún ejemplo que la anime á hacer voto de castidad, porque hasta entonces no lo habia habido en el mundo, enarbola la primera el estandarte de la pureza, y se consagra á Dios con el juramento de conservarla intacta toda su vida. Mirad como, diciéndole el Ángel que es elegida por Madre del Hijo de Dios, y temiendo ella que esta dignidad le cueste el sacrificio de su amada pureza, la rehusa por de pronto, y no la admite hasta que está cerciorada de que su virginidad quedará intacta. Mirad como, no obstante el saber que está confirmada en gracia, huye con cuidado de todo cuanto pudiera acarrear algún peligro á su pureza, evitando el trato de los hombres, viviendo apartada del mundo, no saliendo jamás de casa sino en compañía de alguna persona autorizada. ¡Ah! cristianos: ¿podéis dejar de practicar una virtud que tanto agrada á María? ¿Os atreveréis á llamaros devotos suyos, no practicándola? ¿Tendréis valor para comparecer en su presencia manchados con la impureza? Si tal hiciéreis, estad ciertos que ella volvería la cara para no veros.

<sup>1</sup> Gen. xxv, 22.

Por último, quiere María que sus devotos la imiten en el amor de Dios. Cuán grande, cuán acendrado fuese el amor que ella tuvo á Dios, ni yo soy capaz de declararlo, ni vosotros de comprenderlo. ¿Quereis sin embargo conocer en algún modo á qué grado llegó este amor? Por medio de un cálculo aritmético lo conseguiréis. Suponed que en su concepcion no hubiese tenido mas que un solo grado de este amor, y que con el continuo ejercicio no lo hubiese aumentado cada día mas que el duplo de su cantidad: necesariamente resulta que en el segundo día ya tenia dos, en el tercero cuatro, en el cuarto ocho, en el quinto diez y seis, en el sexto treinta y dos. Y si proseguís duplicándolos por días, hallaréis que á los dos meses de ser concebida, ya debió poseer cuatrocientos noventa y seis millones de millones de grados de amor. ¿Qué sería á los nueve meses, cuando salió á luz? ¿Qué á los diez y seis años, cuando fue verdadera Madre de Dios? ¿Qué á los setenta y dos años, cuando terminó el curso de su vida mortal? La aritmética no tiene números para formar este cálculo. Pues todavía pregunto: ¿cuán grande sería este amor si, como aseguran algunos Padres de la Iglesia, fue desde su concepcion mayor que el de todos los Ángeles juntos; si se multiplicó, no cada día, sino cada momento; si esta multiplicacion fue, no duplicada, sino multiplicada á centenares? Solo vuestra sabiduría, ó mi Dios, es capaz de comprenderlo. Inferid de aquí, devotos de María, cuán vivamente desea ella que tambien ameis á Dios. Si los Santos, que han poseido el amor divino en un grado incomparablemente mas bajo que ella, han hecho esfuerzos tan grandes para encenderlo en los corazones, que por ello han sacrificado su reposo, sus intereses, y algunos su salud y su vida, ¿cuánto deseará ella que este amor divino prenda en el vuestro? Si el mayor obsequio que se puede hacer á una madre es mostrar afecto al niño que tiene en los brazos, ¿cuánto

agradecerá ella que lo mostreis á su Hijo Dios, á quien tiene un amor sin comparacion mas grande del que tienen todas las madres del mundo á sus hijos? No dudeis que este amor de Dios es la principal prueba que ella os exige de la sinceridad de vuestra devocion.

Mas para que vuestra devocion sea cabal y perfecta, es necesaria una diligencia regular en obsequiarla con actos de religion. No es posible que yo haga aquí una enumeracion exacta de todos los actos que podeis hacer en obsequio suyo; porque estos son tantos, cuantas son las acciones que rinden culto: me bastará insinuar algunos que por de pronto me ocurren. Elegirla por madre con alguna solemnidad, es decir, despues de haberse dispuesto con una confesion santa y una comunion fervorosa; acudir á ella con confianza en cualquiera tribulacion ó necesidad; rezarle cada dia su santo Rosario; visitar alguna imágen suya siempre que se vaya á la iglesia; prepararse devotamente para confesar y comulgar en sus principales solemnidades; mortificarse algunas veces por su amor, especialmente con abstenerse de las faltas acostumbradas; procurar insinuar su devocion á los amigos, á los domésticos y dependientes; hé aquí unos actos que honran mucho á María, y que pueden hacerse sin gran trabajo ni dificultad.

Haya en vosotros una voluntad pronta á honrarla, con absteneros del pecado, con imitar sus virtudes, y con tributarle los actos de obsequio que acabo de indicar, y de este modo seréis contados en el número de sus verdaderos devotos, seréis acogidos debajo del manto de su proteccion, experimentaréis sus bondades en la vida presente, y en la otra seréis compañeros de su gloria. Amen.

## FIESTA DEL CORPUS.

*El cura ha de procurar que esta festividad se celebre en su parroquia con todo el esplendor y solemnidad posible, conforme á lo que canta la Iglesia en el Oficio del mismo dia: Quantum potes, tantum aude: quia major omni laude, nec laudare sufficis. Mas todo este aparato de religion de nada serviria, si el pueblo no lo presenciase con una fe viva, con un amor tierno, y con un sincero reconocimiento. ¿Qué aprovecha lucir en tal dia los mejores ornamentos, y hacer ostentacion de cuanto la naturaleza da de mas rico, y de primoroso y perfecto el arte, si, como ordinariamente sucede, los cristianos conservan el corazón helado y el alma insensible respecto al tierno y sublime misterio de la Eucaristía, en cuyo honor se emplean aquellas cosas? Mas agradaria á Jesucristo un culto sencillo y pobre, pero acompañado de religion y piedad, que esos cultos magníficos y solemnes, presenciados por gente sin religion y sin fe. Y por nuestra parte aseguramos, que con mas gusto asistiríamos á una de aquellas fiestas sencillas en que los fieles de la China veneran llenos de fe y amor á Jesucristo en una pequeña basílica formada de ramas de árboles, que á estas fiestas solemnes y fastuosas, en que Jesucristo se ve rodeado de gran magnificencia material, pero expuesto á los desaires y groserías de un pueblo indiferente é indevoto.*

*Por esto el gran cuidado del cura, al anunciar la fiesta del Corpus en el domingo de Trinidad, ha de ser despertar la fe de sus feligreses en orden al augusto Sacramento de nuestros al-*

agradecerá ella que lo mostreis á su Hijo Dios, á quien tiene un amor sin comparacion mas grande del que tienen todas las madres del mundo á sus hijos? No dudeis que este amor de Dios es la principal prueba que ella os exige de la sinceridad de vuestra devocion.

Mas para que vuestra devocion sea cabal y perfecta, es necesaria una diligencia regular en obsequiarla con actos de religion. No es posible que yo haga aquí una enumeracion exacta de todos los actos que podeis hacer en obsequio suyo; porque estos son tantos, cuantas son las acciones que rinden culto: me bastará insinuar algunos que por de pronto me ocurren. Elegirla por madre con alguna solemnidad, es decir, despues de haberse dispuesto con una confesion santa y una comunion fervorosa; acudir á ella con confianza en cualquiera tribulacion ó necesidad; rezarle cada dia su santo Rosario; visitar alguna imágen suya siempre que se vaya á la iglesia; prepararse devotamente para confesar y comulgar en sus principales solemnidades; mortificarse algunas veces por su amor, especialmente con abstenerse de las faltas acostumbradas; procurar insinuar su devocion á los amigos, á los domésticos y dependientes; hé aquí unos actos que honran mucho á María, y que pueden hacerse sin gran trabajo ni dificultad.

Haya en vosotros una voluntad pronta á honrarla, con absteneros del pecado, con imitar sus virtudes, y con tributarle los actos de obsequio que acabo de indicar, y de este modo seréis contados en el número de sus verdaderos devotos, seréis acogidos debajo del manto de su proteccion, experimentaréis sus bondades en la vida presente, y en la otra seréis compañeros de su gloria. Amen.

## FIESTA DEL CORPUS.

*El cura ha de procurar que esta festividad se celebre en su parroquia con todo el esplendor y solemnidad posible, conforme á lo que canta la Iglesia en el Oficio del mismo dia: Quantum potes, tantum aude: quia major omni laude, nec laudare sufficis. Mas todo este aparato de religion de nada serviria, si el pueblo no lo presenciase con una fe viva, con un amor tierno, y con un sincero reconocimiento. ¿Qué aprovecha lucir en tal dia los mejores ornamentos, y hacer ostentacion de cuanto la naturaleza da de mas rico, y de primoroso y perfecto el arte, si, como ordinariamente sucede, los cristianos conservan el corazón helado y el alma insensible respecto al tierno y sublime misterio de la Eucaristía, en cuyo honor se emplean aquellas cosas? Mas agradaria á Jesucristo un culto sencillo y pobre, pero acompañado de religion y piedad, que esos cultos magníficos y solemnes, presenciados por gente sin religion y sin fe. Y por nuestra parte aseguramos, que con mas gusto asistiríamos á una de aquellas fiestas sencillas en que los fieles de la China veneran llenos de fe y amor á Jesucristo en una pequeña basílica formada de ramas de árboles, que á estas fiestas solemnes y fastuosas, en que Jesucristo se ve rodeado de gran magnificencia material, pero expuesto á los desaires y groserías de un pueblo indiferente é indevoto.*

*Por esto el gran cuidado del cura, al anunciar la fiesta del Corpus en el domingo de Trinidad, ha de ser despertar la fe de sus feligreses en orden al augusto Sacramento de nuestros al-*

tares, poniéndoles á la vista los fines que ha tenido la Iglesia en consagrarle esta festividad, y en querer que sea una de las mas principales del año. Estos fines han sido, honrar á Jesucristo siempre presente en nuestras iglesias para ser nuestro compañero y nuestra comida; darle una muestra de su agradecimiento por la inefable bondad con que instituyó este adorable Sacramento, del cual tantas gracias y favores fluyen perennemente para ella y para sus hijos; ofrecerle una satisfaccion pública y solemne por tantos ultrajes como recibe, ya por parte de los herejes que niegan su real presencia en la Eucaristía, ya por parte de los malos cristianos que le ultrajan con todo género de irreverencias y sacrilegios. Haga el cura que sus feligreses se penetren bien de estas cosas; incúlqueles el respeto, la piedad y el fervor con que deben asistir á las funciones del Corpus, y desaparecerá de su parroquia, si no en todo, en gran parte, esa indiferencia y frialdad que hoy día se nota respecto al santísimo Sacramento, y que es una prueba mas de la decadencia de nuestra fe, y del espíritu de impiedad que trabaja á nuestro siglo.

Hecho esto, ya que la ocasion le brinda, aprovéchela para extender un poco mas sus instrucciones, y hablar á sus ovejas sobre la frecuencia de los Sacramentos, la visita al Santísimo, y la comunión espiritual. Tememos que estas cosas parecerán á mas de un párroco demasiado místicas para inculcarlas al simple pueblo; pero les aseguramos que si logran introducir estas prácticas en sus parroquias, podrán decir que les han enseñado la verdadera ciencia de la salvacion, y que están al frente de un pueblo de predestinados. Para inspirar á los fieles el amor y veneracion á Jesús sacramentado, podrán los curas echar mano de los sermones que á continuacion insertamos.

### ¿Qué seria de nosotros sin el Sacramento del altar?

Exulta, et lauda habitatio Sion :  
quia magnus in medio tui sanctus  
Israel. (Isai. xii, 6).

Estas son las palabras con que el profeta Isaías convidaba á su pueblo á celebrar anticipadamente la venida del Salvador al mundo. Alégrate, pueblo privilegiado, le decia, *Exulta* : entona cánticos de alabanza, pueblo que habitas en Sion, *Lauda habitatio Sion* : porque en medio de tí establecerá su morada el gran Dios de Sabaot y el Santo de Israel : *Quia magnus in medio tui sanctus Israel*. Con mas razon que Isaías puedo yo decirlo en este dia : Alégrate, pueblo cristiano ; *Exulta* : prorumpes en cánticos de alabanza, pueblo mas escogido que el de Sion ; *Lauda habitatio Sion* : porque en medio de tí ha fijado su residencia el Salvador del mundo y el consuelo de Israel ; *Quia magnus in medio tui sanctus Israel*.

No se ha contentado este bondadosísimo Salvador con unirse á nuestra naturaleza en el misterio de la Encarnacion, ni con redimir nuestras almas muriendo sobre una cruz ; sino que ha querido quedarse sobre nuestros altares, para hacernos compañía en nuestro destierro, para ver de cerca nuestras necesidades, para dispensarnos á todas horas sus favores, y hacerse el alimento espiritual de nuestras almas. ¡Qué dicha tener á Jesucristo tan cerca de nosotros! ¡Qué felicidad poder acudir á él en todas las horas y en todos los momentos! ¡Y qué seria de nosotros si no leuviésemos sobre nuestros altares? ¡Ah! si Jesucristo una vez consumada la obra de nuestra redencion, se hubiese ausentado á los cielos sin instituir la sagrada Eucaristía, el dia de su gloriosa Ascension seria para

nosotros el día mas triste y lúgubre del año, porque seria el aniversario de aquel día en que quedáramos en esta miserable tierra como hijos sin padre, como vasallos sin rey, como discípulos sin maestro, y como ovejas sin pastor. Y entonces ¿qué seria de nosotros? Lo que seria es precisamente lo que vengo á manifestaros, para que deis mil gracias á Jesucristo, le entoneis mil cánticos de alabanza por haber establecido su morada en medio de nosotros: *Exulta, et lauda habitatio Sion: quia magnus in medio tui sanctus Israel.*

Supongamos, cristianos, que Jesucristo, luego que hubo concluido la obra para la cual su divino Padre le envió al mundo, se hubiese vuelto al cielo, sin cuidarse de instituir el augusto Sacramento del altar. ¡Ay en qué triste desamparo hubiéramos quedado! ¡De qué soledad y tristeza estarian poseidos nuestros corazones! ¡Qué desconsuelo seria el nuestro! Incesantemente levantaríamos á lo alto nuestros ojos, de continuo preguntaríamos á los cielos por nuestro Dios, y apostrofándoles tiernamente como los antiguos patriarcas, les diríamos: *Rorate cæli desuper, et nubes pluant justum*<sup>1</sup>: ó cielos, que nos robais al que hacia toda nuestra felicidad en este valle de lágrimas; ó nubes, que nos ocultais al que ama nuestra alma; ¿para qué fue el dárnosle, si tan pronto nos le habíais de quitar? Ablandaos, cielos insensibles; derretíos, nubes ingratas; y volvednos cuanto antes á nuestro amado Salvador: *Rorate cæli desuper, et nubes pluant justum.* Mientras nos priveis de su dulce compañía, mientras no le tengamos con nosotros, nuestro llanto será continuo, nuestro dolor será extremo, nuestra amargura no tendrá igual.

<sup>1</sup> Isai. XLV, 8.

Así nos lamentaríamos, amados míos, en la tristísima suposición de que Jesucristo no se hubiese quedado con nosotros; y por cierto que tendríamos harto motivo para lamentarnos así, porque nos sucederia lo mismo que acontecia al desconsolado David, á quien, como él mismo asegura, era causa de continuo llanto el preguntársele á todas horas dónde estaba su Dios, y no saber él qué contestar á esta pregunta: *Fuerunt mihi lacrymæ meæ panes die ac nocte, dum dicitur mihi quotidie: Ubi est Deus tuus*<sup>1</sup>? Sí, continuamente nos molestarían las criaturas todas con esta pregunta importuna: ¿Qué habeis hecho de vuestro Dios?—¡Ah! habríamos de responderles, nuestro Dios, despues de haber honrado por espacio de treinta y tres años á la tierra con su presencia, se ha retirado de ella, dejándola cual viuda privada de su marido, cual hija abandonada de su padre, cual esposa repudiada de su consorte. De día y de noche le estamos buscando, sin que jamás tengamos el consuelo de hallarle: *Per dies ac noctes quæsiui quem diligit anima mea: quæsiui illum, et non inveni*<sup>2</sup>. Buscámosle en el tabernáculo, y no está: buscámosle en el templo, y no parece: buscámosle entre los sacerdotes y levitas, y nada saben decirnos de él: *Quæsiui illum, et non inveni.* ¡Qué dolor! Los justos quisieran ofrecerle su corazón, y no saben dónde para: los pecadores desearían reconciliarse con él, y no conocen cuál es el lugar de su residencia: los afligidos buscan su asistencia, é ignoran á dónde han de dirigirse: *Quæsiui illum, et non inveni.* ¿Cabe situacion mas triste? ¿Cabe estado mas deplorable?

Tal vez vosotros, oyentes míos, no comprendéis bien toda la importancia de las reflexiones que acabo de hacer, mas por medio de otra suposición tal vez conseguiré que la compren-

<sup>1</sup> Psalm. XLI, 4. — <sup>2</sup> Cant. III, 1.

dais. Suponed que Dios en castigo de vuestras culpas manda á los eclesiásticos que, tomando el augusto Sacramento del altar y todo cuanto sirve para su culto, lo lleven á tierras lejanas, ausentándose por siempre de vosotros. ¡Qué escena tan triste va á abrirse á vuestros ojos! Héos aquí que, reuniéndonos todos en este santo templo, y tomando cada cual lo que es propio de su orden, comenzamos á despojarlo de sus adornos y en breve lo dejamos poco menos que si lo hubiesen saqueado. Los acólitos se apoderan de los candeleros y vinajeras, los subdiáconos de los misales y de las cruces, los diáconos de los cálices y copones, los sacerdotes de las aras y de los ornamentos, y finalmente, tomando el mas antiguo el venerable Sacramento del altar, salimos todos en procesion. *Procedamus in pace*, marchemos en nombre del Señor. Pueblo cristiano, adora por última vez á tu Dios sacramentado: hijos de la Religion, acompañad hasta fuera de los muros al Dios que se ausenta para siempre de vosotros. Almas piadosas, ya no le recibiréis mas en vuestro interior: corazones inocentes, ya no le adoraréis mas sobre estos altares: enfermos y moribundos, ya no entrará mas en vuestros aposentos. ¡Ay qué afliccion! ¡ay qué desconsuelo! Volveis despues á este templo, y hallais que en él todo llora, todo gime, todo respira tristeza y soledad. Los altares desnudos... las luces apagadas... el coro silencioso... el sagrario desierto y abandonado... ¡ay dolor! ¡ay desgracia! Ya no se oye aquel majestuoso sonido de las campanas que llamaba al pueblo al sacrificio, ya no se perciben aquellos cánticos armoniosos que daban gloria al gran Dios de Sabaot, ya no se quema aquel incienso suave que llenaba este aire de un olor misterioso. Todo es soledad, todo silencio, todo desolacion. Llenos de tristeza y amargura, salís de este templo, y os encaminais á vuestras casas para distraeros un tanto de las tristes ideas que os preocupan; mas ¡ay! que al entrar en

ellas, la primera palabra que os dicen vuestros hijos es: *Ubi est Deus tuus?* ¿Qué se ha hecho nuestro Dios? ¿á dónde se ha ido?—¡Ah! les decís con Jeremías: *Hæreditas nostra versa est ad alienos*<sup>1</sup>: nuestro Dios se ha ido á otros pueblos mas dignos de poseerle que nosotros; y con él se ha ido tambien todo cuanto hacia nuestra verdadera felicidad.

Oyentes mios, todo cuanto he dicho hasta aquí no es mas que una mera suposicion, y no obstante observo que estais hondamente conmovidos, y con todo me parece que veo correr lágrimas: ¿qué seria, amados mios, qué seria, si esto llegase á ser una realidad? ¡Oh mi Jesús sacramentado! si nuestros pecados merecen castigo, dádnoslo en hora buena; pero que este castigo no sea privarnos de vuestra dulce y amable presencia. Por lo que hace á vosotros, cristianos, guardaos de darle motivos para ausentarse, guardaos de obligarle á buscar otros pueblos mas fieles y dignos de poseerle. Jesucristo hace como un padre que, habiendo perdido á sus hijos naturales, adopta otros y los sustituye en el lugar de los que perdió, es decir, que cuando un pueblo, en vez de honrarle en el augusto Sacramento, le ultraja y le ofende, él le abandona á su misma depravacion, y adopta otro mas atento y agradecido. Una triste experiencia nos hace palpar esta dolorosa verdad. Por muchos años honró Jesucristo á los pueblos del Oriente, estando gustosamente con ellos mientras ellos se le mostraron atentos y obsequiosos. Comenzaron despues á ofenderle con irreverencias y sacrilegios, con vicios y con pecados: ¿qué hizo él? Se trasladó á los pueblos del Occidente, dejando á aquellos en el cisma y en la herejía. Algunos pueblos del Occidente, como la Alemania y la Inglaterra, comenzaron igualmente á mostrarse ingratos á un tal beneficio, creciendo cada dia en el vicio

<sup>1</sup> Thren. v, 2.

y en la iniquidad : ¿qué hizo entonces Jesucristo? Los dejó, y fué á buscar nuevos adoradores entre los chinos y tonquineses, quienes recibieron agradecidos lo que estos miraban con desprecio.

Cuidado no suceda á vosotros otro tanto, cuidado en no dejaros arrebatarse por otros pueblos la bendición que os ha tocado por herencia ; porque os sucedería lo que sucedió al desgraciado Esaú. Habiendo Isaac llegado al término de sus dias, llamó á sí á sus dos hijos, Esaú y Jacob, para echarles la última bendición y distribuirles su patrimonio ; y no obstante que Jacob era el mas pequeño, fue declarado heredero de la parte mas pingüe de sus bienes y posesiones. Viéndose Esaú postergado, comenzó á pedirle con lágrimas que le diese una bendición semejante á la que habia dado á Jacob : *Benedic etiam mihi, pater mi*<sup>1</sup>. No puede ser, hijo mio, le respondió el moribundo padre, tu hermano ha sido primero, y se ha llevado la parte mejor : si absolutamente quieres una bendición, te la daré ; pero esta consistirá en que goces de la gordura de la tierra : *In pinguedine terræ... erit benedictio tua*<sup>2</sup>.

Lo propio se os responderia si, despues de haber obligado con vuestras culpas á Jesucristo á trasladarse á otros pueblos, le pidiérais la gracia de volver á habitar entre vosotros. Vosotros, os diria, fuísteis los primeros en disfrutar de esta dicha, en medio de vosotros he tenido por largos años mi residencia y habitacion ; mas habiéndoos hecho indignos de tenerme por mas tiempo en vuestra compañía, me he dado como por herencia y bendición á otros pueblos. Pero ¿qué? Señor : ¿no teneis otra bendición para darnos?—Sí, tengo otra, pero muy diferente de la que he dado á ellos. A ellos les he dado la mejor y la mas principal, que es la posesion de mi Cuerpo

<sup>1</sup> Gen. XXVII, 34. — <sup>2</sup> Ibid. 39.

adorable ; para vosotros no queda ya otra bendición que los bienes materiales de la tierra : *In pinguedine terræ erit benedictio tua*.

Disimuladme, cristianos, esta digresion, que por cierto no ha estado fuera de su lugar ; y continuemos examinando lo que sucederia si Jesucristo se hubiese ausentado de nosotros. ¡Ay! los efectos de su ausencia se sentirian de un modo tan palpable como doloroso. Viendo el infierno á la Iglesia desamparada de su divino Esposo, se arrojaría contra ella con todas sus fuerzas y furor, y la aniquilaría hasta en los cimientos. ¿En qué peligro no la puso ya en aquel triste tríduo que la vió privada de su presencia, por haber su bendita alma bajado al limbo? Vosotros sabeis que la puso en tal aprieto, que faltó poco para que todos sus miembros se dispersasen. Pedro se oculta, Tomás no cree, los discípulos huyen, las piadosas mujeres vacilan, todo el rebaño anda disperso y errante. Pues si en una ausencia de pocas horas el infierno halló medio para poner á la Iglesia en tan gran perturbacion, ¿qué seria si esta ausencia fuese perpétua? Y si estando ahora Jesucristo dentro la barca suscita el infierno tales tormentas, que á cada momento parece ha de irse á fondo, ¿qué sucederia sin su presencia? Todo lo contrario de lo que ahora sucede. Ahora no la espantan á la Iglesia todas las persecuciones que el infierno puede levantar contra ella, porque sabe que, teniendo á Jesucristo en su compañía, nada hay que temer : *Deus in medio ejus, non commovebitur*. Vengan los herejes á combatirla con sus errores, vengan los filósofos á hostilizarla con sus sofismas, vengan los tiranos á perseguirla con sus espadas, ¿qué lograrán? nada : mientras la Iglesia posea el santísimo Sacramento, todos sus esfuerzos serán vanos, y vanas serán cuantas diligencias hagan para destruirla : *Deus in medio ejus, non commovebitur*. Pero volvamos á suponer que la Iglesia hubiese quedado pri-

vada de su asistencia : ¿qué hubiera sucedido? Que los días de su existencia hubieran sido muy contados.

A mas de esto, ¿que seria de nuestras almas sin el Pan eucarístico? Es doctrina comun entre los santos Padres de la Iglesia, que el Pan consagrado hace en nuestras almas el mismo efecto que hace en nuestros cuerpos el pan material, y que no es este mas necesario para conservar la vida del cuerpo, que aquel para mantener la vida del alma. ¿Conoceis vosotros cuál desgracia seria la nuestra, si Dios quitase el pan corporal de todo el mundo? Pues igual, y todavía mayor seria, si nos faltase el divino Sacramento. Yo observo que si tardamos mucho á comer este alimento celestial, nuestro espíritu desfallece, nuestra virtud desmaya, nuestro fervor viene á menos : las tentaciones crecen, la carne se subleva, el demonio se hace mas insolente y atrevido. Y de esto deduzco, que sin este Pan de vida, nuestra muerte espiritual seria cierta, segura, inevitable.

¿Y qué diré del recurso que nos ofrece el santísimo Sacramento para escapar los golpes de la divina Justicia irritada por nuestras culpas? ¡Ay de nosotros, si no tuviésemos este gran Sacramento! tiempo há que Dios nos hubiera exterminado como á Sodoma y Gomorra. Si ahora Dios usa con nosotros de mayor clemencia de la que usaba en los tiempos antiguos, si no renueva los tremendos castigos que otras veces envió al mundo, ¿á quién lo debemos? A Jesucristo que, haciéndose víctima de propiciacion en la Eucaristía, le desenoja, le aplaca, y le desarma. En ella Jesucristo se hace nuestro abogado para con su divino Padre, en ella le recuerda nuestra miseria y el valor infinito de sus méritos, en ella en fin le repite continuamente aquella tierna súplica que le dirigió desde la cruz : *Pater, ignosce illis, quia nesciunt quid faciunt*, perdonadlos, Padre mio, porque no saben lo que hacen. Y hé aquí lo que nos

salva, hé aquí lo que nos pone á cubierto de la divina venganza. Quítese la Eucaristía del mundo, y no tardarán á venir sobre él todas las plagas de Egipto, todos los rayos del Sínai, y todo el fuego que redujo á ceniza las ciudades de Pentápolis.

¡Ah! cristianos : si reflexionais sériamente lo que seria de vosotros sin el Sacramento del altar, no podréis menos de entonar mil cánticos á Jesucristo por haberlo instituido, no podréis menos de corresponder á este inestimable beneficio, ya viniendo á menudo á visitarle, ya recibéndole con frecuencia y buena disposicion, ya guardando en su presencia el mayor recogimiento y compostura. Hacedlo así, cristianos ; y de este modo él estará gustoso con vosotros, os llenará de bendiciones y de gracias, y os servirá de viático para llegar al cielo. Amen.

#### Amor de Jesucristo en la Eucaristía.

*Ergone putandum est quòd verè Deus habitet super terram? (III Reg. VIII, 27).*

Un Dios inmenso para quien la vasta capacidad del orbe es habitacion estrecha y limitada ; un Dios sublime ante cuyo trono, colocado en lo mas alto del empíreo, se postran todas las criaturas del universo ; un Dios omnipotente á cuyo imperio están sujetas todas las cosas, ¿es creíble que verdaderamente habite en este templo? *Ergone putandum est quòd verè Deus habitet super terram?* Con estas expresiones ponderaba Salomon la admiracion que le causaba el ver que la gloria de Dios, bajo la forma de una sutil niebla, habia bajado á ocupar el ámbito del magnífico templo que le habia erigido. ¿Qué diria aquel piadoso Monarca si, hallándose con nosotros en esta Iglesia, viese que el Dios inmenso reside sobre ese altar, no ya bajo la forma de niebla, sino sacramentalmente? ¿Qué diria si viese

que el Dios sublime, lleno de bondad y amor por los hombres, se está oculto tras los velos de ese adorable Sacramento, manteniendo eclipsados los resplandores de su gloria, apagados los rayos de su divinidad, disfrazada su humanidad misma, á fin de hacerse por este medio mas accesible, acomodarse mejor á nuestra pequeñez, é inspirarnos mayor confianza hácia él? ¿Qué diría, en fin, si viese que el Dios omnipotente está día y noche sobre ese altar, no disparando rayos como en el Sínai, no esparciendo tinieblas como en Egipto, no lloviendo fuego como en Sodoma; sino como un rey benigno en medio de sus vasallos, como un padre amoroso entre sus hijos, como un pastor amable rodeado de sus caras ovejas? Y nosotros, ¿qué decimos en vista de un tan grande amor? ¿No nos admira, no nos pasma, no nos sonroja el vernos tan amados de un Dios que para nada nos necesita?

*Filii hominum, usquequò gravi corde?* ¿Hasta cuándo, cristianos, tendréis un corazón de hierro para con vuestro Dios? Sabed que Jesús no se ha quedado en ese gran Sacramento sino para daros á conocer lo mucho que os ama: sabed que no ha fijado su residencia en esos altares sino porque no tuvo corazón para ausentarse de vosotros, porque no quiso dejaros solos en este valle de lágrimas, porque temió justamente que la ausencia le borraria de vuestro corazón: sabed que en reconocimiento de lo mucho que os ama, solo os pide el corazón, ¡el corazón! ¿Tendréis valor para negárselo? *Agnosce, christiane, dignitatem tuam*, os diré con san Leon papa, comprended, cristianos, vuestra gran dignidad. Nunca podíais presumir que Dios llevase su amor hasta el punto de querer hablar continuamente con vosotros: al verlo, el cielo se pasma, los Ángeles envidian vuestra dicha, y el demonio brama de despecho. ¿Y vosotros indiferentes?... ¿y vosotros insensibles?... Ea, miremos á la luz de la fe el grande amor que Jesucristo

os manifiesta en ese gran Sacramento; y si no consigo que le ameís, á lo menos haré que os avergonceís de vuestra ingratitud. Aquí veréis un amor que todo lo emprende, que todo lo sufre, que todo lo da; prueba, como dice santo Tomás, de que es un amor grande, excesivo, incomprendible.

El primer efecto de un amor excesivo es, dice santo Tomás, obrar cosas grandes por el bien de la persona amada, no parándose en dificultades, no deteniéndose por los obstáculos, no retrocediendo ante los imposibles: *Facit operari fortiter*. ¿Y cuántas dificultades, cuántos obstáculos, cuántos imposibles no hubo de superar el amor de Jesucristo para quedarse con nosotros en el augusto Sacramento? Traed á vuestra memoria la institución de este venerable misterio, recordad aquella tristísima noche en que Jesús celebró la última cena con sus amados discípulos, y se despidió de su nueva esposa la Iglesia, dejándola sumergida en un mar de lágrimas y de dolor. ¡Ah! sería menester tener una piedra por corazón para recordar sin llanto las tiernísimas palabras con que formuló su despedida. Esposa mía, le dice con acento lastimero, poco tiempo podré estar ya en tu compañía: *Adhuc modicum vobiscum sum*; yo me voy; y á donde voy yo, tú por ahora no puedes venir: *Quò ego vado vos non potestis venire*. Quédate, pues, con mi amor, con mi gracia, con mi corazón: *Manete in dilectione mea*. ¿Lloras?... ¡oh! no se aflija tu corazón: *Non turbetur cor vestrum*.— ¡Ah! dulce Jesús mio, le dice la Iglesia llorando, ¿que no me aflija me decís? Pero ¿cómo no he de afligirme quedando, como quedo, viuda, huérfana y desamparada en este mundo?— ¿Viuda? ¿huérfana? No, tú no quedas ni huérfana, ni viuda, pues nunca te faltará mi asistencia: *Non relinquam vos orphanos*.— Pero ¿pensais que esto me basta?—

Pues ¿qué mas quieres?—¿Puedo decirlo?—Dílo, habla, explícate.—Pues lo que quiero es, que no os ausenteis de mí.

Aquí me parece oigo decir á Jesucristo lo que en circunstancias muy inferiores decia san Pablo : *Coarctor de duobus*, dos afectos contrarios aprietan mi corazon, y lo ponen en la mas dura alternativa, la obediencia que debo al Padre, y el amor que profeso á la Iglesia. El Padre me manda que suba al cielo, y la Iglesia me suplica que me quede con ella en la tierra. Desatender el precepto del Padre es imposible, dejar á la Iglesia no es dable, cumplir con ambos es dificultoso : *Coarctor de duobus*. ¿Qué haré?... Padre mio, no se dirá de vuestro Hijo que jamás haya dejado de hacer vuestra voluntad; cata, ya vengo : *Ecce venio*. Esposa mia, no se dirá tampoco de tu Esposo que jamás haya dejado de cumplir tus justos deseos; mira, contigo estaré hasta la consumacion de los siglos : *Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem sæculi*. ¿Qué lenguaje es ese, ó buen Jesús? Si estais resuelto á subir al cielo ¿cómo prometeis quedaros con la Iglesia en la tierra? ¡Eh! dice, que mi amor sabrá cumplirlo todo. La tierra va á pasmarse cuando lo vea, los Ángeles quedarán asombrados cuando lo sepan, el hombre mismo se admirará al verse tan amado. Yo subiré al cielo, y al mismo tiempo me quedaré sobre la tierra. Si se dice que un mismo cuerpo no puede á un tiempo estar en diferentes lugares, sépase que mi amor es bastante fuerte para superar los imposibles. Diciendo esto, toma un pan en sus benditas manos, lo consagra, lo convierte en su propio cuerpo; y presentándolo á la Iglesia, aquí me tienes, le dice, aquí me tienes, y aquí me tendrás hasta el fin del mundo. ¿Estás contenta?... ¿Quieres mas?...

Mas, Salvador mio, ¿qué venís á buscar entre los hombres?

<sup>1</sup> Philip. 1, 23.

¿No conoceis que ese milagro de amor no será para Vos sino un nuevo manantial de injurias y afrentas? ¿Cuál amor será bastante para sufrir tantos ultrajes como recibiréis de los herejes, de los impíos y de los malos cristianos? El mio, dice, el mio; que cuando el amor raya á excesivo lo sufre todo por el bien del objeto amado : *Facil sustinere infatigabiliter*. Yo todavía veo mas afrentas y desacatos de los que se me pueden decir; mas lo sufriré todo, con tal que sea en compañía de los que amo. Ya veo ejércitos de herejes obstinados en no querer reconocerme en este Sacramento : no me reconocerán los calvinistas, quienes no me creerán presente en este misterio sino por representacion ó virtud : no me reconocerán los luteranos, quienes enseñarán que mi Cuerpo adorable existe en este Sacramento junto con la sustancia del pan : no me reconocerán los zuinglianos, quienes no verán en la Eucaristía sino imágenes, símbolos y figuras de mi Cuerpo. Ya lo veo : Heliodoros sacrílegos, Baltasares impíos, Antíocos profanadores extenderán su mano atrevida contra mí. Ya lo sé : lenguas impuras me consagrarán, manos sacrílegas me locarán, corazones súcios y hediondos me recibirán. No lo ignoro : mi Cuerpo adorable será muchas veces arrastrado por el lodo, será entregado á mónstruos peores que demonios, será el escarnio y la befa de los malvados. Lo sé, lo veo, lo palpo, pero no me detengo : paso por encima de estas consideraciones, á todo trance quiero estar con los hombres, sufra lo que sufiere, cueste lo que costare.

Fortuna, cristianos, que el amor no consulta, fortuna que cuando Jesucristo instituyó este gran Sacramento no tomó en consideracion, ni las afrentas que en él le esperaban, ni la ingratitude con que los hombres le corresponderian; que si lo hubiese consultado, que si lo hubiese tenido en cuenta, seguro es que no le poseeríamos sobre estos altares. Vosotros sabeis

en qué ocasión instituyó este divino Sacramento, en qué tiempo nos legó esta prenda de su amor. No le instituyó en aquel día en que las turbas, entusiasmadas por el torrente de celestial doctrina que corría de sus labios, gritaban: *Beatus venter qui te portavit, et ubera que suxisti*, dichas las entrañas que te concibieron, y benditos los pechos que te alimentaron. No le instituyó en aquel día en que el pueblo, agradecido por la prodigiosa multiplicación de los panes, quería proclamarle por Rey. No le instituyó en aquel día en que, entrando triunfante en Jerusalem, salieron sus moradores á recibirle, sembrando de flores el camino, presentándole palmas, y gritando: Hosanna al Hijo de David. No fueron estas las ocasiones que eligió su tierno corazón para instituir el divino Sacramento, porque tal vez se hubiera pensado que lo instituía como movido de las aclamaciones populares.

La ocasión que escogió fue, como dice san Pablo, aquella noche en que los hombres llenaban respecto de él la medida de su malicia é ingratitud; aquella misma noche en que había de ser entregado á sus verdugos para hacerle morir el día siguiente sobre una cruz: *In qua nocte tradebatur*<sup>1</sup>. ¡Ah! si la malicia humana hubiese sido capaz de apagar su amor, sin duda lo hubiera conseguido en aquella noche. Mientras él, encerrado con sus discípulos en el cenáculo, escribe su último testamento á favor de los hombres, y les deja lo mejor que les puede dar, ¡ay! ¿cuánta ingratitud, cuánta perfidia descubre en ellos? Mira á un lado, y repara á un Judas que aguarda el momento oportuno para clavarle el puñal en el pecho: mira á otro, y observa á Pedro de quien sabe que dentro pocas horas le ha de negar: mira al rededor, y descubre á unos discípulos inconstantes que le abandonarán tan pronto como llegue

<sup>1</sup> I Cor. xi, 23.

la hora de la prueba y de la tribulación. Con su entendimiento divino recorre por todo lo que pasa en la ciudad de Jerusalem, y aquí ve que se sobornan testigos, allí que se encona al pueblo, acá que se arma á los soldados, acullá que se levanta el patíbulo. Este conocimiento, que parece debía obligarle á rasgar su amoroso testamento, y á separarse enteramente de tales ingratos, parece que solo sirve para encender mas su amor, y hacerlo subir hasta el último grado. ¡Cuánto tiempo há, exclama, que deseaba comer con vosotros esta Pascua! *Desiderio desideravi hoc pascha manducare vobiscum*<sup>1</sup>. Hasta el presente no he podido lograr hacerme amar de los hombres, y eso que les he hecho todo género de favores y beneficios: voy ahora á ver si consigo hacerlos un poco mas humanos y tratables. Ellos quieren hacerme morir: moriré, ya que así lo quieren, pero se engañan si piensan lograr que yo no los ame: moriré, mas me quedaré vivo en este Sacramento: moriré, mas no me apartaré de ellos: moriré, mas me encontrarán á cada paso. En este Sacramento me tendrán, quieran ó no quieran: desde aquí les hablaré al corazón, les mostraré mi amor, les tiraré en rostro su ingratitud: lucharemos, ellos con ingratitudes y desaires, y yo con gracias y con beneficios.

Decidme, cristianos, ¿sería posible, no digo hallar, pero ni fingir un corazón mas enamorado que el de Jesucristo? Recorred con la memoria cuanto habeis leído de tierno, de amoroso y apasionado en la historia, en la mitología y en las novelas: suponedlo, si quereis, todo verdadero. ¿Hay en todo esto algo que pueda compararse con el amor que Jesucristo manifiesta en este lance? El entendimiento mas vivo, la pasión mas ardiente, la fantasía mas poética ¿han inventado jamás un corazón tan sensible, tan tierno, tan amante como el suyo? No.

<sup>1</sup> Luc. xxii, 15.

Y cuenta, que aun no hemos dicho nada de la generosidad con que se da á los hombres en este gran Sacramento, cosa que revela un amor superior á cuanto se puede decir y pensar. Si cuando él instituyó este Sacramento hubiese dispuesto que solo pudiese conservarse en un lugar del mundo, en Roma, por ejemplo, dentro la iglesia del Vaticano, y que cuantos quisiesen visitarle hubiesen de peregrinar allá á piés descalzos, disponerse con ayunos de muchos dias, y recibir antes la absolucion del Papa, con solo esto ¿no hubiera ya mostrado un amor grande, generoso, inefable? Pues ¿qué nombre daremos á su amor, habiendo querido que le tuviésemos cási en todas nuestras iglesias, que pudiésemos visitarle á todas horas, y sin mas trabajo que el de dar algunos pasos? Si él hubiese ordenado que no se pudiese hacer otro uso de este Sacramento que el de verle, adorarle, y recibir su bendicion, con esto solo ¿no hubiera ya dado pruebas de un amor tierno, afectuoso, excesivo? Pues ¿cómo llamaremos á su amor, habiéndonos dado permiso para comerle, recibirle en nuestro corazon, y estrecharle en nuestros brazos? Si él hubiese ordenado que solo pudiesen recibirle sacramentalmente los que conservan la inocencia bautismal, ó los que tienen un amor y pureza semejante á la de una santa Catalina de Sena, ¿no hubiera ya manifestado con solo esto un amor verdaderamente incomprensible? Pues ¿qué amor será el permitir que le reciban los libios, los defectuosos, los pecadores, con tal que no sean reos de culpa mortal? ¡Ah! tuvo razon el santo concilio de Trento para decir que en este Sacramento Jesucristo ha echado el resto á su beneficencia, y ha como agotado las inmensas riquezas de su amor hácia los hombres: *Divitias divini sui erga homines amoris veluti effudit.*

Ahora bien, cristianos, un amor tan grande ¿qué merece? ¿qué pide?... ¡Ah! si ya no os lo ha dicho vuestro mismo co-

razon, en vano os lo diria mi lengua. ¿Qué hariais por cualquiera criatura que os manifestase un amor, no diré igual, no diré semejante, sino que en algo se pareciese al que Jesucristo os manifiesta en este Sacramento? Ó yo no conozco vuestro corazon, ó no me equivoco creyendo que no le escasearíais el vuestro. Pues haced con Jesucristo lo que hariais con una simple criatura: amadle con todo el corazon, servidle con todo el afecto, visitadle á menudo, recibidle con frecuencia y buena disposicion, y con esto lograréis dos cosas: cumpliréis con las leyes de la gratitud, y os haréis dignos de una recompensa eterna. Amen.

### CALAMIDADES PÚBLICAS.

*Estas son las ocasiones en que el cura ha de manifestar á sus ovejas todo el amor que les tiene, todo el interés con que mira por su bien, y toda la parte que toma en sus aflicciones y desgracias. Semejante al Apóstol, ha de llorar con los que lloran, padecer con los que padecen, y enfermar con los que están enfermos: Quis infirmatur, et ego non infirmor<sup>1</sup>? Su primer acto de caridad ha de ser, declararles pública y privadamente la parte que le corresponde en la comun desgracia que los aflige. Esta declaracion, hecha en términos sentimentales y sinceros, al paso que le granjeará su amor y aprecio, les servirá de gran consuelo, y los animará á llevar la desgracia con resignacion cristiana, siendo cosa sabida que las penas de la vida presente hallan una especie de lenitivo en la compasion de los otros, sobre todo cuando estos son personas de autoridad y representacion. Si verdaderamente los ama, como tiene obligacion de amarlos, no le será difícil atestiguárselo en términos que los convencen, y no les dejen la menor duda de que realmente comparte con ellos la afliccion. Esta conviccion es de suma importancia, pues dispone los ánimos para escuchar con docilidad los avisos que se les dieren despues.*

*Estos avisos pueden ser de dos clases: unos generales, que tienen aplicacion en cualquiera especie de calamidad; otros especiales, que solo pueden aplicarse oportunamente en determi-*

<sup>1</sup> II Cor. XI, 29.

*nadas circunstancias. Sea la que fuere la calamidad que aflige á los feligreses, el cura ha de procurar persuadirles que ella les ha venido de la mano de Dios, quien, como enseña san Agustin, solo permite el mal para sacar de él un mayor bien. Una vez convencidos de esta verdad, cosa que no le costará gran trabajo persuadirse, si sabe aducir lo que enseñan los teólogos sobre la divina Providencia, ya no le será muy difícil inspirarles sentimientos de paciencia y sumision, que es lo primero y principal que se debe procurar en semejantes casos. A las personas poco espirituales, como de ordinario lo son las que componen la mayoria de las parroquias, suele costarles no poco trabajo el presenciarse con resignacion como una sequia asola sus campos, como una granizada destruye sus frutos, ó como una enfermedad contagiosa diezma su familia. Y si en estas ocasiones de prueba no tienen un párroco caritativo y celoso que los anime y los conforte, corre gran riesgo de que se subleven contra Dios, y prorumpen en imprecaciones y blasfemias contra su adorable providencia. Por esto, repetimos, el cura ha de procurar inspirarles sentimientos de resignacion y conformidad, poniéndoles á la vista, ya el ejemplo de Jesucristo, quien en vista del cáliz de su pasion, decia á su Padre: Non mea voluntas, sed tua fiat; ya el modelo de los Santos, quienes, como dice san Pablo, por el ejercicio de la fe y de la paciencia llegaron al reino de Dios; ya la caducidad de los bienes terrenos, ya el mérito que se puede sacar de las aflicciones presentes, ya en fin la gran recompensa que tendrán en el cielo los que sepan llevarlas con paciencia cristiana.*

*Despues de esto procure inducirlos á la penitencia, haciéndoles ver que las calamidades públicas ordinariamente son efecto de los grandes desórdenes que reinan en los pueblos, y que Dios se las envia para precisarlos á entrar en sí, y á convertirse. En la Escritura santa hallará mil lugares que se prestarán á*

servir de prueba de esta gran verdad. En el libro de Jonás hallará que Dios, habiendo resuelto arruinar la ciudad de Ninive por los grandes pecados de sus moradores, desistió de esta resolución tan pronto como ellos, dóciles á la predicacion de este Profeta, emprendieron la penitencia. En el Deuteronomio encontrará que cuantas veces el pueblo hebreo se rebeló contra Dios, entregándose á la idolatría y á la impiedad, otras tantas vino sobre él el hambre, la peste ó la guerra; pero luego que, enseñado con estos castigos, se convertía al Señor con todo el corazón, cesaban las calamidades, y venían á reemplazarlas la prosperidad y la bienandanza. Con estos ejemplos, y otros que le suministrarán los Libros santos, podrá estimularlos á dejar el pecado, á hacer una buena confesion, y á tomar un nuevo rumbo.

Pero no bastará que se lo proponga así simplemente: es menester que él mismo les dé proporcion para hacerlo, destinando uno ó mas días para oír sus confesiones, llamando al efecto algunos confesores forasteros con quienes puedan desahogar mas libremente sus conciencias, y exhortándolos eficazmente á limpiar sus almas en el Sacramento de la reconciliacion. Este, segun entendemos, es el primer paso que se ha de dar cuando se trata de veras de conjurar una calamidad pública. ¿Qué aprovecha disponer letanías, procesiones, oficios y demás ceremonias que para estos casos prescribe el Ritual, si los que practican estas cosas, de suyo muy eficaces para aplacar la cólera de Dios, al mismo tiempo no procuran quitar la causa principal del castigo, que es el pecado? Entonces corre riesgo de que se cumpla aquello que dice san Gregorio: *Cúm is qui displicet ad interpellandum mittitur, irati animus ad deteteriora provocatur*<sup>1</sup>. Por esto no acabamos de admirarnos de aquellos curas que,

<sup>1</sup> Apud D. Thom. Suppl. quæst. 71, art. 3.

siendo muy solícitos en hacer rogativas luego que alguna calamidad aslige á sus feligreses, no les dicen una palabra sobre lo que mas les convendría, que es la confesion y reforma de costumbres. No condenamos su celo en hacer rogativas, ya que cuando menos prueba que tienen un cierto afecto natural á sus parroquianos; mas, quisiéramos que al mismo tiempo les diesen pruebas de amor espiritual, procurándoles lo que mas les interesa, que, como llevamos dicho, es el arreglo de sus conciencias.

Si la calamidad dominante fuese una enfermedad contagiosa, á mas de lo que dejamos escrito, el cura debe hacer que sus feligreses se preparen para la muerte, aconsejándoles que se dispongan para entrar en cuentas con Dios con una confesion general, con reconciliarse con su prójimo si le hubiesen ofendido, con restituir lo que injustamente hubieren usurpado, con hacer testamento los que se hallaren en el caso de deber hacerlo, en una palabra, con practicar todo lo que practica un hombre que está próximo á morir. Si la calamidad fuese una sequía, la langosta, etc., hágales observar que el abuso que hacen de los bienes que el Señor les da, es motivo de que él retire su mano bienhechora; que si asola sus campos, es porque abusan de sus frutos; que si destroza sus viñas, es porque las llenan de juramentos, blasfemias y palabras torpes. Es menester decir todo esto muy alto y claro, no con el aire de un hombre que insulta á la desgracia ajena, sino con el acento de un padre que, al paso que siente entrañablemente la desgracia de sus hijos, tiene bastante serenidad para indicarles la causa de ella. Creemos que estas y otras máximas muy propias para inculcarse en tiempos de alguna calamidad, están mas ó menos tocadas en los siguientes sermones:

**Las calamidades son males aparentes y verdaderos bienes.**

*Hæc dicit Dominus: ecce ego fingo contra vos malum. (Jerem. xviii, 11).*

Ardua fue la comision que el Señor hizo á Jeremías cuando le mandó anunciar á los habitantes de Jerusalem, que las grandes calamidades con que los afligia, al fin no eran mas que una apariencia de mal: *Hæc dicit Dominus: ecce ego fingo contra vos malum.* ¡Pobre Profeta, cuán difícil era salieses airoso de un tal encargo! ¿Y con qué razones podia persuadir á aquel pueblo desventurado que sus desgracias no eran mas que un mal aparente? ¿Qué! podian responderle aquellos infelices, ser la risa de las naciones enemigas, gemir bajo la mas dura esclavitud, ver á nuestra juventud florida, parte prisionera de guerra, parte muerta en los combates, parte fugitiva y errante por los desiertos, ¿todo esto ha de llamarse mal aparente é ideal? *Fingo contra vos malum?* Y el templo demolido, el erario exhausto, el real palacio profanado, los sacerdotes gimiendo, las vírgenes violadas, los niños pereciendo de hambre, los viejos cayendo transidos en las plazas y en las calles, ¿todo esto no es mas que un mal fantástico que no tiene realidad? *Fingo contra vos malum?*

Contra todas estas razones debia el pobre Jeremías sostener su proposicion, persuadiendo á aquel pueblo afligido, que todas las calamidades que padecia no eran mas que un mal de pura apariencia: y persuadir esto como cosa cierta es lo que he llamado comision ardua y difícil. Semejante comision he de desempeñar yo con vosotros, amados míos, en las tristes circunstancias en que os hallais: y por mas que os cueste darme

crédito, por mas que parezca contrario á la experiencia y á la razon, yo he de insistir en persuadiros que esta calamidad pública que experimentais, no es un mal verdadero, sino ideal y aparente. ¿Qué viene á ser en sustancia esta calamidad que tanto os aflige? ¿Puedo decirlo?... Lo diré, aunque por de pronto no querais creerlo: es una señal evidente de que Dios os ama, es una prueba incontestable de que Dios os mira con ojos de misericordia. Su Providencia adorable ha dispuesto que paseis por esta tribulacion: ¿sabeis por qué? Para que el pecador salga de la culpa, para que el penitente se fortalezca en la virtud, para que el justo haga brillar su paciencia y fidelidad. Os suplico no precipiteis el juicio, dejadme hablar, que confio convenceros de que la presente tribulacion es un mal aparente y un verdadero bien.

«Siendo Dios tan bueno, dice el Padre san Agustin, de ningún modo permitiria el mal, si no supiese sacar de él un mayor bien<sup>1</sup>.» Aplicado este principio general á las circunstancias actuales, os digo que el Señor no os hubiera visitado con esta calamidad, si no se hubiese propuesto sacar de ella un mayor bien para vosotros. ¿Y qué bien se ha propuesto sacar? Primeramente se ha propuesto obligar á los pecadores á salir de la culpa, y entrar en el camino de la salvacion.

Mientras el pecador vive en prosperidad, mientras sus cosas van, como solemos decir, viento en popa, ni se acuerda de Dios, ni del cielo, ni de su propia alma: lleno de satisfacciones terrenas, no se cuida de buscar las delicias celestiales: embebido en los bienes transitorios y caducos, nada le importan los bienes imperecederos y eternos. ¿Qué hace el Se-

<sup>1</sup> Apud D. Thom. 1 part. quæst. 2, art. 3.

ñor para hacerle entrar en sí, y convertirle? Lo que hizo con aquella bestia que vió Daniel en una célebre vision que él mismo nos refiere en estos términos: «En una de las noches mas «tristes que hubo en el reino de Baltasar, se ofreció á mis ojos «el espectáculo mas extraño que jamás se haya visto. Subia «del mar una bestia de extraordinaria magnitud, de un as- «pecto disforme, y de forma verdaderamente espantosa. Era «en todo parecida á la leona, solo que tenia los ojos mas cen- «tellantes, las uñas mas horribles, y dos alas semejantes á las «del águila, las cuales le eran motivo de gran vanidad y pre- «suncion. Pero ¿qué? cayéronle de repente las alas, y hé aquí «que al instante el mónstruo, dejando su forma horrenda, to- «có la semejanza de un hombre, y en hombre creo que real- «mente se transformó, pues ví que se le daba un corazon hu- «mano:» *Avulsæ sunt alæ ejus... et cor hominis datum est ei*<sup>1</sup>. Por manera que, segun se ve, todo dependia de las alas: con ellas, el mónstruo era mónstruo; sin ellas, el mónstruo fue hombre.

¿Entendeis el significado de esta vision? Esta bestia es el pecador en estado de prosperidad, el cual á imitacion de los brutos, no se cuida sino de pasarlo bien en este mundo. Mientras esta bestia tiene alas, es decir, prosperidades, es fiera, es incorregible, es indomable; pero haced que Dios se las corte con alguna calamidad temporal, hé aquí que al punto la bestia deponde su fiereza, se humaniza y se convierte: *Avulsæ sunt alæ ejus... et cor hominis datum est ei*. ¿Qué era Nabuco mientras la fortuna le fue próspera? Un mónstruo de soberbia que hacia quemar vivos á los que no querian adorarle por Dios; pero luego que el Señor, para humillarle, le redujo á la condicion de bestia, obligándole á comer yerba en el

<sup>1</sup> Dan. vii, 4.

bosque, fue un hombre sumiso que decia: Perezca, Señor, el temerario que aspira á igualarse con Vos: *Avulsæ sunt alæ ejus... et cor hominis datum est ei*. ¿Qué era Manasés sentado en el trono? Una fiera que sacrificaba á sus mismos hijos en obsequio de Baal; pero tan pronto como Dios, para corregirle, le derribó del trono, y le encerró en oscura cárcel, fue un penitente que lloró amargamente sus pecados: *Avulsæ sunt alæ ejus... et cor hominis datum est ei*. ¿Qué era el hijo pródigo mientras tuvo riquezas en abundancia? Un loco que derrochaba su patrimonio banquetando con las rameras; pero luego que comenzó á sentir el hambre y la miseria, fue un jóven cuerdo que, arrojado á los piés de su padre, le pidió humildemente perdon de todas sus ofensas: *Avulsæ sunt alæ ejus... et cor hominis datum est ei*. Por manera que las calamidades suelen ser el último medio que Dios emplea para convertir al pecador; y si por este medio no se convierte, por lo comun sigue en su mal vivir, y muere condenado.

Decidme ahora, pecadores: que Dios no quiera os condenéis sin daros antes otro aviso, sin hacer el último esfuerzo para impedirlo, ¿es un bien, ó es un mal? ¿es un favor, ó es un agravio? Si es un favor, como no dudo confesaréis, por tal debeis reputar la presente calamidad, pues es otra aldabada que su bondad da á la puerta de vuestro corazon, es otro grito que su misericordia dirige al interior de vuestra alma, es el último esfuerzo que hace su clemencia para impedir vuestra condenacion eterna. ¡Ay, si á esta aldabada no despertais! ¡Ay, si á este grito no respondeis! ¡Ay, si este último esfuerzo queda sin efecto! Os ha llamado por medio de sus ministros, y habeis hecho el sordo: os ha llamado con sus inspiraciones, y no os habeis dado por entendidos: os ha llamado con beneficios, y no habeis hecho caso: ahora os llama con la presente calamidad, ¿y todavía no le respondeis?... Pues

vuestra perdicion es inminente. Al enfermo que con este remedio no cura, désele por muerto: al dormido que con este trueno no despierta, désele por desahuciado: al Faraon que con estos castigos no se enmienda, désele por perdido.

Por lo que hace á vosotros, penitentes, la presente calamidad no tiene otro objeto que fortaleceros en la virtud, y haceros perseverar en el bien. Puestos en estado de gracia por medio de la penitencia, pronto la perderiais si ninguna tribulacion viniese á visitaros, sucediéndos lo que sucedió á los hijos de Israel. Mientras estos estuvieron cautivos en Egipto, mientras fueron oprimidos con todo género de trabajos y fatigas, mientras hubieron de huir por medio de países enemigos, dóciles y obedientes á Dios, bendijeron la mano que los castigaba; mas luego que, libres de todo mal y peligro, llegaron al pié del monte Sínai, se entregaron á todo género de excesos, olvidándose de la mano bienhechora que los habia salvado, y de las grandes maravillas que Dios habia obrado en su favor, ya en Egipto, ya en la tierra de Cam, ya en el prodigioso paso del mar Rojo. Por esto, viendo Dios en vosotros una inconstancia y volubilidad igual á la de los hebreos, os envia este contratiempo para que os sirva de preservativo contra la recaída en el pecado. ¿Sabeis vosotros en qué pecados incurririais, si Dios no tomase con vosotros esta precaucion? Lo que no conocéis ahora, lo conoceréis en el gran dia del juicio. Entonces levantará Dios el velo que ahora encubre sus miras adorables; y viendo vosotros las grandes culpas de que tal vez os habrá preservado la presente tribulacion, bendeciréis mil veces al Señor por habéros la enviado, y mirareis como un acto de su clemencia lo que quizá ahora considerais como un golpe de su cólera.

A mas de que, ¿no conocéis que con esto Dios os da un medio para satisfacer por las culpas mortales pasadas, y por las

faltas leves que cometeis todos los dias? ¿Quién puede calcular todo el castigo temporal que mereceis tanto por las unas como por las otras? Porque, en fin, es muy exacto lo que dice el Padre san Agustin, á saber, que toda falta ha de ser castigada, ó por el hombre penitente, ó por Dios vengador: *Aut ab homine penitente, aut à Deo vindicante*. ¿Y qué penitencia voluntaria habeis hecho para borrar el reato de vuestras culpas? ¿contais con que habrán sido suficientes esas cortas oraciones rezadas tal vez sin atencion, esas pequeñas limosnas dadas quizá por fines puramente humanos, esos ligeros ayunos hechos puede ser mas por necesidad que por espíritu de penitencia? Si vosotros lo contais así, Dios probablemente lo cuenta de otro modo; y por esto os impone por penitencia esta calamidad, á fin de no verse obligado á imponeros otra mas larga y penosa en el purgatorio.

Mas nosotros, me diréis, vemos á otros que han sido y son mas pecadores, y no obstante no experimentan estos males.— Ved ahí, hermanos, lo que faltó poco para que trastornara la cabeza al buen David, y le hiciera retroceder del camino de la justicia, como él mismo confiesa: *Mei autem penè moti sunt pedes, pacem peccatorum videns*<sup>1</sup>. Pero entrad, como él, en los secretos de la Providencia, observad cuál sea el paradero de estos pecadores dichosos, á quienes nunca toca la desgracia; y viendo que Dios los deja prosperar en este mundo para premiarles el poco bien que hacen, y que les reserva para el otro los grandes castigos que por sus pecados merecen, veréis que la conducta que Dios observa con vosotros es llena de bondad y de clemencia, y que la que guarda con ellos es terrible y espantosa.

Vamos á los justos. Ó justos, á vosotros tambien os ha al-

<sup>1</sup> Psalm. LXXII, 2.

canzado la presente tribulacion, el Señor ha querido que participáseis tambien del cáliz amargo que hace agotar á esta parroquia. ¿Sabeis qué designio lleva en órden á vosotros? El de probaros, el de daros ocasion de acreditarle vuestra fidelidad, y el de embellecer la corona que os espera en el cielo. A mí me parece que Dios, como si desease sondear vuestro corazón, y conocer perfectamente lo que sois, os dice á cada uno: Declárate, y hazme ver si verdaderamente me amas. Hasta el presente no he podido asegurarme de ello, y quiero ahora que tú mismo me des las pruebas. Mientras todo ha marchado según tu gusto, me has asegurado que me amabas, y querias ser enteramente mio; pero por mas que lo decias de buena fe, yo no he podido dar gran crédito á tus palabras, porque ni tú mismo te conocias bien, ni sabias si el objeto de tu amor era yo, ó eras tú mismo. Ahora que esa calamidad ha venido á trastornar toda tu dicha, ahora sí que puedes darme un testimonio auténtico de tu fidelidad y amor. Si en esta ocasion perseveras en tu fidelidad, si llevas con resignacion este revés, si te oigo hacer las mismas protestas de amor que hasta ahora me has hecho, conoceré que verdaderamente me amas, porque un amor probado con la tribulacion no puede ser equívoco ni sospechoso. De aquí, amados míos, aquella súplica que el santo David dirigia incesantemente á Dios: *Proba me, Domine, et tenta me: ure renes meos, et cor meum*<sup>1</sup>. ¡Ah! Señor, le decia, no me deis demasiada prosperidad, porque esto me haria pensar que ya soy abandonado de Vos: antes bien, Dios mio, probadme con la tribulacion, y dadme el consuelo de poder manifestaros que verdaderamente os amo: *Proba me, Domine, et tenta me*. Y como no os lo puedo manifestar bien, sino pasando por la prueba de las calamidades, enviadme, Se-

<sup>1</sup> Psalm. xxv, 2.

ñor, las que sean de vuestro agrado, que yo estoy dispuesto á todo: *Ure renes meos, et cor meum*.

Y si esto no basta, ó justos, para haceros llevar con paciencia la presente tribulacion, levantad los ojos al cielo, y ved la recompensa que allá os espera. No hay cruz para la cual no tenga Dios preparado su premio, no hay tribulacion á la que no esté reservada su recompensa. Y ¡qué premio! ¡qué recompensa! Por una casa perdida, un reino eterno: por una posesion destrozada, una herencia inmortal: por algunos dias de padecer, una dicha que no tendrá fin. Sí, dice san Pablo, todo lo que podemos padecer en este mundo, comparado con la felicidad que nos espera, no figura por nada: *Non sunt condignæ passiones hujus temporis ad futuram gloriam*<sup>1</sup>. Por otra parte, añade el mismo Apóstol, conviene que por medio de las tribulaciones y sufrimientos entremos en el reino de Dios: *Per multas tribulationes oportet nos intrare in regnum Dei*<sup>2</sup>. Este es el camino que han seguido los Santos, el que ha seguido María santísima, y por el que ha pasado el mismo Jesucristo: *Oportuit pati Christum, et ita intrare in gloriam suam*<sup>3</sup>. ¿Querriais tener sobre la tierra otra suerte de la que ellos tuvieron? ¿Querriais andar por otro camino del que ellos han andado?

No, hermanos: sabiendo que esta calamidad os ha venido ordenada de Dios, que Dios os la ha enviado para vuestro bien, para que el pecador se convierta, el penitente se purifique, y el justo aumente su mérito, recibidla con sumision, y besad humildemente la mano que os castiga. Ella es grande, lo veo: ella es sensible, lo sé: ella es un poco costosa de llevar, no lo ignoro; pero acordaos que mayores fueron las que sufrieron algunos Santos, acordaos que este es el camino que con-

<sup>1</sup> Rom. viii, 18. — <sup>2</sup> Act. xiv, 21. — <sup>3</sup> Luc. xxiv, 26.

duce al cielo, acordaos que las lágrimas que al presente derramais serán otras tantas perlas que algun dia embellecerán vuestra corona. En medio de vuestra amargura levantad vuestros ojos al cielo, y decid al Señor con el Padre san Agustin : Dios mio, aquí quemad, aquí cortad, aquí no me perdoneis, con tal que, perdonándome en la eternidad, me admitais á la bienaventuranza eterna : *Hic ure, hic seca, hic non parcas, ut in aeternum parcas. Amen.*

**Un secreto para conjurar las calamidades públicas.**

*Convertatur vir à via sua mala...  
Quis scit si convertatur, et ignoscat  
Deus? (Jonæ, III, 8, 9).*

Si yo quisiese tomar una especie de venganza de los que tienen por costumbre despreciar mis consejos y burlarse de mis amenazas, por cierto que ahora tendria buena ocasion. Tiempo habia que yo abrigaba en mi corazon el presentimiento y temor de que Dios no tardaria en visitarnos con un castigo público y ejemplar ; temor y presentimiento que no traté de ocultaros, sino que repetidas veces os manifesté amigablemente desde este lugar santo, á fin de que procuráseis prevenir y evitar el mal, mientras era tiempo de prevenirlo y evitarlo. Affligido cual otro Jeremias en vista de los pecados de mi pueblo, mirad, os decia, que esto no puede continuar así : el vicio pasa de la raya, la iniquidad toca al extremo, los pecados traspasan la medida, y han llegado á su colmo : si no cambiamos de rumbo, el dia menos pensado Dios tomará contra nosotros medidas rigurosas y tremendas. Las tomó contra los deshonestos, exterminándolos de la tierra con un diluvio, ¿y no las tomará contra nosotros, entre quienes reina

desenfrenadamente la impureza? Las tomó contra los blasfemos, aniquilando á Sennaquerib con todo su ejército, ¿y no las tomará contra nosotros, entre quienes la blasfemia se ha hecho de moda? Las tomó contra los impíos, consumiendo con un fuego milagroso á Datan y Abiron, ¿y no las tomará contra nosotros, entre quienes la irreligion ha echado hondas raíces? Conjuremos la tempestad antes que venga á aplastarnos, detestemos nuestros pecados, hagamos penitencia, aplaquemos al Señor á quien tenemos altamente ofendido. ¿Quién sabe si, movido él de nuestra penitencia, se inclinará á misericordia y nos perdonará? *Convertatur vir à via sua mala... Quis scit si convertatur et ignoscat Deus?*

Estas eran, amados míos, las caritativas amonestaciones que de mucho tiempo venia haciéndoos : estos altares son testigos de mis predicciones, y la bóveda de este templo santo ha repetido cien veces el triste eco de mis amenazas. Pero ¿qué efecto hicieron en vuestro corazon? Dios os lo perdone, amados míos, así como os lo perdono yo : mis temores se creyeron infundados, mis avisos no fueron oídos, mis predicciones se recibieron con muestras de burla y desprecio. Pues bien, ¿qué decís ahora? Ahora que mis pronósticos se han realizado, ahora que ha venido sobre vosotros la calamidad que tantas veces os anuncié, ¿reís?... ¿os burlais?... Por este estilo podria yo vengarme hoy de vosotros, haciéndoos las mismas burlas que tantas veces habeis hecho de mí, y riéndome de los que se reian de mis palabras. Pero aparte Dios de mí un tal pensamiento : muy léjos de querer agravar vuestro mal con sátiras, deseo vivamente hacerlo desaparecer, y confio conseguirlo si vosotros teneis á bien adoptar el medio que para ello os señalaré. ¿Y cuál será este medio? Hé aquí un secreto que voy á descubrirlos.

Así como el pecado es quien provoca la justicia de Dios,

y arma su brazo para castigarnos; así la penitencia es quien mueve su misericordia, y suspende el rayo en sus manos. Esta es una verdad que está consignada en la historia de todos los tiempos, en los libros de todos los Profetas, y casi en todas las páginas de la Escritura sagrada. Si yo, decia el Señor á Salomon, irritado por los pecados de mi pueblo, prohibiese á las nubes el darle lluvia saludable, ó mandare á la langosta devorar el fruto de sus campos, ó le enviare peste que destruya su ganado y sus familias; y convirtiéndose él á mí, hiciera penitencia de sus culpas, yo te aseguro que usaré con él de misericordia, y le libraré de todas estas plagas: *Si clausero calum, et pluvia non fluxerit, et præcepero locustæ ut devoret terram, et misero pestilentiam... conversus autem populus meus... egerit pœnitentiam, propitiûs ero peccatis eorum, et sanabo terram eorum*<sup>1</sup>. ¿Cuántas veces experimentó aquel pueblo la verdad de esta promesa? ¿cuántas logró por este medio librarse de las calamidades con que Dios le castigaba? No fue una sola vez, sino muchas, que por causa de sus infidelidades vino la langosta á talar sus campos, la sequía á marchitar sus mieses, el granizo á destrozar sus árboles, la peste á diezmar su ganado, la guerra á llenar de cadáveres sus provincias. Pero al verles Dios volver á él contritos y humillados, confesando sus iniquidades, al punto se compadecia de ellos, y como arrepintiéndose de los males con que los había oprimido, los recibia en el seno de su misericordia, cambiando en tierna compasion su indignacion y enojo.

Despues de esto, ¿osaréis decirme que yo no os haya señalado un medio cierto y seguro para conjurar la presente calamidad? Sí, carísimos, una penitencia cristiana y verdadera es, si no lo sabíais, el arte de aplacar á Dios, y aquel secreto

<sup>1</sup> II Paral. vii, 13, 14.

que os he dicho venia á descubriros para vuestro bien. Pero ¿qué es lo que veo, fieles míos? Vosotros quedais sorprendidos de mis palabras, y os admirais de que yo venga á proponeros como cosa nueva un medio que tiempo há os es conocido y manifiesto. ¿Con qué este medio os era ya manifiesto y conocido? ¿Con qué ya lo sabíais? Si así es, yo debo suponer que ya no hay pecadores entre vosotros, que ya no seria posible hallar un solo pecador en esta poblacion, pues no es de pensar que, siendo tan prudentes como sois, hayais dejado de adoptar un medio que sabeis es tan eficaz para desenojar al Señor, y sustraeros del azote con que su justicia os castiga. Así que, ¡dichosa parroquia! ya no se encontrará entre tus vecinos ni un deshonesto, ni un blasfemo, ni un rencoroso, ni un avaro, ni un profanador de los domingos: todos tus hijos habrán ya llorado sus culpas, todos habrán ya hecho su confesion, todos habrán ya dado á Dios la satisfaccion debida. Bien puedes alegrarte, parroquia feliz, pues de un pueblo de pecadores que eras, te has transformado en un seminario de Santos.

Mas dejemos el estilo satírico que no dice bien en una materia tan seria, y tomemos el tono grave que le corresponde. ¿Con qué, cristianos, vosotros sabíais que la penitencia es el gran medio de conjurar los males que os afligen; y esto no obstante, aun no habeis pensado en hacerla? ¿Todavía continuais en vuestras iniquidades? Pues bien os está esta calamidad, sin razon os lamentais de ella, puesto que, sabiendo y teniendo á la mano el medio seguro para conjurarla, no lo adoptais. ¡Oh! padre, responderéis, no diga que no hacemos medios para sustraernos de este azote con que el Señor nos castiga, pues ya lo ve, ya lo ve... ¿Y qué es lo que veo, amados míos? Yo miro atentamente á cuanto haceis, y no descubro nada que sea eficaz para aplacar la cólera del Señor.—¿No? ¿y estas rogativas?... ¿y estas procesiones? ¿y estas letanías y visitas?...

Id diciendo, carísimos, no os detengais por modestia ni humildad, publicad cuanto haceis para que Dios se compadezca de vosotros. ¿Callais? ¿no teneis otra cosa de que hacer mérito sino procesiones, visitas y letanías? Pues yo os digo que, si no hay algo mas, todo esto es nada. Mientras el rencoroso no se reconcilie con su prójimo, mientras el impuro no deje sus abominaciones, mientras el ladron no restituya lo ajeno, mientras el blasfemo no enfrene su lengua, en fin, mientras los pecadores no vengan á descargarse de sus culpas en el tribunal de la Penitencia, y no reparen con una conversion pública y sincera los escándalos que han dado á toda la parroquia, todo cuanto se haga fuera de esto quedará sin mérito, sin fruto y sin valor. ¿Quién lo dice? Dios, cuya palabra es indefectible. Oye, Israel, decia á su pueblo viéndole muy afanoso en desagraviarle por medio de algunas ceremonias propias de aquel tiempo, oye : tú te afanas en ayunar, rogar y ofrecer víctimas sobre mis altares, creyendo que con esto yo me daré por satisfecho, y te perdonaré el castigo que mereces por tus pecados; pero te engañas. ¿Qué me va á mí en que ruegues, ayunes y me sacrifiques víctimas, teniendo el corazon lleno de iniquidad? No es esto lo que me aplaca, ni lo que yo quiero de tí; lo que quiero es que quites el pecado que está de asiento en tu corazon : *Nonne hoc est magis jejunium, quod elegi? Dissolve colligationes impietatis*<sup>1</sup>. Si lo quitas, entonces sí que me invocarás con fruto, entonces sí que oiré benignamente tu oracion, y te responderé : Aquí estoy para socorrerte : *Si abstuleris de medio tui catenam, tunc invocabis, et Dominus exaudiet : clamabis, et dicet : Ecce adsum*<sup>2</sup>. Lo propio, cristianos, os dice á vosotros en la presente ocasion. ¿Qué me importa que os afaneis en hacer rogativas, si entre tanto la

<sup>1</sup> Isai. LVIII, 6. — <sup>2</sup> Ibid. 9, 10.

blasfemia reina en vuestros labios, la injusticia en vuestras manos, y la impureza en vuestro corazon? No es esto lo que principalmente quiero de vosotros : lo que quiero es que dejeis el pecado, y os convirtais sinceramente á mí : *Dissolve colligationes impietatis*.

Padre, me diréis, esto vendrá despues : entre tanto ya tenemos el propósito de hacerlo algun dia. — ¿Y creéis que para libraros de esta calamidad basta el solo propósito de convertirlos? Pues yo os digo que este propósito, léjos de aplacar la justicia de Dios, la provoca y la irrita. ¿Cuándo fue que el Señor acabó la paciencia con el impío Acab, sino cuando vió que este inícuo Rey, herido con muchos castigos, continuaba en aumentar el cúmulo de sus iniquidades, y en diferir su conversion? Él habia deshonrado á Dios con execrables idolatrías, ofreciendo sacrificios á los ídolos de Damasco; en todas las ciudades de su vasto imperio habia levantado altares á deidades inmundas, obligando á sus vasallos á tributarles honores divinos; habia robado los bienes de alguno de sus súbditos, haciendo asesinar cruelmente al legítimo dueño. ¿Caben maldades mas execrables en un rey? Sin embargo hasta aquí Dios se estuvo callado, sufrió con paciencia, y suspendió el castigo. ¿Sabeis cuándo hizo estallar el rayo sobre su cabeza? Cuando, habiendo suscitado contra él á los asirios, á fin de obligarle con este castigo á arrepentirse de tantos delitos, vió que continuaba terco en su malicia, y diferia su enmienda y conversion. Entonces fue cuando, acabada la paciencia, le reprobó por siempre, le envió una muerte desgraciada, y negó á su cuerpo hasta los honores de la sepultura : *Tempore angustiae suae auxit contemptum in Dominum, et ad iracundiam provocavit Deum*<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> II Paral. XXVIII, 22.

De consiguiente, cristianos, si vosotros, á imitacion de aquel malvado Rey, nos os dais por vencidos con el castigo que Dios os hace experimentar, ¿no debeis temer que él, en vez de soltar el azote, apriete mas la mano? No soy profeta para deciros si tras de este castigo vendrán otros mayores, pero sí puedo haceros ver para vuestro aviso el orden que Dios declaró seguiria en castigar á los obstinados hebreos. Si vosotros, les decia en el Levítico, despreciais mi ley, el primer castigo que os daré será, permitir que vuestros enemigos vengan á devorar el fruto de vuestros campos: *Si spreveritis leges meas... hæc faciam vobis... frustra seretis sementem, quæ ab hostibus devorabitur*<sup>1</sup>. Si con esto todavía no me obedecéis, añadiré otro castigo, que será daros un cielo de hierro que no destile lluvias, y una tierra de bronce que no dé fruto alguno. *Si autem nec sic obedieritis mihi... dabo vobis cælum desuper ferreum, et terram æneam*<sup>2</sup>. Y si despues de esto aun permanecéis indóciles y rebeldes, ¿sabeis qué haré? Arrojaré en medio de vosotros una peste, que convertirá en cementerios vuestras ciudades, y en desiertos vuestras provincias: *Mittam pestilentiam in medio vestri*<sup>3</sup>. Yo no digo, libreme Dios de esto, que lo mismo quiera él hacer con vosotros; digo solamente que así lo hizo con los hebreos, y que si no lo hace con vosotros, no será porque no tenga motivos.

Por lo que paso á descubrirnos otra verdad igualmente terrible que evidente, y es que para aplacar á Dios no basta hacer penitencia, no basta hacerla pronto; es menester además que la hagais todos. ¿Oís? digo todos, sin exceptuar uno solo. Suponed que mientras el Señor está descargando golpes severos sobre nuestra parroquia, esta se halla dividida en dos bandos opuestos, el uno pecador, el otro penitente; el uno em-

<sup>1</sup> Levit. xxvi, 16. — <sup>2</sup> Ibid. 18, 19. — <sup>3</sup> Ibid. 26.

peñado en irritar su juticia, el otro ocupado en implorar su misericordia; el uno insultándole con imprecaciones y blasfemias, el otro rogándole con fervor y piedad. Pregunta ahora el Eclesiástico: de estos dos bandos ¿cuál será el que prevalecerá? ¿á cuál oirá el Señor? *Unus orans, et unus maledicens: cujus vocem exaudiet Deus*<sup>1</sup>? A esta pregunta responden muchos hechos que el Espíritu Santo ha querido se consignasen en la Escritura sagrada para nuestro aviso y escarmiento. ¿Qué riesgo no corrió aquella nave que, saliendo del puerto de Jaffa, se dirigia á Tarso! Faltó poco para que se perdiera toda su tripulacion. ¿La causa? La causa fue la sola inobediencia de uno que iba embarcado en ella<sup>2</sup>. ¿Qué mortandad no hizo la peste en el pueblo de Israel en el tiempo del rey David! En solos tres dias perecieron setenta mil personas. ¿El motivo? El motivo fue un pecado de curiosidad que cometió aquel Soberano<sup>3</sup>. ¿Qué estrago no hicieron las tropas de la pequeña ciudad de Hai en el ejército del hasta entonces invicto Josué! Cubrieron el campamento de cadáveres, y poblaron los desiertos de fugitivos. ¿La razon? La razon fue un hurto que habia cometido uno de sus soldados<sup>4</sup>. En vista de estos ejemplos, bien podemos temer, cristianos, que, aun cuando muchos os convirtais á Dios, aun cuando os convirtais casi todos, con un solo pecador que quede entre nosotros, este solo nos atraiga la maldicion divina, y nos haga apurar el cáliz de la indignacion del cielo hasta la última gota. Uno era Jonás, uno era David, uno era el soldado de Josué: y sin embargo el primero atrajo el castigo sobre toda una tripulacion, el segundo sobre todo un reino, y el tercero sobre todo un ejército.

Si así es, dirá quizá alguno de vosotros, si para librarnos

<sup>1</sup> Eccli. xxxiv, 29. — <sup>2</sup> Jonæ, i. — <sup>3</sup> II Reg. xxiv, 16.

<sup>4</sup> Jos. vii, 5.

de esta calamidad es menester que se conviertan todos, ¿de qué servirá que lo haga yo, si, como es muy probable, quedan algunos sin hacerlo?— Servirá para que haya un justo mas en esta parroquia, y tal vez para que Dios haga con nosotros lo que hubiera hecho con la ciudad de Sodoma, á la cual hubiera librado de su ruina, si hubiese encontrado un justo mas entre sus moradores. Servirá para que, en la suposicion de que tú fueses cabalmente el Jonás que ha atraido sobre nosotros esta tormenta, lleguemos todavía á tiempo para desar- mar el divino furor. Servirá para que, caso que Dios no quiera soltar de la mano el azote, no seas tú el responsable de los males que afligen á tus parientes, á tus vecinos y á toda la poblacion en general. Servirá, en fin, para que con toda verdad puedas decir al Señor : Dios mio, si yo he contribuido con mis culpas á la desgracia que aflige á esta mi amada tierra que me acogió al nacer, y que despues de mi muerte dará quieto asilo á mis huesos, ya veis que no contribuyo á que esta des- gracia continúe y se prolongue. Tan pronto como Vos me habeis hecho oír vuestra severa voz, he respondido al llama- miento. ¿Queráis mi conversion? ya la habeis logrado. ¿De- seábais verme contrito á vuestros piés? contrito me teneis. ¿Aspirábais á verme enmendado? ya lo estoy. Si esta calami- dad continúa, lo sentiré, lo lloraré; pero me quedará el con- suelo de saber que de mi parte he hecho lo que debía para que cesase.

Quiera Dios, amados míos, que todos podais decir esto con verdad : de este modo habréis convertido el mal en bien, la desgracia en provecho, y la pérdida de los bienes terrenos en adquisicion de los bienes celestiales. Amen.

## COFRADÍA DEL ROSARIO.

*Un cura que sepa los maravillosos frutos que esta Cofradía produce en una parroquia, el gran número de pecadores que lleva á la penitencia, las muchas almas que atrae á la frecuencia de Sacramentos, y consiguientemente al camino de la perfeccion y á la práctica de las virtudes cristianas, estamos ciertos que, si tiene un poco de celo y piedad, no consentirá que falte en su iglesia. La experiencia enseña que en aquellas parroquias donde está instalada esta Cofradía, y cuyo párroco tiene cuidado de recomendarla al pueblo, descubriéndole su espíritu, sus privi- legios y sus ventajas espirituales, no falta luego una porcion considerable de personas que responden á su voz, entrando deci- didamente en el camino de la virtud, en la piadosa costumbre de confesar y comulgar con frecuencia, y en todo lo que es in- dispensable para ser cristiano devoto y perfecto. Por esto cree- mos útil hacer á los curas algunas indicaciones sobre este par- ticular, seguros de que el presente artículo no será el menos in- teresante de esta obra.*

*El derecho de erigir la Cofradía del Rosario es propio y ex- clusivo del General del Orden de Predicadores, siendo nula y de ningun valor la ereccion de cualquiera cofradía que se funde sin su expreso consentimiento, manifestado por medio de una Bula expedida al intento. Así que, cuando algun cura quiera insta- larla en su parroquia, su primera diligencia ha de ser solicitar del dicho General la Bula de fundacion, expresando en la so- licitud el nombre del Santo bajo cuya invocacion está dedicada*

de esta calamidad es menester que se conviertan todos, ¿de qué servirá que lo haga yo, si, como es muy probable, quedan algunos sin hacerlo?— Servirá para que haya un justo mas en esta parroquia, y tal vez para que Dios haga con nosotros lo que hubiera hecho con la ciudad de Sodoma, á la cual hubiera librado de su ruina, si hubiese encontrado un justo mas entre sus moradores. Servirá para que, en la suposicion de que tú fueses cabalmente el Jonás que ha atraido sobre nosotros esta tormenta, lleguemos todavía á tiempo para desar- mar el divino furor. Servirá para que, caso que Dios no quiera soltar de la mano el azote, no seas tú el responsable de los males que afligen á tus parientes, á tus vecinos y á toda la poblacion en general. Servirá, en fin, para que con toda verdad puedas decir al Señor: Dios mio, si yo he contribuido con mis culpas á la desgracia que aflige á esta mi amada tierra que me acogió al nacer, y que despues de mi muerte dará quieto asilo á mis huesos, ya veis que no contribuyo á que esta des- gracia continúe y se prolongue. Tan pronto como Vos me habeis hecho oír vuestra severa voz, he respondido al llama- miento. ¿Queráis mi conversion? ya la habeis logrado. ¿De- seábais verme contrito á vuestros piés? contrito me teneis. ¿Aspirábais á verme enmendado? ya lo estoy. Si esta calami- dad continúa, lo sentiré, lo lloraré; pero me quedará el con- suelo de saber que de mi parte he hecho lo que debía para que cesase.

Quiera Dios, amados míos, que todos podais decir esto con verdad: de este modo habréis convertido el mal en bien, la desgracia en provecho, y la pérdida de los bienes terrenos en adquisicion de los bienes celestiales. Amen.

## COFRADÍA DEL ROSARIO.

*Un cura que sepa los maravillosos frutos que esta Cofradía produce en una parroquia, el gran número de pecadores que lleva á la penitencia, las muchas almas que atrae á la frecuencia de Sacramentos, y consiguientemente al camino de la perfeccion y á la práctica de las virtudes cristianas, estamos ciertos que, si tiene un poco de celo y piedad, no consentirá que falte en su iglesia. La experiencia enseña que en aquellas parroquias donde está instalada esta Cofradía, y cuyo párroco tiene cuidado de recomendarla al pueblo, descubriéndole su espíritu, sus privi- legios y sus ventajas espirituales, no falta luego una porcion considerable de personas que responden á su voz, entrando deci- didamente en el camino de la virtud, en la piadosa costumbre de confesar y comulgar con frecuencia, y en todo lo que es in- dispensable para ser cristiano devoto y perfecto. Por esto cree- mos útil hacer á los curas algunas indicaciones sobre este par- ticular, seguros de que el presente artículo no será el menos in- teresante de esta obra.*

*El derecho de erigir la Cofradía del Rosario es propio y ex- clusivo del General del Orden de Predicadores, siendo nula y de ningun valor la ereccion de cualquiera cofradía que se funde sin su expreso consentimiento, manifestado por medio de una Bula expedida al intento. Así que, cuando algun cura quiera insta- larla en su parroquia, su primera diligencia ha de ser solicitar del dicho General la Bula de fundacion, expresando en la so- licitud el nombre del Santo bajo cuya invocacion está dedicada*

la iglesia parroquial, que es la única en que puede instalarse dicha Cofradía. Advertimos que, aunque hemos dicho que el conceder esta Bula es atribución propia del General de los Dominicos; no obstante, en atención á las circunstancias actuales, está comisionado para ello el Comisario apostólico de la misma Orden, quien tiene su residencia habitual en el Real Colegio de Misioneros de Ocaña. Obtenida la Bula, debe ser presentada al Obispo para que autorice su ejecución, sin cuyo requisito sería ilícita cualquiera fundación que se hiciese.

Mientras se practican las sobredichas diligencias, el cura elegirá una capilla de su iglesia, á la que dará el título de Capilla del Rosario; y en su altar colocará una imagen de Nuestra Señora, llevando al niño Jesús en el brazo izquierdo, y en la mano derecha el santo Rosario, en ademan de entregarlo á santo Domingo, cuya imagen deberá estar arrodillada á sus pies á la parte derecha: y en la izquierda la de santa Catalina de Sena, en actitud de recibir el rosario del niño Jesús; siendo condición indispensable para el valor de la fundación que las cuatro dichas imágenes formen grupo en el modo que hemos indicado. Es muy propio que al rededor estén colocados los quince misterios del Rosario, bien que no lo creemos de absoluta necesidad, á menos que así lo exprese la Bula.

Una vez dedicada la capilla, continúan en ella las gracias é indulgencias propias del Rosario, aunque haya estado abandonada por largo tiempo, y haya habido en ella algunas alteraciones, con tal que pueda decirse que es la misma capilla. Por lo que, el renovar el retablo, las imágenes, las pinturas, etc., no es cosa que haga perder el título, y exija una nueva erección de Cofradía.

El cura es Prior nato de la Cofradía, y como á tal tiene facultad para bendecir rosarios, cirios y rosas; admitir cofrades, firmar cédulas, y aplicar la indulgencia plenaria á los cofrades

moribundos: cuales facultades le son tan propias, que solo él puede ejercerlas, ni puede delegarlas á otro. En consecuencia de esto, él es quien debe escribir los nombres de los cofrades en el libro de las indulgencias, ó de la Cofradía, por manera que no serán verdaderos cofrades, ni participarán de las gracias del Rosario los que sean inscritos por otra mano. En las Bulas antiguas se exigía que el libro de la Cofradía fuese presentado de tiempo en tiempo al Prior del convento de Dominicos mas cercano, á fin de poner en él V.º B.º y confirmar á los inscritos en la admisión de la Orden: hoy día; por haber cambiado las circunstancias, es innecesaria esta formalidad.

Los días consagrados á los piadosos ejercicios del Rosario son, todos los primeros domingos de mes, las fiestas principales de Nuestra Señora, y las de los quince misterios que comprende el Rosario. En estos días se canta un oficio, se dicen Vísperas, se reza una parte del Rosario, y se lleva en procesion la imagen de Nuestra Señora, cantando el Magnificat ó el Ave maris Stella. Son innumerables las indulgencias que en tales días, y otros del año, pueden ganar los cofrades confesando, comulgando y visitando la Capilla del Rosario. Si el cura se toma la molestia de explicarlas con anticipacion á los feligreses, no dude que serán muchos los que se aprovecharán. Para que pueda animarlos á esta santa devoción, le pondremos aquí algunos sermones, los que tal vez le despertarán ideas para componer otros.

#### El Rosario considerado como oracion.

Salutate Mariam, quæ multùm laboravit in vobis. (Rom. xvi, 6).

Estas palabras son del apóstol san Pablo en una carta que escribió á la Iglesia que por aquel tiempo comenzaba á formarse en Roma, metrópoli de todo el mundo católico. Entre

los varios encargos que en dicha carta hizo á aquellos nuevos cristianos, uno de los principales fue que saludasen en su nombre á una noble matrona romana, que tenia por nombre María, la cual habia trabajado mucho en beneficio de aquella Iglesia naciente, edificándola con sus ejemplos, honrándola con sus virtudes, y socorriéndola con sus bienes: *Salutate Mariam, quæ multum laboravit in vobis.*

De estas mismas palabras me serviré yo para encargaros saludéis, no ya por motivo de pura urbanidad, sino por motivo de piedad y religion, á otra María incomparablemente mas noble que aquella, y á la que sois deudores de beneficios sin comparacion mas grandes y remarcables. A esta María, que no es otra que la Madre del mismo Dios, la Reina del universo y la principal medianera entre Dios y los hombres; á esta María, que tanto ha hecho por vosotros, y á la que en cierto sentido sois deudores de todo el bien que poseéis; á esta María os encargo saludéis, no una, sino muchas veces; no por pura cortesía, sino con los sentimientos de veneracion y respeto que reclaman su alta dignidad, sus grandes beneficios, y vuestra propia utilidad é interés: *Salutate Mariam, quæ multum laboravit in vobis.*

¿Y con qué oracion la habeis de saludar? Cristianos, yo tengo por buenas á cuantas oraciones se han instituido en obsequio de María, con tal que conste que han obtenido la aprobacion de la Iglesia: todas las apruebo, todas las alabo, todas las recomiendo. Pero hoy vengo á recomendaros una que es entre todas las demás lo que es el sol entre los astros, el oro entre los metales, y la rosa entre las flores; y es aquella que fue inspirada por la misma Virgen al gran Padre de los Predicadores, Domingo de Guzman; aquella que ha sido enriquecida por la Iglesia con títulos los mas honrosos, con privilegios los mas altos, y con gracias las mas singulares; aquella que han abra-

zado con ardor los papas mas distinguidos en santidad, los sábios mas eminentes en doctrina, los reyes mas esclarecidos en política y religion; aquella que ha obtenido una aceptacion tan general, que puede decirse ha llegado á ser la devocion favorita de todos los verdaderos cristianos; aquella que ha abatido á los principales enemigos del Cristianismo, hecho enmudecer á los mas famosos sectarios del error, y llevado innumerables pecadores á la penitencia; aquella que bajo las fórmulas mas sencillas y acomodadas á la comprension de cualquiera, ofrece á nuestra consideracion cuanto de admirable y sublime ha hecho el Hijo de Dios por la salud del hombre; aquella, en fin, que todos conoceis con el nombre de santísimo Rosario.

Esta es la oracion que os recomiendo, este el saludo que os encargo deis á María; oracion y saludo, no lo dudeis, que exceden en valor y mérito á cuantos suelen dirigirse á la Madre de Dios, sea que se mire su origen, sea que se considere su aceptacion, sea que se atienda á sus saludables efectos. Si el Rosario se mira en orden á su origen, es la oracion mas noble: si se considera respecto á su aceptacion, es la oracion mas general: si se atiende á sus efectos, es la oracion mas saludable. Si yo logro, como confio lograrlo, demostraros estas tres verdades, ¿no tendré derecho á exigir de vosotros que honreis frecuentemente á María con esta excelente oracion? Atencion á lo que voy á decir.

Quando el gran Padre de los Predicadores concibió la feliz idea de instituir el santísimo Rosario, hizo como el sábio Salomon quando se propuso levantar un suntuoso templo al Dios de sus padres. ¿Qué hizo este? Primero buscó para ello la materia mas rica que pudo encontrar: hizo venir los cedros mas hermosos que vegetaban en el Líbano, recogió el oro mas puro que

daban las minas de Ofir, cortó los mármoles mas ricos que se encontraron en las canteras de Palestina. Luego llamó á los artistas mas hábiles que se conocian en aquel tiempo, les dió el plan de la majestuosa obra que intentaba hacer; y disponiendo ellos los materiales conforme á su idea, logró erigir á Dios el templo mas augusto que se ha visto en el mundo.

Así, digo, procedió el gran Domingo de Guzman cuando concibió el plan del santísimo Rosario. Antes que todo, buscó las oraciones mas excelentes y divinas que pudo hallar, para que sirviesen como de materia á esta gran devocion: eligió la Oracion dominical, que es el modelo de todas las oraciones; añadió la Salutacion angélica, que sin disputa es la mejor de cuantas se dirigen á la Madre de Dios: y dando á estas dos oraciones la admirable combinacion que todos sabeis, logró formar un todo que en línea de oraciones es el mas hermoso y perfecto que se pueda concebir. Por manera que, ya se atiende á la materia de que se compone el Rosario, ya se considere la forma en que está dispuesta esta materia, todo procede de un origen tan alto, que con razon se llama la mas noble de las oraciones.

Y para manifestarlo en detalle, pregunto: ¿de dónde procede la Oracion dominical? ¿Cuál ha sido su origen? ¿Quién fue su autor? ¿Fue algun hombre comun? ¿fue algun Santo? ¿fue algun Ángel? No: fue el mismo Hijo de Dios, fue la Sabiduría encarnada, fue el mismo Dios hecho hombre. De modo que á esta oracion puede apropiarse aquella expresion que dijo de sí misma la Sabiduría eterna en los Libros santos: *Ego ex ore Altissimi prodivi*, yo procedo y llevo mi primer origen, no de algun teólogo, no de algun contemplativo, no de algun ascético, sino de la misma boca del Altísimo. Noten esto aquellos cristianos que, echándola de ilustrados en materias de devocion, desprecian el Rosario como oracion vulgar y solo bue-

na para mujercillas y gente idiota. Yo les invito á que me digan si las oraciones que ellos rezan, dado que recen alguna, han sido compuestas por un autor tan sábio y santo como el de la Oracion dominical.

¿Y qué diré de la Salutacion angélica? Todos sabeis los altos y distinguidos personajes que concurrieron á su composicion. Concurrió el arcángel Gabriel con aquellas magníficas palabras que dirigió á María al anunciarle que Dios la habia elegido por Madre de su Unigénito: Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita eres entre todas las mujeres<sup>1</sup>. Concurrió la madre del santo Precursor con aquella expresion que dirigió á la misma Virgen viéndose honrada con su vista: Bendito es el fruto de tu vientre<sup>2</sup>. Concurrió la Iglesia añadiendo las restantes palabras que completan esta oracion. Un Ángel... una Santa... la Iglesia... ¡qué autores tan ilustres! Un Ángel que no hace mas que repetir las palabras que el mismo Dios ha puesto en sus labios, una Santa que solo dice lo que el Espíritu de Dios la hace hablar, la Iglesia que en todo es conducida por las luces del Espíritu Santo, ¿caben entre las criaturas autores de mas nota? Díganlos los despreciadores del Rosario si esas fórmulas modernas de orar han sido dictadas por labios tan augustos como los que componen nuestra devocion. Nada tengo contra ellas, todas las acepto mientras las vea aceptadas por la Iglesia; pero esto no me priva del derecho de decir, que preferirlas al santísimo Rosario es cosa que revela un poco de ignorancia y un mucho de imprudencia y presuncion.

Vamos á lo que propiamente se dice forma del Rosario. ¿Quién la ideó? ¿quién la reveló? Preparaos, oyentes, para presenciarse uno de los espectáculos mas hermosos que presenta la historia. Mientras el gran Padre de los Predicadores, em-

<sup>1</sup> Luc. 1, 28. — <sup>2</sup> Ibid. 42.

peñado en barrer el mundo de pecados y herejías, pide al cielo un poderoso medio para conseguirlo, hé aquí que en medio de la noche los cielos se abren de par en par; los astros, suspendiendo su carrera, forman calles á manera de un ejército puesto en parada; los aires se pueblan de espíritus bienaventurados; la tierra se llena de resplandores celestiales, y la naturaleza para el curso de sus operaciones á fin de contemplar con mas atención un suceso nunca visto. ¿Qué teneis, cielos, que así os conmoveis? ¿Qué te pasa, tierra, que de este modo mudas de aspecto? ¿Qué ocurre, noche, que así te transformas en dia? ¡Ah! cristianos, es que la Reina del universo, rodeada de todo el esplendor de su gloria, baja á honrar con su presencia el humilde oratorio de Domingo, á fin de entregarle con su propia mano el santísimo rosario. ¿Y qué le dice? Toma, hijo, le dice, toma este rosario que te presento: predica su virtud, publica su eficacia, procura que los cristianos lo recen con devocion; y pronto verás los efectos. Cada *Padre nuestro* será un trueno que convertirá un pecador, cada misterio será un rayo que disipará una herejía, cada *Ave María* será un golpe de muerte contra el infierno. A tí y á tus hijos encargo el honor de esta oracion: publicadla por toda la tierra, enseñadla á todas las naciones, haced que la recen todas las lenguas.

¿Y cómo han cumplido los Dominicos este honroso encargo de María santísima? Vosotros lo sabeis, vosotros lo estais viendo. De todas cuantas devociones se han instituido en honor suyo, ¿hay alguna tan generalmente abrazada, tan cordialmente aplaudida, tan constantemente practicada como la del santísimo Rosario? No es esta una devocion particular, aislada, propia de algunos reinos ó provincias: es la gran devocion de todos los cristianos, es la primera que se toma y la última que se deja; y cuando se llega á dejar esta, ¡ah! tiempo há que

se han abandonado todas las demás. Del Rosario se podria decir lo que de la religion cristiana decia Tertuliano, esto es, que es una devocion en cierto modo natural al hombre, una devocion que parece ha venido al mundo con nosotros, que la hemos mamado con la leche de nuestras madres, y que en nuestra niñez se ha mecido con nosotros en la cuna. En el Rosario se verifica literalmente lo que dijo la misma Virgen cuando allá en los montes de Judea aseguró que todas las naciones de la tierra la llamarian bienaventurada: *Beatam me dicent omnes generationes*. Porque, decidme: ¿hay provincia católica donde la Virgen del Rosario no tenga algun lugar célebre por la concurrencia de los pueblos? ¿hay ciudad donde no tenga alguna iglesia? ¿hay iglesia donde no tenga algun altar? ¿hay familia donde no tenga alguna imágen? ¿Quién no la reconoce por Madre? ¿quién no le es deudor de algun beneficio? ¿quién no tiene por estilo rezarle su Rosario? Escuchad, y oiréis que el Papa lo reza en el solio, el rey en el trono, el noble en su palacio, el religioso en el coro, el artista en su tienda, el soldado en el campo, y el labrador en su cabaña. Escuchad, y oiréis que el europeo lo reza en su idioma culto y civilizado, el asiático en su dialecto bronco y gutural, el africano con su acento áspero y salvaje, y el habitador de la India con el lenguaje propio de los bosques. Escuchad, y oiréis que de todos los puntos de la tierra se levantan diariamente millones de voces que, combinándose admirablemente entre sí para rezar el santísimo Rosario, forman el concierto mas armonioso y agradable que pueda herir vuestros oidos.

No hay que admirarse, cristianos, de que el santísimo Rosario haya obtenido una aceptacion tan solemne y general: vistos los frutos admirables que desde su institucion ha producido en la Iglesia de Dios, forzosamente debia suceder así, y no podia ser de otro modo. ¿Quién podrá contar las victorias

que esta oracion ha proporcionado á la Iglesia, los herejes que ha convertido, y los pecadores que ha llevado á la penitencia? No me excederé si digo, que esta oracion ha sacado á la Esposa de Jesucristo del mas grande apuro en que quizá se ha visto desde que milita sobre la tierra. Siglo décimosexto, tú lo presenciaste, tú fuiste testigo del angustioso aprieto en que Selim II, emperador turco, puso á esta Esposa del Salvador. Como ya no quedaba mas que el nombre de las antiguas cruzadas, como los príncipes cristianos miraban mas por sus intereses propios que por el bien comun de la Religion, como entre ellos se habia introducido el espíritu de rivalidad y discordia, creyó aquel fiero sectario de Mahoma que aquella era buena ocasion para dar á la Iglesia el golpe de muerte que de mucho tiempo le iba preparando. Ya un ejército formidable de infieles, cual nube preñada de piedra y rayos, venia á caer sobre el Cristianismo; ya una escuadra numerosa cubria la mitad del Mediterráneo; ya la media luna de Mahoma amenazaba de cerca é intimaba la rendicion á la cruz de Jesucristo. ¡Ah! una pequeña flota de cristianos, armada á instancia de san Pio V, y capitaneada por un príncipe de veinte y cuatro años, es toda la fuerza que la Iglesia puede oponer á este ejército invasor. ¡Pobre Pio V, si no buscas otros recursos! Mas ¿cómo buscarlos, si las escuadras enemigas ya se están batiendo sobre las aguas de Lepanto? ¿Cómo buscarlos, si ya el furor de los infieles de una parte, y el valor heroico de los cristianos de otra, obligan á la victoria á decidirse y á arrojar la corona á quien la merezca? Selim II, has errado, mal dia escogiste para librar la batalla: este dia eclipsará todo el resplandor de tus medias lunas. Era, cristianos, el primer domingo de octubre: los cofrades del Rosario hacian, como tienen de costumbre, la funcion de primer domingo de mes. Pio V, que en vano habia buscado socorro en los reyes y prin-

cipes de la tierra, recurre á las oraciones de nuestros cofrades, les encarga ofrezcan el Rosario por el triunfo de sus hermanos que pelean en Lepanto, los anima á implorar con confianza el socorro de aquella Reina que tiene por título *Auxilium christianorum*. ¿Y qué sucede? que á breve rato Pio V ya sabe por revelacion que el ejército cristiano ha salido vencedor, que se han echado á pique mas de doscientas naves enemigas, que han perecido en las olas mas de treinta mil infieles, que el Mediterráneo ofrece el mismo espectáculo que ofrecia el mar Rojo, cuando sus playas aparecieron cubiertas con los miserables despojos del ejército de Faraon. ¡Oh fuerza prodigiosa del Rosario!...

No ha sido menor, oyentes, la que ha tenido para destruir la herejía. Vosotros sabeis cuántas lágrimas hizo derramar á la Iglesia la de los albigenses, cuántas provincias infestó con sus errores, cuántos cristianos arrastró al camino de la perdicion. Sostenida por reyes poderosos, atrincherada en las mas florecientes provincias de la Francia, escudada con un ejército de cien mil combatientes, se habia hecho tan atrevida é invasora, que nada era ya capaz de detener sus rápidos progresos. En vano san Bernardo le oponia la fuerza prodigiosa de su elocuente predicacion: su voz se perdía en el tumulto de los escarnios y carcajadas de la turba herética. En vano el concilio de Arles dictaba contra ella las mas severas medidas: sus decisiones eran calificadas de delirios publicados por una junta de fanáticos. En vano Roma lanzaba contra ella el rayo de la excomunion: las excomuniones eran para ella como aquellos fuegos fatuos que se desvanecen en el aire. ¿Quién le derriba, pues, á este coloso? ¿quién la mata á esta hidra? — ¿Quién? el santísimo Rosario: él consigue en poco tiempo lo que no pudieron conseguir en muchos años ni el celo de un Santo, ni la autoridad de un Concilio, ni las excomuniones del

Vaticano. Así como al sonido de las trompetas de Josué cayeron repentinamente los muros de la soberbia Jericó; del mismo modo, al canto del santísimo Rosario, introducido por el celo de Domingo en la Iglesia, aquella orgullosa herejía se estremece, se desploma, se hunde. ¿Quién no admira la eficacia de esta oración?

Mayor, si cabe, es la que ha mostrado tener para conducir los pecadores á la penitencia y á la reforma de costumbres. ¿Qué no hizo el celo de Domingo por la salud de las almas? No es de este lugar referir todo lo que emprendió por ella: solo diré, y lo diré sin temor de que nadie pueda censurar mi expresión, que desde el tiempo de los Apóstoles no hubo en la Iglesia un hombre que poseyese mas dotes oratorias, que esgrimiese mejor la espada de la divina palabra, que recorriese mas provincias, que derramase mas sudores, que evangelizase á mas pueblos. Pero ¿y el fruto? ¡Ah! el fruto, aunque era muy grande, distaba mucho de corresponder á sus deseos. ¿Qué hizo, pues? En lugar de los sermones dogmáticos, controversias y disputas de que hasta entonces se habia servido, y en las que habia descubierto un talento admirable, se aplicó muy especialmente á predicar el Rosario á los pueblos, á exhortarlos á meditar con atención los misterios que comprende, á unir la oración del corazón con la oración de la boca. No se hicieron esperar mucho tiempo los felices resultados de esta oración. Apenas los cristianos comenzaron á rezarla con espíritu y fervor, se vió un cambio tan radical en las costumbres, que quedó enteramente renovada la faz de la tierra.

No me digáis que hoy día el Rosario ya no debe tener la misma virtud, puesto que no produce semejantes efectos. ¡Ah! cristianos: no es por falta de virtud en el santísimo Rosario el que no veamos ahora aquellos efectos admirables que pro-

ducía en tiempos antiguos, sino por otra razón muy diferente. Porque ahora no se ven los milagros que se veían en el principio de la Iglesia, ¿debemos pensar que Dios ya no tiene poder para hacerlos? Porque algunos no experimentan el fruto de los Sacramentos que reciben, ¿hemos de creer que es por falta de virtud en los Sacramentos mismos? No: lo que debemos creer es que no se reciben con la debida disposición. Pues del mismo modo, si el Rosario ya no disipa á los enemigos de la Iglesia, si ya no acaba con la herejía, si ya no obra aquellas conversiones ruidosas que ha obrado en otras épocas, no es que haya perdido un ápice de su virtud y eficacia: es que no se reza con el modo que debiera rezarse, es que no se imitan los admirables ejemplos que sus misterios ofrecen, es que no se vive conforme á los altos fines de su institución. Dadme un pueblo que abrace con fervor la devoción del Rosario, que lo rece según los fines para los cuales fue instituido, que se esfuerce á vivir conforme á los modelos que él nos pone á la vista; dadme un pueblo semejante, y yo salgo garante de que en breve desaparecerán de este pueblo el libertinaje, los vicios y los pecados.

De todos modos: vosotros veis cuán noble y elevado ha sido el origen de esta oración, cuán solemne y universal la aceptación que ha tenido entre los cristianos, cuán grandes y admirables los frutos que ha dado á la Iglesia. En vista de esto, bien puedo prometerme que todos la abrazaréis con fervor, que todos la rezaréis cada día, que todos procuraréis vivir conforme á su espíritu. Hé aquí el saludo que os encargo hagáis frecuentemente á María santísima; saludo, no lo dudeis, á que ella corresponderá con otro que os valdrá el cielo. Amen.

### El Rosario considerado como misterio.

Vobis datum est nosse mysterium regni Dei. (*Luc. VIII, 10*).

Los que solo miran en el Rosario la superficie exterior, porque no tienen talento ó paciencia para penetrar hasta su espíritu y examinarlo en el fondo, se quedan atónitos cuando les decimos que él, al paso que es la devocion mas sencilla y acomodada á la comprension de la gente ignorante y vulgar, es al mismo tiempo una de las devociones mas elevadas, mas sublimes y mas propias para ocupar á las personas de talento é ilustracion. ¿Qué tiene el Rosario, nos preguntan, que pueda dar pábulo á un entendimiento elevado y reflexivo? ¿Qué hay en él que despierte grandes ideas en el entendimiento, y excite afectos generosos en el corazon? ¿Seria acaso esa repeticion continua de unas mismas oraciones, mas propia para tediarse el espíritu que para elevarlo y enardecerlo?— Eso tiene el no mirar las cosas sino por la superficie, y el no conocerlas sino por la parte de afuera. Aun cuando el Rosario consistiese únicamente en rezar Padre nuestros y Ave Marías, no habria razon para calificarlo de devocion sin elevacion y sin espíritu, puesto que estas dos oraciones, bien meditadas, dan materia sufficientísima para concebir grandes pensamientos y afectos; pero ¿consiste por ventura en esto solo? Mal lo conocen los que así piensan.

El Rosario, carísimos, es como el arca del testamento, la cual, si bien era formada de la materia mas preciosa y rica, no consistia en esto su principal mérito y valor. ¿Sabeis en qué consistia? En una cosa que no parecia afuera, que estaba encerrada dentro, y que solo era apreciada de los que la miraban con la vista de la fe, á saber, las tablas de la ley que

Moisés habia depositado en ella, para que sirviesen de eterna memoria de los beneficios que el Señor habia hecho á su pueblo. Así igualmente, tan sublimes y preciosas como son las oraciones de que está compuesto el Rosario, no consiste en ellas su principal mérito y valor, sino en los misterios de Jesucristo que forman como su espíritu, su alma y su esencia; y que solo descubren aquellos que mas atienden á lo que encierra que lo que aparece afuera: *Vobis datum est nosse mysterium regni Dei.* ¡Ah! quien mire el Rosario bajo este punto de vista, tan léjos estará de considerarlo como una devocion destituida de espíritu y elevacion, que al contrario lo tendrá por una de las devociones mas propias para hacernos formar los mas grandes pensamientos, concebir los mas santos afectos, y practicar las mas excelentes virtudes. Honradme con vuestra atencion, y lo veréis.

A los que no hallan en el Rosario objetos dignos de su alta sabiduría y penetracion séame permitido preguntarles, si saben qué cosa es rezar el Rosario. ¿Juzgan tal vez que es decir maquinalmente un número determinado de Padre nuestros y Ave Marías, sin aplicar el espíritu á ningun género de contemplacion? Si así lo piensan, ya no es de admirar que no encuentren en él cosa alguna que los admire y los mueva; pero entonces el no hallarlo no procede del Rosario, sino de su ignorancia y falta de conocimiento de esta devocion.

Rezar el Rosario, entiéndase bien, no es ya simplemente pronunciar un cierto número de oraciones: es emplear á un mismo tiempo la lengua y el corazon en alabar y bendecir á Dios: es unir á las palabras de la boca los sentimientos mas tiernos y sublimes del alma: es cantar las divinas alabanzas con los labios, y juntamente recorrer con la mente cuanto hay

de mas profundo, de mas santo, de mas admirable en los misterios del Hombre-Dios : en una palabra, es contemplar á Jesucristo presente, seguirle paso á paso en todo el curso de su vida mortal, y ser como testigo de vista de cuanto ha hecho por la salud del hombre. Sí, quien reza debidamente el Rosario acompaña á Jesucristo cuando toma carne humana en las entrañas de una Virgen, cuando va á la casa de Zacarías para santificar á su Precursor, cuando nace entre animales en el pesebre de Belen, cuando se ofrece en las manos del sacerdote para cumplir con la ley de Moisés, y cuando en el templo es hallado de sus padres disputando con los doctores. Quien reza debidamente el Rosario hace compañía á Jesucristo con los Ángeles en las agonías del huerto, con Magdalena se compadece de sus dolores en los azotes, con las hijas de Jerusalem le reconoce por Rey de gloria en la coronacion de espinas, como el Cireneo le ayuda á llevar la cruz al Calvario, y asiste á sus agonías y á su muerte con Juan y las tres Marías. Quien reza debidamente el Rosario le ve resucitar glorioso como los Ángeles, subir triunfante al cielo como los discípulos, enviar al Espíritu Santo como los Apóstoles, conducir á su bendita Madre al cielo con asuncion gloriosa, y coronarla en cualidad de Reina y Soberana del universo.

Pregunto ahora : ¿hay en el mundo objetos mas dignos de ocupar á un entendimiento ilustrado, y sobre los cuales puedan hacerse reflexiones mas sábias y pensamientos mas sublimes, que estos misterios inefables del Salvador? Abraham solo logró contemplarlos de léjos, y por medio de figuras y enigmas ; y no obstante le arrebatában la mente, y le llenaban de gozo el corazon : *Abraham exultavit ut videret diem meum : vidit, et gavisus est*<sup>1</sup>. En la concepcion de su hijo Isaac, veri-

<sup>1</sup> Joan. VIII, 56.

ficada en el seno estéril de su consorte Sara, vió el dia en que el Hijo de Dios se encarnó en las entrañas de María Virgen : solo vió la figura de este dia memorable, *et gavisus est*, y no obstante su corazon fue inundado de gozo. En el nacimiento del mismo Isaac vió el dia en que Jesucristo habia de nacer en Belen : solo vió la sombra de este dia dichoso, *et gavisus est*, y con todo su espíritu rebosaba júbilo. En aquellos tres Ángeles que se le aparecieron en forma humana, y á uno de los cuales adoró, vió en espíritu el dia en que tres reyes del Oriente habian de postrarse ante el pesebre del Salvador para adorarle y ofrecerle sus coronas : solo vió la figura de este dia feliz, *et gavisus est*, y sin embargo la alegría no le cabia en el pecho. En el sacrificio incruento de su hijo Isaac, á quien redimió inmolando un carnero, vió el dia en que Jesucristo habia de ser presentado en el templo, y María santísima habia de redimirle ofreciendo por su rescate un par de palomas : solo vió la imágen de aquel dia digno de eterna memoria, *et gavisus est*, y no obstante su alma experimentaba un consuelo inefable. ¿Qué diré de David y Moisés? El primero solo pudo contemplar los misterios de Jesucristo en lontananza, y el segundo veinte siglos antes que se verificasen ; y sin embargo concibieron de ellos ideas tan grandes y magníficas, que el uno les dedicó ciento y cincuenta salmos, y el otro le consagró aquel famoso cántico con que celebró el tránsito de Israel por el mar Rojo. ¿Y habrá todavía quien se queje de que el Rosario, que pone todos estos misterios á la vista como si estuviesen presentes, no tiene cosa alguna que despierte ideas grandes y pensamientos nobles?...

¡Ah! no solo despierta grandes ideas en el entendimiento, sino que excita afectos los mas santos en el corazon. Si se es pecador, excita afectos de penitencia : si se es penitente, produce deseos de mayor justificacion : si se es justo, anima á as-

pirar á un grado de santidad todavía mas alto. Que tome cualquiera pecador el Rosario, y al paso que irá rezándolo, medite con atencion los misterios que sucesivamente le pondrá á la vista : yo aseguro que, aunque sea un Acab en la malicia, un Faraon en la dureza, y un Judas en la obstinacion, no tardará en reconocer sus culpas, y en lavarlas con abundantes lágrimas. Porque no hay corazón tan empedernido, alma tan insensible y obstinada, que á la seria meditacion de los misterios del Rosario no se compunja, no se ablande, no se arrepienta. Por esto san Pablo, deseando precaver á los hebreos contra el pecado, creyó que no podia conseguirlo mejor que induciéndolos á meditar seriamente los misterios de Jesucristo. Reflexionad, les decia, las contradicciones y tormentos que el pecado ha hecho sufrir al Salvador, y por ahí conoceréis su malicia, y los motivos que teneis para llorarle : *Recogitate eum, qui talem sustinuit à peccatoribus adversum semetipsum contradictionem*<sup>1</sup>. Sí, pecadores, para conocer lo que es la culpa, y sentirse como forzado á detestarla, el medio mas poderoso es considerar á Jesucristo tal como os lo representa el Rosario, es decir, agobiado con las agonías del huerto, desgarrado con los golpes de los azotes, atormentado con la corona de espinas, fatigado con el peso de la cruz, y muerto en el Calvario. Meditad seriamente estos misterios, *Recogitate* : y su consideracion no tardará en excitar en vuestro corazón afectos de penitencia.

Así como el Rosario excita afectos de penitencia cuando se es pecador, del mismo modo produce deseos de mayor justificacion cuando se es ya penitente. En él aparece Jesucristo haciendo prácticamente aquello que hizo el rey Abimelec cuando se propuso animar á su ejército á apoderarse de la inexpug-

<sup>1</sup> Hebr. xii, 3.

nable ciudadela de Siquen. Convencido de que no habia otro medio de conquistarla que levantar á su alrededor una grandísima hoguera, y reducirla á cenizas, ¿qué hace? Lleva á su ejército sobre la cumbre del monte Selmon, donde habia una gran selva ; aquí toma una hacha en la mano, corta una gran rama, se la carga sobre las espaldas, y encaminándose hácia Siquen, dice á sus tropas : Lo que me veis hacer á mí, hacedlo vosotros tambien : *Quod me videtis facere, citò facite*<sup>1</sup>. A un ejemplo tan ilustre veríais, cristianos, no solo á los soldados rasos, sino tambien á los capitanes, coroneles, brigadieres y generales cortar ramas á porfía, cargárselas sobre los hombros, marchar tras las huellas de su rey, teniéndose por mas dichoso aquel que mayor peso llevaba encima.

Así lo hace precisamente Jesucristo en el santísimo Rosario : para animarnos á subir á la cumbre de la perfeccion, pone á nuestra vista los ejemplos de su vida santísima, y al mismo tiempo nos va diciendo á todos : *Quod me videtis facere, citò facite*, haced lo que veis he hecho yo. ¿Veis el desprecio que he hecho de los honores, riquezas y placeres del mundo, naciendo pobre en un pesebre, llevando una vida humilde, y muriendo con los mas grandes tormentos? *Citò facite* : haced vosotros lo mismo. ¿Veis la prontitud con que obedecí á mi Padre celestial, ofreciéndome en el templo, y dejándome á su disposicion en el huerto de los Olivos? *Citò facite* : haced vosotros otro tanto. ¿Veis la paciencia, la mansedumbre, la caridad que mostré en las injurias, escarnios, baldones, azotes, corona, clavos y cruz? *Citò facite* : seguid mi ejemplo. — ¡Ah! no hay corazón tan vil y tan bajo que, mirando atentamente los ilustres ejemplos de este Rey inmortal, no conciba deseos de imitarlos, y no se sienta como forzado á seguirlos. Y si se

<sup>1</sup> Judic. ix, 48.

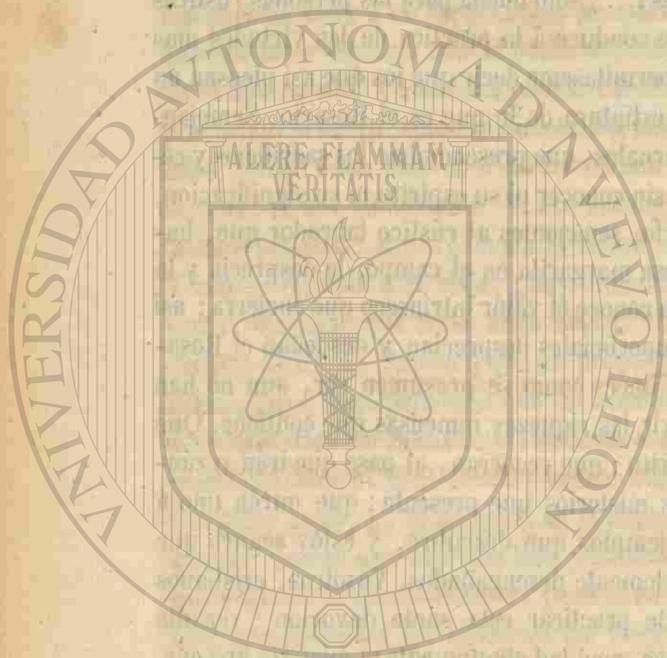
encuentra alguno que, teniendo por costumbre el rezar el Rosario, no obstante no imita á Jesucristo, es porque, contento con solo rezarlo con los labios, no reflexiona ni medita.

Jesucristo no es como los escribas y fariseos, que eran buenos para imponer á los otros cargas insoportables que ellos no querian tocar siquiera con la punta del dedo, no : él hizo todo lo que enseñó, y nada nos manda hacer que él no lo haya practicado primero, como se dice en los Hechos de los Apóstoles : *Cæpit Jesus facere, et docere*. Si nos dice que llevemos la cruz, él nos va adelante : si nos encarga la penitencia, él la hace primero : si nos inculca la virtud, él nos da ejemplo. Y con su ejemplo á la vista, ¿hay dificultad que no desaparezca, sacrificio que no se haga suave, virtud que no se encuentre fácil? no. Suponed que me propongo practicar la pobreza, ¿qué hago para salir con mi intento? Doy una mirada á los misterios del Rosario, y viendo en el primero á un Dios recostado sobre el heno en un pesebre, digo á mí mismo : Jesús sobre pajas, ¿y tú nadando en la abundancia? Afuera riquezas, que no sois mas que lodo y basura. Suponed que deseo adquirir la mansedumbre, ¿qué hago para conseguirla? Doy otra mirada á los misterios del Rosario, y viendo á mi adorado Jesús que calla, sufre y está manso bajo una lluvia de acusaciones é insultos, basta, digo á mí mismo, no mas encolerizarme, no mas impacientarme por las injurias de mi prójimo. Suponed que quiero poseer la caridad para con mis enemigos, ¿qué hago para lograrla? Vuelvo á los misterios del Rosario, escucho algunas palabras que Jesús profiere estando ya próximo á morir; y al oír que dice : *Padre mio, perdona á los infelices que me quitan la vida*, me siento poseido de un tal amor para con mis ofensores, que, si es menester, iré á abrazarlos, y les daré un dulce ósculo.

Inferid de aquí, cristianos, cuán poco conocen el Rosario los

que lo reputan por una oracion vulgar, trivial y solo á propósito para la gente rústica y sencilla. ¿Vulgar una devocion que eleva el entendimiento á la contemplacion de las cosas mas altas?... ¿Trivial una devocion que despierta en el alma los afectos mas santos?... ¿Solo buena para las personas rústicas una devocion que conduce á la práctica de las virtudes mas nobles?... ¡Ah! permítaseme decir que los que así piensan no tienen la mas leve tintura de lo que es el Rosario. Semejantes á los judíos carnales, que presenciaban los sacrificios y ceremonias legales sin conocer ni su espíritu ni su significacion, ó por mejor decirlo, semejantes al rústico labrador que, hallando una preciosa margarita en el campo, la desprecia y la arroja, porque no conoce el valor intrínseco que encierra; así estos cristianos superficiales desprecian y desdeñan el Rosario, porque, tan linceos como se presumen ser, aun no han llegado á descubrir las riquezas inmensas que contiene. Que entren en su espíritu; que recorran, al paso que irán rezándolo, los grandes misterios que presenta; que miren uno á uno los ilustres ejemplos que descubre, y estoy seguro que quedarán saludablemente desengañados. Vosotros, cristianos míos, no dejéis de practicar esta santa devocion : rezadla cada día con fervor, medita atentamente el misterio que corresponda á cada decena, imitad los ejemplos que descubriréis en cada misterio, y el Rosario será para vosotros una preciosa cadena por la que lograréis subir al cielo. Amen.

FIN DEL PRIMER TOMO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

**INDICE**

**DEL PRIMER TOMO.**

**Entrada en el curato.**

	<b>Pág.</b>
1.º Modo con que debe conducirse el cura al entrar en el curato.	10
2.º Cordura que ha de tener al recibir y volver las primeras visitas.	10
3.º Cautela en no hacer innovaciones en los estilos de la parroquia.	11
4.º Sermon de entrada: <i>El buen pastor</i> .	13

**Reglamento de vida.**

1.º Necesidad de este reglamento.	20
2.º Lo que ha de hacer cada día.	21
3.º Cada semana.	22
4.º Cada mes.	22
5.º Cada año.	22

**Domésticos.**

1.º Cuidado que ha de tener con ellos.	24
2.º Cualidades que han de tener las personas que llame á su servicio.	24
3.º Modo con que debe tratarlas.	26

**Vicario.**

	Pág.
1.º Males que ocasionan las desavenencias entre él y el cura. . . . .	28
2.º Cómo ha recibir el cura á un nuevo vicario. . . . .	28
3.º Caridad que ha de usar con él mientras lo tiene bajo sus órdenes. . . . .	29
4.º Deferencia que el vicario ha de tener al cura. . . . .	30

**Parientes.**

1.º El cura no ha de tenerles un amor desordenado. . . . .	33
2.º Ordinariamente no conviene que los tenga en casa. . . . .	33
3.º Precauciones que debe tomar con ellos caso de tenerlos. . . . .	34
4.º Qué puede hacer con ellos si son pobres. . . . .	35

**Ornato de la iglesia.**

1.º Obligaciones que tiene el cura de procurar su conservacion y decoro. . . . .	36
2.º Medios de ocurrir á la necesidad de una iglesia pobre. . . . .	36
3.º Celo en hacer que se guarde en ella el debido respeto. . . . .	37

**Instruccion.**

1.º Obligacion grave que tiene el cura de darla á sus feligreses. . . . .	39
2.º Método que ha de tener en dársela. . . . .	40
3.º Recursos para dar instrucciones sólidas. . . . .	41

**Predicacion.**

1.º Diferentes métodos que se pueden adoptar en la predicacion. . . . .	43
2.º Verdades que se han de predicar con mas insistencia y empeño. . . . .	43
3.º Modo de predicar al estilo de homilia. . . . .	45

**Catecismo.**

1.º Su necesidad. . . . .	46
2.º Ventajas que lleva. . . . .	46
3.º Método práctico de enseñarlo. . . . .	47

**Vigilancia pastoral.**

	Pág.
1.º Su necesidad. . . . .	53
2.º Cualidades que ha de tener. . . . .	54

**Residencia.**

1.º Obligacion que tiene el cura de residir personalmente en su iglesia. . . . .	57
2.º Daños que se siguen de la ausencia del pastor. . . . .	57
3.º Dias en que principalmente debe residir. . . . .	58

**Disensiones y partidos de parroquia.**

1.º Males eternos y temporales que resultan de ellas. . . . .	59
2.º Cómo debe conducirse el cura con los partidos. . . . .	59
3.º Medios que debe emplear para restablecer la paz. . . . .	60
4.º Cómo ha de portarse con los que disputan sobre bancos y sillas de la iglesia. . . . .	61

**Asistencia en el confesonario.**

1.º Ha de ser continua. . . . .	62
2.º Bienes que resultan de ella. . . . .	63
3.º Medios para que se generalice en una parroquia la costumbre de confesar y comulgar á menudo. . . . .	6

**Confesores extraordinarios.**

1.º Necesidad de darlos de tiempo en tiempo á la parroquia. . . . .	65
2.º Cualidades que han de tener los llamados. . . . .	66
3.º Medios para suplir su falta. . . . .	67

**Niños.**

1.º Cuidado que se ha de tener con ellos. . . . .	68
2.º Bienes que lleva á la parroquia este cuidado. . . . .	68
3.º Reglas que se han de tomar para bien formarlos. . . . .	69
4.º Qué vicios se han de precaver en los niños, y qué máximas se les han de inculcar. . . . .	70

**Primera comunión.**

	<u>Pág.</u>
1.º Importancia de que se haga bien. . . . .	73
2.º Modo de disponer á los niños para hacerla con fruto. . . . .	74

**Ejercicios de niños para disponerse á la primera comunión.**

1.º Plan de estos ejercicios. . . . .	75
2.º Plática de apertura de dichos ejercicios. . . . .	75

*Primer día.*

1.º Ejercicio de la mañana. . . . .	83
2.º Ejercicio del mediodía. . . . .	84
3.º Plática para este ejercicio: <i>El convidado descortés del Evangelio.</i> . . . .	85
4.º Ejercicio de la noche. . . . .	88
5.º Plática para esta noche: <i>Fin del hombre.</i> . . . .	89

*Segundo día.*

1.º Plática para el ejercicio del mediodía: <i>El traidor Judas.</i> . . . .	95
2.º Plática para el ejercicio de la noche: <i>El sacrificio de la niñez.</i> . . . .	101

*Tercer día.*

1.º Plática para el ejercicio del mediodía: <i>Efectos espantosos de la mala comunión.</i> . . . .	107
2.º Plática para el ejercicio de la noche: <i>Todo depende de la primera edad.</i> . . . .	112

*Cuarto día.*

1.º Plática para el ejercicio de la mañana: <i>Gran don de la Eucaristía.</i> . . . .	119
2.º Plática para el de la noche: <i>Entrada en el gran mundo y sus peligros.</i> . . . .	124

*Quinto día.*

	<u>Pág.</u>
1.º Plática para el ejercicio del mediodía: <i>Disposiciones próximas para la comunión.</i> . . . .	135
2.º Plática para el de la noche: <i>Perseverancia en la virtud.</i> . . . .	142
3.º Propósitos que han de hacer los niños en este día. . . . .	148

**Día de la primera comunión.**

1.º Modo práctico de hacerla. . . . .	151
2.º Plática de preparacion. . . . .	152
3.º Plática de accion de gracias. . . . .	157

**Jóvenes.**

1.º Cuidado que se ha de tener con ellos. . . . .	162
2.º Bailes. . . . .	163
3.º Galanteos. . . . .	165
4.º Conversaciones lúbricas. . . . .	166

**Matrimonios.**

1.º Cómo ha de portarse el cura con los que desean contraerlo. . . . .	169
2.º Qué ha de advertir á los que se presenten para ser amonestados. . . . .	171
3.º Cuidado que ha de tener para que las bodas se celebren con modestia y religion. . . . .	171

**Escuelas.**

1.º Bienes y males que pueden causar. . . . .	173
2.º Qué vigilancia ha de tener el cura sobre ellas. . . . .	173
3.º Cómo se ha de portar el cura cuando se ha de elegir un nuevo profesor. . . . .	174
4.º Cómo debe conducirse en caso que el profesor sea inmoral ó libertino. . . . .	176

**Enfermos.**

1.º Celo con que el cura ha de asistirlos. . . . .	177
--	-----

	PÁG.
2.º Necesidad de no dejarlos en el último momento. . . . .	178
3.º Qué reflexiones ha de hacerles al visitarlos. . . . .	178
4.º Caridad que ha de usar con los que son pobres. . . . .	179

**Año nuevo.**

1.º Avisos que ha de dar el cura á los feligreses en el primer dia del año. . . . .	181
2.º Plática para este dia: <i>Un buen año segun Dios.</i> . . . .	182

**Carnaval.**

1.º Precauciones que ha de tomar el cura en este tiempo. . . . .	189
2.º Funcion de cuarenta horas para los tres últimos dias. . . . .	190
3.º Sermon para el primer dia: <i>Angustias del pecador moribundo.</i> . . . .	190
4.º Sermon para el mismo dia en otro año: <i>Consuelos del justo en la muerte.</i> . . . . .	200
5.º Sermon para el segundo dia: <i>El réprobo firmando la sentencia de su condenacion.</i> . . . . .	209
6.º Sermon para el mismo dia en otro año: <i>El alma pecadora en el juicio particular.</i> . . . . .	217
7.º Sermon para el tercer dia: <i>Visita al infierno.</i> . . . . .	226
8.º Sermon para el mismo dia en otro año: <i>Viaje al cielo.</i> . . . .	236

**Domingo de Quincuagésima.**

1.º Instrucciones que se han de dar al pueblo en este dia sobre la Bula y la Cuaresma. . . . .	247
2.º Sermon para la publicacion de la Bula: <i>Las gracias de la Bula.</i> . . . .	250
3.º Otro sermon al mismo objeto: <i>Los bienes de la Bula y su apolo- logía.</i> . . . . .	259

**Mes de María.**

1.º Su utilidad. . . . .	270
2.º Primer sermon para dicho mes: <i>Amor de Dios para con María.</i> . . . . .	272
3.º Segundo sermon: <i>María gran bienhechora del género humano.</i> . . . .	280
4.º Tercer sermon: <i>María refugio de pecadores.</i> . . . . .	288
5.º Cuarto sermon: <i>La devocion á María es señal de salvacion.</i> . . . .	296

	PÁG.
6.º Quinto sermon: <i>Idea de la verdadera devocion á María santísima.</i> . . . . .	305

**Fiesta del Corpus.**

1.º Cuidado que ha de tener el cura para que se celebre con todo el esplendor posible. . . . .	313
2.º Qué reflexiones ha de hacer al público al anunciar esta solemnidad. . . . .	313
3.º Sermon de la Eucaristía: <i>¿Qué seria de nosotros sin el Sacramento del altar?</i> . . . . .	315
4.º Otro sermon sobre el mismo asunto: <i>Amor de Jesucristo en la Eucaristía.</i> . . . . .	323

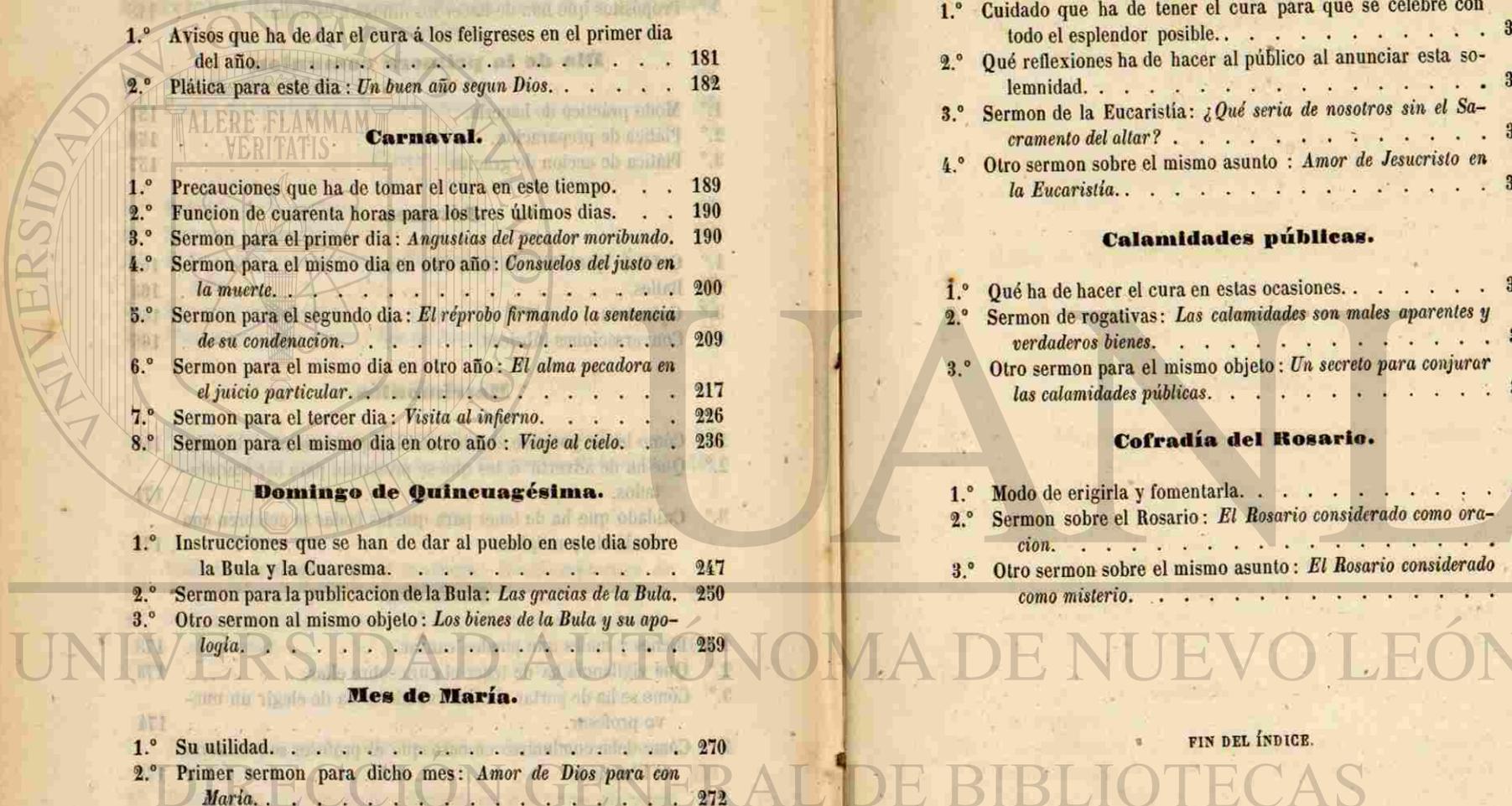
**Calamidades públicas.**

1.º Qué ha de hacer el cura en estas ocasiones. . . . .	332
2.º Sermon de rogativas: <i>Las calamidades son males aparentes y verdaderos bienes.</i> . . . . .	336
3.º Otro sermon para el mismo objeto: <i>Un secreto para conjurar las calamidades públicas.</i> . . . . .	344

**Cofradía del Rosario.**

1.º Modo de erigirla y fomentarla. . . . .	353
2.º Sermon sobre el Rosario: <i>El Rosario considerado como oracion.</i> . . . . .	355
3.º Otro sermon sobre el mismo asunto: <i>El Rosario considerado como misterio.</i> . . . . .	366

FIN DEL ÍNDICE.





CEA  
OTEC